

Carolina Rispoli (Melfi 1902, Roma 1991) con su prosa directa y sagazmente comprometida es una de las voces femeninas más peculiares y olvidadas del panorama literario del Mediodía italiano de principios del siglo XX. Su obra, ya desde su primera novela (*Chicas casaderas* 1916) de la que se ofrece una traducción completa, encierra toda su trascendencia ética y estética y desprende un enorme valor histórico-documental. En épocas y lugares hostiles, como el de la Basilicata de entreguerras, región italiana del sur, aislada por su abrupta topografía, en gran parte analfabeta y machista, Carolina Rispoli desde la inédita óptica femenina, con sutileza y amarga ironía denuncia temáticas y problemáticas escabrosas y actuales, como la frágil personalidad de la mujer meridional, haciendo hincapié en su condición subalterna. Sus vibrantes páginas repletas de pasión y lucidez analítica se colorean con pinceladas costumbristas de original interés sociológico, brindan al lector sugerentes escenas de vida cotidiana, pública y privada de mujeres autóctonas, reveladoras del legado sociocultural patriarcal, destapando la mentalidad, las costumbres anacrónicas y las hipocresías moralizadoras de un sur italiano que, hoy en día, con formas diferentes, es extensible a muchos sures del mundo.



Angelo Azzilonna (Bari 1979), licenciado en Filología Moderna por la Universidad “La Sapienza” de Roma, es profesor de literatura castellana en el Instituto “Argentia” de Gorgonzola (Milán), donde ha coordinado proyectos europeos interculturales como el eTwinning (2012), premiado en Bruselas, el Learning Week (2009), o el Comenius Multilateral (2011-13). Ha obtenido el premio extraordinario en el Máster de Profesorado (2014) por la Universidad de Salamanca. En esta universidad, en el programa de doctorado en Lenguas Modernas, investiga la relación entre la narrativa regional, la construcción de la identidad y de la imagología local. Ha publicado artículos, capítulos de libros y ha presentado comunicaciones en varios congresos Internacionales sobre la literatura transalpina, en especial sobre escritores meridionales tanto conocidos (M. Venezia, G. Cappelli) como olvidados (C. Rispoli o L. Battista).

Chicas casadas de Carolina Rispoli

Carolina Rispoli

Chicas casaderas



Introducción y Traducción
Angelo Azzilonna

Revisión lingüística
Ángela Flores García



ArCiBel  Editores



Este libro se ha realizado en el marco del Proyecto de investigación “Las inéditas” financiado por el Vicerrectorado de Investigación y Transferencia de la Universidad de Salamanca.

© *Chicas casaderas* de Carolina Rispoli

© Introducción y traducción: Angelo Azzilonna

© Revisión lingüística: Ángela Flores García

(Este libro reproduce fielmente el archivo proporcionado por el autor)

© 2017, ArCiBel Editores S. L.

Imagen de Portada: Fotografía “Castello e centro storico di Melfi” de Giuseppe Cacciatore D’Andrea

www.arcibel.es editorial@arcibel.es

Imprime: Quares

ISBN:

Depósito Legal:

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del “Copyright”©, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción parcial o total de esta por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo.

Carolina Rispoli

Chicas casaderas

Introducción y traducción de Angelo Azzilonna
Revisión lingüística de Ángela Flores García

ArCiBel Editores



Índice

I- El feminismo diplomático de Carolina Rispoli (1893-1991)	7
1. Datos bio-bibliográficos y trayectoria literaria.....	7
1.1. Temáticas y escenarios recurrentes en la narrativa rispoliana.....	15
2. Carolina Rispoli ensayista histórica y social de Basilicata.....	26
3. Estilo, fuentes y originalidad en la prosa de C. Rispoli.....	45
3.1. Mujer, matrimonio y provincialismo como principios rectores en la narrativa de Carolina Rispoli.....	51
4. Centralidad de <i>Chicas casaderas</i> , las heroínas normales de Rispoli.....	67
5. Referencias bibliográficas.....	79
 <i>Chicas casaderas</i>	
I.....	87
II.....	111
III.....	127
IV.....	139
V.....	153
VI.....	161
VII.....	173

VIII.....	189
IX.....	203
X.....	213
XI.....	227
XII.....	237

El feminismo diplomático de Carolina Rispoli (1893-1991)

1. Datos bio-bibliográficos y trayectoria literaria

El presente estudio se propone, ante todo, recordar y valorar la dimensión ética, además de la estrictamente literaria de la obra narrativa de Carolina Rispoli¹, una escritora de la pequeña región del sur de Italia, Basilicata² que, a menudo, ha sido olvidada y excluida de antologías, manuales, revistas y artículos de corte feminista. Sin embargo, cabe destacar la indiscutible calidad y su desbordante pasión civil, apreciables en sus sugerentes descripciones narrativas y sus sagaces meditaciones con las que logra reconstruir el panorama socio cultural de su región, analizado de forma esmerada, aunque aparentemente libre de esquemas rígidos, metodologías reductivas, y mediante enfoques pluridisciplinarios que integran el fundamental aporte de las ciencias sociales, empezando por la sociología y la antropología. Desde este perspectivismo analítico, versátil y enriquecedor, Rispoli descubre y narra las anomalías de su entorno, sus incongruencias, evitando caer, sobre todo en las novelas de su etapa juvenil, en un empalagoso didactismo moralizante. Una posible exégesis acerca de este negligente descuido que padece la autora viene avanzada por Antonella Cagnolati³ que no demuestra

1 Para analizar el perfil literario en el que se reconocen los méritos éticos y estéticos y la interesante producción narrativa de Carolina Rispoli véase sobre todo los estudios de Bonitatibus (2004), Caserta, (1995), Spinelli (1985) y Santoro, (2005).

2 Para una panorámica general sobre la historia de la Región Basilicata, imprescindible para una adecuada contextualización y valoración del peculiar y moderado feminismo de la escritora italiana, véase Raccioppi (1970); D'Angella (1983) y Boenzi (1994).

3 Antonella Cagnolati, profesora en la Universidad de Foggia (Italia), es una de las pocas estudiosas de la obra de Rispoli. Resulta significativo un trabajo titulado "Tra gli spazi ed il silenzio: la condizione della donna meridionale nelle opere di Carolina Rispoli", (2016: 71-72) en el que antes de introducir la figura literaria de la autora de Melfi, lamenta la presencia de una literatura oficial todavía demasiado machista que en pleno siglo XX tiende a excluir la obra, el pensamiento y la sensibilidad de muchas

un excesivo estupor al respecto, puesto que la escritora meridional sería la enésima víctima de una negativa estrategia del olvido de una literatura paradigmáticamente masculina con una nefasta propensión a ofuscar o ignorar los estudios de género, así como aquellas obras donde prevalece una sensibilidad y una óptica femenina, portadoras de una incómoda cosmovisión que pueda englobar latentes denuncias hacia una cultura eminentemente machista y, más en general, hacia todo tipo de injusticias y abusos tangibles en la sociedad del mediodía italiano a principios del siglo pasado, anterior a la efectiva modernidad. Por eso, no extraña demasiado que después de más de un siglo de su publicación no existan nuevas ediciones de ninguna de sus obras, pese al amplio y variado abanico de géneros al que se ha dedicado, como el cuento, la novela o el ensayo. De ahí la imposibilidad de realizar una exhaustiva recopilación de su poética, con volúmenes a la espera de ser reeditados, de difícil localización y disponibilidad, dispersos en diferentes bibliotecas italianas.

Todo esto resulta aún más incomprensible, considerando además el importante valor documental, reflejo fiel del retrógrado contexto social de su amada tierra y de la mujer local en la primera mitad del siglo XX que representan los pilares temáticos que acomunan sus juveniles páginas narrativas a las ensayísticas de su madurez literaria.

De este modo, paralelamente a las grandes temáticas tratadas en su producción, gran parte de su actividad y de su empeño intelectual

escritoras italianas, a su parecer merecedoras de mayor respeto y difusión por sus prosas refinadas, repletas de enseñanzas vitales así como de originales claves de lectura para analizar con elegante determinación el pasado histórico literario mediante una interesante contextualización sociocultural, reveladora de injusticias, tradiciones, mentalidades, problemáticas femeninas y sociales de regiones que como la Basilicata de principios del siglo XX presentaban un fuerte carácter misógino. Cagnolati, además analiza y aprecia la trayectoria literaria juvenil de Rispoli, no sólo por su estilo nítido y directo sino también y sobre todo por la valentía con la que, aun acompañada por un constante pesimismo, denuncia la subalterna condición femenina, haciendo hincapié en obsoletas y represivas normas morales de una sociedad patriarcal como la de Basilicata de entreguerras que en nombre de arraigadas costumbres locales, mantenía a la mujer en un estado de lamentable sumisión frente al hombre y de total dependencia económica y afectiva.

han sido canalizados hacia el análisis y la denuncia, aunque sutil, de la subalterna condición de la mujer italiana meridional que ha sabido trazar con responsabilidad y desenvoltura narrativa. Su inteligente escritura, de hecho, desde los comienzos ha tenido el enorme valor de haber proyectado su foco de atención sobre un tema tan debatido y de absoluta actualidad como la identidad femenina, considerado en sus relaciones con la escritura literaria, en una realidad limitada y soñolienta como la de Basilicata, partiendo de la muy difícil época de la Gran Guerra hasta mediados del siglo XX. Como subraya el crítico Mario Sansone⁴, ante todo cabe destacar la impresionante emigración de cerebros, la total ausencia de centros culturales y la aterradora pobreza campesina que, a su vez, como se verá, causará fuertes disturbios, vinculados también a la problemática cuestión de las tierras de propiedad pública.

En una región, parcialmente analfabeta, geográficamente aislada y donde el legado sociocultural decididamente patriarcal, relegaba las mujeres a un papel únicamente doméstico y demográfico, la jovencísima Rispoli halló la intrínseca motivación y la valentía para lanzar su mirada lucida y dolorida a la vez, a la infeliz situación femenina, deseando la necesidad de un cambio radical en la mentalidad tradicional del interior lucano. Su propia biografía, con su formación autodidacta, confirma las dificultades presentes y los prejuicios machistas vigentes que por ejemplo obstaculizaba y no consideraba oportuno el acceso del sexo femenino a estudios educativos superiores. En sus novelas reclama una mayor dignidad para la mujer de provincia, después de haber evidenciado la inferioridad que padecía y que le negaba el derecho y la libertad de elegir en su vida y para su vida, y por consiguiente, cualquier posibilidad de rescate socio económico.

Uno de los méritos de Rispoli consiste justamente en haber vuelto a dar dignidad, amor propio, y vida, al menos literaria, al

4 El crítico literario Mario Sansone, en ocasión del LIX Congreso Internacional, organizado por la Società Dante Alighieri en su artículo "La letteratura in Basilicata", (1969: 23-39) analiza de forma minuciosa el atraso cultural de Basilicata, poniendo de manifiesto los factores y las consecuencias de dicho aislamiento y las efectivas dificultades de sus intelectuales en comunicar y difundir su pensamiento.

asfíctico universo femenino de Basilicata. En sus obras las heroínas son casi siempre humildes y pacientes mujeres descritas en su cotidiana y sumisa normalidad, que gracias a la escritora se hace insostenible y anacrónica. Sus páginas narrativas, pues, invitan a una profunda reflexión y revisión de todos aquellos valores típicamente latinos y meridionales que limitan a la mujer a jugar un papel social eufemísticamente definible como secundario⁵. Es primordial insistir a lo largo de su extensa trayectoria literaria en vicisitudes de personajes femeninos arquetípicos, destinados a funcionar como mediadores entre la cultura machista y la dócil naturaleza a la que ella pertenece, y que revelan la constante voluntad de Rispoli, nunca teatral y chabacana, de querer estigmatizar el ideal de la mujer como ángel del hogar. Como consecuencia, uno de sus principales objetivos reside en el ambicioso (y en su tiempo casi veleidoso) intento de sensibilizar *in primis* a las propias mujeres, potenciales lectoras para que vean reflejado y tomen conciencia de su triste *status* y, mediante las peripecias de las desafortunadas protagonistas, puedan percibir de forma clara su triste y gris vida cotidiana. En definitiva, si el feminismo de Rispoli no presenta rasgos corrosivos evidentes⁶ es solo porque es consciente del contexto cultural, hegemonícamente masculino, de la sociedad lucana de inicio del siglo XX, que, a su vez, tendrá un peso específico considerable para el desarrollo del carácter y del consecuente proceso de socialización del hombre y de la mujer. Desde esta óptica la escritora parece

5 En esta perspectiva véase el ensayo de Alcaro, (1999) el escritor calabrés, hace hincapié en el arraigado arquetipo materno y de la mujer ángel del hogar en gran parte del Mediodía italiano, a partir del cual, es posible explicar y entender a fondo la mentalidad ancestral y las costumbres de esta amplia área geográfica. Sin embargo, la original y decisiva clave interpretativa propuesta por el autor, lejos de criticar negativamente los valores femeninos meridionales, los defiende y los exalta con la condición de que se canalicen hacia una sensibilidad afectiva y una búsqueda de felicidad y autonomía.

6 En este sentido, el famoso escritor y crítico meridional Raffaele Nigro (1978) vislumbra unos rasgos no exentos de una cierta carga romántica, presente en la mayoría de las novelas de la escritora sureña, aunque cabe destacar su empleo con enfoque irónico contra la sociedad burguesa bienpensante y conservadora de la época que, pese a todo, al menos aparentemente parecen alejarlos del feminismo militante, tajante e intransigente, abogando por reflexiones tal vez excesivamente moderadas y justificacionistas acerca de la humillante condición femenina en la Basilicata de principios del Novecientos.

comprender, sin justificar, la actitud excesivamente educada y pasiva de las mujeres lucanas de provincia que, de hecho, sofocan antes de que nazcan las legítimas inquietudes, las pulsiones y las inalienables reivindicaciones a través de un filtro ético de conducta, fiel a las muy discutibles normas morales y socioculturales de la época. Posiblemente por esto, en sus novelas, pese a ser víctimas de situaciones discriminantes, los personajes femeninos difícilmente se decantan por agresivas protestas, abogando, al contrario, por las vías más pacíficas en línea con las costumbres de la época.

En cuanto a sus datos biográficos, es fundamental recordar que Carolina Rispoli nació en Melfi, una pequeña ciudad de Basilicata, en el sur de Italia, situada en la provincia de Potenza el 19 de mayo de 1892. Su debut literario fue precoz, ya que, a la edad de apenas dieciséis años reveló su gran inteligencia y talante de escritora publicando la revista femenina *Vita femminile italiana*⁷ con el significativo y propicio seudónimo de Aurora Fiore, un cuento con título *Lotta Elettorale*, ambientado en su Melfi natal y apreciada también por Sofia Bisi Albini, que veía en la joven una nueva y prometedora novelista, digna de comparación con la famosa y apreciada escritora Grazia Deledda⁸, ganadora del Premio Nobel de Literatura en 1926, y pionera de cierta comprometida literatura de enfoque regionalista. Sin embargo, lo que desvela la curiosidad y el interés de la autora melfitana no es tanto el aspecto socio político cuanto el aspecto privado de una mujer, auténtico eje vertebrador

7 Rispoli, (1911).

8 Cabe señalar el entusiasmo y la apreciación manifestadas por Sofia Bisi Albini, destacada escritora milanesa (1856-1919) para presentar a la joven autora meridional, evidentes sobre todo en el prólogo de su primera obra, cuando, refiriéndose al cuento *Lotta Elettorale*, se expresa de forma encomiástica hacia sus habilidades y su posible proyección literaria: “Con una sensación de alegría hoy presento a una nueva escritora. Aurora Fiore (como ya hemos anticipado seudónimo de Carolina Rispoli) Aurora Fiore revela, a mi parecer, en este cuento una originalidad primitiva y una frescura de escritura que sólo pueden compararse a las de Grazia Deledda. El espíritu de observación de la jovencísima autora es lucido, certero, de auténtica artista, y también el cuento, en su singularidad es interesante por el mundo que describe: una pequeña ciudad de ese Mediodía de Italia tan poco y mal conocido, donde existen energías, fe y pasiones que impactan a los escépticos del Norte”. Rispoli, Prólogo a *Chicas casaderas* (1916).

del libro, Matilde, que concede un beso al rival político de su propio amante, que, a su vez, justo en virtud de la “concesión” de su mujer, viene elegido en el parlamento.

El hombre, en realidad, se siente herido en su orgullo viril y abandona a la mujer a una anónima y miserable vida provinciana. Esta primera obra encierra ya de manera latente algunas temáticas que caracterizan toda la producción narrativa de la escritora: la condición femenina, la vana espera, la dependencia de la mujer con el consiguiente y necesario *bovarismo*, el deseo de evasión, a menudo identificado en el matrimonio, Y la ingratitud masculina que apaga al nacer los sueños románticos de ingenuas chicas. Animada por aquel éxito literario, cinco años después, en 1916 publicaba *Chicas casaderas*, su primera novela que sintetiza magistralmente algunas de las temáticas indicadas, como, por ejemplo, la detallada descripción de la triste situación femenina perfectamente representada por los sufrimientos íntimos o por las vicisitudes de cinco hermanas. La obra adquirió una notable resonancia en el contemporáneo debate feminista, antes de pasar a un incomprensible olvido, como el resto de la producción literaria de Rispoli.

Mientras tanto, en 1922, Rispoli pareció resolver también su condición de mujer “de marido”, o sea casadera, casándose con Raffaele Ciasca⁹, un ecléctico y culto profesor universitario y sensible hombre político que siguió fielmente todos sus desplazamientos profesionales (a Cagliari, a Génova y finalmente a Roma). Fascinada por la carismática personalidad del marido, Carolina Rispoli amplió su registro de narradora, levantando un

9 Raffaele Ciasca (1888-1975) fue un hombre polifacético al desempeñar con competencia y pasión el papel de historiador, economista y de político democristiano. Fue elegido diputado nacional por Melfi y como Senador de la República, cargo que mantuvo durante dos legislaturas (1948-1958) sin embargo, es preciso recalcar que fue también un brillante profesor universitario, que animó, sostuvo e inspiró constantemente la escritura literaria de Carolina Rispoli con quien se casó el 26 de abril de 1922. Además, fue presidente del Consejo Superior del Ministerio de Educación italiano y fundador de la *Deputazione di Storia Patria della Lucania*, una Institución local, creada y financiada por el estado tras la unificación nacional con el objetivo de fomentar los estudios de carácter histórico de los territorios preunitarios, publicando obras históricas y revistas.

monumento al hombre amado. No en vano, algunas de sus novelas futuras se vertebran alrededor de la figura de un afable profesor, protagonista de su segunda novela, publicada en 1923, *Il nostro destino*. Aquí, además, como fondo nos ofrece el mezquino mundo provincial, descrito con crudo realismo que enfatiza la tendencia fatalista que pesa sobre el destino de dos mujeres (Bice y Lucietta), ambas privadas de la libertad de elección autónoma. Serán el amor y los celos los que las llevarán a escoger caminos distintos, y a la búsqueda de una dimensión identitaria, algo débil y en perenne devenir.

Es siempre la provincia, aunque esta vez como contrapunto a la ciudad, el escenario privilegiado de la tercera novela, *Il tronco e l'edera* que tuvo una loable apreciación por parte de la crítica y de un ilustre paisano suyo, el político Giustino Fortunato¹⁰. Aquí, el protagonista es un joven que tras haber presumido de una lujosa vida urbana en Florencia, vuelve a la tranquila Melfi natal; además, reaparece el tema del matrimonio combinado con una chica autóctona que le garantiza un afecto firme y seguro y de la cual se exalta la bondad, la total entrega y la capacidad de tolerar. Dicha búsqueda de serenidad provinciana, después del inicial deseo evasivo de Rispoli constituye también el hilo conductor de la siguiente novela, notablemente autobiográfica, fechada 1933: *La Terra degli asfodeli*. La escena se desplaza hasta la isla de Cerdeña, donde Maria, una chica del lugar, se casa con un joven profesor universitario y lleva una vida plácida, vivida con ardiente religiosidad que favorece la aceptación de todas las anómalas normas y situaciones que conlleva la vida matrimonial.

10 Se trata de un famoso y eminente historiador y político, nativo de Rionero, un pueblo cercano a la Melfi natal de Rispoli, que examinaremos también a la hora de analizar la obra ensayística de la autora, junto al llamado Meridionalismo, un conjunto de estudios que intentaban denunciar y resolver los graves desequilibrios socio-económicos y estructurales entre el norte y el sur de Italia, del que Giustino Fortunato fue imprescindible referencia. En efecto, en una interesante correspondencia epistolar con Rispoli, exaltó la novela en cuestión que retrataba el común ambiente social natío, definido como salvaje y sabiamente descrito por la autora con un lenguaje que destaca por viveza, naturalidad que otorgan una elegante originalidad a la misma. Fortunato, (1983).

Completa el tema del “regreso a la provincia” la última novela de Rispoli. Titulada *La Torre che non crolla*, publicada en 1938 con clara referencia a la torre de Roberto *el Guiscardo* que se conservó milagrosamente intacta tras el terrible terremoto que sacudió Melfi en 1930 y determina la muerte de una mujer campechana y sensible. Sin embargo, su niño logra sobrevivir; así, siguiendo un posible paralelismo metafórico, esa joven vida, como la torre inquebrantable, indica la continuidad con el pasado, un vínculo, una historia, una tradición de la que el marido, viudo, con renovada fe religiosa, encuentra fuerza y motivos para quedarse en su pueblo, pequeño paraíso perdido, tras las vacuas ilusiones y andanzas juveniles.

Paradójicamente la torre que no se derrumba se puede considerar también como una especie de canto del cisne, escrito justo en concomitancia con su definitiva despedida de su pueblo lo que cierra el ciclo narrativo de Rispoli que ahora ya parecía haber agotado su camino literario y su inspiración como mujer del Mediodía italiano. Con tal propósito, nos parece interesante y plausible, la interpretación psicoanalítica avanzada por el historiador Giovanni Caserta¹¹, según el cual el ardor feminista, siempre moderado y diplomático de la escritora, se debilitó y se apaciguó, sublimado posiblemente al lado de un marido famoso, comprensivo y respetuoso de la dignidad de la mujer.

Por tanto, Rispoli, siguiendo la odisea universitaria del marido, se evade de su condición provinciana que, implícitamente había inspirado las comprometidas novelas juveniles, expresando su nuevo pensamiento mediante una apreciable actividad ensayística. En lo específico, y en riguroso orden cronológico, merecen nuestra mención el ensayo *Gerardiello*¹² de 1956 que cuenta la leyenda

11 Giovanni Caserta representa uno de los mayores críticos y conocedores de la literatura de Basilicata, (1995); él dedica unas interesantes páginas al análisis de la narrativa de Carolina Rispoli, avanzando originales pero motivadas hipótesis interpretativas sobre las mismas que establecen un posible paralelismo entre biografía y bibliografía de la escritora, explicando así su evolución literaria y la distinta intensidad y prioridad con las que abarca las mismas temáticas existenciales femeninas, tratadas a su vez con menor énfasis a medida que su vida sentimental y profesional se iba estabilizando.

12 Rispoli (1946).

de San Gerardo Maiella, *Uomini oscuri del Mezzogiorno nel Risorgimento*¹³ de 1962 y sobre todo *La giovinezza di Raffaele Ciasca tra Giustino Fortunato e Gaetano Salvemini*¹⁴, de 1977. Este último dedicado a la figura de su marido, fallecido dos años antes, homenajeado con un largo ensayo adulador de su brillante carrera, no exento sin embargo de excesivas finalidades moralizantes.

Carolina Rispoli ha muerto casi centenaria, el 6 de diciembre de 1991, en Roma, lejos de Melfi, donde por su explícita voluntad, volvieron sus restos mortales que descansan en la tumba de la familia.

1.1 Temáticas y escenarios recurrentes en la narrativa rispoliana

Un recurrente motivo que caracteriza la tradición narrativa de Basilicata en el siglo XX, verificable ya en la obra mencionada anteriormente de Rispoli, concierne una ambivalente relación entre fuga y retorno¹⁵, que desgarra el yo de muchos personajes, divididos entre sentimientos y voluntades contrastantes hacia su tierra natal. Así, después del paréntesis florentino, el protagonista advierte una tiránica nostalgia de la pequeña Melfi, exteriorizada durante su viaje en el que la autora, mediante la técnica del monólogo interior deja al descubierto el análisis de las más íntimas introspectivas de Alessandro entre arrepentimientos, amarguras, deseos y una indefinida necesidad de plenitud que han hecho tambalear sus perspectivas de vida futura. Carolina Rispoli logra construir sus personajes cuyo carácter y psicología son cambiantes, pese a estar anclados en sólidos principios morales, comunicando

13 Rispoli, (1962).

14 Rispoli, (1977).

15 En concreto las tramas de las novelas de los autores de Basilicata más destacados muy a menudo se centran en angustiosas y antitéticas opiniones y sensaciones, en una lacerante lucha entre lo racional y lo emocional hacia su pequeña y pobre tierra. La obra de escritores muy consolidados en el panorama literario nacional actual como Raffaele Nigro, Gaetano Cappelli o Mariolina Venezia, de hecho, deben parte de su éxito también a la tensión narrativa que desprenden las contradicciones y los vaivenes subjetivos y penosos de sus personajes, debidos ante todo a su relación con el pueblo originario, hasta tomar decisiones finales sorpresivas para el lector.

su fluctuante y errática relación de amor- odio con su pueblo natal. En lo específico, en su trayectoria narrativa, la imagen regional, mediante el mísero vivir cotidiano de la provincia de Potenza de principios del siglo XX, se puede constatar un progresivo viraje de las historias de los protagonistas masculinos y femeninos, hacia el concepto de la humilde ciudad de Melfi, tras haber experimentado distintas realidades urbanas del centro y del norte de Italia.

La escritora parece servirse de las figuras de las mujeres de su región sobre las que pesa la cultura machista y su perversa ideología que aniquila su personalidad y su libertad existencial para modificar radicalmente la idea y la representación literaria de la provincia. Se podría afirmar que Rispoli, en su camino narrativo, introduce dicha y crucial variante mediante una constante temática, como la dura y complicada condición de la mujer, evidente sobre todo en las primeras novelas. Pues, a las subalternas comparsas femeninas, encerradas en el obsoleto tejido provincial, la ciudad sirve como única posible evasión y válvula de escape¹⁶, donde poder emprender actividades de trabajo y gozar de prerrogativas personales y sociales de las que eran perjudicialmente excluidas por la presencia de asfícticas e hipócritas normas conductuales que regían el anquilosado microcosmo provincial. La configuración de la marginalidad de la mujer en Basilicata, débil peón a manos del hegemónico papel del hombre que la condena a recitar la parte de ángel del hogar, obedeciendo a la función de mujer y madre ejemplar, se vuelve a presentar, aunque de manera más esporádica también en la sucesiva obra narrativa de Carolina Rispoli; además,

16 En el ámbito narrativo de Basilicata, Carolina Rispoli fue una de las primeras escritoras en servirse de una calibrada y constante estrategia literaria como la del contraste temático para introducir temáticas recurrentes, insistiendo por ejemplo en la dicotomía entre pueblo y ciudad para estigmatizar la nefasta y atrasada condición de la mujer que desafortunadamente, viviendo en ambientes rurales soñaba con la ciudad, muchas veces imaginada como un lugar perfecto con libertades y relaciones más equitativas entre los sexos. En lo específico, la misma técnica contrastiva campo/ciudad se encuentra en otra escritora de su región, Mariolina Venezia que un siglo después, en su famosa novela *Mille anni che sto qui* (2006), muestra la aguda actualidad de la obra de Rispoli, retomando temas y matices, como la subalternidad femenina en el medio rural sureño y la consecuente idealización de la ciudad y de sus mujeres, ya presentes en las páginas de la melfitana.

el sumiso perfil, esbozado hábilmente por la costumbrista pluma de la autora, de la mujer meridional, halla su adecuado equivalente a nivel estilístico-formal. Por ejemplo, examinando y comparando el registro lingüístico femenino con el masculino, se vislumbra una conspicua diferencia; en el primer caso hay una neta predominancia de expresiones lexicales, tonos comunicativos mesurados y sosegados, que tienden a la comprensión y a la plácida aceptación de todo tipo de situaciones, también las más injustas y desfavorables para ellas. En definitiva, el lenguaje parece un instrumento que, si por un lado opone el distinto temperamento entre los sexos, por otro testimonia las seculares y discutibles costumbres y reglas éticas, impuestas a la mujer local, condenada a padecer y mediar las arbitrarias decisiones del hombre, y ser comprensiva y pacificadora en los conflictos familiares y conyugales. Las novelas de Rispoli, que asocian frecuentemente el uso de la lengua a la realidad psicológica¹⁷ y en síntesis a la circunstancia en la que se emplea, parecen sugerir un nexo entre sexo y expresiones lingüísticas. A tal efecto, los personajes femeninos se expresan siempre con un lenguaje cortés, servicial, muy alusivo e indirecto incluso en los momentos de tensión, evitando así choques y encontronazos, sirviéndose como mucho de oportunos circunloquios. Por el contrario, los personajes masculinos, durante sus expresiones verbales recurren a un lenguaje decididamente más directo, afilado

17 Una interesante reflexión teórica sobre la relación entre lenguaje la realidad social y psicológica se aprecia en un ensayo de una escritora y periodista italiana Rasy (1984), estableciendo un paralelismo inequívoco entre el uso de un tipo lenguaje y la peculiar situación referencial que, una vez más corrobora la existencia de una conjunción, entre sexo y modalidades o expresiones lingüísticas, una vez más con matices discriminatorios para la mujer. Rasy, de hecho, interrogándose sobre el origen y la materia de la constante desigualdad entre los dos sexos, ha ampliado su campo de investigación que trasciende el ámbito sociopolítico para analizar otras actividades, literarias, artísticas y prácticas simbólicas, entre las cuales encontramos el lenguaje humano que, entre las diferentes funciones posee también la de mediar la consciencia y el sentimiento. De este modo, según la ensayista italiana como en la vida real, también en las obras literarias, los gestos, la manera de hablar, de debatir y de desenvolverse por parte de la mujer en la sociedad, se convierten en significativos indicadores de su condición en la vida diaria y en la representación literaria, donde hoy en día ocupa un papel sumiso y de mediadora de conflictos que a su vez le exige un lenguaje moderado, conciliador y complaciente.

y grosero, que a menudo se hace duro, violento e intimidatorio, especialmente cuando dialoga con la mujer. La reiteración de estos lenguajes, completamente opuestos muestra la aguda interpretación del misógino contexto cultural regional por parte de Rispoli, en el que el respeto y el acatamiento de los tabúes verbales, del lenguaje de cortesía, del eufemismo y de la discreción evocan un probable asociacionismo comportamental sexual que asigna a la mujer meridional italiana el rol de provechosa mediadora conflictual, absorbiendo la agresividad ajena y preservando la conservación del orden social y de las relaciones particulares e interpersonales.

Sin embargo, a diferencia de sus comienzos narrativos, donde prevalece un lúgubre pesimismo acerca de las posibilidades de equilibrar las inicuas relaciones hombre-mujer, evidentes también en la inhibición verbal de las desafortunadas protagonistas de la autora. En las novelas conclusivas se escudriñan unas tímidas tentativas femeninas para establecer un diálogo siempre educado y respetuoso, en el que cabe notar que por primera vez muestran una conciencia y una personalidad aceptable frente al hombre. Basta con recordar a la joven huérfana del pueblo, Maria Valleverde en *La terra degli asfodeli* que reivindica la libertad de elección y manifiesta sin rodeos su desacuerdo y su respetable punto de vista hacia el tío educador que como de costumbre, quería imponerle un matrimonio de conveniencia, indiferente a los reales deseos de ella. En realidad, también abundan las referencias a la cultura machista, esta vez en tierra de Cerdeña, donde persiste la misma mentalidad provinciana y meridional¹⁸,

18 Véase el ensayo de Oppo, (1983). La estudiosa, analizando la sociedad de la isla de Cerdeña entre finales del siglo XIX y comienzos del siglo XX subraya el papel crucial que la familia desempeñaba en cuanto núcleo duro de todo tipo de organización y valor moral que orientaba normas y “deberes” individuales y comunitarias, basadas en ancestrales principios de tipo ético-social que determinaban una peculiar realidad cultural, dominada por el hombre. Este último era además él que establecía las directrices y los intereses de la familia; de ahí las obsesivas estrategias matrimoniales cuyo objetivo principal, como en Basilicata, lejos de responder a los deseos de las mujeres, eran medio imprescindible para mantener y ampliar el decoro y el patrimonio socioeconómico familiar. La estudiosa además denuncia una innegable tendencia a la antagónica relación según la cual, a diferencia del hombre, identificado con espacios abiertos y salvajes, a la mujer sarda le corresponde el cerrado espacio doméstico.

según la cual, aún en la primera mitad del siglo XX se compartía y se practicaba la idea de un matrimonio concertado, con una buena dote, propiedades patrimoniales y sobre todo que tuviera las debidas cualidades cristianas y de perfecta ama de casa para poder esperar llamar la atención de potenciales maridos. De hecho, en algunos pasos del libro, el sexismo se acentúa y salpica de lleno también a la esfera intelectual y académica, resaltando una tangible inferioridad femenina. Así, en una conferencia universitaria, en la Universidad de Cagliari se pone de relieve la banalidad y la incapacidad argumentativa de la mujer en temas culturales. Por consiguiente, la autora insinúa contextualmente una inaceptable y difusa comparación que asocia el hombre a la lógica, y por tanto a la razón, y la mujer a la pasión, al instinto afectivo. María, como todas las figuras femeninas de Rispoli, aunque bajo formas y circunstancias menos grotescas y humillantes con respeto a las primeras novelas, resulta todavía inseparable de los rasgos que la mitología, la literatura y la iconografía clásica han implantado en la imagen de la mujer meridional¹⁹. Por eso, no ha de extrañar la disparidad de tratamiento reservada a la mujer, a la que, como ya se ha indicado, se le prohíbe toda dimensión lúdica, pasatiempo y distracción, por sana que sea, y que, para colmo, se ve inducida a tolerar y justificar todo tipo de vicio del hombre. En esta perspectiva la escritora ofrece puntuales ejemplos y situaciones, en las que las mujeres perdonaban y hasta consideraban normales las reiteradas borracheras de padres, maridos o hermanos con las desagradables y bastas degeneraciones que conllevaban, y de las que ellas eran las principales víctimas.

Del mismo modo, también induce a reflexiones agridulces la última novela de Carolina Rispoli, publicada en 1938, *La torre che non crolla*, ya que, en ella, se relevan situaciones como resultado

19 Existe una muy extensa bibliografía que corrobora la imagen femenina de ángel del hogar, de inexistente personalidad; uno de los ensayos más claros y emblemáticos en este aspecto es el del escritor italiano Peretti, (1970) que pone de relieve las justificaciones “machistas”, históricas, culturales y hasta religiosas (según las cuales por naturaleza la mujer, según un servilismo congénito, sería incapaz de alcanzar la *excellentia hominis mirabilis*) que relegarían a las mujeres a un rol secundario, conformándose en todo caso a una dedicación y a una vida doméstica, al servicio único y exclusivo del hombre.

del rancio legado machista local que en concreto subraya la acción de un padre autoritario que de repente impone un matrimonio a su hija, organizándolo en tan solo un mes, y entregándola a un hombre totalmente desconocido. Dicha novela, tiene como protagonista a Luca Ravello, un joven y culto magistrado errante por distintas ciudades italianas que, tras haber abandonado su pueblo natal corrobora la dependencia emocional y económica de la mujer, obligada a seguir inerte los continuos desplazamientos geográficos y existenciales de un hombre insensible en muchos momentos hacia las exigencias femeninas. Al mismo tiempo, Luca Ravello certifica la prioridad que el hombre de principios del siglo anterior otorgaba a la vida profesional en detrimento de la familiar y sentimental, que llevaba a las descuidadas mujeres a sufrir en silencio la lejanía conyugal o a recorrer fielmente su imprevisible itinerario para secundar las preferencias profesionales de los maridos. La mujer, en algunos casos, desconsoladamente, figura como tercer plato, y así se puede verificar en la segunda parte de la obra, cuando Luca, después de un largo pero voluntario peregrinar por Italia, con vistas a cumplir con su sueño de llegar a ser magistrado, repleto de conocimientos y gratificaciones, invadido por la nostalgia y el amor hacia su Basilicata, prefiere volver al tranquilo pueblo, ignorando por completo todas las expectativas femeninas, más bien funcional a su éxito en el trabajo y a sus caprichosos e inestables deseos. Es innegable la aparición de un elemento novedoso respecto a la narrativa juvenil con la presencia de personajes masculinos que muestran una mayor empatía y sensibilidad, seducidos por el encanto ejercido por el ambiente natal y que aparecen como individuos capaces de vivir emociones y zalameras sensaciones. A la vez, cabe indicar que ellos continúan ignorando a sus mujeres o en la mejor de las hipótesis orientando esta receptividad emocional hacia otros ámbitos, siempre distantes de las necesidades femeninas. Así, un cínico Luca Ravello, sin demasiados escrúpulos y penas, hunde en el más triste desconsuelo y disgusto a una chiquilla con quien había empezado una relación en Génova, abandonándola y de la que recibe desgarradoras cartas a las que en muchos casos ni siquiera se molesta en contestar. Sin embargo, el magistrado experimenta una

lenta evolución caracterial que le hace más receptivo y sentimental hacia las mujeres que frecuenta en sus numerosas estancias por la península italiana, hasta decantarse por principios y valores que solo su Basilicata y su microcosmo femenino podían regalarle. La conclusiva e inesperada metamorfosis del protagonista, que al menos inicialmente, en su juventud había pronunciado juicios ofensivos sobre sus paisanos y sobre la anticuada realidad de provincia, en la que ellos se movían, revela al lector la faceta más humana y tierna del magistrado, que justo en el momento crucial, coincidiendo con el ápice de su carrera, besado por la suerte y el lujo, aboga por un definitivo y orgulloso retorno a su Melfi, pequeña ciudad que simboliza los sanos ideales existenciales del Mediodía italiano. También en este caso, el título de la novela resulta metafórico, ya que la torre a la que se refiere es la de Roberto *el Guiscardo*, que, pese al terrible terremoto de 1930 se mantiene en pie, milagrosamente intacta²⁰, representando ese vínculo fuerte e indestructible entre los habitantes de Basilicata y su historia y sus tradiciones, animando así a un Luca Ravello muy apenado y debilitado por la prematura muerte de su mujer Angélica durante el violento seísmo, también ella, oriunda de Melfi, y prototipo de mujer sureña²¹ con la que se

20 Melfi, la ciudad escenario de la mayoría de las novelas de Rispoli el 23 de julio de 1930 fue sacudida por un terrible terremoto de magnitud 6,7 causando la muerte de 1404 personas. Sin embargo, por la potencia del seísmo el número de víctimas mortales podía haber sido muy superior, pero afortunadamente en la Basilicata rural de la época, la hora nocturna del violento del enorme temblor (a la 01:08), la mayoría de la población, ocupada en la trilla, solía dormir en el campo, evitando así sufrir los efectos más directos del violento fenómeno natural. No obstante, Melfi resultó el pueblo de Basilicata más afectado con ingentes pérdidas y daños al patrimonio urbanístico, civil y público-religioso. Pese a todo esto, la representativa e histórica torre de Roberto Guiscardo, aventurero normando y Duque de Apulia y Calabria (1057-1059) que en 1042 estableció en Melfi la nueva capital normanda, asegurándole un periodo de prestigio y envidiable esplendor, quedó intacta; de ahí que la escritora exaltara la trascendencia alegórica y el significado de la torre para la pequeña Melfi, de la que fue símbolo de inquebrantable identidad y fortaleza.

21 Dentro del género narrativo, posiblemente sea el famoso escritor y pintor italiano Carlo Levi, (1945), quien otorga envergadura y proyección internacional a la aislada y desconocida Basilicata y a su ancestral realidad, donde en 1935 el gobierno fascista de Mussolini le confina, en el que mediante un lenguaje claro y tono apasionado, realiza un extraordinario testimonio sobre las condiciones de vida de la clase campesina, resaltando también la figura humilde, trabajadora, fiel y obediente con la que gran parte de la literatura

había casado y había alcanzado una envidiable plenitud espiritual y serenidad cotidiana. El magistrado no se alejará jamás del pueblo, como si hubiera encontrado el paraíso perdido. Del pueblo, el magistrado no se alejará nunca más, como quien ha encontrado el paraíso perdido.

De este modo se concreta un sustancial cambio de perspectiva por parte de la escritora hacia la provincia de Potenza. En sus novelas juveniles ella aparece con todos sus rasgos y matices negativos, dominada por una falsa respetabilidad y una serie de normas sociales machistas que perjudican a las mujeres, donde reina la envidia y el cotilleo, augurando su sueño de evasión. En cambio, en las siguientes obras que cierran su escritura narrativa, se verifica una indudable y encomiástica defensa de la provincia, ya que garantizaría un día a día más auténtico, sencillo, sereno, lejos del clamor frenético y de las frivolidades que algunos de sus personajes habían vivido en otras grandes ciudades italianas. Entonces, en el imaginario de la autora, la tan vituperada provincia, sobre todo después de las mundanas experiencias en famosas localidades norteanas donde se habían desarrollado las tramas y las vivencias de los protagonistas de sus últimas novelas, con su salubridad ética y su mayor sinceridad vital, su fuerza, se hace fundamento moral y, enfatizado ya por parte de la crítica²², Rispoli, vislumbra en ella todos esos elementos atribuibles y reconocibles a las raíces y a las motivaciones de una civilización con la cual la escritora es plenamente condescendiente e indulgente. Cree en esas raíces, aquí simbolizadas por la torre normanda de la catedral de Melfi y en los valores humanos y espirituales con los cuales volver a afirmar su identidad regional, reproducida por su provincia. Las ganas de volver a la vida del pueblo y su nostálgica evocación, a menudo resulta vehiculada por el risueño y ameno paisaje local, con sus valles verdes, sus bosques densos, vírgenes, purificados

transalpina suele identificar a la mujer meridional.

22 En concreto es Spinelli, (1985) el estudioso que alude de manera más directa al valor y a la significación moral que la pequeña provincia meridional desempeña en la prosa de Carolina Rispoli, afirmándose como pilar ético y existencial pese a sus evidentes limitaciones económicas y materiales.

y su cielo nítido. En realidad, la autora endulza bastante la visión de la naturaleza regional, en numerosas ocasiones descrita como un *locus amoenus* que parece portador de una doble finalidad: por una parte, exaltar las bellezas de LA Basilicata, emblema de las intrínsecas cualidades y virtudes de su honesta y sana vida, por otra parece utilizarla como escenario bucólico, en el que hacer brotar los sentimientos interiores más puros, en perfecta y armoniosa sintonía con ella. La naturaleza se convierte para Rispoli en un precioso instrumento para configurar y expresar emociones confidenciales e inconfesables, evidenciadas por los personajes de sus novelas, asociándolas indistintamente a la región natal o al amado en cuestión. Esta sirve de marco perfecto en el que reflejar las diversas emotividades²³, así como medio de proyección ética y estética de pensamientos y estados anímicos, respectivamente dirigidos a la anhelada tierra de origen y a la persona predilecta. Casi siempre se trata de un paisaje estilizado e idílico que desemboca en una idealización de corte panteísta de la naturaleza, reflejo y testimonio de las principales virtudes regionales y personales. A Carolina Rispoli hay que reconocerle sin duda el mérito de haber adelantado ese binomio memoria-paisaje presente asiduamente en la literatura italiana del siglo XX.

La escritora melfitana, además ha sido precursora de otro tema candente y en ese momento cada vez más recurrente de matices e implicaciones, no siempre previsibles y controlables del panorama intelectual italiano contemporáneo, ideológicamente manipulable y manipulado: la dicotómica y creciente oposición entre el norte y el sur italianos, llevando emparejada una disgregadora rivalidad político-cultural²⁴. Repleta de brillantes y sabias intuiciones, la

23 Una interesante aportación teórica sobre la relación entre hombre y naturaleza es la que nos brinda la profesora Paulis, (2006); el ensayo de la investigadora, de hecho, recalca el notable poder evocador y metafórico del paisaje que en cierto modo sería espejo y concreción natural de la población que allí vive y de la que representaría un elemento activo también en la construcción y en la imagología de la identidad. En esta perspectiva, según Paulis la naturaleza (*topos*) representaría una de las formas simbólicas que contribuyen a la formación del *ethnos*, tanto física que espiritualmente.

24 Sobre la distinta realidad y la enorme diferencia histórica y sociocultural entre el

obra de Rispoli, de hecho, ha sabido leer con enorme sagacidad la realidad local y relacionarla con la nacional hasta el punto de resultar complicado, a veces, separar el momento estrictamente literario del de la moderada pero omnipresente y latente denuncia política. En su obra ensayística, dicho connubio es aún más estridente; basta subrayar los frecuentes comentarios y alusiones, presentes en menor medida también en su narrativa acerca del fenómeno meridional post-unitario del bandolerismo, al que dedicará un párrafo aparte, y que a su vez, contribuyó a aumentar intolerancia e incomprensiones entre las distintas áreas geográficas de Italia, acrecentando la desconfianza de la gente septentrional hacia la meridional y considerando a estos últimos, en delicados momentos históricos nacionales, como constitutivamente inferiores y propensos a la ilegalidad²⁵.

sur y el norte de Italia, existe una amplia literatura, no exenta en muchos casos de juicios negativos, muy despectivos hacia la zona meridional del país a la que Basilicata pertenece. En este sentido, muy impactantes resultan las consideraciones de un antropólogo italiano de finales de siglo XIX, Giuseppe Sergi, (1885), ya que, en Italia, reconocía y diferenciaba la existencia de una raza ariana de origen euroasiático y otra itálica, de origen euroafricana que vivía en el sur de Italia. Según el estudioso el hombre meridional italiano, por razones históricas y geográficas, se caracterizaba por una tendencia al anarquismo, al primitivismo, al individualismo frente al innato orden y racionalidad de las poblaciones septentrionales de la Península. El contraste norte-sur fue objeto también de interés del periodista, editor y escritor Giuseppe Prezzolini (1904) que alimenta dicha oposición, distinguiendo la presencia de un norte caracterizado por acción y progreso y un sur atrasado, estancado, pasivo y perezoso.

25 Cabe destacar el peso y la responsabilidad que tuvo la obra de Cesare Lombroso (1835-1909), médico y criminólogo septentrional en intensificar rivalidad y menosprecio hacia el Mediodía italiano y su gente. En concreto con su polémica obra (2013), contribuyó a incrementar y justificar la existencia de una considerable brecha cultural y civil entre las diferentes áreas del país, defendiendo unas teorías raciales para explicar las distintas psicologías de sus habitantes, avanzando una presunta inferioridad de los meridionales a raíz de ciertas observaciones realizadas a su población que le llevaron a suponer un nexo de causa y efecto. Según Lombroso, más allá de la influencia de factores climáticos (estableciendo una correlación entre las altas temperaturas sureñas y el número de homicidios), alimentares y socioculturales, era la peculiar morfología craneal que determinaba los rasgos y las actitudes definitorias de una raza; por consiguiente, los meridionales italianos, debido a la anatomía de su cráneo serían genéticamente inclinados a delinquir más que los del norte. Sus singulares teorías remontan a la época postunitaria italiana, cuando en calidad de médico militar participa a una campaña contra

Ahora resultan más comprensibles las reiteradas comparaciones, directas e indirectas, no exentas de polémicas reflexiones que la autora ha insertado en sus páginas entre la mujer nortea y la sureña. A este respecto, la novela *Il nostro destino*, condensa bien las diferencias de costumbres y maneras de entender la vida que genera un ácido dualismo, alimentado por convicciones de índole ético en el que las mujeres septentrionales aparecen ante los ojos de las meridionales, demasiado frívolas, coquetas, artificiales y que a la virtuosa y preferible sencillez de la vida provinciana, anteponían la inautenticidad, la pija, y la pomposa ostentación de vestidos elegantes y de joyas durante lujosas y desenfadadas ceremonias festivas. Se esboza una representación femenina contrastiva según la cual las mujeres del norte italiano, en nombre de una emancipación, en el fondo deseada y envidiada por las del sur se permitían dar paseos a solas por pueblo como en la ciudad, y llevar una vida claramente más alegre y motivadora. Ellas encajaban en un perfil chismoso y glamuroso, placentero y efímero, en estridente contraste con el más morigerado, esencial y menos ostentoso de las meridionales, subyaciendo una neta contraposición asociativa entre superficialidad y sobriedad, vicio y virtud. No es coincidencia que en sus novelas finales abunden los elogios hacia las mujeres de su tierra y el ideario que ellas personifican, basado en firmes y sagrados valores familiares y religiosos, en la honorabilidad, en la dignidad y en la castidad. Dicha percepción, se materializa por ejemplo en *La terra degli asfodeli*, donde se explicitan los objetivos femeninos meridionales de la época, y las obligaciones maternas y conyugales que ocupaban toda una vida, como formar y tratar de levantar una familia, a ser posible numerosa, mediante un duro y honesto trabajo, viviendo en casa de los padres, preservando el humilde patrimonio y la integridad de los antepasados. En realidad, en la catolicísima Rispoli, educada en la tradicional sociedad del

el bandolerismo, fenómeno que como veremos se manifiesta sobre todo en la Basilicata de Rispoli y que incidiría en su formación y en sus prejuicios sobre la gente de esta región, aplicándola luego, por extensión al resto de los meridionales.

mediodía italiano, detrás del contraste mujer septentrional/mujer meridional se esconde un dualismo aún más discordante, del que podría generarse el anterior, este también cíclico y reiterado en la literatura italiana del siglo XX: ciudad versus provincia. De hecho, la obra de Carolina Rispoli brinda copiosas descripciones y análisis sobre ventajas y desventajas de ambas y las subyacentes filosofías con sus distintos *modus vivendi*.

2. Carolina Rispoli ensayista histórica y social de Basilicata

Sin embargo, como ya se ha señalado, la copiosa y nítida prosa de Carolina Rispoli abarca también llamativas reflexiones y testimonios históricos y sociales que de manera patente o latente, desde su cautivador punto de vista, plasman la realidad regional en constante proceso osmótico con la realidad italiana.

En esta perspectiva se debe enmarcar hasta el último de sus trabajos, *La giovinezza di Raffaele Ciasca tra Giustino Fortunato e Gaetano Salvemini*, un ensayo publicado en 1977, repleto de historia local y nacional en permanente dialogo entre sí. En este libro, la escritora parece buscar la llamada *lucanità*²⁶, o sea la exégesis eventual de la identidad de su tierra natal. Ante todo, aquí se representa la centralidad de la llamada *cuestión meridional*²⁷, el

26 La ambigua y cada vez más debatida expresión de “lucanidad”, con la que se suele identificar la esencia cultural de Basilicata y la actitud vital y espiritual de su gente, región llamada también Lucania (de ahí el neologismo sustantivado), recientemente ha sido analizada por el estudioso y ensayista Mimmo Calbi. En lo específico, en su último ensayo (2012), aun mostrando su escepticismo y su ironía sobre la existencia efectiva de dicha “lucanidad”, de difícil captación y delimitación, mediante eclecticismo metodológico y la aportación fundamental de la historia y de las ciencias sociales, el trabajo del escritor (de manera análoga pese a una época distinta a la de Carolina Rispoli) parece compartir con la narradora de Melfi el fin de desentrañar la realidad social y política regional, apostando ambos, implícitamente por descubrir el alma, el carácter, la identidad de su tierra, sirviéndose de acontecimientos de crónica y de oportunas reconstrucciones históricas y culturales, reveladoras de contradicciones y peculiaridades estructurales así como de comunes rasgos morales detectables en la personalidad de sus habitantes.

27 Algunas de las más racionales y autocríticas interpretaciones de Giustino Fortunato, gran meridionalista y político de Basilicata, defensor de los intereses económicos y sociales de su región natal, sobre el atraso que caracterizaba la misma se recogen en dos volúmenes

insostenible atraso económico y socio-cultural que su Basilicata y el Mediodía italiano tenían. Esto se vincula también con su experiencia personal, mostrando una especie de auténtico entrelazamiento bio-bibliográfico, de vida privada, vicisitudes regionales y obras. En este caso, ya el título vislumbra una inmediata referencia a la figura del marido, Raffaele Ciasca, notable senador democristiano al que la autora dedica el volumen desolada por su fallecimiento. La incidencia, la fascinación y el estímulo conyugal acerca de la producción literaria de Rispoli es innegable. El *imprinting* histórico-político de carácter regionalista, de clara filiación meridionalista que impacta y contagia desde el precoz comienzo toda la obra de la melfitana, posiblemente refleja el apasionado interés de Ciasca hacia la descuidada realidad regional. El ensayo de Rispoli, se coloca como un conmovedor homenaje de la escritora a todos aquellos hombres que se habían volcado en la cuestión meridional, poniéndose del lado de los humildes, de los que suelen padecer y vivir la historia pasivamente, sin capacidad de rebelión, aceptando fatalistamente el rumbo de los acontecimientos con estoico aguante. El libro, que engloba una significativa correspondencia epistolar entre Ciasca y el personaje más importante de la política regional de la época, Giustino Fortunato, está repleto de ideas inspiradoras y ponderadas observaciones sobre el estado de la sociedad de Basilicata donde presenta una indudable trascendencia histórica y documental. Sin embargo, es preciso resaltar que en el volumen prevalece la carga afectiva de una mujer y madre hacia un marido venerado, mediante un registro lingüístico y un tono que a veces se hacen bastante retóricos y conmemorativos, en el que el aspecto privado y el

Fortunato, (1973) y Fortunato, (2005) donde investiga las causas endógenas y exógenas de las miserables condiciones socioeconómicas de Basilicata y más en general del Mediodía italiano, entre las cuales evidencia por ejemplo las nefastas e improductivas luchas entre varones y la rivalidad con las monarquías que allí gobernaron y que mantuvieron dichas áreas geográficas, ancladas en el peor feudalismo, impidiendo seguir el progreso y la prosperidad de la Italia septentrional. A la vez, sin embargo, Fortunato reconoce la incidencia negativa de las condiciones climáticas, del suelo pantanoso de su región, de sus montes con frecuentes desprendimientos, correlacionándolas al desarrollo físico y moral de los habitantes de un Mediodía que por lo tanto resulta perjudicado también por las propias asperezas, presentes en su estructura topográfica.

profesional se tocan y se mezclan hasta confundirse. Se trata de un ensayo que más allá del lánguido sentimentalismo conyugal, insiste en el triste contexto regional, recorriendo los años formativos del marido que además fue el primer presidente de la “Deputazione di Storia Patria della Lucania,”²⁸ organismo, cuyas funciones ya se han mencionado y del que Carolina Rispoli fue socia honoraria. De la misma manera es útil recordar la consideración política, y la profunda y breve amistad que unía Ciasca a Fortunato, del que fue alumno, salido de su escuela de pensamiento; y no es casualidad si ambos han dedicado sus esmerados estudios a la comprensión y posible solución del atraso del Mediodía italiano, de su Basilicata natal, a través de reformas agrarias y estructurales, consideradas inaplazables.

Por consiguiente, no debe sorprender una apasionada carta que un anciano Fortunato envía directamente a Rispoli. Aquí empezaba a afirmarse como valiente novelista de la sociedad regional de principios del Novecientos, por una parte, llena de sinceras felicitaciones por la habilidad y el estilo de escritura de la autora, por otra empapada de pesimistas reflexiones hacia las escasas posibilidades y la incapacidad de recuperación socioeconómica y cultural de su querida tierra común. La carta, fechada a 11 de octubre de 1926, constituye un considerable documento histórico

28 La “Deputazione di Storia Patria Lucana”, es una institución de tipo local, promovida por el Estado italiano tras la unificación nacional, cuyo objetivo principal consiste en difundir estudios e investigaciones históricas sobre el territorio regional y a la vez fortalecer la unidad moral de los italianos a través de la publicación de trabajos, obras, periódicos, ensayos críticos, a menudo acompañados por interesantes e inéditos documentos procedentes de archivos históricos y de bibliotecas nacionales. Dicho organismo, instituido de forma estatal, inicialmente unía Basilicata y Calabria, siendo fundado con real decreto del 20 de junio de 1935, n. 1176 hasta que, con la ley del 18 de octubre de 1957, n. 1026 se convierte en una “Deputazione” autónoma que reúne y coordina las más brillantes mentes y energías intelectuales regionales, desempeñando sus funciones de conocimiento y reconstrucción histórica regional dentro de una perspectiva integradora y unitaria. Raffaele Ciasca, marido de Carolina Rispoli, en esta perspectiva tuvo un papel fundamental; fue inspirador y padre fundacional de dicha “Deputazione”, de la que fue el primer presidente desde su comienzo hasta el año 1972 con loable dedicación y pasión, necesarias para avivar y dar mayor rigor científico a la historiografía de Basilicata.

y político que deja filtrar el gradual desencanto de un senador íntegro e ilusionado, así como de un comprometido escritor que logró acercar política y literatura en apasionantes páginas en apoyo de sus propias tesis, llegando luego a conclusiones muy desalentadoras que confirman el insalvable gap entre el norte y el sur de Italia, las infelices condiciones naturales pésimas de la zona, el aislamiento geográfico, la esterilidad de las tierras y la perniciosa ausencia de una moderna burguesía capaz de dinamizar la industria y el comercio con la persistencia de un sistema aún atrapado por el más improductivo federalismo, derivado, a su vez, del excesivo poder gubernamental otorgado a los barones autóctonos²⁹. De la carta dirigida a Rispoli, en calidad de mujer de su querido amigo Ciasca pero sobre todo como refinada y apreciada literata, filtra una sutil autocritica hacia sus propios conciudadanos y habitantes de la región, con sus respectivas responsabilidades, aun sin adentrarse en detalles, pero también la admiración hacia la adorable atención, destinada a su Basilicata originaria:

 Mi querida Carolina, anoche acabé de leer su nueva originalísima novela y no quiero tergiversar ni un día para decirle mi opinión, nada fácil, de verdad, de expresar. Ahora ya estoy tan moral y físicamente encorvado [...] que vino en mi ayuda Su recuerdo, pero en muchos aspectos a mi muy querido, para ganar la prepotente y forzada abstención de los libros de arte puro, especialmente si de narrativa. ¡Ah, mis 78 años, y los últimos trece de cruel martirio! Y por si fuera poco, Su novela con personajes y escenas de nuestra salvaje tierra natal; ahora ya, - bueno, ya no lo dudo!- humanamente salvaje, tanto que yo sé que moriré muy arrepentido

29 Sobre el histórico y progresivo abuso de poder y el mal gobierno de los barones en Basilicata véase Pedío, (1961) y el estudio del profesor de Historia moderna de la Universidad de Basilicata, Lerra, (1992), en el que interpreta la pobreza y el estancamiento económico y civil de su región ante todo como consecuencia directa de una pésima gestión política, donde primaban los egoísmos y los intereses de ávidos barones que condicionaban la acción gubernamental de los corruptibles e incompetentes administradores locales.

por haber desgastado inútilmente toda mi vida, en ella y por ella. Por último, cómo ocultarle, que yo termino mi vida, desesperado por nuestro futuro común?! Oh Italia, la madre Italia! Una Italia mejor, sin miserias, sin tristeza [...]”. Pero qué! Italia, con Florencia del octubre de 1925 y con Melfi de las férreas edades primitivas [...]. Pues, me costó leer el elegante volumen; en cada momento admirando, pues sí admirando a la escritora, bajo muchos aspectos original y vívido de claridad e naturalidad, oh, qué diferencia de esa sensación de invencible sentido de laxitud, en el que se olvidan todos los escritos -y ¡no miento!- de los meridionales”³⁰.

Dicha carta, la escribe el famoso meridionalista en ocasión de la publicación de una novela de Rispoli, *Il tronco e l’edera*, publicada en 1926, la primera que, en realidad, al menos inicialmente, aun sin estar ambientada en su Melfi, sino en la ciudad de Florencia, deja entrever la natural preferencia de la autora para el sosiego de la pequeña provincia de Basilicata y más en concreto para la sencilla pero auténtica realidad de su pueblo.

De hecho, el protagonista, Alessandro Ruvo, un joven capitán, tras haber anhelado llevar una envidiable vida ciudadana, ya antes de empezar su aventura urbana, opta por volver a sus orígenes, ya que, metafóricamente, como sugiere el propio título del libro, aquí puede contar como la hiedra con respeto al tronco, con valores y afectos reales y seguros. Carolina Rispoli reconoce la provincia con una especie de función moralizadora, aunque es consciente de sus limitaciones profesionales y de sus angustias económicas. Melfi y Basilicata con sus pros y sus contras representan el hilo conductor que acerca coherentemente las primeras experiencias novelescas de la escritora a las últimas consideraciones ensayísticas.

30 La carta del político, ya desilusionado por la grave y persistente miseria cultural y económica de Basilicata, debida también a la pasividad y a la dejadez de sus habitantes, forma parte de la interesante correspondencia que mantuvo con su conciudadana Rispoli e integra el volumen Fortunato (1981).

Como se ha ya señalado, Carolina Rispoli, pertenece injustamente a la amplia gama de literatas y artistas que por diferentes y desfavorables circunstancias, actualmente se pueden considerar como inéditas, cuya producción bibliográfica resulta totalmente desconocida al gran público, quedando fuera de la llamada literatura oficial³¹. Sin embargo la pluma de Rispoli, si cabe, reclama aún más atención por parte de la crítica, ya no sólo feminista o regionalista, puesto que su original punto de vista, al englobar una inusual clave de lectura sobre el conocimiento y la interpretación de vicisitudes históricas, políticas y cotidianas de la aislada región de Basilicata de la que tuvo la valentía y la firme voluntad de contar y escribir, constituye un válido y precioso testimonio sobre la tambaleante sociedad meridional en un periodo temporal tan difícil, que abarca las dos guerras mundiales y que ha condicionado considerablemente y atrasado ulteriormente el natural desarrollo civil y un provechoso proceso identitario regional, temas muy presentes que palpitan en sus páginas literarias. La enorme carga histórica de la escritora se atisba ya cuando aún siendo menor de edad, al menos en los ambientes cercanos, suscita un gran revuelo, como era fácil imaginar puesto que la obra, al tratar de una viva y encendida campaña electoral, resulta más impactante todavía por AL ser publicada por una mujer procedente de la sosegada Basilicata rural de principios del novecientos. El simple hecho de escribir ya se consideraba como una prerrogativa privativa de los hombres, y la lucha electoral de la que se ocupa una joven y prometedora Carolina en 1911 que dio nombre a su estreno en prosa, era algo eufemísticamente llamativo para aquellas coordenadas espacio-temporales. Una chica de apenas diecisiete años que baja a la arena política, se atreve a tratar y opinar sobre un tema considerado tan masculino, como la atmósfera, la organización y la finalidad de unas

31 Sobre el inmerecido olvido sufrida por la obra de Carolina Rispoli, resulta muy explícita la reflexión de la estudiosa Imbriani (2000) que denuncia la exclusión de Carolina Rispoli de antologías locales y nacionales así como la injusta indiferencia de la crítica literaria hacia una escritora que en su opinión habría que valorar por su inteligente protesta para el mundo femenino, por su prosa lúcida y sutilmente cáustica hacia la cual, pesaría un doble y grave prejuicio, uno hacia los meridionales y otro hacia las mujeres.

trascendentes elecciones en su tierra, pues era un acontecimiento bastante provocativo, que escandalizó además a los entendidos. Además la joven autora había divisado ya la trascendencia de una campaña política, especialmente importante, debido a la presencia remarcable e innovadora de fuerzas populares y socialistas que se disputaban el poder con los tradicionales partidos conservadores, registrada por su atenta mirada con la que logra transmitir al lector detalles y anécdotas del incendiario clima electoral, caracterizado por fuertes rivalidades y ambiciones personales que a menudo perjudicaban los intereses colectivos de su región y de su gente.

Rispoli, más allá de un riguroso análisis estrictamente electoral, parece emplear el campo político como uno de sus observatorios y terrenos privilegiados, dado que esto engloba y consiente aferrar la esencia autóctona mediante capacidades relacionales e interpersonales exigidas que se manifiestan en razonamientos, expresiones verbales y *modus operandi* que, con su variopinta naturaleza, representa una inagotable cantera gracias a la que es más intrigante y certero dibujar el retrato regional. En la obra *Lotta elettorale* señala un mayor y esperanzador interés de la población local que se encontraba en condiciones económicas lamentables para poder involucrarse en agrupaciones políticas, desmintiendo parcialmente su actitud de conformista resignación que le llevaba a acatar impasible su mísera realidad.

Rispoli con cierto optimismo, deja constancia en sus páginas de cómo por primera vez, incluso la masa indistinta y desmotivada, empieza a querer participar activamente en las luchas y en las polémicas electorales que enfrentaban a los progresistas del joven economista Nitti³² con los populares, evidentemente más

32 Francesco Saverio Nitti, también nativo de Melfi fue uno de los más influyentes políticos nacionales italianos de principios del siglo XX. Ocupó las carteras de Agricultura, Industria y Comercio entre 1911 y 1914 y del Tesoro entre 1917 y 1919. Además, fue presidente del Consejo de Ministros en el bienio 1919-1920, así como es preciso señalar su empeño concreto para las reivindicaciones políticas femeninas que se tradujo en una histórica reforma de la ley electoral, encaminadas a ampliar el sufragio. Finalmente, en su larga carrera institucional dedicó mucha atención a la cuestión del retraso del Mediodía italiano, empezando por su Basilicata natal; de hecho junto a Giustino Fortunato se

moderados que estos últimos y que apostaban por el asociacionismo y la inquebrantable fe católica, difundida en los ambientes rurales regionales.

Una de las más comprobadas técnicas literarias de Rispoli, de hecho, se puede distinguir ya en su primera obra, donde toma inspiración de un acontecimiento aislado, concreto y particular para luego ofrecer un cuadro social global con el que entender y reflexionar sobre los peculiares sucesos locales, aptitudes, hechos pasados y de crónica, haciendo gala de una escritura libre pero rigurosa, con una clara vocación divulgativa y sensibilizadora sobre las anormalidades aberrantes, en parte aún sin resolver de Basilicata y del mediodía italiano, denominador común de su itinerario literario. De esta forma, los heterogéneos pero coherentes escritos de Rispoli se pueden considerar como un interesante instrumento poético con el que reconstruir la fragmentada identidad regional y meridional, sirviéndose a su vez de una oportuna fusión e interrelación entre historia, cultura y sociedad.

A menudo se combinan datos con observaciones sociológicas, filtradas por la psicología femenina en la que la condición de la mujer representa una sintomática manifestación de la realidad y contemporáneamente ejerce de paradigma transversal capaz de desentrañar la identidad de la pequeña región natal.

Sus libros se impregnan de una fructífera crítica a la realidad local de la que se desprende su objetivo de responsabilizar a la población, fomentando un potencial debate con el lector contemporáneo, para contribuir a la formación de una conciencia identitaria, individuando las carencias materiales pero también los recursos morales de su gente y de su tierra para modernizarla, a la vista de su reciente pasado. Dichas prioridades comunicativas Rispoli las vehicula ante

le recuerda como uno de los más ilustres exponentes del llamado “Meridionalismo” italiano, cuyo fin era comprender la exégesis de los “males” meridionales para encontrar una solución satisfactoria que limitara la brecha con el rico norte. En este aspecto cabe recordar su obra principal: *Scritti sulla questione meridionale*, (1958) y su ensayo *Nord e Sud: prime linee di un'inchiesta sulla ripartizione territoriale delle entrate e delle spese dello Stato in Italia*, (1900). Sobre el pensamiento y la acción política de Nitti véase también Barbagallo, (1985).

todo gracias a su perspicacia analítica con la cual examina eventos históricos y sus giros, procurando captar y descifrar las anomalías regionales que por extensión eran verificables en buena parte del sur italiano. La escritora, en este sentido, en su manera de entender y hacer literatura, usa constantemente la fundamental categoría de la historia local, en provechosa dialéctica con la italiana, evitando caer en una anacrónica política de campanario y rendirse a fáciles instrumentalizaciones.

El ensayo al que Rispoli se dedica en los últimos años de su larga trayectoria, evidencia su merecedora función de meridionalista, despachada y advertida como una verdadera entrega a su tierra por previsibles vínculos afectivos que, sin embargo, en vez que determinar engañosas interpretaciones históricas, han impulsado meticulosos estudios sobre el origen de algunos fenómenos peculiares que estratégicamente han encontrado su *humus* en la pequeña área meridional. En esta línea investigadora es necesario recordar su obra ensayística que demuestra el ininterrumpido *file rouge* político que acerca los escritos de Rispoli, deseosa de dinamizar la insulsa o a veces inexistente opinión pública regional y la crítica intelectual, a menudo ausente o unilateral en las aproximativas y escasas reconstrucciones históricas regionales, que a su vez han determinado representaciones de la identidad impropias y arbitrarias. Si es cierto que todos los géneros literarios cultivados por la autora, incluida la novela con la que alcanza un discreto éxito en su momento, presentan un claro mensaje civil, con descripciones de costumbres y sucesos del día a día, es indudable también que corresponde al ensayo la tarea de brindarnos una imagen social más verídica o al menos más cercana a su efectiva situación. Pensemos en el ensayo publicado en 1962, *Uomini oscuri del Mezzogiorno nel Risorgimento*, donde con total conciencia y esmerada atención presenta de nuevo un marco histórico meridional, perfilado a través de un lenguaje sostenido y riguroso sin desembocar en lo prosaico o en el folklorismo que a veces divisan sus obras juveniles³³. Así,

33 Sobre el pintoresco y corrosivo costumbrismo de Carolina Rispoli véase De Pilato, (1922); en concreto, lejos de vituperar el folklorismo literario, el jurista y crítico nunca

además de la emotiva dedicatoria materna y del homenaje que Rispoli hace a su familia, ya que en algunos casos, en el libro se enfatiza la aportación teórica ofrecida por algunos antepasados suyos para la progresiva democratización de algunas áreas del Mediodía italiano, en ello domina un léxico sobrio y un tono periodístico adecuados para un racional examen de los acontecimientos históricos, gracias a los cuales sondear aspectos antropológicos autóctonos, que en cierto modo son a la vez premisa y materialización de los mismos. Se podría pensar que el ensayo de Rispoli resalta uno de sus métodos de investigación regionales, basado en la fenomenología que revaloriza la intencionalidad de los hechos puesto que estos no suelen ser ajenos e independientes a la voluntad del hombre y a concretos factores motivacionales que la determinan³⁴. De ahí, va analizado el fenómeno meridional y de Basilicata del “brigantaggio” (bandolerismo), adecuadamente contextualizado, en el que son localizables tendencias del comportamiento y de la sociología del habitante del lugar. Justo mediante la técnica de Rispoli centrada en la unicidad de los procesos investigativos hermenéuticos, el bandolerismo se eleva a símbolo regional y por tanto se convierte en objeto de estudio recurrente en muchas de sus obras con todas sus controvertidas facetas. Procede recordar que la aparición de los bandidos en Basilicata, como en el resto del Mediodía (Calabria, Campania y Apulia) más allá de las antitéticas interpretaciones historiográficas aún existentes³⁵, se agrava a la inmediata

ocultó su apreciación hacia la obra de la autora lucana, exaltando su maestría narrativa, sus pinceladas de color con las que describe e interpreta viva y sagazmente la efectiva realidad social de la Basilicata de entreguerras.

34 Sobre la presencia y la influencia de la fenomenología hermenéutica como válido método de investigación social, que una autodidacta y pionera Rispoli adoptó ya en sus novelas y ensayos, resulta decisiva la aportación del filósofo alemán Martin Heidegger (1889-1976). Como base teórica puede ser útil consultar el libro de de Lara López, (2011) en el que se condensa el pensamiento de Heidegger y la efectividad del principio fenomenológico para una profunda interpretación de hechos y acontecimientos de todo tipo, incluso de los que pertenecen a la vida cotidiana para acercarse y mejor comprender la realidad de un pueblo con sus circunstancias, carencias, intenciones y deseos.

35 Acerca del llamado “brigantaggio”, definible como un bandolerismo eminentemente rural y meridional, violento, dotado de una discreta organización, se ha generado una extensa y contradictoria crítica interpretativa y literaria de estudiosos e historiadores. Para

proclamación de la Unidad italiana en el marzo de 1861 que pese a los plebiscitarios consensos en las deprimidas áreas meridionales, dejan al descubierto una fisura social entre el Reino de Piamonte, fautor y protagonista interesado de la unificación nacional y el sur borbónico que asiste pasivamente, o incluso de mala gana, a dicho proceso impositivo de conquista militar y económica³⁶.

Sin embargo, la autora en su ensayo muestra un equilibrio y una objetividad de análisis al juzgar el contradictorio fenómeno del bandolerismo que entre rebeliones y represiones hizo registrar miles de heridos y víctimas mortales sólo en la comarca de Melfi entre hombres de la tropa, civiles y bandidos y a falta de cifras oficiales, es probable que el balance total presente datos bastante más graves, induciendo Rispoli a no subestimarlos, independientemente de su etiología de fondo. Más bien, ello se convierte en prueba flagrante de la incurable división local entre la población, de la que es más fácil explicar la nefasta disgregación del tejido social, dividido y ulteriormente debilitado respecto a otras realidades geográficas nacionales.

El bandolerismo post unitario, por lo general es definible como una forma de bandidaje armado y organizado, caracterizado por acciones violentas con el fin de la depredación y extorsión que en el caso de Basilicata, en cambio, se tiñe de implicaciones insurreccionalistas, fomentado por determinadas circunstancias políticas y sociales, no exento de presuntas manipulaciones clericales y de familias nobles con notable peso en el territorio local, encauzando el descontento y la desesperada miseria de la población para defender causas no siempre percibidas como prioritarias por

sintetizar las diferentes posturas intelectuales sobre el todavía debatido fenómeno italiano y las reales responsabilidades del mismo, pueden resultar explicativos los siguientes trabajos: De Matteo (2000); Pedio (1997); Nigro (2006); Pappalardo (2004).

36 Si se considera la historiografía italiana sobre el proceso de unificación nacional, cabe señalar las numerosas y cada vez más heterogéneas y discordantes obras que en algunos casos abogan por un evidente revisionismo “risorgimentale”, considerando la Unidad de Italia como el resultado de una encubierta y manipulada colonización y explotación de los Saboyas hacia el Mediodía italiano. En esta última óptica se insertan los trabajos de Servidio (2002) y Guida-Di Fiore (2007).

los mismos combatientes. Se trataba mayormente de campesinos, obreros y desertores que, en el imaginario colectivo popular, que a menudo, ensalzaba sus luchas como si fueran hazañas, se veían como paladines de libertad y justicia contra los abusos del nuevo estado italiano y como defensores de los débiles, recibiendo en muchos casos un apoyo logístico, consensos y simpatías que en numerosos casos eran el resultado del terror, suscitado por ellos mismos.

En la obra de Carolina Rispoli el bandolerismo se convierte en un instrumento útil con el que resaltar los principales rasgos de una región pacífica y retrógrada, habitada por amplias masas populares pobres, donde la miseria y la ignorancia facilitan su adhesión a un proyecto que habría tenido que redistribuir la riqueza y las tierras de manera equitativa. En realidad, dicho fenómeno tan tangible en los ensayos y en la narrativa de Rispoli, aunque con sus pequeñas discrepancias, constituye un válido pretexto con el cual la autora brinda su visión histórica regional, y contribuye a forjar una efectiva conciencia moral, imprescindible para el desarrollo de su Basilicata.

Pues, el bandolerismo reitera el nexo particular-general tan habitual en las páginas de Carolina Rispoli y la relación de interdependencia existente entre lo local y lo global, demostrando que su literatura, eminentemente dirigida al contexto regional, abarca un campo de acción bastante más amplio, revistiendo una trascendencia suprarregional, otorgando modernidad absoluta a sus trabajos. La envergadura nacional del bandolerismo en Rispoli es evidente si se consideran las varias revisiones historiográficas que a menudo definen como una ejemplar resistencia hacia el neonato estado italiano, reo de haber colonizado el sur, explotando sus recursos y limitando su capacidad productiva y económica, cuyo único fin habría sido confiscar territorios y riquezas meridionales para sanear el déficit público del Reino piemontés. Siguiendo esta línea interpretativa no es nada arriesgado asociar la aparición del bandolerismo a una reacción contra la coercitiva y perjudicial *piamontización*³⁷ contra un Mediodía italiano escéptico y reacio hacia

37 Véase la obra de Alianello (2010) y sobre todo el ensayo de Clark (2006) donde queda

una unidad nacional, percibida como una política expansionista que desconocía o ignoraba los problemas reales meridionales o incluso los agravaba. A esta percepción negativa contribuyen una serie de medidas estatales impopulares como el endurecimiento fiscal³⁸, la creación de la Jefatura y la gran desilusión por la incumplida repartición de los latifundios que, por el contrario, crecieron considerablemente a partir de 1861 en virtud de la venta de los bienes eclesiásticos a los grandes terratenientes. La economía regional se vio gravemente perjudicada por la prohibición de pastar lo que doblegaba al pastoreo y al único sector pujante.

La eclosión del bandolerismo resulta un movimiento muy heterogéneo y reaccionario hacia la nueva realidad estatal, impuesta desde arriba y sostenida exclusivamente por las clases pudientes, las élites y las oligarquías locales, que tendían a salvaguardar los intereses personales. Por lo tanto era vista por la población como algo ajeno, lejano, o incluso como una potencia enemiga y amenazadora, indiferente a sus necesidades cotidianas y a su arraigada insatisfacción.

No debe extrañar entonces que las agitaciones se dirigieran tanto contra la hegemonía piemontesa, respaldadas por la Iglesia y por ex garibaldinos, decepcionados con el nuevo estado unitario y por los comités filo borbónicos más o menos coordinados con la finalidad de expulsar a los invasores saboyanos. De esta forma, aunque no siempre conscientes, los bandidos de Basilicata, encabezados por el cabecilla Carmine Crocco³⁹, un campesino astuto y despiadado, se convierten en los más valientes aliados borbónicos para la vuelta

patente el descontento y la frustración que causaría la unidad nacional a las poblaciones meridionales que lejos de entusiasmarse y creer en un proyecto unitario y patriótico, la consideraron como un deliberado, egoísta y violento proceso de “piamontización”, indiferente hacia las problemáticas de las zonas desfavorecidas de Italia.

38 Véase la obra del profesor Palermo (2000) para un análisis general sobre la política fiscal del nuevo Gobierno de Piemonte y la impopular tasación indirecta que gravaba sobre todo en las ya escasas finanzas de las clases humildes que paralizaba el crecimiento y el desarrollo meridional.

39 Sobre la mítica figura de Carmine Crocco, muy temido cabecilla del bandolerismo lucano más activo y organizado se señala el interesante trabajo del escritor Del Zio (1903).

de Francisco II, último rey de Nápoles, huido en exilio hacia Roma, comparables con un auténtico ejército de resistencia.

Basilicata, como enfatiza el ensayo de Rispoli, se convierte en el más cruento teatro de batalla, donde el bandolerismo registra esperanzadoras victorias en varios pueblos, tanto que parte de la población y de los políticos pensaban en una posible restauración borbónica que alimentaba el entusiasmo entre las clases más desfavorecidas del interior de la región, entre los cuales la figura del bandido que ahora más que nunca se consideraba como un héroe justiciero, contra las iniquidades del gobierno central o en todo caso se veía como un hombre intrépido y honrado. Algunos estudiosos y políticos italianos del fenómeno como Massara y Castagnola⁴⁰ parecen explicitar el pensamiento de Carolina Rispoli al relativizar la epopeya bandolera, desmitificándola drásticamente: “Ante los ojos de la plebe meridional, repleta de imaginación y atormentada por las privaciones, el bandido parece una cosa muy distinta de la que realmente es; delante de la chusma se transforma, se convierte en un ser fantástico, símbolo de sus obstaculizadas aspiraciones, el vengador de sus injusticias. Es la propia leyenda la que alimenta la tradición del bandolerismo” (Massari-Castagnola, 1963: 20-21). La escritora melfitana, de hecho, opta por una lectura del fenómeno preponderantemente de corte realista, despojado así de edulcoradas exaltaciones autonomistas, deteniéndose en el cinismo feroz de sus bárbaros intérpretes y en las salvajes acciones intimidatorias que sembraron pánico y desorden en numerosos pueblos de la montaña, donde básicamente las víctimas por excelencia eran los caballeros liberales y los nobles.

Los bandoleros se describen como delincuentes forajidos, artífices de crueles homicidios, robos, secuestros y chantajes entre

40 Massari y Castagnola fueron dos diputados que dieron eco a algunos de los problemas del Mediodía italiano; resulta muy esclarecedora su investigación sobre el bandolerismo meridional postunitario (1963) y la visión ofrecida del mismo, analizada desde el punto de vista campesino o de las clases rurales, donde el bandido adquiriría una trascendencia simbólica, portadora de justicia y libertad frente a la cicatería interesada de los piemonteses.

las zonas rurales y los bosques donde se movían desenvueltos, aunque con cautela. La pequeña ciudad de Melfi, en marzo de 1863 había sido escenario de sevicias y masacres perpetradas por bandoleros sin escrúpulos contra un pelotón militar y, dos años antes es un conocido mercader local, Giambattista Rispoli quien conoce toda su brutalidad, perjudicado con una extorsión, insensible incluso ante la presencia de su mujer y su bebé. El libro de Rispoli resalta la continua tensión que se respiraba en los pequeños y grandes centros, donde el comercio se resintió notablemente y los frecuentes saqueos padecidos por los dueños de fincas y empresas agrícolas que socavaba la ya tenue confianza institucional de los meridionales de Basilicata.

En síntesis, con ello, la autora relega el bandolerismo al ámbito de la crónica negra local, sin alguna manipulación poética o idealización, aunque indirecta, en la que notar potenciales ideologías y valores regionales como se lo imaginan al contrario otros historiadores y críticos literarios. La sola incontrovertible unanimidad reconocida por los estudiosos atañe la fuerte represión con la proclamación del estado de asedio y la aplicación de la famosa ley Pica⁴¹, en el bienio 1863-1865 que implica un elevado número de soldados del ejército italiano, capitaneado por el general Pallavicini.

De este modo, las páginas de Rispoli nos ofrecen un precioso testimonio sobre una fase muy delicada y aún no del todo conocida de la historia meridional italiana. Por ejemplo, se hace hincapié en la busca y captura indistinta de bandidos como también de los que eran sospechosos de pertenecer a las filas del bandolerismo o que

41 La violenta y represiva acción del gobierno unitario que comenzó en realidad ya en el verano del año 1862 queda bien reflejada en el libro del historiador D'Addio (1996), recalcando de un lado la inaudita facilidad y de otro la intencional brutalidad con la que la tristemente célebre ley Pica, empezó a aplicarse de forma efectiva en agosto de 1863. En lo específico, todos los presos preventivos sobre los que caía la acusación de bandolerismo, o recaía la simple sospecha de rebeldía, complicidad y/o encubrimiento directo o indirecto, venían justiciados por el ejército sin ninguna posibilidad de apelación. La ley además suspendía todo tipo de derechos y garantías constitucionales, llevando así a todos los sospechados de bandolerismo a los tribunales militares sin pasar por los tribunales civiles.

colaboraban con ellas. Cabe destacar que mientras tanto se produce una multiplicación de las recompensas y sobornos, que fomentaban la aparición de espías y arrepentidos, y se instituye el arresto domiciliario; en fin, toda esta serie de medidas extraordinarias logran eliminar a las bandas más temidas. La última región meridional en rendirse es justo Basilicata, donde los bandidos, además, encuentran en su geografía, caracterizada por abruptas zonas montañosas y bosques tupidos, su hábitat natural que explica el peculiar método de lucha empleado, basado en la guerrilla con rápidos asaltos e improvisas retiradas, a pie o a caballo cerca de guaridas y escondites insospechables.

El ensayo de Rispoli proporciona un análisis del fenómeno en cuestión bastante completo y animado por la voluntad de individuar un nexo, nada casual, entre la aparición del bandolerismo y la realidad físico-orográfica regional que, sumada a la pésima red de carreteras y de ferrocarril, hacía de Basilicata una tierra inaccesible y olvidada, donde la mayor parte de los pueblos no disponían de carreteras transitables. Las pocas áreas no infestadas por la malaria o sin impenetrables forestas, presentaban terrenos baldíos y abandonados, bañados por ríos sin muros de contención y desprovistos de puentes. Los pueblos en ruinas, ubicados a una distancia considerable e incluso aquellos más cercanos estaban bastante aislados entre ellos, separados por valles profundos, accidentados y quebradizos y elevadas montañas, diseminadas de barrancos y cavernas que a menudo, se convertían en guaridas ideales para los bandidos.

La escritora propone una valoración global de la endémica aparición y del enraizamiento del mismo de tipo técnico, acompañado de reflexiones sobre la grave crisis social y estructural de una región que respecto al resto de Italia y del Mediodía, debía su atraso cultural y económico al dramático y anacrónico aislamiento que además obstaculizaba cada intento de comunicación incluso con las regiones cercanas.

La dedicación literaria de Rispoli regala intensas páginas a la situación de Basilicata, macro objetivo alrededor del cual se despliegan trama, anécdotas y personajes, con una sensata y

comedida denuncia. Así, la sangrienta experiencia del bandolerismo ejerce el papel de útil elemento expositivo sobre las problemáticas regionales, reclamando más atenciones y tempestivas intervenciones por el parlamento nacional. Ahora, es más lógico justificar la falta de revisionismo de Rispoli acerca de la polémica *querelle* sobre la hermenéutica del bandolerismo meridional, bien consciente de las desastrosas condiciones socio económicas, preexistentes a la mencionada insurrección.

Del libro, se puede deducir que la Unidad italiana, aun con sus potenciales esperanzas y expectativas mesiánicas en las áreas meridionales más pobres, solo había hecho salir a la luz y hacer de dominio público lo que únicamente desconocían las poblaciones del norte italiano. Si por un lado la mayor presión fiscal y el obligatorio servicio militar causaron una ulterior irritación en dichas áreas, por otro no hay que olvidar que las masas campesinas no podían hacer gala de un mejor *status* durante la época borbónica. Al contrario, imperaba una miseria de fondo y una ignorancia debida en gran medida al aislamiento, provocado como ya se ha especificado por una mala o inexistente red viaria⁴², que solía desembocar en infructuosas supersticiones. Los escritos de Carolina Rispoli, además son de asombrosa actualidad ya que, a menudo hacen alusión a los pueblos del interior de Basilicata, contruidos en lugares físicos inseguros, de suelos arcillosos, en constante alerta por desmoronamientos y derrumbes y que exigían importantes trabajos para el control de las cuencas hidrográficas, corregir los cursos del agua y detener el desprendimiento de las pendientes montañosas. La agricultura en la

42 En cuanto al aislamiento geográfico de Basilicata, cabe recordar que fue una de las causas principales del atraso y del subdesarrollo regional; sin embargo, es preciso recalcar el compromiso y el esfuerzo constante de Del Zio, ilustre y olvidado conciudadano de Carolina Rispoli, diputado hasta el 1880 y senador desde 1891 para la puesta en marcha y la consecuente realización de la primera red de ferrocarril en su tierra. Véase los dos trabajos del periodista Cacciatore (1997) y (2001) donde por un lado se denuncia la ausencia de infraestructuras modernas o su ineficiencia y por otro se subraya el papel decisivo de Del Zio, dinamizador de la deprimida y aislada realidad lucana, siendo promotor de numerosas luchas políticas, finalizadas a denunciar el abandono de su Basilicata y a reclamar la necesidad de contar con la primera vía férrea, impulsando así su estancada vida económica y cultural.

que se sustentaba la pobre economía regional necesitaba medios y superficies mejores, ya que las tierras del litoral, destinadas al cultivo se veían perjudicadas por un clima árido y precisaban limpiezas para contrastar la malaria, verdadera llaga de las pantanosas áreas de varias comarcas.

En *Uomini oscuri del Mezzogiorno nel Risorgimento*, más bien, Carolina Rispoli, hace hincapié en la progresiva presión ejercida por los políticos locales para sensibilizar en ámbito parlamentario al gobierno italiano sobre el inaceptable subdesarrollo de las regiones meridionales y en lo específico de su Basilicata. Por tanto, la visión de la autora con respecto a la Unidad nacional y a sus repercusiones sobre las pésimas condiciones en las que se hallaba su tierra, es, pese a todo, positiva y optimista como recalca en su prosa poco ficticia, gracias a las investigaciones y a los análisis promovidos y difundidos por brillantes intelectuales, políticos e historiadores, empezando, como se ha enfatizado ya, por Giustino Fortunato⁴³, incansable defensor de Basilicata y del Mediodía. Ante todo, el sur de Italia, por primera vez había tenido la oportunidad de relacionarse con el resto de la península, más desarrollada, beneficiándose, aunque indirectamente de la confrontación y aportación de ideas de una cultura más avanzada, abierta y democrática. De este modo, gracias al choque con la más próspera realidad del norte, se había podido comprender a fondo la terrible cuestión meridional, o para citar una expresión del senador Fortunato la existencia de “dos Italias” con la necesidad de oportunas medidas de tipo político y socio económico, destinadas a reducir la brecha y favorecer la problemática integración del Mediodía en el nuevo estado unitario.

43 Cabe especificar que tanto los ensayos como la prosa de Carolina Rispoli, absorben buena parte de las enseñanzas y teorías del distinguido político Giustino Fortunato al que hay que reconocer el mérito de haber denunciado por primera vez en sede parlamentaria, el dualismo territorial entre norte y sur de Italia, solo en parte debido a la infausta natura climática y topográfica del Mediodía. De hecho, en las páginas narrativas de Rispoli, siguiendo la agudeza mental y la integridad intelectual del senador, el origen de su pesimismo sobre el presente y el futuro de su tierra es síntesis del justificado victimismo anti Saboya a la que se acompaña también una sutil como razonada autocrítica sobre la inacción de sus habitantes.

Los primeros beneficios tangibles afectaron a la vida cultural, hasta entonces estancada o casi inexistente, mediante la circulación de las primeras revistas y periódicos locales con la apertura de un discreto número de tipografías que estimularon investigaciones históricas de eruditos y folkloristas, que a menudo buscaban descubrir la identidad local. Empezaba de este modo a perfilarse una idea de Basilicata con todas sus peculiaridades, presentadas así a la atención nacional, aunque las soluciones a las distintas anomalías no siempre han sido rápidas y eficaces. Sin embargo la más concreta ventaja cultural en una región que en 1861 registraba una tasa de analfabetismo del 91,20%, se ha verificado a través de la difusión en todo el territorio italiano de la llamada “Legge Casati”, que había reglamentado el funcionamiento de las escuelas en Piamonte, mediante la que el gobernador de Basilicata De Rolland pudo pedir la apertura de escuelas nocturnas, operativas también y sobre todo en los días festivos, a las que podían acudir gratuitamente los jóvenes trabajadores que la extrema pobreza de sus familias, ocupaba en agotadoras actividades agrícolas y ganaderas durante la semana. Asimismo, para cada ayuntamiento, independientemente de su censo se hizo obligatoria la creación de una escuela primaria para chicos, de duración mínima bienal. Así, en el año de la Unidad de Italia, Basilicata contaba con más de doscientas escuelas primaria públicas y con un constante incremento de colegios de enseñanzas medias y superiores, demostrando que, tras la unificación nacional, al menos la cultura regional, lejos de ser descuidada, ha sido considerablemente implementada⁴⁴.

44 Para un estudio general sobre la situación cultural en Basilicata desde la unificación nacional hasta la primera mitad del siglo XX muy significativos resultan los ensayos de los políticos Zanotti-Bianco, (1926) y Salvemini, (1966) donde ambos ponen de manifiesto la escasez cualitativa y cuantitativa de recursos, estructuras públicas e iniciativas en ámbito educativo regional que explican al menos en parte el alto nivel de analfabetismo meridional y más concretamente lucano. Otra obra clave, es la del estudioso meridional Russo, (2005) en el que además se recalca el peso de la educación escolar; el autor relaciona la básica y mejorable instrucción regional con la peculiar sociabilidad de los ciudadanos locales. Sin embargo, el escritor pretende subrayar también los efectos positivos de la ley Credaro n.487 del 4 de junio de 1911 que centralizó y mejoró la estructura de la escuela primaria, cuyo funcionamiento y mantenimiento ya no dependía de los insolventes ayuntamientos

3. Estilo, fuentes y originalidad en la prosa de C. Rispoli

La producción narrativa de Carolina Rispoli merecería mayor fortuna y difusión no solo por su capacidad de hacer literatura desde la incómoda y complicada periferia de Basilicata, sino también por haber demostrado la trascendente singularidad de la literatura regional, partiendo desde el peldaño aparentemente más bajo, desde la insulsa provincia sureña italiana y contribuyendo a reconsiderar sobre la posibilidad de utilizar un nuevo enfoque literario humilde y directo, enriquecido por las reveladoras aportaciones de las ciencias sociales que inspiran y confieren personalidad a sus páginas.

Desde hace algún tiempo, además, se ha empezado a reconocer la válida oportunidad de un estudio regional de la literatura italiana para recorrerla desde la descuidada periferia⁴⁵. La obra narrativa de Rispoli, se ha revelado pionera si se considera su intencional redescubrimiento de estratos de cultura, mantenidos en la sombra y estimados como secundarios por la literatura oficial y ha sabido desprender valor y valores regionales, superando el efímero localismo o las veleidosas finalidades celebrativas, dejando entrever el sincero esfuerzo y el empeño de reconocer interacciones e intersecciones con el discurso nacional, respetando las específicas peculiaridades de la pequeña Basilicata.

La presencia de Rispoli en el panorama literario supone una original conjunción entre lo regional y lo nacional; pone de relieve

sureños. Aún más atrás se dirige el trabajo del ya mencionado crítico literario Caserta (1995) analiza de manera compendiosa el nivel cultural y educativo lucano, notando que ya inmediatamente después de la vituperada unidad italiana, Basilicata registro un progresivo y sensible avance educativo y sociocultural, gracias a una serie de leyes y medidas (como la citada Ley Casati aprobada por real decreto n. 3725 que introdujo la obligatoriedad de la enseñanza y la estatalizó), aptas a elevar el nivel de instrucción regional mediante un incremento numérico de centros educativos y de lugares e iniciativas culturales.

45 Sobre la fundamental aportación de la cultura local y su provechosa relación con la cultura nacional véase la introducción del crítico Dell'Aquila en Nigro (1978) y sobre todo del académico Dionisotti, (1999) sobre la revalorización de la riqueza de la literatura local con sus matices y su perspectiva, lejos de fanatismos y antagónicos regionalismos, equilibrando paradójicamente la visión unitaria italiana mediante un filtro regional, útil a una más completa comprensión nacional.

la búsqueda de un nuevo equilibrio de modelos entre continuidad y renovación, expresada e inducida por la aparición y la sucesiva afirmación de un movimiento verista que en su tierra natal se tiñe de rasgos aún más distintivos e identificativos. En esta perspectiva, los libros de la melfitana, cargados de connotaciones morales y culturales, mediante descripciones de símbolos evocadores, parece observar la realidad regional con un acercamiento que se sirve de un innegable realismo sociológico y de un propio psicologismo asistemático que representa su valor añadido, otorgándole sensorialidad y embelleciéndola a la vez. Su prosa resulta exhaustiva, compleja y moderna porque logra reunir la dimensión objetiva, a través de una racional y meticulosa narración de situaciones y ambientes de la gente de provincia, observada de forma esmerada en su vida familiar y social, con la más íntima dimensión subjetiva, gracias a la que contextualiza su arte interpretativo, expresando su visión que oscila provechosamente entre adhesión y distancia, entre piadosa coparticipación y fría capacidad analítica. En ella se puede reconocer un prolífico nexo entre la propagación de la poética verista, basada en la representación científica de la realidad social y la creciente necesidad ética de estudiar el aterrador deterioro cívico y cultural y el atraso local que se funden de manera ejemplar en sus páginas.

De hecho, el compromiso cívico y feminista representan sin duda los dos polos principales entre los cuales se desarrolla y se justifica la trayectoria literaria de Rispoli. Es interesante notar que dichas finalidades, intrínsecas a su escritura, germinan alrededor de su *focus* privilegiado, constituido por el ambiente de la provincia de Potenza entre finales del siglo XIX y principios del XX. No en balde, ya desde su primera obra, *Lotta Elettorale*, entre las diferentes temáticas abarcadas, destaca el permanente escenario provinciano, fondo del que se despliegan las historias de sus narraciones, llegando a cumplir, a menudo, el papel de un personaje más de las misma en la economía del texto.

Sin embargo, la novela es el género literario preferido por Rispoli. Es el medio ideal con el que poder expresar con detallada sutileza sus polémicas y su respetuoso inconformismo hacia la extemporánea mentalidad de provincia, perfectamente reflejada

en la incongruente y terrible condición de la mujer, describiendo dolores y esperanzas de humildes chicas soñadoras, aplastadas en la mayoría de los casos por el propio inmovilismo y conservadurismo tan típicos y arraigados en el contexto provincial. Es fácil suponer que para ella la novela, en virtud de su heterogeneidad estructural y temática, fuera el instrumento más oportuno para transmitir sus reflexiones sobre los acontecimientos, las tradiciones y la identidad local. La novela de Rispoli, en todo caso, por contenido y forma se presenta irreductible a restrictivas y excluyentes etiquetas que reducirían el beneficioso pluralismo de técnicas y áreas de interés e investigación sobre los que se centra la autora melfitana.

Así, es posible que en la misma obra se aprecien elementos definitorios de la novela histórica, como la de costumbre y de formación, ligados por una coherente y provechosa relación de causa y efecto. En cambio, por lo que atañe a las fuentes inspiradoras, la producción de Carolina Rispoli muestra una heterogeneidad de motivos más limitada, básicamente derivados de la pequeña y omnipresente ciudad de Melfi⁴⁶ y por extensión conceptual, a la provincia meridional italiana con su estilo de vida primitivo, ajeno todavía a la modernidad y al progreso que caracterizaba ya buena parte de la península y de Europa.

El eclecticismo narrativo, por el contrario, concierne al nivel estilístico-metodológico, ya que, sus novelas describen ambientes, sucesos y personajes en clave verista-regionalista pero con un evidente valor histórico que le consiente superar los angostos límites del provincianismo literario. En ellas, la imagen y la representación de la austera y salvaje Basilicata se construye también mediante refinados análisis introspectivos de desafortunadas chiquillas, cuyo perfil psicológico sintetiza la previsible vida de provincia. En las páginas de Rispoli incluso el estilo y el lenguaje empleados parecen adquirir estudiados matices lexicales con el que se comunica al

46 Sobre las temáticas y los escenarios recurrentes en la prosa de Carolina Rispoli, véase el trabajo del poeta y escritor Gastaldi, Gastaldi, (1936: 511); aquí el crítico milanés hace referencia a la obra narrativa de Rispoli, apreciando la originalidad y el valor con los que describe las tradiciones y la mentalidad de su Melfi natal, lugar privilegiado y constante para sus sagaces reflexiones feministas y para la ambientación de sus novelas.

lector el extenuante trabajo interior de las conciencias femeninas, así como el deseo de modificar normas vetustas preestablecidas, frecuente causa de tribulaciones, sobresaltos y sufrimientos anímicos de pacientes mujerzuelas.

La autora de Melfi, salvo raras excepciones, prefiere encomendar sus tesis acerca del estadio cultural de la provincia meridional a una prosa clara, fresca, con una trama sencilla y esencial, donde registra acciones y situaciones del día a día, DE la intimidad familiar, ofreciéndonos sugestivas ideas y sugerencias etnológicas a través de las cuales se vislumbra la marginalidad de la mujer, los antiguos valores ligados a la tierra, la influencia del estatus de la familia y las normas vacuas de un mundillo estancado conforme al tradicionalismo y al continuismo social. Posiblemente sea la agilidad de su prosa lo que permite una inmersión total en la atmósfera provinciana y que legitima la onerosa comparación con Grazia Deledda⁴⁷, certificada ya en la entusiasta presentación que la escritora Sofia Bisi Albini hizo de su primera obra. Lejos de complacientes pretensiones artísticas y de excesivos virtuosismos estilísticos, en ambas se puede apreciar un uso moderno de la lengua fluido y exento de redundancias. A diferencia del verismo militante, estas reducen el uso de expresiones y vocablos dialectales, usados solo para obligadas referencias onomásticas y toponomásticas, adecuándose a las directrices unitarias nacionales. Como Deledda, también Carolina Rispoli se deja inspirar poéticamente por su ciudad natal, escenario favorito y permanente de donde nacen y se

47 Grazia Deledda fue una ilustre escritora italiana nacida en Nuoro (Cerdeña) en 1871 en una familia numerosa y religiosa. En lo narrativo cabe destacar el desgarrador decadentismo con el que abarca y trata personajes y lugares de su isla, así como un evidente influjo “verista”, prefiriendo retratar a individuos y situaciones reales que originan tramas sórdidas protagonizadas por las clases sociales medio-bajas, descritas minuciosamente en su contexto cerrado y arcaico donde sin embargo dominan todavía unos valores antiguos y una sencillez primitiva. Más allá de las etiquetas, la prosa de Deledda, galardonada por un histórico Premio Nobel de Literatura en 1926, ya que fue la primera escritora italiana en recibirlo, presenta rasgos muy propios y un vínculo muy arraigado entre ambiente y personas de su áspera Cerdeña de principios del siglo XX. Entre la copiosa bibliografía sobre la vida y la obra de Grazia Deledda, señalamos Piromalli, *Grazia Deledda*, (1968); Miccinesi (1975) y Casula (2006).

desarrollan sus historias, con un regionalismo *sui generis*. Ambas insisten en el carácter conservador y casi inalterable de hábitos y costumbres, incluyendo las perniciosas creencias de las respectivas poblaciones del interior provincial. De ahí, se entienden los numerosos pasos de sus novelas que, al igual que los de la más célebre Grazia Deledda, siguiendo una línea étnica y socio antropológica acercan los paisajes a los personajes, a veces tipificados capaces de vehicular tradiciones, comportamientos y pensamientos locales. Otra afinidad presente en las novelas de Rispoli, proviene con toda probabilidad de la influencia y de la narrativa de Deledda, atañe el redescubrimiento literario del Mediodía italiano, de su *background* social, histórico y cultural, no sin ciertas contradicciones entre realidad y representación narrativa. No debe sorprender la presencia constante de la provincia meridional en la obra de la melfitana, verdadero motor y motivo conductor de la misma, evidente desde su comienzo literario. Hasta en su novela *Il tronco e l'edera*, donde la provincia meridional deja paso a la ciudad, en realidad, Rispoli parece servirse de la técnica del contraste, mostrando su falta de sintonía con el tejido urbano, inicialmente idealizado por un joven capitán, que finalmente advierte una nostálgica necesidad de volver a la serena sencillez de la vida provincial. Pues, en el imaginario literario de Carolina Rispoli, el pueblo de origen, lejos de representar únicamente una mezquina e hipócrita jaula que obstaculiza todo tipo de acción y de emancipación femenina, simboliza un hito, un puerto seguro y protegido, generando ambigüedad conceptual de su lógica interpretativa. Dicha melancólica esperanza y espera de volver al nido natal es aún más evidente en su última novela, *La torre che non crolla*. Aquí, en efecto, se fortalecen los lazos con la propia realidad que según lo que sugiere la autora no puede ni debe interrumpirse jamás. Esta vez personificado por Luca Rivello, joven y prometedor magistrado melfitano. En lo específico, las distintas ciudades nortañas pisadas y vividas por los vaivenes profesionales del protagonista, sirven de estratégicos expedientes para resaltar ulteriormente, bajo otra luz, su Melfi, casi para comprobar una contraposición entre la ética de provincia y el hibridismo alienante de la moderna sociedad urbana, poetizando la dulce llamada de

sus orígenes y reafirmando la insustituible búsqueda y necesidad de volver a adueñarse de sus propias raíces. Ahora, es más fácil entender la pacífica resignación y la ineluctable fuerza del destino que impide a las jóvenes protagonistas de la narrativa de Rispoli (idénticas también en este aspecto a las de Deledda) reaccionar y protestar enérgicamente contra las injusticias, y las discriminaciones sexistas presentes en sus respectivas regiones de pertenencia.

La escritura de Rispoli, con su sosegado pesimismo, parece tolerar las trasnochadas anomalías de la vetusta provincia meridional, sin ofrecer soluciones concretas o válidas alternativas para los desaventurados y los fracasados que se agolpan en sus obras y hacia los cuales, sin embargo, siente una profunda admiración por la digna ejemplaridad y su inquebrantable fe con la que soportan egoísmo, clasismo y abusos. Más allá de la huella de Deledda, la naturaleza estilística y el tratamiento temático de la autora, parece heredar elementos reconocibles en la producción de otra ilustre escritora italiana, Matilde Serao⁴⁸. En este sentido, un primer rasgo común concierne el gusto por las pintorescas descripciones de personas y ambientes, evocadores del clima provinciano de la época. Además, como Serao, también Rispoli, sobre todo en las novelas juveniles, insiste mucho en el arquetipo femenino, perfilando la figura de la mujer sureña e italiana de principios del siglo XX de la que nos ofrece un retrato poco envidiable, guiado por un atento psicologismo de corte realista que organiza los tristes sentimientos de las mujeres, sus pasiones frustradas que a menudo desembocan

48 Matilde Serao fue una prolífica escritora italiana de renombre; polifacética puesto que se dedicó al periodismo, a la novela, al folleto sentimental y a la crítica literaria. Además, fue la primera mujer italiana en fundar y dirigir un periódico nacional (*Il Mattino* de Nápoles en 1892, que aún hoy sigue siendo el más vendido en el Mediodía italiano). Su intensa y duradera actividad como periodista posiblemente explica algunas de las peculiaridades de su escritura, clara, cercana al lector y a la vez muy rigurosa con una gran capacidad de observación y de descripción de corte realista con las que reconstruye ambientes y personajes. Fue ejemplar su preocupación por describir la vida de mujeres en diferentes esferas y de diferentes clases sociales, así como la degradación humana y profesional que a menudo padecían.

Para un análisis sobre de su trayectoria literaria consúltese Buzzi (1981); Frattarolo (1989) y Porcaro (2013).

en total pasividad y momentáneas consternaciones personales. Obviamente, la mediocre cotidianeidad es otro punto de contacto, donde la mujer es siempre la víctima predestinada que por un lado sufre la rutina existencial, y por otro la insensibilidad de novios y maridos que priorizan lo profesional sobre lo familiar⁴⁹.

3.1 Mujer, matrimonio y provincialismo, principios rectores en la narrativa de Carolina Rispoli

Como ya se ha analizado, en la copiosa producción literaria de Carolina Rispoli, se aprecian unas constantes que de forma directa o indirecta, reaparecen en la casi totalidad de sus obras. Por encima de cualquier otra preocupación, la autora siempre se ha mostrado solidaria hacia la horripilante posición de la mujer meridional, partiendo siempre de la pequeña, pero muy representativa Melfi natal, rincón regional favorito y observatorio creíble para interpretar y reflexionar sobre las discrepancias y desigualdades de alcance nacional y universal como la cuestión meridional y la condición de la mujer.

Su escritura nace en la provincia rural y campesina, inagotable fuente de realidades, mitos y estereotipos locales, pero con proyección nacional.

Desde su estreno literario, con apenas veintitrés años, Rispoli reconstruye el crepuscular panorama de la opaca y cerrada Melfi natal, en la que inserta las penas femeninas. Es hábil en captar y hacer hincapié en el peso del determinismo ambiental que condiciona muchos aspectos de la vida de la comunidad. De hecho, en sus obras, muy a menudo, la obsoleta mentalidad provinciana y pueblerina es la que determina una serie de normas tácitas mucho más comprensivas y permisivas con el hombre, y avaras y estrictas para la mujer local.

49 La influencia y la comparación temática ente Matilde Serao y la obra de Carolina Rispoli se hace más evidente en la novela *La virtù di Cecchina*, publicado en Catania por Giannotta en 1884 puesto que aparecen algunos de los motivos recurrentes en la prosa de la autora lucana: la mediocre y banal cotidianeidad de la mujer, las presiones socio ambientales y el descuido conyugal que padecen los personajes femeninos que por planteamiento y construcción narrativa presentan muchas afinidades con los de Rispoli.

La autora, a través de vibrantes diálogos, ensalza la virtud de perfecta casada de sus jóvenes e indefensas protagonistas, señalando, explícitamente, todas aquellas cualidades indispensables en la época y que cada mujer decente debía tener. Con frecuencia sus novelas hacen referencia a dotes matrimoniales, dotes humanas como la sobriedad y la humildad, y dotes casaderas que sus madres recalcaban en lugares y ceremonias públicas con el desesperado intento de procurarles un buen casamiento; entre estas últimas, como era previsible, se solían destacar aquellas habilidades relacionadas con la realización de tareas domésticas. Haciendo hincapié en estos rasgos, considerados como un don y un atributo innato de la mujer, se esconde la intención de Carolina Rispoli y su indirecta polémica de criticar el insolente machismo que fomentaría dichos parámetros femeninos que, además nos remite a otra faceta patriarcal, como la unánime y descarada preferencia por parte de las parejas locales hacia los hijos varones con respecto a las mujeres. En este sentido, es oportuno recordar la probable incidencia del mísero contexto rural de Basilicata, que exigía disponer desde muy temprana edad de la aportación de mano de obra o en todo caso de herederos capaces de continuar las actividades agrícolas y el oficio del cabeza de familia⁵⁰. Por consiguiente, no debe representar motivo de escándalo la reacción materna cuando lamenta su mala suerte por tener en su familia cinco niñas y tan solo un niño, el único, además al que los padres espolean y le facilitan una paga mensual para emprender una carrera universitaria. Al contrario, a la mujer de provincia no se

50 Un atento estudio sobre la vida y las costumbres de la rural Basilicata di principios de siglo XX es el del antropólogo Bronzini (1986), donde queda patente la realidad y la tradicional mentalidad campesina lucana, responsable de normas, principios éticos y económicos de una región en la que la pobreza determinaba la filosofía de su gente y la manera de vivir. En concreto, el escritor materano evidencia la necesidad familiar de asegurar una continuidad laboral a sus tierras, en la mayoría de los casos modestas huertas, y de satisfacer el innato instinto de supervivencia. De ahí la exigencia de preferir y disponer de varones que desde temprana edad estaban destinados a seguir la sacrificada y dura existencia de los padres; por tanto lejos de considerar el sexo del venidero como un detalle irrelevante, representaba un motivo de crucial importancia para la economía y el destino de la familia.

le consentía y quedaba excluida de recibir una educación superior, ya que, según el pensamiento dominante de la época y del lugar, el campo de acción y de expresión femenino debía limitarse a una función de esposa casera. Así, disimuladamente, con sus novelas Carolina Rispoli parece aludir de manera sagaz, pero con matices polémicos al provincianismo meridional, portador y guardián de un antiguo y arraigado servilismo que ha impedido a la mujer cultivar, educar y exteriorizar su talento, sus insospechadas potencialidades, en nombre de un supuesto orden natural, relegándola a un segundo plano, a la espera del beneplácito de su hombre. Para confirmar esta visión misógina es suficiente subrayar que la inmensa mayoría de las historias de Rispoli se orquestan siempre en el claustro espacial doméstico. La cocina es el lugar por antonomasia donde hallan cabida sus acciones y reflexiones, donde pueden demostrar sus habilidades como ama de casa y donde pasan sus interminables días. Por consiguiente, un enésimo y sobreentendido mensaje que parece comunicar atañe cierta eventual peligrosidad de todo tipo de cultura, puesto que, esta se consideraba superflua o incluso dañina y desestabilizadora ya que podía ejercer en la mujer un perjudicial acicate para hacer carrera y favorecer un dañino camino emancipatorio, eludiendo a su natural vocación.

La escritora, por tanto, no muestra ningún síntoma sorpresivo al notar fragilidad psicológica y falta de autoestima de la mujer de provincia, hecho que, a menudo en sus libros personifica la debilidad, precariedad e inconsistencia autodefensiva, hasta cuando viene menospreciada y ridiculizada por el hombre.

Una vez más es su primera novela, *Chicas casaderas*, de la que nos ocuparemos más detenidamente en el último apartado que evidencia de manera tangible dichas vejaciones, como cuando un personaje masculino, Don Peppino Del Prete, con reprochable arrogancia y desdén, entrando en una discusión sobre los derechos femeninos que justo en esos años luchaban para lograr votar, exigiendo su presencia en la vida pública y política, muestra todo su estupor y contrariedad hacia una reivindicación que desde su óptica machista era absurda ya que las mujeres solo podían valer para cotillear o hacer ganchillo (Rispoli, 1916:175).

De todos modos, es loable la estratégica tempestividad de Rispoli, que desde la aislada y sexista provincia meridional, en tiempos aún prematuros para aquel ancestral lugar, lanza un implícito mensaje a favor del sufragio universal, aunque mediante aparentes frases ofensivas que remarcan la voluntad de las mujeres por participar activamente en la política nacional. Las mujeres de Rispoli, a diferencia de su sabia autora, raramente reflexionan de manera racional sobre su lamentable condición de accesoria y fiel servidora del hombre y toman conciencia de la misma. Sin embargo, el prudente y parco feminismo de la escritora se sirve de un frecuente recurso narrativo para una finalidad concreta: sacudir la conciencia del lector y lo consigue gracias al uso de largos monólogos y de un oportuno discurso libre indirecto en el que son los mismos hombres quienes pronuncian expresiones y frases de autocrítica, y denunciar las problemáticas procedentes del perjudicial machismo sureño que anula todo proyecto de vida futura y preocupa no solo a las jóvenes mujeres en búsqueda de un marido, directamente interesadas, sino también a sus respectivos padres y hermanos, que reconocen así la debilidad y la imposible autonomía de la mujer. Resulta muy emblemático el lastimero monólogo de Gaetano Forgiuele, que sintetiza la preocupación común de todos los padres de la provincia rural meridional:

E quelle femmine, almeno l'uomo può muoversi, può agire, può lavorare, può aprirsi una strada, qualunque essa sia, a qualunque costo; ma le femmine, quelle povere ragazze, allevate nella tranquillità, rigida e monotona della famiglia, incapaci di lavoro e di lotta, inesperte della vita, tirata su solo per la famiglia e pel matrimonio, quale sarebbe stato il destino di quelle ragazze se non si fossero maritate? Povere anime sperdute, povere anime abbandonate, poveri esseri deboli (Rispoli, 1916:209).

Entonces es evidente cuál podría ser el origen de todas las delicadezas y limitaciones femeninas, y cuáles las principales congojas que afligían sus vidas y la de sus familias.

Así, en pocas líneas, la autora derrumba elegantemente el atávico y nefasto patriarcado meridional que se hallaba y se manifestaba cómodamente en Basilicata; se distancia de él y parece considerarlo, aunque siempre de forma sutil y evasiva como el responsable que ha comprometido a las mujeres a formar y a afirmar su propia personalidad y sus capacidades para luego ponerlas a su servicio y al de la comunidad. Dichas coerciones ambientales y exclusivismos masculinos perjudicaban ulteriormente el ya escaso civismo y progreso social de una región que a comienzos del siglo XX presentaba una alarmante involución histórica, al menos en parte atribuible a la ausencia de participación de la mujer en procesos civiles.

En general, sus novelas ponen en evidencia la necesidad de las analfabetas e inermes mujeres de la provincia de evadirse de la perniciosa realidad local, de soñar con su liberación personal, con un ascenso socioeconómico, a menudo identificados en el matrimonio que determinaba una compulsiva y vital búsqueda nupcial⁵¹.

La producción narrativa de Carolina Rispoli releva cada detalle que caracteriza esta espasmódica y estresante búsqueda conyugal que pisotea su orgullo y su dignidad ya que, sus personajes femeninos a menudo se doblegan ante los potenciales novios, dispuestas a extenuantes esperas que desgastan su juventud, esperando encontrar una nueva condición y situación familiar para garantizarse esa seguridad y bienestar que solas no pueden alcanzar. El matrimonio es la única meta anhelada por las humildes y pacientes chicas de

51 La centralidad y la precocidad del matrimonio en la sociedad lucana, aún más evidente sobre todo entre las mujeres ha sido uno de los datos más incontrovertibles de una investigación parlamentaria que intentaba conocer de cerca las condiciones de los habitantes de las áreas rurales en el Mediodía italiano. A este propósito véase Mortara (1910) donde se indican las posibles y distintas causas de dicha obsesión matrimonial. A la base de la idealización radicaban motivos peculiares; por ejemplo, es interesante notar que Basilicata era la región italiana con una presencia nula de prostitución, bien por la estricta y vigente moral cristiana, bien por otras razones puntuales como el aislamiento geográfico-cultural o la ausencia de grandes ciudades; todo esto según Mortara impedía a las mujeres poder satisfacer sus legítimas necesidades sexuales, de ahí el deseo de casarse muy jóvenes. Además, cabe mencionar la fuerte estructura patriarcal de una sociedad machista que les empujaba a ensalzar la idea del matrimonio.

Rispoli que en la obsoleta Basilicata representa un imprescindible rito de aceptación y de norma social del Mediodía italiano con el que la mujer regulariza su función de mujer y futura madre. Sin embargo, la escritora muestra cómo, incluso en la fase de noviazgo, ella es un objeto en mano a la voluntad y a los caprichos del hombre.

Ningún personaje femenino de su narrativa logra vencer la destructiva dependencia emocional hacia el posible marido. A la chica de provincia se le negaba la libertad de elección ya que sintetizando el pensamiento de la crítica Imbriani⁵² el matrimonio constituía una obligación dictada por exigencias morales y materiales, en la que amor e interés pueden coincidir e ir al compás. Elocuente es la reflexión de la autora que desde su novela inicial pretende detenerse en las reacciones y las emociones que afloran de las novias, describiendo su plena felicidad, su satisfacción, incluso cuando contraían un matrimonio de conveniencia, no solo por deseo y por el futuro asegurado, sino por el matrimonio en sí, aunque circunstancial, sin amor y en muchos casos sin haberlo querido. De hecho, Rispoli con su crudo realismo sabía perfectamente que, para la inmensa mayoría de las mujeres de las provincias meridionales, el matrimonio, de cualquier tipo y en cualquier caso, era tristemente indispensable, puesto que la mujer del Mediodía italiano hasta hace pocas décadas no disponía de otros recursos para mejorar su calidad de vida.

Esto, en el imaginario femenino era el medio con el que liberarse de una vida gris, alcanzando una nueva condición y mayor prestigio ya que la esposa adquiriría por fin un respeto y carisma en el vecindario, pudiendo ahora por fin cumplir todas las funciones

52 La crítica y profesora Imbriani, en su obra miscelánea (2000) con un lenguaje crudo y realista pone de relieve la inferior condición femenina en la Basilicata de comienzo de siglo XX para la que el matrimonio era una necesaria e imprescindible exigencia, un requisito forzado e ineluctable, una especie de garantía de normalidad social y decencia ética para la mujer que dependía totalmente del hombre y del antiguo y mezquino sistema provincial; por tanto en un contexto tan obsoleto casarse era la única vía para mejorar de un lado su propia situación socioeconómica y de otro *regularizar* su reputación moral.

definitorias de la mujer meridional⁵³. La pragmática y materialista filosofía provincial apunta a la indiscutible utilidad de contraer matrimonio, corroborada en el plano lingüístico por la presencia de campos semánticos anti poéticos, en estridente y grotesco contraste con el ideal romántico que debería caracterizar la etapa del noviazgo. Por eso sin rodeos y con frecuencia, Rispoli, en sus novelas recalca la importancia para las chicas de poseer una dote y así poder aspirar a un matrimonio de nivel, asociando lexicalmente, con un duro realismo, las posibilidades matrimoniales al patrimonio y a la herencia, o también comparando lo que debería ser el dulce juego seductivo de la conquista amorosa con una fría y calculada negociación.

La obsesiva finalidad matrimonial que da nombre a la primera novela se presenta también de forma crucial en la segunda obra de 1923: *Il nostro destino*, donde la autora vuelve a presentar temáticas afines y relacionadas al pobre escenario provincial, acentuando la tendencia fatalista que pesa sobre el destino de las mujeres. Reaparece su psicologismo intimista con el que comenta los delicados estados anímicos y el complicado proceso de crecimiento de dos chicas, Bice y Lucietta, pertenecientes a la pequeña burguesía de Melfi de comienzos del siglo XX que han vivido prácticamente juntas ya desde la infancia, y de las que se siguen las vicisitudes personales, abarcando un arco temporal de diez años en el que se forja su distinta identidad. Como en su obra anterior, Rispoli

53 En realidad, si por una lado, la idea del matrimonio constituía para las mujeres lucanas de la época una necesaria manía y un auténtico monotema existencial, por otro lado atraía también a los hombres de la Basilicata de principios de siglo XX ya que una boda, de cualquier tipo y a cualquier condición representaba por fin el preludio y el comienzo de una vida autónoma. En este sentido véase la obra de Tentori, (1956). Aquí, el famoso antropólogo napolitano, en 1950, ganador de un prestigioso concurso ministerial italiano, obtiene la única plaza de etnólogo disponible a nivel nacional para realizar una investigación *in situ* en la ciudad lucana de Matera releva el deseo de los hombres y en especial de los campesinos de contraer matrimonio al terminar el servicio militar porque casarse conllevaba vivir de forma independiente, desmarcándose del viejo sistema de vida y de la despótica intimidación paterna. Tras numerosas entrevistas Tentori descubre que también los hijos varones anhelaban casarse, debido también al clima difícil y duro en la que transcurría su niñez que sumadas a las angustias económicas perjudicaban o anulaban completamente los naturales lazos afectivos entre padre e hijo.

hace gala de su habilidad descriptiva para detallar y relacionar el pensamiento de las protagonistas con el desalentador ambiente que una vez más, nivela hacia lo bajo y aplasta sus cualidades y sus ambiciones humanas desde que eran niñas. Así, la idea de la boda sirve de catalizador de energías, de implacable condicionante, al ser la única conquista posible en la apática vida de provincia. Es la meta que ilumina el camino de toda mujer meridional y a su alrededor se construyen sueños e ilusiones. En esta línea se debe interpretar la insólita organización del tiempo libre y de los momentos de entretenimiento infantil, donde Bice, la más espabilada y decidida de las dos, sugiere jugar con la más tímida y romántica Lucietta, simulando situaciones y variantes nupciales⁵⁴. Muy significativo es el paso del libro en el que las dos niñas prefieren jugar a los novios con las muñecas: “No, no, giochiamo io e te, ma senza bambole. Facciamo gli sposi. Facciamo che la sposa vuole lo sposo e la madre non vuole..Ah? Come Leonora D’Amato che abita vicino a noi. Anzi vogliamo fare proprio Leonora? Tu sei Leonora, io sono donna Rosina, la madre” (Rispoli, 1923: 12).

Rispoli enfatiza la insistente centralidad del matrimonio que llega a monopolizar incluso la ociosa despreocupación de la infancia y suscita prematuras turbaciones en la mente de las niñas, resaltando su incapacidad de disfrutar la lúdica y desinteresada amenidad que debería acompañar su pueril edad. Análogamente, no es de extrañar que, durante las habituales tareas domésticas, la fantasía femenina resultara obsesivamente espoleada y exaltada por la idea del evento, único y verdadero momento capital, capaz de

54 El valor simbólico y el significado latente del juego así como de cualquier divertimento lúdico y su interesante relación con la vida real del individuo que lo practica es objeto de una esmerada reflexión del estudioso Arduini en Puccini y Arduini (2016), donde sintetiza el pensamiento antropológico contemporáneo que otorga al juego trascendentes funciones sociales, reveladoras de conexiones culturales, mediante la búsqueda de sus orígenes y sus evoluciones históricas del mismo, así como de la mentalidad del contexto en el que se manifiesta. El antropólogo francés Marcel Mauss por ejemplo lo considera como una forma de cultura, un hecho total y un espejo de la sociedad. En esta perspectiva el juego, lejos de ser una expresión puntual y casual, autentico y puro, estaría vinculado a la moral, a la ideología y en definitiva a las costumbres y convicciones de un peculiar grupo social. Véase Mauss (1965).

rescatar la precaria e insulsa vida provinciana, depositario de todas las esperanzas juveniles.

La escritora manifiesta una actitud comprensiva hacia las frecuentes confesiones e inquietudes de sus paisanos que consideraban el matrimonio como un incentivo y cruce decisivo con el que poder superar la mediocridad del pueblo. Rispoli, tratándose del ámbito literario, no puede detenerse en otra posible causa histórica que justifica la precocidad nupcial en la Basilicata de 1920,⁵⁵ interpretable de hecho también como la respuesta para satisfacer las necesidades sexuales⁵⁶. En realidad, aún sin poder ofrecer al lector una clave de lectura y una exégesis acerca de las inhibidas exigencias fisiológicas femeninas prematrimoniales, distintos párrafos parecen referirse a la intransigente y ultra católica ética local que con sus normas de decencia y honradez demonizan los impulsos naturales, especialmente aquellos de la esfera sexual. Por ejemplo, subraya el excesivo pudor regional mediante la estricta y severa figura de la madre que inspira temor y consecuente inhibición en la joven Lucietta que, a su vez, se ve obligada a mirar de reojo y de forma fugaz al atractivo novio Antonino Giuliani, aprovechando las momentáneas distracciones maternas. Así lo expresa la autora:

Antonino Giuliani andava, di tanto in tanto, in casa Russo, in apparenza per visitare Ernesto di cui era amico, ma in realtà per vedere Lucietta. Lucietta dolcemente esigeva quelle visite, e, quando egli arrivava, la gioia le raggiava dagli occhi grigi [...]. Ma poi sedeva e non parlava quasi più, temendo di tradirsi, temendo la severità materna. Solo quando la madre si voltava dall'altra parte, ella alzava gli occhi dal lavoro e fissava lui e si perdeva nella contemplazione di lui (Rispoli, 1923:107).

55 Sobre la prematura edad matrimonial en Basilicata datos concretos, divididos por provincias (Potenza y Matera) y pueblos se recogen en unas actas. Ascanio Branca (1883).

56 Véase la exhaustiva e interesante exégesis de Mortara (1910).

Rispoli, aquí también deja entrever la determinante incidencia de la mentalidad provinciana que determina o al menos orienta a su manera, hábitos, comportamientos y actitudes, mediante anécdotas autóctonas, presentadas a veces con una dosis de ironía que compensa el amargo realismo de sus páginas. Es bastante representativa la figura de la mujer del caballero Alessandro Russo, perteneciente a una de las familias burguesas más ricas del pueblo y que durante una ceremonia imanta todas las atenciones de los invitados. La mujer, en concreto, por distintas razones, se convierte en cabeza de turco y válvula de escape con la que los presentes subliman, al menos parcialmente, sus groseros y a menudo cohibidos instintos. La exótica y despampanante señora desencadena las voluptuosas y reprimidas fantasías de los hombres ya que personifica toda la elegancia y el estilo seductor ausente en el ordinario contexto regional que la escritora resalta hábilmente mediante una viva descripción, haciendo hincapié en su vestido, sus zapatos, sus accesorios, que destacaban y encendían las pasiones de los presentes. Rispoli recurre a veces al acertado estereotipo de la mujer urbana para desenmascarar algunos defectos de las mujeres del lugar; así la sensual y refinada turinés es fuente de curiosidad y de progresiva envidia por parte de las vulgares pueblerinas. La autora construye un prototipo femenino destinado a suscitar un gran escándalo y contrastantes sensaciones no solo por su manera de vestir demasiado moderna sino también por su actitud desenfadada e informal que de repente irrumpe y trastoca el tranquilo y monolítico moralismo de provincia. La forastera, en este sentido, concentra y desata a la vez todos aquellos temores de la población del lugar puesto que con sus modas y sus modales auténticos, brillantes y llamativos representa una amenaza, un elemento ajeno y perturbador para la consolidada e hipócrita mojigatería provinciana. Ella, además, permite al lector descubrir otra dudosa costumbre de las mujeres del pueblo: el cotilleo. En reiteradas circunstancias, dicho puritanismo es el resultado del aburrimiento que impera en la vida de los pequeños centros, sin embargo, en el caso del episodio de la mujer septentrional, según la lectura de la escritora, se trata de una reacción femenina, relacionada con un posible complejo de inferioridad de las groseras mujeres de provincia, indiferentes a la

importancia de la estética y de los modales y que ahora advierten su campechana y torpe ordinariedad. También la aparición en escena de la casamentera⁵⁷, en cierto modo, es consecuencia de la hastiada vida cotidiana, sin acontecimientos, novedades ni sobresaltos. Cabe precisar que la presencia de la casamentera, presente ya en la anterior novela de Rispoli, conoce una significativa y meditada metamorfosis. En concreto, en *Chicas casaderas*, el papel de doña Chiarina, una Celestina local que posee una específica finalidad, motivada por favores y comisiones económicas prometidas por la familia de la potencial novia, como recompensa de la consecución del obsesivo objetivo matrimonial y del previo noviazgo POR de parte de ingenuas chicas, despojadas de las habituales situaciones informales, idóneas para conocer a sus coetáneos. En cambio, en *Il nostro destino*, la figura de la intermediaria parece desinteresada y su apoyo para la búsqueda de un marido no responde a sórdidas lógicas lucrativas sino al puro y mero deseo del morboso cotilleo, derivado de los encuentros combinados entre el joven y potencial novio y la familia de la futura esposa que ofrecen una válida excusa para entrar en los hogares ajenos, comentar y poner al día a las comadres y al barrio en las varias fases y respectivos resultados de las que se podrían definir sin exageración ninguna como auténticas negociaciones nupciales. En ambas novelas nombradas, la escritora utiliza el personaje de la casamentera con distintas funciones, pero siempre y en todo caso para poner de relieve las rarezas de las prácticas regionales. Rispoli,

57 Es preciso recordar que la carismática figura de la casamentera en la Basilicata de comienzos del siglo XX coincide y se identifica con la presencia en todos sus pueblos de las llamadas “masciare”, o sea unas alcahuetas, intermediarias que dado el bajo nivel cultural y el fuerte peso de un catolicismo pagano y popular abundaban en la primitiva sociedad lucana. Véase el meticuloso ensayo del prestigioso antropólogo napolitano De Martino, (1986) que reconstruye y motiva la importancia de la alcahueta en una región rural, donde la magia y la religión cristiana se fundían hasta confundirse, generando una serie de creencias, supersticiones y presuntas fuerzas ocultas para las que se hacía indispensable recurrir al arte y al supuesto poder de la “fattucchiera”; ella gozaba de absoluto prestigio en las comunidades lucanas, puesto que se le consideraba capaz de disponer de medios reales y paranormales para facilitar o solucionar bien con su eficaz dialéctica, bien con fórmulas o filtros mágicos encuentros y controversias amorosos, así como presuntos embrujos y mal de ojos.

tal vez, consciente del tedio provincial que hacían las jornadas interminables, parece encasillar y comprender la existencia del malicioso arte del chismorreó al que dedica una página entera en la que enumera los diferentes tipos de chismosos donde, a la vez que los condena los absuelve. Ella de hecho comunica a través de un mensaje clarísimo, no exento de cierta ironía, lo inevitable del comadreo, considerado como la pasión vital de provincia y diferenciando y estableciendo un paralelo entre la variedad de los temperamentos humanos y sus respectivos chismosos. Por ejemplo, distingue de manera original al cotilla silencioso que prefiere escuchar y pensar, del charlatán que piensa poco y habla mucho. De la misma manera reconoce el cotilla pedante que presume saberlo todo y que de todo extrae una enseñanza.

En fin, según su pensamiento, en la provincia meridional se halla de todo menos un ser humano, hombre o mujer en este caso no hay sexismo, que no sea chismoso (Rispoli, 1923: 119-120). La escritora analiza con una perspectiva algo ambigua, con tintes argumentativos la manía de cotillear, asociada a menudo a fases como el matrimonio, el noviazgo, también a las visitas de los forasteros, únicos acontecimientos capaces de animar las discusiones en el entumecimiento de la miserable atmósfera provinciana. El capítulo titulado “Nelle giornate provinciali”, está repleto de descripciones y consideraciones sobre los hábitos locales entre los cuales despunta el efímero y gratuito curiosear, y el criticar experiencias y proyectos de los demás sin tener unos propios. Relacionado con la monotonía de las provincias, aparecen otros vicios del comportamiento femenino: la envidia y los celos; piénsese en la malaventurada mujer nortea que atrae y capta rumores, calumnias y en las destructivas atenciones de las mujeres del pueblo, debido probablemente a su enorme y distinto *charme* seductor que ejercían sobre los hombres locales. La novelista con una vena pesimista parece expresar su amargo desencanto, causado por la pérdida de los valores positivos como la solidaridad, Y la empática participación femenina, bien visible en la molesta expresión de la cara de Bice, en el momento en el que su hermana estaba a punto de casarse. La mirada de Rispoli percibe la envidiosa rivalidad que despiadadamente no se detiene ni siquiera

delante de los vínculos de sangre. De manera idéntica, la prosa de la escritora meridional, en algunos pasos, desmitifica también la sacralidad de la amistad, aunque es el elemento esencial y entre los pocos reconfortante a lo largo de la vida y de la relación entre las dos chiquillas protagonistas que empieza a tambalearse cuando Bice, la amiga de siempre, encuentra el amor, convirtiéndose en motivo de lacerante envidia para Lucietta. El costumbrismo literario de Carolina Rispoli, entonces, bajo pinceladas aparentemente inofensivas y folclóricas con los que ofrece una panorámica de la sociedad, insinúa una inteligente polémica, cuestionando algunas de sus normas. En este sentido hay que enmarcar la condena encubierta en la frívola apariencia, perseguida y preservada por la gente del pueblo, de la que proceden los temidos juicios públicos que están en la base del equilibrio y de las relaciones cotidianas entre individuo y comunidad. Las novelas juveniles insisten en la importancia que para las mujeres tiene encontrar un novio noble o pudiente, que cause una excelente impresión a su familia, del cual se denotaría el rango de las mismas y presumir de un bienestar ficticio, y a menudo simple vestigio del pasado.

La narrativa de Rispoli, como demuestran las numerosas páginas dedicadas a la descripción y análisis de banquetes y ceremonias oficiales de varios tipos, corroboran la perfecta equivalencia vestido/identidad, donde la vestimenta y los accesorios de las mujeres provincianas querían ser espejo de concretos comportamientos, actitudes y estilos de vida, con el fin de persuadir al resto de los invitados; pues joyas y vestidos se utilizan como canales comunicativos e informativos aptos para crear una imagen social general e ilusoria⁵⁸. Su escritura con distante y frío sarcasmo

58 Para un pormenorizado trabajo sobre la significativa función de la vestimenta véase Giorcelli (1990) en el que se relaciona la manera de vestir y cualquier tipo de complemento a la personalidad, sobre todo en los sistemas clasistas que la suelen asociar al nivel adquisitivo y sociocultural de la persona. La escritora analiza la histórica conexión entre la ropa y todo tipo de detalle exterior y el *estatus* social que ha marcado desde siempre implícitas diferencias y distancias. Además, en su libro se estigmatiza el afán del ostentoso manejo simbólico del aparentar mediante un código de vestimenta con el fin de construir una imagen pública de envidiable bienestar, de estratificación y elitización, no

destapa la dudosa moralidad vigente en la Basilicata de comienzos del siglo XX, y sus embusteras imposiciones sobre la conducta correcta que, sin embargo, desembocan en una empalagosa inautenticidad. Los dardos polémicos de Rispoli, pese o tal vez justo por su sólida fe cristiana, engloban y manifiestan una religiosidad de cómoda fachada⁵⁹, donde incluso las fiestas cristianas, como puede ser la del jueves Santo, se convierten en engañosas ocasiones para hacerse notar en público, y simular fervor y recogimiento. Se asiste a una instrumental espectacularización de la fe por parte de la muchedumbre presente, entre la que se encontraba Lucietta que aparenta una intensa y emotiva espiritualidad y profiere mecánicas plegarias al trasladar la tumba del Cristo durante la procesión de la semana santa. Así es como retrata ese tragicómico momento y la ostentosa luminosidad de las iglesias locales:

Ora ella avrebbe voluto raccogliersi, cercar di rivivere quell'emozione, piangere ancora su quella tomba millenaria. Ma era tardi, ed una gran folla, varia, spesso irriverente, spessissimo fredda e distratta di curiosi, cominciava ad invadere la chiesa. In quell'ora la gente elegante va a visitare i sepolcri. Le chiese con il loro apparato luminoso, abbacinante di candeie, offrono alla curiosità dei visitatori come uno splendore fittizio di scenario (Rispoli, 1932: 62).

exenta de alusivas referencias conductuales y educativas de la persona.

59 El escritor Tommasini (1980) ofrece una sugerente explicación sobre el papel de la religión en un pueblo tan arcaico como era el de Basilicata. En concreto, el escritor hace hincapié en la manera de concebir el elemento religioso que en muchos casos se degradaría y se reduciría a mera exteriorización, a gestos y prácticas simbólicas teatrales o rituales que conciernen más la esfera social, vaciados así de todo contenido espiritual e individual. En síntesis, el atrasado contexto sociocultural lucano presentaba una idea de religión muy “popular”, lejana de su esencia desinteresada, convirtiéndose a la vez en medio y fin con el que disimular valores éticos, modelos de conducta cristianos para una mayor y mejor visibilidad y consideración en la comunidad. Lo religioso popular por tanto exigía una serie de manifestaciones de las que nos da numerosos ejemplos narrativos Carolina Rispoli que responden a un concreto comportamiento sociológico, vivido como aspecto folklórico que integra la cotidianeidad de la persona.

Una anécdota divertida y algo embarazosa es la del beso en el cuello que una chica recibe por parte de su novio de siempre, aprovechando la multitud y de la confusión colectiva. Rispoli, muy creyente, se sirve de esta escena para recalcar al lector que, en definitiva, las celebraciones religiosas representaban los únicos momentos de ocio consentidos a las mujeres y por consiguiente, no debe extrañar su uso con finalidades seductivas y placenteras, buscando el contacto físico con el otro sexo. Análogamente, la iglesia se configura como el único espacio físico, más allá del doméstico, concedido y aconsejado a las raras distracciones femeninas. Justo en el lugar de culto, la escritora ubica otra sintomática escena, estigmatizando el difuso pecado de la vanidad provinciana, reveladora de inseguridad psicológica, derivable de una posible miseria material. Aquí, de hecho, el engreído orgullo con el que una madre meridional se deja ver del brazo de su hijo, profesor, en realidad revela no solo un implícito clasismo pueblerino, sino también una posible vida previa de pobreza e insatisfacción de la mujer que ahora, por fin, puede alardear públicamente de su venganza en la escala social, a través de la profesión filial, trascendiendo las limitaciones de la condición precedente. Las agudas y detalladas descripciones de Rispoli no son nunca superfluas; en ellas cada dato, cada prenda, cada gesto, cada referencia a las profesiones de los protagonistas, así como de los personajes secundarios adquieren y desempeñan un significado a veces patente, otras veces latente, para ofrecer de forma exhaustiva una visión global de la época y del lugar.

Es una escritura que oscila entre el aspecto denotativo y el connotativo, entre la objetividad y la subjetividad, donde cada detalle juega un doble papel. En sus palabras a menudo se encierran un valor real, tangible, y otro simbólico, garantizando una mayor percepción del fenómeno analizado y del entorno en el que se ha generado. Sin embargo, *Il nostro destino*, aun insertándose en la línea de la condición femenina, con invariados indicadores ideológicos entre las relaciones de clase y entre los sexos, propone algunas novedades sustanciales capaces de ampliar el área temática. Rispoli, por tanto, introduce un importante binomio que une personalidad

y educación, entendiendo esta última también con sus contenidos y enseñanzas culturales⁶⁰. Así, por primera vez en su itinerario narrativo, un personaje femenino viene asociado a la literatura con una más que probable referencia autobiográfica. No es casualidad si Bice, presentada desde su niñez como una colegiala modélica y en su adolescencia como una ávida lectora de complicadas obras literarias (Homero, Dante, Petrarca o Goethe), finalmente logra formar una más sólida y responsable identidad psicológica, respecto a su amiga Lucietta. La escritora de Melfi, entonces, alude al fundamental papel que la cultura puede desempeñar en la formación de las mujeres, aportando conocimientos, seguridad, autoestima; así, basta pensar en la firme y paritaria *nonchalance* con la que Bice debate sobre específicos argumentos literarios con el culto Antonio Russo.

Rispoli ya en su segunda novela parece referirse a la educación cultural como eficaz recurso y resolutorio antídoto mediante el cual modificar la condición de inferioridad femenina; sin ella el comportamiento de las mujeres de provincia, difícilmente se elevaría más allá de un plano básico y natural y de su primordial espontaneidad instintiva, condenándola a permanecer esclava de las leyes deterministas de la naturaleza y del despótico dominio masculino.

Para concluir, la novela presenta otro elemento sorprendente e inusual en su narrativa ya que se invierten las asimétricas relaciones entre los sexos, describiendo a un hombre (el profesor Bonnone), que padece las decisiones de una mujer (Bice). Así, la autora trastoca los desequilibrios sentimentales habituales y muestra extraordinariamente a un personaje masculino que sufre y teme un eventual abandono, y experimenta esa dependencia emocional que, en sus obras, como en la realidad, solía y suele

60 El filósofo y escritor francés Guitton en uno de sus ensayos (1954) con el objetivo de analizar las causas de la subordinación femenina a la voluntad masculina, remarca y denuncia la imposibilidad por parte de la mujer hasta hace pocas décadas de poder formarse, estudiar, servirse de una adecuada instrucción, recibiendo una emancipadora educación intelectual y cultural. El trabajo denuncia la negación para las mujeres del derecho a madurar una propia humanidad, alejándola de todo tipo de proceso educativo público y privado.

asociarse a las mujeres locales. Sobre todo, parece afectar esa previsible y excluyente dicotomía afectiva, atribuyendo además de forma excepcional virtudes y valores característicos de sus resignadas mujercitas, ejemplo absoluto de tolerancia, sacrificio, entrega y fidelidad en este caso hacia el sensible hombre. Sin embargo, a menudo el final de sus novelas, siguiendo una fatalista estructura circular señala un repentino retorno al ingrato destino de las mujeres, condenadas desde los tiempos de Eva a una dolorosa e inmodificable falta de plenitud y a una dependencia del hombre, suavizada, solo en parte, por la solidaria comprensión femenina y la participación de su dolor.

4. Centralidad de *Chicas casaderas*, las heroínas normales de Rispoli

Chicas casaderas, además de representar la novela del debut de Rispoli, preanuncia uno de los rasgos definitorios de la trayectoria literaria puesto que el compromiso narrativo, como en el resto de su prosa, procede en paralelo a su compromiso civil y cautamente feminista con el que registrar las asimétricas relaciones entre el hombre y la mujer, donde esta última, ocupa una posición sumisa tanto en el ámbito familiar como en el ámbito comunitario regional de Basilicata. Escrita con sólo veintitrés años, anticipa y resume lo que será el hilo conductor de la obra de la autora y su impulso vital en su más puro y recóndito deseo de subrayar la triste condición femenina en la provincia lucana de comienzos del siglo XX. De este modo, ya desde su primera novela, parece adelantar y condensar su feminismo voluntariamente tibio y controlado pero valiente y manifestado en una realidad impregnada de valores, tradiciones y modelos socioculturales descaradamente patriarcales. De hecho, la escritora, con una prosa ágil, fluida, clara y con su sensible óptica introspectiva femenina, ofrece momentos significativos de la vida cotidiana en su Melfi natal a través de anotaciones descriptivas, nada convencionales, con las que, veladamente, critica las costumbres locales, producto de una arcaica mentalidad que limitan la esfera de acción social, económica y cultural de

la mujer. Así, Rispoli, intencionalmente, ha querido transformar la normal cotidianidad femenina lucana en objeto literario y de reflexión, resaltando implícitamente sus anacrónicas anomalías inaceptables incluso para un contexto ideológicamente atrasado como era el de la Basilicata de principios de novecientos. En la novela, además, se vislumbra una constante metodológica que Rispoli parece utilizar para llevar el dato puntual y concreto de la realidad femenina regional hacia lo público, universalizando un tema tan candente al que tiene el mérito de otorgarle una dimensión que de local se hace global⁶¹, no por casualidad, y que contribuirá a avivar el debate feminista de la época que se preanunciaba decisivo y revolucionario para la conquista de los derechos de las mujeres. Rispoli ha sabido crear unas nuevas, “normales” heroínas, protagonistas de su prosa, hecha de toques ligeros pero sabios, empezando exactamente desde la descripción minuciosa y del consiguiente análisis de la reductiva y ofensiva rutina cotidiana, aceptada y llevada irremediabilmente por las mujeres, con el tácito intento de hacer hincapié en las embarazosas contradicciones y discriminaciones que sagazmente evidencia en la relación hombre-mujer.

Ya se ha hecho referencia al cauto feminismo, para nada *tout court* de la novelista lucana que, sin embrago, sin extremar las injusticias y las tribulaciones femeninas, logra empapar sus páginas de una polémica elegante e incisiva. En esta perspectiva parece servirse de un pintoresco costumbrismo con el que describe el inmovilismo provinciano regional, auténtica jaula para la libertad y los sueños femeninos. Mediante su penetradora y analítica capacidad descriptiva del sentido de los hábitos insulsos e idénticos

61 Para valorizar la modernidad metodológica de Carolina Rispoli, es útil volver a recordar el reciente ensayo de Puccini y Arduini (2016) en el que los autores subrayan la muy actual necesidad de adoptar un cambio de perspectiva, mediante un nuevo enfoque, capaz de recuperar ante todo el significado de lo autóctono, como por ejemplo los pequeños e ignorados hechos socioculturales cotidianos y locales para enmarcarlos en una realidad de envergadura global, puesto que éstos encerrarían realidades sencillas, auténticas y sorprendentes dotadas de alcance universal y no tan intrascendente o provincial como se los suele considerar.

de las mujeres de Basilicata, consiente que el lector se percate de su depresivo estado de humor empleando el velo de la distancia que, además, transmite mayor objetividad, sin inútiles digresiones que subyagan posiciones moralizadoras, pero sí con el ingenuo candor que, en realidad, revela toda su (aparentemente involuntaria y necesaria) participación y denuncia hacia lo narrado.

En lo específico, en *Chicas casaderas*, las protagonistas son cinco hermanas de la pequeña localidad sureña de Melfi, reprimidas por una existencia transcurrida en casa, excesivamente retirada, donde desarrollaban las únicas actividades consentidas a las mujeres (bordado, cocina y limpieza), en la humillante y agotadora espera de un matrimonio capaz de asegurar seguridad, bienestar y estatus social. Por eso, la novela dibuja ante todo un cuadro sobre la condición femenina meridional de la época, regalando pinceladas etnosociológicas dentro de las cuales Rispoli engloba la inferioridad de la mujer en una sociedad en la que el hombre era el solo e indiscutible protagonista. En la novela resulta incisiva la presencia de impulsos y datos exteriores que le confieren una interesante envergadura histórica y social, creando un hilo dialéctico continuo entre el texto y el contexto colectivo. De este modo, la caracterización de cada personaje femenino se configura mediante la peculiar estructura de relaciones interpersonales que entretiene con el sexo masculino y con todos los demás elementos extra textuales, típicos del territorio del interior meridional italiano. Como consecuencia, el libro de Rispoli representa un útil e interesante documento histórico, un precioso testimonio que, a través de una esmerada descripción de gestos, situaciones y sentimientos de la reveladora cotidianidad, permite reconstruir el retrato de la mujer de provincia, demostrando, lacónicamente, su papel meramente doméstico que no se aleja mucho de aquella imagen literaria estereotipada que le asocia a ángel del hogar y a los márgenes del sistema social⁶².

62 Un interesante trabajo sobre el origen, la aceptación y la evolución del subalterno papel femenino es el del periodista y escritor turinés Radius que en un ensayo (1967), recorre sintéticamente las etapas de la progresiva y difícil emancipación femenina; en su

Rispoli, de hecho, en su obra detalla la escabrosa condición de la mujer meridional, al compás del determinismo ambiental de un misógino tejido socio-cultural del que forma parte como víctima por antonomasia. En concreto, son los valores tradicionalmente patriarcales los que representan una prisión mental y física con toda una serie de hipócritas convencionalismos que a menudo perjudican los derechos fundamentales de la mujer, desprovista así de todo tipo de libertad de decisión. Por ejemplo, la vetusta mentalidad paisana requiere y exige vacuos formalismos, como el acatamiento del luto⁶³ durante toda la vida en caso de pérdida de un familiar. Pensemos en el estilo de vida de la tía Caterina, que al quedarse viuda y sin hijos, pese a su joven edad, se tuvo que alejar de toda clase de distracciones y posibles momentos amenos, y, no nos debe extrañar descubrir que

ensayo analiza ante todo los ancestrales estereotipos sociales sobre la figura de la mujer y mediante un lenguaje duro y directo subraya su tradicional inferioridad que remontaría a tabúes de tipo cultural, sexual, familiar que enlazándose entre ellos determinarían su rol secundario. Ante los ojos del hombre, ella era distinta por “su propia naturaleza” que le imponía un destino preordenado. El autor considera además ilusoria la emancipación de la mujer que a partir de los años setenta del siglo XX se incorporaba al mundo laboral, dado que su carga de trabajo aumentaba, y en muchos casos su ocupación profesional se debía compaginar al eterno rol doméstico que por tanto conllevaba las habituales tareas hogareñas y el cuidado familiar. Por absurdo, en la práctica, en vez de lograr una libertad efectiva, su vida diaria conoció un suplemento de esfuerzo y estrés, y ante el imaginario colectivo, perduraba el *cliché* de mujer “objeto”, incluso más explotada y al fiel servicio del hombre y de la familia.

63 Interesantes y exhaustivos trabajos sobre el significado del luto en Basilicata son los del etnólogo De Martino (1986), otro ensayo del mismo autor (1958) y un tercero, (1962). El estudioso napolitano explica los fundamentos teóricos y culturales de sociedades ancestrales como la de Basilicata donde hasta los años ochenta del pasado siglo el fallecimiento de un familiar comportaba una crisis de la presencia, una profunda inseguridad histórica y antropológica que exigía a su vez una serie de rituales paganos para exorcizarla, entre los que se debería englobar la elaboración y la consiguiente manifestación social del luto; sobre las peculiares formas de exteriorizarlo consúltase el trabajo de Bronzini, (1987) donde se ilustran las diferentes técnicas con las que las llamadas “prefiche” (plañideras) debían exteriorizar el luto con sollozos y gestos cuya función consistiría en comunicar el dolor de la pérdida al resto de la comunidad y a la vez, mediante una auténtica espectacularización del luto “destorificar” el evento negativo. De ahí la importancia de elaborar culturalmente el luto, llevándolo a una dimensión mítica que se sirve del rito y de una paganización de la religión basada en gestos, fórmulas y comportamientos simbólicos cuyo fin es superar la crisis luctuosa.

con el fin de guardar el luto o al menos aparentarlo en la pequeña ciudad sureña, ella no había dejado de participar en eventos festivos ni de llevar vestidos elegantes que pudieran dar una sensación de alegría y despreocupación, aunque parcial (Rispoli, 1916: 68-69).

Otro indicador emblemático acerca del atraso de las costumbres locales y de las consiguientes coerciones ambientales, afecta al concepto de ocio del que por razones morales estaba excluida la mujer, para la que era impensable hasta salir a dar un paseo o participar en actividades lúdicas, aunque estas fueran totalmente sanas y estuvieran exentas de malicia. La confesión personal de una de las cinco hermanas sobre la noción de vida social es muy representativa al enfatizar que la vida en el pueblo era perfecta para una mujer ya que a ella no le gustaba ni le podía gustar salir, por tanto, el tener que estar en casa no le pesaba nada. En más de una ocasión se hace referencia en el texto a una implícita, convenida y acatada ley de decencia moral que aconsejaba a las mujeres una vida casera, lejos de frivolidades innecesarias (Rispoli, 1916: 93).

El análisis femenino de Rispoli, por lo general, se define y se armoniza con otros aspectos de la narración. Ella, con una cierta frecuencia, construye el perfil de la mujer por vía indirecta, mediante la técnica del contraste, en antítesis al provincial ambiente regional, insertándola en situaciones sociofamiliares, evidentemente duras y hostiles, con las que comunica y denuncia su fragilidad psicológica, su estado subordinado a los privilegios y los abusos del hombre.

La vida para la mujer estaba marcada por una ética férrea en nombre del decoro que, mirándolo bien, era el resultado indirecto de la megalómana honorabilidad de la que gozaba el hombre meridional. Todo esto queda bien reflejado en algunos pasos de su primera novela cuando expresa perfectamente la sensación de cohibición experimentada por la mayoría de las mujeres del pueblo, que cuando tenían que salir a la fuerza para comprar en el mercado y pasar por la plaza, repleta de hombres, preferían ir por el centro de la plaza, evitando a todos esos hombres sentados o medio tumbados en las sillas de las cafeterías, de los bares, presentes en los pórticos, que sarcásticos y ociosos, fumaban, miraban, riéndose en sus adentros, pensando ya a qué mujer criticar (Rispoli, 1916:

218). En esta obsoleta realidad de provincia, Rispoli, valientemente, parece aludir a la incidencia y a la centralidad de la iglesia y de la religión que alimentarían y corroborarían la beatería femenina. De hecho, las únicas salidas posibles y recomendadas eran justo las dominicales para seguir la misa, que garantizaban respeto y decencia social, ajustándose al ideal de mujer cristiana, creyente y practicante. Una vez más es doña Caterina quien personifica y vehicula perfectamente algunos de los principios sociales del contexto rural italiano y algunas de las ideas de la autora, como cuando reitera orgullosa y beata la causa posible de su constipado, debido a su parecer al haber pasado mucho frío en la iglesia más grande e importante de Melfi por no perderse bajo ningún concepto la ceremonia litúrgica del domingo (Rispoli, 1916: 242).

Más bien, incluso las que parecían como virtudes femeninas, eran el resultado de la voluntad y de la oportunista moral machista. En este sentido, a lo largo de su novela, Rispoli es muy hábil en hacer captar el paradójico y contradictorio concepto de honorabilidad que cambia de manera discriminatoria entre los dos sexos, siguiendo un descarado y estratégico relativismo patriarcal. Entrando más en detalles, la narración que reitera la reverencial obediencia femenina hacia los valores sociales y los quereres conyugales termina con la petición de absolución, formalizada por un abogado local, hacia un hombre detenido por homicidio, realizado en nombre del honor y que por tanto habría que perdonar. Semejante y espeluznante petición es aún más impactante ya que procede de la boca de una mujer que la defiende con asombrosa y natural convicción, reveladora de la absurda lógica de la honorabilidad, válida sin embargo solo para el hombre (Rispoli, 1816: 284). En general, las páginas de Rispoli, permiten constatar con amargura la frustrante marginalidad sufrida por la mujer, en la ya monótona vida de la provincia meridional ya que, las únicas actividades contempladas eran las debidas y aburridas tareas domésticas. Y también en este caso es la mezquina perspectiva machista la que establece los cánones, fácilmente deducibles a partir de los cuales juzgar primero y si resulta conveniente, casarse después con las mujeres del pueblo. Las cualidades y las aptitudes femeninas resultan siempre impuestas

por el potencial marido. Para sintetizar el pensamiento de la época en el arcaico entorno lucano, basta con recordar y preguntarse por el origen de las alabanzas pronunciadas por la madre hacia su hija preferida, definida como la más activa de todas, ya que era la que permanecía toda su vida en casa, destacando entre sus destrezas limpiar, frotar, coser y cocinar, tareas consideradas rigurosa y vocacionalmente femeninas (Rispoli, 1916: 87).

Es innegable que la condición de las mujeres en Basilicata, como en gran parte del Mediodía italiano a comienzos del siglo XX, se resiente y padece la central y dominadora figura arquetípica del padre que representa el poder⁶⁴, puesto que es él quien juzga axiológicamente, premia y castiga; y que en el imaginario femenino representa la ley, la imparcialidad y la impersonalidad de la norma.

Aquí, el padre es *auctoritas*, y por tanto es autoritario y a la vez carismático, es el poder impositivo, que ejerce el valor simbólico de la *potestas* que la mujer parece acatar *naturaliter*, como queda ampliamente por Rispoli, en distintos párrafos de sus novelas. Así, en presencia del hombre, el temor y la sujeción eran rasgos psicológicos recurrentes que guiaban las actitudes diarias de la mujer sureña, que, en un clima de permanente tensión, debía filtrar convenientemente y sopesar infinitamente también las consecuencias de sus más banales y casuales expresiones verbales. La perentoria supremacía masculina, más bien, a menudo, inhibía toda posibilidad de diálogo y de normal intercambio de opiniones; no admitía réplicas ni reacciones que pudieran contrastarla. En la novela de Rispoli, abundan ejemplos que lo corroboran, haciendo hincapié en cómo las cinco hermanas vivaces, y a veces hasta agresivas con la madre, al contrario, se acobardan literalmente ante la presencia de ese padre, descrito desde el comienzo del libro como

64 Para un acercamiento sobre el origen, la estructura y la repercusión sociocultural del sistema patriarcal en la vida diaria de las mujeres, especialmente evidente y arraigado en las regiones meridionales italianas, véase el ensayo de Alcaro, (2002) En el trabajo es interesante notar como el escritor remarque la incidencia de la religión cristiana y de sus doctrinas cristianas, de corte y derivación marianas en contextos rurales y atrasados que orientan y favorecen, aunque indirectamente dicho sistema.

severo y huraño, por lo tanto, capaz de zanjar hasta las discusiones más animadas, los altercados más encarnizados entre madre e hijas, que, a su vez, se apaciguan como por encanto, solo con ver su cabeza canosa asomarse a la puerta de entrada (Rispoli, 1916: 8-9).

En síntesis, es el injusto orden social constituido en la anticuada Basilicata el que maniataba a la mujer aun propiciando de manera voluntaria o involuntaria, algunas de sus típicas virtudes como el obsequioso respeto, la eterna fidelidad, la comprensiva tolerancia y la capacidad de sacrificio. Dichos rasgos se ponen de relieve de forma explícita por Rispoli cuando con aguda introspección psicológica, describe el más puro vasallaje medieval presente en la mujer lucana en las primeras décadas del siglo XX, casi para subrayar una especie de perversa, voluptuosa y total dependencia hacia el hombre. Este punto de vista queda patente cuando la autora señala e insiste en la peculiar y cuestionable costumbre de la mujer meridional desde hace siglos acostumbrada únicamente a amar y a sufrir sin rebelión el señorío y la voluntad del hombre (Rispoli, 1916: 311).

Como lógica consecuencia, como ya se ha señalado, el matrimonio representaba el único salvavidas⁶⁵ en una cultura tan patriarcal que privilegiaba, a priori, al hombre, al que se destinaban los eventuales recursos económicos familiares para financiar sus posibles estudios y proyectos. Sin embargo, la idealización del matrimonio, a menudo, conllevaba una ulterior humillación, puesto que, incluso en la normal vida de pareja, a la mujer, totalmente privada del libre albedrío, no le quedaba más que secundar las elecciones del marido. Ni siquiera en el íntimo ámbito matrimonial, la mujer meridional italiana podía anhelar esa sublimación afectiva a la que habría tenido pleno derecho mediante un amor y una relación

65 La deprimente y utilitarista visión del matrimonio como un contrato de mera conveniencia socioeconómica constituye también uno de los ejes temáticos del ya mencionado trabajo de Cagnolati, (2014), donde aprecia el testimonio y el realismo etnográfico de Rispoli, del que se despliega su disconformidad hacia semejante asociación que reduce algo tan romántico y soñado como la boda en una interesada solución económica y en un ostentoso reconocimiento social de la que las chicas solo esperaban ventajas directas y/o indirectas para mejorar su vida.

que, en cambio, seguían siendo unidireccionales. En concreto, en el texto, Elena, una de las hermanas con obsesivas aspiraciones casaderas con su rígida alma antigua intuye, perfectamente, que es necesario enamorarse del marido, siempre y a cualquier precio (Rispoli, 1916: 65).

La dedicación femenina se vuelve sometimiento, enésima forma de esclavitud sentimental, psicológica y material. Pues, Rispoli recalca el cruel destino de la mujer de la época para la que el matrimonio, lejos de ser el sueño anhelado, esperanza y potencial rescate, certifica la más completa sumisión de la mujer en manos del hombre. Así, en la novela se asiste a la transformación de la romántica espera juvenil prematrimonial, en amargo desencanto, que conlleva un nuevo fracaso, otra humillante aniquilación, como confirma la decepción experimentada en primera persona por la joven y entusiasta Emilia que tras haber soñado con un noviazgo apasionado y novelero, una boda de ensueño y un futuro maravilloso, topando con la cruda realidad que le guarda un memorable desengaño, derribando todas sus esperanzadoras y previas expectativas nupciales (Rispoli, 1916: 89).

En definitiva, en la novela de Rispoli, el matrimonio genera una desagradable paradoja para el universo femenino, ya que, si por un lado se podría considerar como el *aboutissement* de la necesidad de soñar, de la vejatoria condición de la mujer, por otro, la causa que le lleva trágicamente a la subalterna situación inicial. Rispoli, además, demuestra una cierta autocrítica y una innegable honestidad intelectual, una lucidez interpretativa, dado que parece justificar el escapismo matrimonial que empuja y espolea a la mujer meridional italiana a idealizar el matrimonio, pero, al mismo tiempo, aunque indirectamente, parece culpabilizarla, aludiendo a la absoluta y grave falta de instrucción y cultura, indispensables para que, se produzca una constructiva autorreflexión con la que intentar reducir al menos su ultrajosa inferioridad.

La polémica de Rispoli, en fin, parece dirigirse también hacia las propias mujeres, víctimas preestablecidas y cabezas de turco de una cultura ancestralmente rancia, y sin embargo, en parte cómplices, por su profunda ignorancia, que las hace simplonas,

condescendientes, vulnerables, poco reactivas y nada volitivas. Concepto bien recalcado mediante una meditada reflexión con la que la novelista denuncia que, mientras la mujer meridional lleve consigo su alma antigua, vivida y educada desde hace siglos solo para la pasión, la entrega y el sacrificio, el amor, será para ella el único fin (Rispoli, 1916: 64-65).

Por consiguiente, desde sus páginas narrativas, aflora una pedagógica intolerancia hacia un conjunto de valores ancestrales que discriminan y alejan a la mujer, haciéndola perder la esperanza de lograr la verdadera libertad, de nuevas motivaciones y horizontes profesionales que, en cambio, con una adecuada instrucción hubieran sido más fáciles de conseguir.

Interpretando el pensamiento de la escritora, en definitiva, la primera sujeción femenina meridional residiría también en la acrítica y remisiva aceptación por parte de las mismas a obedecer *in toto* a su hombre, de forma espontánea, mecánica, casi innata, ignorando así la posibilidad de otro *modus vivendi* y de emancipación que a su vez, podría redimirlas de los coercitivos paradigmas culturales masculinos que despuntan sus alas y perjudican sus derechos a la libertad y por ende a su dignidad. Aquí, subyace el feminismo desencantado, o peor, tal vez resignado⁶⁶, lúcidamente consciente de los obstáculos objetivos y subjetivos que las mujeres sureñas de Basilicata tenían que superar para acercarse a una creíble igualdad entre géneros; de ahí la difícil factibilidad de su sosegada protesta, por tanto, la única esperanza femenina, consistiría en hallar un indispensable equilibrio y una serenidad interior, aunque parcial, dentro de la coerción cotidiana en la que se veía obligada a convivir. En las páginas conclusivas de la obra, resulta desgarradora y horripilante la desoladora descripción de la escritora que en apenas dos líneas resume la incapacidad de defensa y la pasividad femenina ante las

66 En concreto la estudiosa Imbriani (2000) a propósito de la obra de Rispoli denota en ella una “sottile protesta già rassegnata” haciendo hincapié en el desafortunado destino de la mujer sureña italiana en la que cae todo el peso de un sarcástico fatalismo que se transmitiría como una némesis de generación en generación desde los tiempos de Eva.

vejaciones verbales y físicas del hombre al que se le consentía todo, incluso azotarla hasta provocar el sangrado, y constata de forma amarga cómo ella, la mujer de turno solo era capaz de morderse los labios o pellizcarse las manos, no sabiendo ni pudiendo contestar nada (Rispoli, 1916: 311). *Chicas casaderas*, finalmente, encierra temáticas e ideologías marcadamente protofeministas que la autora trata y profundiza en su futura actividad narradora. En ella, pese a la presencia de matices pesimistas vinculados a la impotencia femenina ante el dominio del hombre en una Basilicata primitiva. Con orgullo y obstinación se fija siempre el objetivo de evidenciar la necesidad de reaccionar conscientemente para poder planificar y construir autónomamente su propio destino.

Carolina Rispoli, ya en su primera novela, hace gala de su maestría artística y de su compromiso cívico y social; ella representa una de las raras y valientes voces de la literatura femenina meridional, puesto que con admirable finura y sensibilidad psicológica afronta, narrativamente, problemáticas insólitas de los lugares y los tiempos en los que tuvo que escribir. La autora en su amplio abanico temático, concede un lugar privilegiado al análisis de las costumbres locales a través de las que meditar críticamente sobre la condición de la mujer durante la delicada época que precede, acompaña y sigue las dos guerras mundiales en las que Italia participa activamente y sin éxito, y que, aunque con las debidas proporciones, y camuflada bajo nuevas formas, se resiente todavía hoy en día de una atávica sumisión, suavizada, pero no del todo superada en la sociedad regional meridional italiana del nuevo milenio. Sin embargo, su región natal lamentablemente parece haber olvidado su loable y meritoria obra literaria, exceptuando un pequeño homenaje, realizado por la Junta Municipal de Melfi que ha dado su nombre a la biblioteca municipal.

En realidad, muy pocos críticos e historiadores de la literatura la citan y la consideran como una escritora digna de renombre, de ahí que sus obras, hoy descatalogadas, aún esperen una adecuada edición, pese a que por estilo y contenido superen las barreras de la narrativa femenina regional, insertándose en dinámicas atemporales, aún irresueltas para la mujer del mediodía italiano.

Y de ahí sobre todo nace el deber moral de esta edición crítica, un humilde homenaje a la obra de una escritora meridional, sagaz, comprometida en su tiempo y hoy completamente olvidada⁶⁷.

67 El crítico Caserta en un artículo (2001) ha manifestado con dureza su incomprensión hacia el descuido de Rispoli y su prosa; acusa a la prensa local, a las televisiones regionales, así como a los políticos incapaces de recordarla ni siquiera en ocasión de su fallecimiento en Roma en 1991, primeros responsables de la oscuridad en la que está relegada su vida y su obra. Lamenta la falta de interés cultural de parte de periodistas lucanos mucho más sensibles hacia hechos y eventos de crónica sensacionalista, condenando lo literario, lo poético a un segundo plano o peor a la indiferencia más absoluta.

5. Referencias bibliográficas

Alcaro, M., *Sull'identità meridionale*, Torino, Bollati Boringhieri, 1999.

Alianello, C., *La conquista del Sud. Il Risorgimento nell'Italia meridionale*, Rimini, Il Cerchio, 2010.

Arduini, M. E Puccini, S., *Dal locale al globale: prospettive antropologiche tra passato, presente e futuro*, Viterbo, Ed. Sette città, 2016.

Azzolini, P., *Il cielo vuoto dell'eroina*, Roma, Bulzoni, 2001.

Banfield, E. C., *Le basi morali di una società arretrata*, Bologna, il Mulino, 1976.

Barbagallo, F., *Francesco Saverio Nitti., meridionalismo ed europeismo*, Bari, Laterza, 1985.

Boenzi, F., *La Basilicata: i tempi, gli uomini, l'ambiente*, Santo Spirito, Bari, Edipuglia, 1994.

Bonitatibus, E., "Carolina Rispoli: un talento da riscoprire", *Mondo Basilicata*, 3, 2004.

Branca, A., *Atti della Giunta per l'inchiesta agraria e sulle condizioni della classe agricola*, Vol. IX, 1, Roma, 1883.

Bronzini, G., *Vita tradizionale in Basilicata*, Galatina, Congedo, 1987.

Buzzi, G., *Invito alla lettura di Matilde Serao*, Milano, Mursia, 1981.

Cacciatore, F., *Floriano Del Zio. Patriota-Filosofo-Deputato e Senatore del Regno*, Melfi, Mediacom, 1997.

Cacciatore, F., *La storia infinita della ferrovia in Lucania. Due protagonisti: F. Del Zio e M. Mancini*, Melfi, Tarsia, 2001.

Calbi, M., *Il pathos della lucanità*, Nardò, Negroamaro, 2012.

Cagnolati, A., "Tra gli spazi e il silenzio: la condizione della donna nella narrativa di Carolina Rispoli (1893-1891)", Blanco Valdés, C. et alii (eds.), *Il Mezzogiorno italiano. Riflessi e immagini culturali del Sud d'Italia*. Firenze, Franco Cesati Editore, vol. II, 2014.

Caserta, G., Appunti per una storia della cultura e della letteratura lucana: l'età del realismo, Matera, estratto dal *Bollettino della Biblioteca provinciale di Matera*, A.9, n. 14, 1988.

Caserta, G., "Carolina Rispoli, donna oscura del Mezzogiorno", *Insieme*, VIII, n.1, Matera, Elicopy, 2001.

Caserta, G., *Storia della letteratura lucana*, Venosa, Osanna, 1995.

Cassano, F., *Il pensiero meridiano*, Roma-Bari, Laterza, 1996.

Casula, F., *Grazia Deledda*, Quartu Sant'Elena, Alfa Editrice, 2006.

Cestaro, A. E Lerra, A., *Il Mezzogiorno e la Basilicata fra l'età giacobina e il decennio francese*, Venosa, Osanna, 1992.

Cicerale Tomassini, T., *Educazione letteraria e società*, Roma, Franco Angeli, 1992.

Clark, M., *Il Risorgimento italiano: una storia ancora controversa*, Milano, BUR, 2006.

D'Addio, M., *Politica e magistratura (1848-1876)*, Milano, Giuffrè, 1996.

D'Angella, D., *Storia della Basilicata*, Matera, Arti grafiche Liantonio, 1983.

De Lara López, F., *Entre fenomenología y hermenéutica*, Madrid, Plaza y Valdés, 2011.

De Matteo, G., *Brigantaggio e Risorgimento: legittimisti e briganti tra i Borbone e i Savoia*, Napoli, Guida, 2000.

Del Zio, B., *Il brigante Crocco e la sua autobiografia*, Melfi, Grieco, 1903.

De Martino, E., *Furore, simbolo, valore*, Milano, Il Saggiatore, 1962.

De Martino, E., *Morte e pianto rituale nel mondo antico: dal lamento pagano al pianto di Maria*, Torino, Einaudi, 1958.

De Martino, E., *Sud e magia*, Milano, Feltrinelli, 1986.

De Pilato, S., *Fondi, cose e figure di Basilicata*, Roma, Loescher, 1922.

De Pilato, S., *Nuovi profili e scorci*, Potenza, Marchesiello, 1928.

Di Fiore, G., *Controstoria dell'unità d'Italia: fatti e misfatti del*

Risorgimento, Napoli, Rizzoli, 2007.

Digiorgio, P. M., (a cura di Strazza, M.,), *Le donne nella storia della Basilicata*, Potenza, Consiglio Regionale della Basilicata, 2010.

Dionisotti, C., *Geografia e storia della letteratura italiana*, Torino, Piccola Biblioteca Einaudi, 1999.

Fiorino, A., *Rifrazione del reale: prospettive di sociologia della letteratura*, Napoli, Liguori, 1992.

Fortunato, G., *Carteggio 1923-1926*, (a cura di Emilio Gentile), Bari, Laterza, 1981.

Fortunato, G., *Il Mezzogiorno e lo Stato italiano*, Firenze, Vallecchi, 1973

Frattarolo, R., *Per uno studio su Matilde Serao*, Firenze, L. S. Olshki, 1989.

Gambino, A., *Inventario italiano. Costumi e mentalità di un paese materno*, Torino, Einaudi, 1998.

Gastaldi, M., *Panorama della letteratura femminile contemporanea*, Quaderni di poesia, Milano, Gastaldi, 1936.

Genovese, C., Carolina Rispoli “Ragazze da marito”, in *Poeti e scrittori lucani contemporanei*, Atti del corso d’aggiornamento dell’Associazione Humanitas, Potenza, STES, 1994.

Giacovazzo, G., *1912. Fortunato Nitti Salvemini Ciccotti Einaudi. La questione meridionale*. Bari, Palomar, 2005.

Giorcelli, C., *Abito e identità*, Vol. I, Roma, Ed. Associate, 1990.

Guittton, J., *Saggio sull’amore umano*, Brescia, Morcelliana, 1954.

Imbriani, M. T., *Appunti di letteratura lucana: ventisette ritratti di autore dal Medio Evo ai giorni nostri*, Potenza, Consiglio Regionale della Basilicata, n.3, 2000.

Levi, C., *Cristo si è fermato ad Eboli*, Torino, Einaudi, 1945.

Lombroso, C., *L’uomo delinquente*, Firenze, Bompiani, 2013.

Massari, G., Castagnola, S., *Il brigantaggio nelle provincie meridionali*, Roma, Ristampa Fotomeccanica, 1963.

Mauss, M., *Teoria generale della magia e altri saggi*, Torino, Einaudi, 1965.

- Miccinesi, M., *Grazia Deledda*, Firenze, La Nuova Italia, 1975.
- Mortara, G., “Le popolazioni di Basilicata e di Calabria all’inizio del secolo ventesimo”, *Inchiesta parlamentare sulle condizioni dei contadini nelle Province meridionali e nella Sicilia*, Roma, Tip. Naz. Bertero, 1910.
- Nigro, R., *Giustiziateli sul campo*, Milano, Rizzoli, 2006.
- Nigro, R., *La cultura a Melfi*, Bari, Edizioni Interventi lucani, 1978.
- Nitti, S. F., *Scritti sulla questione meridionale*, Bari, Laterza, 1958.
- Nitti, S. F., *Nord e Sud. Prime linee di un’inchiesta sulla ripartizione territoriale delle entrate e delle spese dello Stato in Italia*, Torino, Roux e Viarengo, 1900.
- Oppo, A., *Il lavoro dei sardi* (a cura di F. Manconi), Sassari, Gallizzi, 1983.
- Palermo, L., *Storia dell’industria*, Roma-Bari, Laterza, 2000.
- Pappalardo, F., *Il brigantaggio postunitario. Il Mezzogiorno fra Resistenza e reazione*, Crotone, D’Ettoris, 2004.
- Paulis, S., *La costruzione dell’identità. Per un’analisi antropologica della narrativa in Sardegna fra ‘800 e ‘900*, Cagliari, EDES, 2006.
- Pedio, T., *Brigantaggio meridionale*, Cavalino-Lecce, Capone, 1997.
- Pedio, T., *La Basilicata durante la dominazione borbonica*, Matera, Montemurro, 1961.
- Peretti, M., *La personalità della donna e il problema della sua educazione*, Brescia, La Scuola, 1970.
- Piromalli, A., *Grazia Deledda*, Firenze, La Nuova Italia, 1968.
- Porcaro, A., *Il verismo di Matilde Serao*, Parma, Photocity, 2013.
- Prezzolini, G., “Le due Italie” en *Il Regno*, 22 de mayo de 1904.
- Raccioppi, G., *Storia dei popoli della Lucania e della Basilicata*, Matera, BMG, 1970.
- Radius, E., *La rivoluzione della donna*, Milano, Rizzoli, 1967.
- Rasy, E., *Le donne e la letteratura*, Roma, Editori Riuniti, 1984.

- Rispoli, C., *Gerardiello*, Roma, Sales, 1946.
- Rispoli, C., *Il nostro destino*, Milano, Unitas, 1923.
- Rispoli, C., *Il tronco e l'edera*, Milano, Ceschina, 1926.
- Rispoli, C., *La giovinezza di Raffaele Ciasca tra Giustino Fortunato e Gaetano Salvemini*, Roma, PUG, 1977.
- Rispoli, C., *La terra degli asfodeli*, Milano, Ceschina, 1933.
- Rispoli, C., *La torre che non crolla*, Milano, Ceschina, 1938.
- Rispoli, C., *Ragazze da marito*, Milano, R. Quintieri, 1916.
- Rispoli, C., *Uomini oscuri del Mezzogiorno nel Risorgimento*, Roma, Staderini, 1962.
- Rispoli, C., *Vita femminile italiana*, n.5, a.V, 1911.
- Russo, T., *Istruzione e sociabilità in Basilicata 1900-1921*, Milano, Edizioni Franco Angeli, 2005.
- Salvemini, G., *Scritti sulla scuola*, Milano, Feltrinelli, 1966.
- Sansone, M., "La letteratura in Basilicata". Il contributo storico e culturale dato dalla Basilicata all'Italia e al mondo, *Atti del LIX, Congresso Internazionale della Società Dante Alighieri*, Potenza, 8-12 settembre 1968, Roma, 1969.
- Santoro, M., *La memoria e l'identità. Antologia di poeti e scrittori lucani*, Villa d'Agri, Ars grafica, 2005.
- Serao, M., *La virtù di Cecchina*, Catania, Giannotta, 1884.
- Sergi, G., *Per l'educazione del carattere. Pagine di psicologia sociale e consigli direttivi*, Torino, Camilla e Bertolina, 1885.
- Servidio, A., *L'imbroglione nazionale*, Napoli, Guida, 2002.
- Spinelli, T., *Basilicata*, Brescia, Editrice La Scuola, 1987.
- Spinelli, T., *Narratori lucani fra otto e novecento*, Francavilla sul Sinni, Capuano, 1989.
- Spinelli, T., *Per una storia della narrativa lucana del '900*, in "Critica letteraria", a. XIII, n.46, 1985.
- Tentori, T., *Il sistema di vita nella comunità materana. Riassunto di un'inchiesta etnologica*, Roma, Unrra Casas, 1956.
- Tommasini, N., *Folklore, magia, mito o religiosità popolare?*, Bari, Ecumenica, 1980.
- Venezia, M., *Mille anni che sto qui*, Torino, Einaudi, 2006.
- Zanotti-Bianco, U., *La Basilicata*, Roma, Collezione meridionale Editrice, 1926.



Chicas casaderas



I

“Es inútil, no está bien”, dijo Emilia preocupada, en voz baja.

Su hermana Elena, de pie, delante de la otra que estaba sentada se puso a mirar a la cabeza inclinada, densa de un cabello castaño suave y sedosos “¿Por qué?” preguntó ella.

“¿Pero ¿no lo ves? Hay que estrechar la cintura que queda ancha, ensanchar los hombros que quedan estrechos, acortar algo las mangas demasiado largas”.

Las manos blancas y rechonchas de Emilia pasaban sobre la blusa de batista blanca que Elena probaba, intentaban aflojar o estrechar la tela para que desaparecieran los defectos.

“Quítatela, venga, intentaremos acortarla”, dijo finalmente la hermana mayor.

Elena se quitó los alfileres que la sujetaban, se la quitó con lentitud, la dejó caer en el regazo de la otra; luego, también lentamente, se vistió con el vestido de casa, modesto, viejo, algo corto, dejándose desabrochado el cuello por el calor, mostrando el cuello muy blanco, bonito, redondo y delicado.

Y entre las dos, ahora, mientras trabajaban al lado del balcón en el bochorno pesado de aquella tarde que presagiaba tempestad, el discurso continuó despacio, en voz baja, casi temiendo molestar a la familia que estaba durmiendo, en las primeras horas de la tarde de aquellos primeros días de verano.

“Fuiste muy imprudente, te lo había advertido”, decía Elena suavecito, intentando enhebrar la aguja.

“Pues eso, eres curiosa, me habría gustado ver qué hubieras hecho entonces, en mi lugar”, contestó Emilia hablando despacio, pero irritada, echando unos puntos largos en la batista ligera. “Yo pensaba hacerlo bien; aquel libertino me había prometido muchas cosas, y el otro era viejo, viudo y antipático. Sabía que, si lo hubiera dado a conocer en casa, habrían preferido al segundo, que era más serio y tenía una posición más estable, mientras que el otro era muy joven todavía y aún no tenía garantizado el futuro. Me decía que pronto se presentaría a una oposición, le pediría mi mano a mi

padre, y nos casaríamos. ¿Qué tenía que hacer? Era un joven guapo; por supuesto que acepté, rechazando al otro que no me gustaba”.

“Mientras tanto, has visto qué te ha pasado”, replicó sabiamente la hermana menor. “Te has quedado sin el uno y sin el otro; uno te ha dado plantón y el otro no quiere saber nada más de ti. Si en lugar de contestar tan pronto...”.

“Oh Eleonora, ten paciencia, ¡déjalos para Nochebuena esos consejos! Tenía que tratarse del Espíritu Santo para saber lo que pasaría. Tú sí puedes hablar bien, ahora”.

Emilia hablaba siempre despacio, con una nota de cólera y de amargura en la voz baja. Elena ya no le contestó. Debajo de ellas la calle, recta y empinada, se alargaba, somnolienta en la hora del bochorno meridiano. Alguna gallina escarbaba sin hacer ruido. Venían de lejos, a intervalos, alborotos de patos, gritos agudos de gallos, la voz arrastrada y quejosa de un mercader ambulante. En la puerta de un sótano un hombre en mangas de camisa se columpiaba en una silla vieja y desquiciada, silbando una canción triste; unos vestiditos andrajosos, descoloridos, remendados, se secaban colgados en una pared, movidos apenas por algún soplo de viento muy ligero.

A lo lejos dos grandes árboles destacaban sobre un muro bajo; destacaban en el cielo encapotado con la masa de sus copas verdes, oscuras, inmóviles. Débil, muy lejano, llegó a ellos de repente un rumorear de trueno. Elena se arrimó un poco al balcón, levantó en alto los pequeños ojos oscuros. Allí a lo lejos el cielo estaba claro, aunque no del todo azul, de un pálido opaco de perla, pero del lado opuesto nubes grandes, amenazadoras, ferrosas, galopaban furiosamente.

“Hoy lloverá”, dijo Elena. Entonces también la otra levantó sus ojos dulces y castaños del trabajo, y miró al cielo, contrariada.

“Justo hoy tenía que llover, hoy que la señora Chiarina nos espera”, añadió.

Una saeta lívida se escurrió amenazadora en el cielo fosco, más allá de las cumbres inmóviles de los árboles. Elena se santiguó. Emilia se sobresaltó ligeramente, mientras el trueno resonaba espantoso y con fragor, y su mano, pequeñita y rechoncha, temblaba ligeramente en la batista blanca, toda invadida, como siempre, de un

nerviosismo inexplicable, que siempre le provocaba la electricidad en el aire, la amenaza del temporal inminente. Al contrario, cuando por segunda vez, una saeta lívida apareció en el cielo fosco, ella se retiró pronto del balcón, pisando un figurín de moda abierto en el suelo, y para no ver, ni sentir, se puso a coser a máquina, con estruendo, mientras la mano, aferraba la tela floja y blanca, se movía todavía, agitada por un temblor ligero.

Elena se quedó en su sitio porque no tenía miedo. La mano sutil y aristocrática, de uñas rosadas, estaba firme como de costumbre, en el trabajo. Los ojos pequeños se posaban serenamente desde el interior de la habitación oscurecida por el reflejo lúgubre de las nubes, en el exterior de la calle, donde las gallinas seguían escarbando, y el hombre en mangas de camisa ya no cantaba; miraban de vez en cuando los colores siniestros del figurín de modas, situado a sus pies, y la gran casa señorial de enfrente, gris, con las persianas verdes bajadas.

Soplaban ahora unos alientos de viento pesado, que hacían crujir apenas las cumbres verdes de los grandes árboles; el deslizarse lívido de las saetas continuaba sin pausa por el cielo fosco, los truenos rumoreaban, cercanos, con estruendo, interminables, que morían lejos con su gran eco. Elena pudo quedarse poco en el balcón, ya que un irrumpir rumoroso de grandes gotas de agua hizo brillar la calle empinada, e hizo emanar de la misma, de los tejados y de las casas cercanas, quemadas por el sol, ráfagas de perfume pesado y árido.

“Es que yo no sé qué tenía que hacer, cómo tenía que comportarme en aquel cruce”, añadió Emilia deseosa de disculparse ante los ojos de la hermana, que había ido a sentarse cerca, y levantando la voz, para que la otra pudiera oír por encima del ruido de la máquina y de la lluvia.

“Gino Sobrano, lo sabes, es un comediante de primera magnitud; su parte la recitaba de maravilla. Lo he sabido ahora, demasiado tarde, pero en aquel entonces lo creía sincero”.

Elena levantó los ojos por un momento, y, después de haber mirado rápidamente por la calle reluciente por la lluvia, se fijó serenamente en la cabeza siempre inclinada de la hermana.

“Lo sé, lo sé, ¿quién te lo niega? Fuiste víctima de una mala coincidencia. Sin embargo, tuviste también tu parte de culpa”.

¿Es decir?, preguntó Emilia levantando pronto la cabeza y mirando fijamente a la otra en la cara. “Que fuiste demasiado impulsiva, que contestaste demasiado pronto, que no te dejaste aconsejar por mamá”.

“¡Y dale con mamá! Pero te lo he dicho muchas veces que, si se lo decía a mamá, estaba perdida; quiero decir que me encasquetaban al otro. Y no suponía entonces que, en la peor de las hipótesis, la cosa tenía que terminar justo así”.

La última frase le había salido de su garganta, más amarga de lo que ella quisiera dar a entender, y la mano y el pequeño pie hicieron un brusco movimiento en la máquina. Con un sutil estridor, la aguja se rompió. Emilia, después de un primer momento de impaciencia, quitó los trozos empezó a hurgar en el pequeño cajón para encontrar otra. Pero, mientras los dedos hermosos se detenían entre los recortes de tela, los ovillos de algodón casi vacíos, los botones desparejados, sintió extrañamente un nudo en la garganta, y aquel trasto de pequeños objetos inútiles, que ella venía rebuscando, le pareció por un momento como detrás de un velo ondulante e inestable.

“Bueno, ¿y ahora no coséis? Si no me levanto, no ibais a terminar nunca”.

Las dos chiquillas se dieron la vuelta de repente, hacia la puerta abierta de par en par. Lentamente, en la habitación casi oscura, el padre en mangas de camisa y arrastrando las zapatillas, iba hacia ellas, ceñudo, refunfuñando.

“En esta maldita casa no se puede ni dormir; ese ruido endiablado me ha despertado. ¿Era necesario coser justo a esta hora?”

Las chiquillas no contestaron. Vivaces, a veces hasta agresivas con la madre, se intimidaban extrañamente con aquel padre severo y socarrón, aunque lo era menos en los hechos y más en las palabras, en las que a veces no tenía medida, tanto que, cuando él, no a menudo, siempre después de haber aguantado mucho, trabajado mucho, sufrido mucho, rompía con la calma de la casa, haciéndola resonar durante mucho tiempo con su voz alterada, entonces el recuerdo de

aquel día quedaba vivo por mucho tiempo en el pensamiento de sus hijas y de su mujer.

Las discusiones más vivaces, las peleas más acaloradas entre madre e hija, entre una hermana y otra, entre ama y sirvienta, se apaciguaban como por encanto, al asomarse a la puerta de la entrada su cabeza canosa y algo calva, sólo con oír aproximarse los pasos característicos, arrastrados, de sus largos pies; nada más que una de ellas viese, por la calle o por las escaleras, su conocida figura, grande y un poco encorvada, que volvía a casa. Luego, en cuanto el respectivo marido, padre y dueño salía, las discusiones, las rencillas se retomaban, más vivaces, más acaloradas.

“Querría saber por qué a un pobre hombre, que tiene muchos pensamientos en la cabeza, que tiene a diez personas a sus espaldas y que se mata trabajando para que no falte nada a nadie, yo querría saber -digo- ¿por qué a este pobre hombre le tienen que molestar incluso cuando duerme?”

Ni siquiera ahora ninguna de sus hijas había contestado a su voz, igual, monótona como el zumbido de un moscardón en una habitación cerrada. Sólo después, cuando él, paseando siempre por su habitación, se preguntó una vez más por qué había que coser, justo entonces, Emilia, que era la más vivaz, le contestó haciendo referencia al diluvio de los truenos, de los que tenía mucho miedo.

El padre saltó:

“¡Los truenos, los truenos! ¿Qué pasa, que los alejas cuando coses a máquina? ¿Haces de pararrayos tú? Y, además, podías haberte ido, ya que eres tan tonta; si hubieras cerrado las persianas, no habrías oído nada más. Uno de estos días os los tiro desde el balcón esos trapos”.

Ahora había entrado también la madre, la pequeña María Forgiuele, con la enagua blanca, corta y con el camisón oscuro. Había venido a mirar desde el balcón el irrumpir violento de la lluvia en las casas y en la calle, echó una ojeada de un lado al otro de la calle, luego entró en casa, donde la pequeña tormenta, mucho mayor que la gran tempestad del aire, la preocupaba. Conocía muy bien a su marido, y, sin consejos, jugando con astucia, sabía cómo

calmarlo y ceder a tiempo; y en este caso creyó que la mejor cosa era cortar con la discusión: “El café ya está”, dijo ella, saliendo de la habitación con sus pasos muy ligeros. El marido, el abogado don Gaetano Forgiuele, la siguió lentamente, todavía irritado.

Ahora, al dormitorio modesto y algo viejo de las dos chiquillas, había vuelto la calma más completa, ya que ni siquiera el discurso en voz baja de antes se había retomado. Se posaba sobre los muebles desparejados, sobre las dos pequeñas camas blancas, sobre los ladrillos rojizos y polvorosos del suelo, cierta luz fosca que entristecía. Desde el balcón abierto el ruido del temporal llenaba toda la habitación, violento aún pero monótono, ya no roto por el estallido enorme y pavoroso de los truenos. La lluvia caía siempre en la calle desierta, densa y rumorosa, pero bajo el cielo que ya no estaba atravesado por el relampaguear siniestro del rayo, ya se percibía el sentido de aquel cansancio, como de un agotamiento de fuerzas, típico de los temporales violentos.

Los breves pasos de la hermana más pequeña, Margherita, se acercaron a ellos, quietamente. La graciosa niña de diez años, erguida y delgada, con el rostro rosado algo impertinente, y el pelo castaño con un corte a la bretona, llevaba un gran delantal de algodón rosa que le bajaba y se le hinchaba delante, ya que estaba desabrochado atrás. Le dio la espalda a Elena.

“Eh, Eleonora”, dijo, “¡abróchame el mandil!”.

Elena dejó el trabajo, fastidiada, con un Uff largo; enganchó de prisa con sus manos bonitas los botones automáticos del mandil kimono, dando luego un ligero empujón a la hermana con el loable fin de quitársela de en medio.

Pero la paz había terminado.

También Elvira, antes, y Amalia después, dos chiquillas, respectivamente de quince y dieciocho años, habían ido a la habitación, y mientras Amalia se acomodaba cerca de un espejo, colocado encima de la cómoda, el pelo negro, desordenado por aquellas dos horas de siesta, Elvira quiso que Emilia le pusiese un alfiler al cuello, allí donde el gancho de hierro se había despegado unos veinte días antes sin que el descuido despreocupado de sus quince años hubiese pensado en sustituirlo.

“¡Ah! ¡Ah!”, gritó Elvira de repente, sintiendo en el cuello la puntura del alfiler.

“¿Qué ha pasado? ¡Parece que se está descuartizando un cerdo!”, preguntó desde la puerta abierta don Gaetano Forgiuele, todavía en mangas de camisa y volviendo a arrastrar sus anchas pantuflas.

“¡Madre mía! ¡Cuando en casa está papá, no se puede ni hablar, si por lo menos llegara pronto!”, barboteó Elvira en voz baja girando su cabeza de una parte a otra, y pasando el dedo por el cuello, porque Emilia se lo había estrechado demasiado con la aguja.

Como siempre, la presencia del padre causaba un temor insólito a toda la familia. Mientras que las pantuflas anchas se arrastraran por el viejo piso provinciano, Margherita jamás se arriesgaría a saltar con su cuerda, durante medias horas enteras, como hacía siempre, sin que la madre o las hermanas lograran que se parara. Francesca, la sirvienta, estaba en la cocina, callada como un pez, procurando no ceder a la tentación prepotente de cantar con su voz estridente y desagradable una estrofitita del pueblo. Doña María, Amalia y Elvira daban vueltas cansadamente por el piso, abriendo o cerrando un periódico, fijando por enésima vez su atención en una publicidad colgada en la pared, dando la última mano a su *toilette*, apareciendo y desapareciendo entre las sombras opacas de la tarde tempestuosa.

“¿Sigue lloviendo?”, preguntó doña María, inclinando la figura pequeña entre las sillas de sus hijas mayores y asomando al balcón su cabeza apenas canosa. De hecho, seguía lloviendo todavía, pero la voz ya debilitada del agua se iba apagando paulatinamente. Ahora parecía un lamento triste y monótono, el caer de la llovizna, en el canal del estanco, encima del balcón.

Doña María esperó un poco, apoyada en los postigos amarillentos. La lluvia dejó de caer del todo después de una breve agonía. Por la calle empinada seguían fluyendo todavía por un lado un avance muy modesto de aquellos dos arroyuelos de agua sucia; en las lastras se sentía el goteo de los tejados, leve a intervalos. Doña María se apartó:

“¿Estás listo, Gaetano?” preguntó ella, saliendo del pequeño pasillo que servía de antecámara y donde el marido seguía paseando

todavía, mirando de vez en cuando, desde el balcón, hacia el cielo que se aclaraba. Sí, estaba listo, o sea casi, porque aún no se había puesto el cuello.

“Ya no llueve; creo que podrías subir al estudio”, añadió ella. Y para que él se diera prisa no le abandonó hasta el final, le siguió por el salón tapizado de azul, hasta su dormitorio, más elegante, pavimentado con azulejos, cogió el cuello y la corbata de la mesilla y se los dio.

“Papá se ha ido”, dijo Margherita, que le había visto subir por la escalera empapada de agua a la planta superior, donde él tenía su estudio legal.

Entonces, todas sus hermanas mayores pudieron dar un respiro de alivio: Francesca en la cocina oscura, iluminada por una ventana del tejado, dijo: “¡Bendito sea Dios!”, y empezó a cantar.

“Hijas” llamó doña María, volviendo al dormitorio de sus hijas mayores. Emilia y Elena se dieron la vuelta.

“¿Hay que ir o no hoy a casa de doña Chiarina?”.

“Pues sí, creo que sí”, contestó Elena.

“¡Bueno! Y esperemos resolver algo. Estoy fastidiada por este acontecimiento. Quién sabe lo que haría para solucionarlo de una vez. Y todo esto pasa por la cabeza que tenéis, porque no queréis ni sabéis pensar en nada”.

Emilia sintió el pinchazo de siempre; un relámpago de ira pasó por sus dulces ojos castaños, por su cara blanca, no guapa, pero sí amable. Doña María, de pie en el medio de la habitación, continuaba, acalorándose:

“¿Era partido para rechazar aquel? ¿Era persona para tomarla tan a la ligera? ¿De estos tiempos? ¿Y por quién, además? Por un estúpido, por un inútil, que desgasta las calles del pueblo paseando de noche y de día, por un bufón, que antes te ha tomado el pelo y luego se ha burlado de ti”.

Emilia ya no pudo frenarse.

“¿A quién, a quién ha tomado el pelo?”, preguntó con voz alterada, clavando sus ojos oscuros en aquellos grises y agudos de doña María.

“Con él, justo con don Peppe, y además le ha dicho todo lo que

tú dijiste de ella respecto a él; que era antipático, que era viejo, que jamás te casarías con él. Doña Chiarina me ha dicho que ha tenido que trabajar durante una semana para borrar la mala impresión de aquellas palabras. ¡Qué cosas bonitas se logran siendo tan ligera! Y mientras tanto, si no fuera por mí, y si no encontramos a esta buena amiga, que nos ayudó, perderías un muy buen partido, y quién sabe si no lo perderás de todas maneras. Sigue irritado por tus palabras, y no sabe perdonarte tu primer rechazo. Ahora es él el que no te quiere, ¿te has enterado, te has enterado?”

Emilia se dio la vuelta para mirar fijamente a la cara morena de su madre, una sombra repentina de aquel cielo estival que se aclaraba se colocaba como un velo turbio.

“¿Y que más me da? Se trata de ese joven tan guapo. Es un antipatiquísimo. Si no es él, será otro”.

Doña María se acercó más, y le gritó al oído:

“Ya, ya, chicas como tú un chico como aquel puede encontrar un centenar; de maridos como él tú no encontrarás a nadie”.

Emilia contestó de nuevo, con la voz que le temblaba, con la cara blanca, atravesada por una llama inesperada de rubor, hasta las orejas, hasta al cuello desnudo, hasta la raíz del pelo negro. Fueron unas palabras feas, que pretendían herir a otros y que la herían a ella misma, tuvo frases indeciblemente amargas, se mordisqueó los labios más veces, se apretó las manos blancas, se irritó tanto, sintiendo delante de los ojos, como antes, un fugitivo velo temblante, saboreando en la garganta y expulsando atrás un amargo sabor de lágrimas.

Doña María salió refunfuñando, no pudiendo contener a su hija, y en la habitación de al lado del balcón, bajo el cielo de un candor de perla, cubierto todavía por ciertos nubarrones oscuros, como sombras monstruosas, Emilia se quedó parada, muda, pero temblando, con el rostro aún contraído. Elena se levantó, se acercó a ella para acariciarle el rostro pálido y amable. Y bajo la caricia de aquella piadosa mano con los dedos largos, bajo aquel toque leve de afecto, en la ternura que despertaba en ella aquel pecho levemente ansioso, amigablemente dirigido hacia su cabeza agachada y dolida, se endulzó, se calmó: Elena sintió las manos humedecerse ligeramente por algo templado,

sintió el estremecimiento de la otra calmarse poco a poco; el rostro amable y blanco se apoyaba ahora en su pecho, casi tranquilo, estriado por ciertas sombras extrañas coloreadas, que se volvían pálidas y se perdían progresivamente. Ella seguía quejándose todavía, pero quietamente, casi dulcemente: “¿Emilia?”, llamó despacio, y no sólo los dedos que rozaban su mejilla delicada, sino también el soplido de la voz, parecieron una caricia.

La otra levantó la cabeza, con los ojos todavía algo relucientes y la boca algo temblorosa miró a la hermana en la cara, como esperando una pregunta. Pero la pregunta no llegó; Elena la miraba, batiendo distraídamente en el respaldo de la silla el dedo corazón de la mano derecha protegido todavía por el dedal. Como antes, como siempre, Emilia entendió la necesidad de disculparse ante los ojos de la que era su hermana y su confidente.

“No te puedes creer”, dijo ella, “no puedes creer lo que me molesta mamá, cuando habla así. “*¡No me quiere*”, “*no me quiere*”, me dice siempre “*que no me quiere!*” ¿Y qué más me da? Si no fuera por ellos, les daría una patada, se la daría; y no sólo a él, sino también a doña Chiarina, a todos aquellos que se han inmiscuido en esto. Pero te juro que, si esto dura, un día cualquiera lo hago. Como primera cosa tiro a doña Chiarina por las escaleras, luego le escribo una carta a él, arremetiéndole de la mejor manera, luego... ¡Me ha cansado, me ha cansado mucho!”.

Su voz se había vuelto áspera, tajante, estridente; en sus ojos dulces había vuelto un relámpago siniestro de ira, secando las lágrimas.

“Me ha cansado. ¿Está ofendido por lo que le he dicho? Pues entonces que se vaya y me deje en paz. Total, si lo pierdo, no pierdo nada”.

Elena seguía a su hermana en sus palabras, pensativa.

“Es que sería un buen partido, ves...”, dijo tranquilamente, mirando al otro lado, hacia la calle relucida de lluvia, el reflejo de los primeros bordes de azul, aparecidos en lo alto, entre las nubes descuartizadas.

Emilia reclinó la cabeza y su fuerza y su valor forzado una vez más cayeron de repente. Volvían a su pensamiento y se agolpaban

todos los razonamientos escuchados tantas veces, de su madre; pensó de nuevo en su posición nada envidiable con unas diez mil liras de dote, con un padre ya cansado, ya deprimido por el trabajo, con cuatro hermanas menores, una de ellas ya adulta, otras dos adolescentes, mientras que también ella, ya rozaba los veintiséis años... pensó también en las bodas que ella había visto llevarse a cabo de este forma, no por avidez sino por necesidad, de sus amigas que ya se habían acostumbrado, transigiendo y renunciando a mucho; tuvo delante de sus ojos la visión espantosa y terrorífica, para cada alma de mujer del mediodía italiano, la visión siempre escuálida... de quedarse soltera en la vieja casa, sin más esperanza, con el hermano, o a lo mejor, con una cuñada... La pobre cabeza joven se inclinó humillada bajo la riqueza de su pelo, las manos retomaron cansada y lentamente la camisita de batista blanca, olvidada ante sí.

Hubo un silencio grave entre ellas. Margherita fue a decir en nombre de mamá que Elena se cambiaría de vestido si querían ir a casa de doña Chiarina, que era tarde y el tiempo se había serenado. Elena se levantó sin hablar, empezó a dar vueltas por la habitación, sacando sus vestidos de un gran armario escondido en la pared, poniéndose lentamente sus zapatos.

En la calle ahora relucía un rayo de sol rubio, puro y resplandeciente. La calle se había como transformado. Sobre los lastres se alargaba una gran faja luminosa, en los tejados negros corrían como pequeños manantiales de plata, en los cristales de las ventanas se habían posado como unas cuchillas deslumbrantes; la barandilla del balcón de las dos hermanas lloraba numerosas perlas iridiscentes; en las cumbres enormes de los dos grandes árboles, en la magnificencia de las gemas resplandecientes, un coro canoro de pequeños pájaros clamaba, entre el temblor largo de las hojas, entre el olor agudo e intenso, en su frescor extremo. Elena daba vueltas, lentamente poniéndose la camisita de ligera lana blanca, muy sencilla, que le dejaba descubierto su hermosísimo cuello.

Como en la calle, también en la habitación aquel rubio rayo relucía. Entraban ráfagas frescas y refrigerantes de olor, acordes sumisos de dulzura, improvisos trinos de joya. Pero ahora, en la

calle, un canto muy lento y monótono de mujer, quizás un arrullo, se alargaba, triste, interminable, como una ignota voz nostálgica soñadora de una tierra lejana, un lejano bien perdido. Y a veces la cantilena calmaba también el coro puro de los pájaros, allí arriba en las cumbres frondosas de los árboles, y la lentísima voz dominaba sola la calle, en medio del río luminoso del sol templado. Sus notas entraban en la habitación, precisas y dolorosas, hasta monótonas, como el paso de Elena, que caminaba, vistiéndose.

Ahora ella estaba lista. Se había puesto también la faldita gris, estilo imperio, se había cubierto la cabeza con una bufanda de seda blanca, ligerísima, que le ocultaba, pero no podía esconder la voluminosa cabellera castaña.

Ella puso la mano en la espalda de la hermana, alargando así su brazo desnudo hasta el codo, perfecto, de un candor casi fulgurante.

Sus labios sólo dijeron: Hasta luego, pero sus miradas se cruzaron mucho e intensamente, durante la frase banal de despedida. Doña María esperaba impaciente en el pequeño pasillo de la entrada, ya lista, con su vestido azul oscuro, con la bufanda de seda negra con florecitas rojas apretada alrededor de su cabeza, con la pequeña y delgada mano, ya apoyada en la manilla.

Bajaron juntas las escaleras rectas y empinadas, y salieron del portal entornado. Una ola más larga de frescor las recibió. Como una agitación de dulzura pasaba por esas viejas calles provincianas, corría por el callejón negro y bullicioso lleno de pícaros sucios y de mujeres desceñidas; se alargaba en la plaza luminosa y aireada; rejuvenecía por último la melancólica calle, vieja, como abandonada.

Alguna mujer desde la puerta del sótano las saludaba. Doña María se paraba a veces, interesándose por sus grandes tristezas, por sus mezquinos negocios, y las mujeres contestaban con premura, humildemente, agasajando con reverencias a doña María, arriesgando apenas con algún comentario hacia doña Eleonora, cuyo aire silencioso y un poco triste ellas consideraban como soberbia. El portal ancho, viejo, abierto de par en par, por encima una banderita roja, mostró ante ellas su descansillo oscuro, misterioso y húmedo.

Elena dejó entrar primero a la madre, dominada tal vez por una indecisión instintiva.

Un tufo, casi intolerable, de humedad las recibió, junto a un olor pesado y nauseante de vino. A un lado se abría otra gran puerta y bajo algunas escaleras se alargaba un largo pasillo, goteando oscuro, con unas tablas y unos bancos negros a lo largo de los lados, completamente oscuro con dos bombillas eléctricas ahumadas que expandían alrededor una luz floja y roja. No había nadie a esa hora. La cantinera de pie en la puerta, con las manos en las caderas y los brazos plegados en forma de arco, las saludó con una larga sonrisa esperanzadora.

Elena, saliendo detrás de la madre, por la escalera, ancha y sucia, desde los peldaños desgastados, sentía su primer sentido de repulsión agigantarse.

Doña María, al llegar, cogió entre los delgados dedos el palito de la puerta, y lo sacudió más veces, no teniendo otro medio para llamar. Una voz contestó desde el interior: “Ya, ya”, y una pequeña criada fue a abrir con la falda realzada de la bata corta y raída, con la cara húmeda de sudor, con las mangas arremangadas más arriba del codo, con las manos mojadas. Ahora también doña María se detenía, asustada en esa negra cocina en desorden, donde la pequeña criada lavaba los platos sucios, tirando alrededor por el suelo, el agua grasienta del jarro. Pero doña Chiarina llegó, por suerte. Se disculpó con las visitantes.

“Nosotros comemos pronto”, dijo ella; “pero está mi nuevo inquilino, el juez, que vuelve a las cuatro, y por eso terminamos tarde”.

Las otras dos dijeron que eso no les importaba; doña María más calurosamente, Elena más dulcemente, y mientras tanto la gorda mujer de cara ancha, roja y vulgar, de cuello hinchado, de vientre prominente, acompañando hacia el interior a las dos visitantes manifestaba una atención exagerada, preguntando por ellas, por el abogado, por doña Emilia, por las otras chicas, por el chiquillo que estaba en Nápoles, caminando con su paso ancho y corto, haciendo ondear torpemente su vulgar figura.

Elena miraba alrededor, algo molesta. Aquella gran casa, una

vez grande y señorial, ahora destartada, perturbada, restringida por las crecientes necesidades de una familia decaída, le entristecía y le provocaba disgusto. Como abajo en el portal, donde las escaleras se habían desgastado y los guijarros espaciados abrían en el suelo unos baches profundos, como abajo en el portal espacioso, una vez silencioso y ahora turbado desde la mañana hasta la noche por el canto grosero de los borrachos, así como en aquella habitación central, en aquel salón característico de las viejas familias provincianas adineradas, en aquella habitación, que no se había podido dividir en distintos cuartos, y en cuyo fondo un biombo escondía la cama de la sirvienta, emanaba una peste nauseante de miseria y de vejez. La pintura verdosa de las paredes se descortezaba, manchando de blanco el color desteñido. Algunos viejos muebles, dos sofás duros y altos, dos consolas repletas de baratijas, polvorientas, unas pocas sillas chirriantes se alineaban alrededor de los muros.

Y eran bien pocas aquellas viejas cosas para aquella habitación enorme, se perdían casi en la escasa luz, ya que un aire gélido de humedad acompañaba a la miseria y a la vejez.

Doña Chiarina había hecho sentar a doña María a su lado, en uno de esos sofás duros y altos, y seguía haciéndole ceremonias, con las manos recogidas en su vientre prominente, tirando hacia atrás su cara gorda y roja, hinchando aún más la garganta. Doña María contestaba con unas sonrisas, cada vez menos espontáneas, cada vez más pequeñas, mientras una sombra ligera de malhumor le velaba la cara. Tenía prisa por hablar de lo que le interesaba, además no quería comenzar ella el discurso para que no se viera que le daba demasiada importancia.

Aquella visita, que en apariencia tenía el simple fin de saludar a una amiga, de vuelta tras una breve estancia en su pueblo natal, cercano al suyo, poseía en realidad otro mucho más importante y más grave para doña María. Cuando acabaron los saludos, terminado el coro de ¡Bienvenida y de Bien hallada!; preguntado ya sobre todo y todos, a doña María le parecía el momento en el que pasar sin titubeos al discurso principal, para tocar por fin el argumento más delicado.

Pero doña Chiarina lo había entendido, y quizás tergiversaba a posta, gozando por la impaciencia y la incertidumbre de la otra, preparando un discursillo especial para dar paulatinamente la noticia y presentarla de la mejor manera posible. Pero el desconcierto se palpaba sobre las cabezas de las tres mujeres. Elena no hablaba, doña María ya había agotado todas sus sonrisas; sus labios finos se distendían, forzosamente, sin lograr disipar la ligera nube de malhumor que empezaba a oscurecerle la cara.

Por fin, doña Chiarina se decidió. Intentó dar a su carona roja un aire de dulzura sonriente; se acercó cada vez más a doña María, hasta rozarla con su cuerpo gordo, acercó a su rostro fino y moreno su grande boca hinchada y violácea, y empezó a hablar. “Y, además, yo también he visto a esa persona, ¿sabes?”, dijo ella a modo de introducción, con un aire oscuro de misterio.

Doña María contestó sólo: “¡Ah! ¿Ya la viste?”; pero sus ojos grises y agudos se habían fijado en los ojos pequeños de la otra, ahogados entre la grasa de la cara, casi escondidos por los párpados hinchados, con un aire de muda e intensa pregunta.

“Sí, la he visto varias veces, he estado también con su hermana, a posta”.

La mujer se detuvo. Quizás quería que le diera las gracias, pero doña María no dijo nada, mirándola sólo intensamente, y Elena no hablaba, apoyado el mentón en el nudo vaporoso de la bufanda, bajando el rostro muy blanco en la escasa luz de la habitación vacía y vieja.

Doña Chiarina perdió la paciencia y no prosiguió. La otra tuvo que ceder.

“¿Entonces qué te han dicho?”, preguntó con una sonrisa que quería ser de descuido y tampoco lograba ser una sonrisa. “¡Uy Muchas cosas, doña María mía, muchas cosas. Sobre todo la hermana, me ha puesto la cabeza como un bombo”.

Se detuvo de nuevo como si estuviera titubeando. Se miró las manos cortas y rojas, cambiando alrededor del anular el círculo de oro del anillo matrimonial, y luego, fijándose con sus pequeños ojos en una consola, cerca de un viejo ave disecado, añadió:

“Me han dicho... me han dicho..., pero es inútil, es siempre la misma historia, doña María”.

Miró a la señora, esperando una señal para que se atreviera.

Con una sonrisa forzada en los labios y un ápice mal disimulado de fastidio y de amargura en la voz, doña María le contestó: “Diga, diga; ¿y eso por qué? ¿Usted qué culpa tiene?”.

La mujer gorda empezó a hablar de nuevo, titubeando siempre, mirándose las cortas manos rojas, largas y ásperas. “Pues fui con la excusa de volver a verla y de visitar a su niño más pequeño, un chiquillo de cuatro años que había tenido la escarlatina. Esperé a que empezara ella el discurso. ¡Pero nada! Entonces lo retomé, adrede. Le pregunté por sus hermanos; le dije: - ¿Cómo hará ahora don Peppe, solo, con todo lo que tiene, a merced de las sirvientas? - Ella me contestó: -¿Cómo quieres que haga? Ha sido una gran desgracia. ¿Yo qué le puedo hacer? Estoy sola, con cinco niños, y yo también tengo mucho que hacer. - Yo, sin más añadí: - Ya se sabe, usted tiene razón. Más bien, se podría volver a casar. Tiene apenas cuarenta años, no tiene hijos, y gracias a Dios no le hacen falta propiedades. Entonces me dijo que también ella lo había pensado, pero que la cosa no era tan fácil. Una chica ideal para él, en el pueblo no se encontraba fácilmente. Le contesté que con todas las chicas que había, qué más daba si iba a buscarla a otro pueblo, y paulatinamente empecé a hablarle de usted. Una chica tan simpática, educada, seria y de buena familia; al final, nombré a doña Emilia. Pero la señora saltó: - ¿Qué se creía doña Chiarina? ¿De verdad que ellos estarían a las órdenes de aquella coqueta? (Lo digo como decía ella). No se había sentido cómoda. Pues, ya no se vuelva a hablar más.” Doña Chiarina se paró, fijándose en el efecto que sus palabras producían sobre sus oyentes. Elena se había puesto muy pálida; la sombra ahora se notaba más en el rostro moreno de doña María. La ira, que ella intentaba disimular como mejor podía, traslucía prepotente con el relámpago fosco de sus ojos grises y con el temblor de su boca pálida.

“No importa, no importa, al fin y al cabo, da igual. Mis hijas no están en la calle: si no es él, será otro”.

¡Las mismas palabras de Emilia! Pero como de la boca de la chica, en la habitación fresca y silenciosa, así ahora, de la boca de la madre, habían salido forzadas, irritadas, hipócritas con su falso tono de voz.

Doña Chiarina se ofendió y protestó, gritando con unos amplios gestos de sus brazos, cortos e hinchados en la estrecha manga de la camisa desteñida.

“Pero no, pero no; doña María, ¿qué pensáis que soy? ¿Soy mujer yo para perder la paciencia por eso? Ah, ¡nadie puede conmigo, ni siquiera el diablo, doña María mía!”

A la pequeña mujer se le había iluminado un poco el rostro y se había puesto a volver a escucharla atentamente: en la cara de Elena, silenciosa y olvidada, con los ojos bajos, la palidez aumentaba, se intensificaba; toda su delicada complexión ya no presentaba ninguna traza de rojez, con la escasa luz, la cara parecía un oval céreo, inmóvil, sin vida.

“No me he desanimado para nada. Dejé la conversación por aquel día, pero luego he vuelto a retomarla, una, dos veces; una mañana con la excusa de acompañarla a misa incluso fui a recogerla, y la arrastré conmigo. Ella se hizo la interesante; el hecho de que doña Emilia antes hubiera rechazado a su hermano, y que luego se hubiera arrepentido, la había irritado. Quería devolverle el disgusto; por eso ahora por la humillación padecida, ahora quería que fuera ella la que la padeciera, ya que se había presentado la ocasión. Pero yo, doña María, usted me conoce, gracias a Dios, no soy tonta. Le he hablado tanto y tan bien de su hija, y no sólo a ella, sino también al hermano, que los dos han empezado a ablandarse. “Una chica como esa, es imposible de encontrar, ni siquiera dando la vuelta al mundo- dije yo- Tan seria, modesta, de buena familia, con cierta dote, ¿dónde la vais a encontrar? En esta época, en la que las chicas están llenas de pretensiones, y sólo llevan altivez a casa del marido, una mujer como esa es una bendición. Y yo os lo puedo asegurar, decía, ya que conozco a toda la familia Forgiuele. Nunca en mi vida, he visto personas más educadas, más serias, se centran sencillamente en sus quehaceres y son las más estimadas del pueblo. Es la verdad, concluyó doña Chiarina, dirigiendo una fugaz ojeada a Elena y a la madre.

La chica bajó apenas el rostro muy blanco, como agradeciendo todos aquellos adjetivos, pero doña María, añadió: “Demasiado buena, demasiado buena, nosotros no merecemos tanto”.

“No, no, es así. Y se lo he dado a entender a don Peppe y a su hermana. ¿Qué se cree usted? Hay que saber hacerse apreciar, doña María; yo soy única en esto. Se lo digo también a mi marido... No es por nada, pero una mujer como yo que se mata de trabajo de sol a sol, con hijos y con un extranjero en casa, para intentar ganar algo, con una sirvienta que no quiere hacer nada y no entiende nada; una mujer que alquila la parte mejor del piso, dado que ahora los tiempos son difíciles y uno no quiere que todo el peso de la familia recaiga en el marido; yo, quiero decir, que aquí me sacrifico, mientras que en mi piso sabe Dios cómo estaba acostumbrada; una mujer como yo que luego no es ni siquiera apreciada, palabra de honor que es demasiado. Y los hombres, doña María, usted que es una mujer con mundo, y lo sabe, si no se les dice con letras gordas, simulan siempre no entender”.

Doña María asentía, agitando la pequeña cabeza encrespando apenas sus labios pálidos en una ligera sonrisa, mientras la risa gorda de la otra resonaba en la habitación, ensanchaba su rostro hinchado, casi hacía tambalear su cuerpo excesivamente gordo.

“Oh, entonces, le digo que yo se lo he dado a entender claramente a don Peppe, como yo sola sé hacer. Y el efecto no se ha hecho esperar, como usted bien se imagina, aunque me haya hecho sufrir. Habíamos quedado con su hermana en que vendría a decirme algo. Pero entre espera y espera el tiempo pasaba y no se veía a nadie. Yo estaba enfadada: especialmente el último día, todas mis amigas venían a saludarme, y yo, doña María, como quien dice, me encontraba en tierra de nadie. Pero también el último día había terminado. Casi me había resignado, cuando de mañana, una hora antes de la salida, ¿quién se me presenta? Justo ella, la hermana, doña Filomena Tatta. Estaba confusa, no sabía cómo empezar. Yo entendía, pero no se lo puse fácil. ¡Si vieras cómo me venía la risa, doña María! Por fin, después de tanto chismorreó, fuimos al grano, ya que el tiempo pasaba y la carroza esperaba delante del portal. Entonces intenté sacar el tema, y ella, sonrojándose y confundiéndose cada vez más, arrimó sus labios a mi oído y lo soltó”.

“¿Qué dijo? ¿Qué dijo?”, preguntó doña María ansiosa, intolerante a la gorda carcajada de la otra; fijó toda la mirada, toda la atención en la ancha cara de su interlocutora.

“Lo que queríamos nosotros, doña María. Dijo que el hermano vendría aquí a verme en unos días y que junto a mi marido irían a visitar al abogado Forgiuele para la petición matrimonial oficial... ¿Ha entendido?”

Y la gorda mujer, que tanto había hablado, finalmente se calló, y satisfecha y sonriente se puso a contemplar a las otras dos, cuya expresión, cuyas miradas, toda su fisonomía parecían cambiadas.

Había algo nuevo que no se había visto nunca, insólitamente dulce en las líneas duras de doña María; había una suavidad, una vivacidad extraña e improvisa en el perfil blanco de Elena, que iba ligeramente tomando color, en sus miradas algo apagadas, incoloras y fijas, en la apacibilidad del tinte y de la expresión. Sentimientos, variados y vivos, estaban perturbando su ánimo en aquel breve tiempo. Sin embargo, de todo aquel enredo complicado de disgusto, de irritación, de humillación, de aquel sustrato leve de amargura, finalmente no había quedado nada, todo había desaparecido de repente, como barrido por una ráfaga más violenta de tempestad.

Ahora las partes se habían intercambiado. Un sinfín de saludos, de agradecimientos, de dulces palabras, de muy dulces sonrisas llegaba a doña Chiarina, y la gorda mujer, con las manos recogidas en su vientre prominente, el rostro más ancho y vulgar todavía envuelto en la sonrisa apenas dibujada de los hinchados labios violáceos, estaba calmada e impasible en aquella larga ola jubilosa de miel, como un auténtico ídolo en una nube de incienso.

En vez de la única voz ronca y algo ansiosa, un cruce vivaz y variado de breves frases, de pequeñas risotadas resonaba ahora en aquel gran cuarto desnudo, y, extraños imprevistos discursos nacían, pensados mucho o nada, muy viejos o muy novedosos, pero todos del mismo tono ligero, casi infantil, casi inútil.

Doña Chiarina ya había programado un proyecto para la fiesta nupcial de Emilia, y doña María (¿quién sabe cómo?) había sacado el relato de otra boda lejana de la que se acordaba, una boda rara, donde la novia tenía sesenta años, y el novio, cuarenta.

La pequeña mujer reía mucho, y las otras dos junto a ella, pero doña Chiarina cubría con su carcajada la risa ligera de Elena.

Mientras se hacía tarde. La raya polvorosa de sol, posada en los viejos ladrillos rojos, había desaparecido. Pasaban por la calle, lentamente, pequeñas procesiones de cabritos con las campanitas tintineantes suspendidas en el cuello sutil; de la calle, a través del balcón abierto, una ola de muy joven e intenso olor de fresco crepúsculo, que la lluvia había purificado, entraba, mezclándose extrañamente, en una combinación grotesca con aquel tufo insoportable de casa vieja y de viejas cosas. La cornisa oscura de la habitación de en frente, cortaba con una línea negra el color claro y velado de un horizonte azul, ligeramente lila.

“Se ha hecho tarde, vámonos, Elena”, dijo doña María, empezando a levantarse y colocándose la bufanda de seda pesada alrededor de la cabeza.

“Eh, ¿ya os queréis ir?” “Eh, sí, sí. Ya llevamos un buen rato aquí molestándole”.

“Pero ¡qué decís!”

Doña Chiarina apoyó su gorda mano corta y rugosa en la rodilla de doña María, para obligarla a no marcharse. Se retomó el mismo discurso de antes, incoherente, ligero, vano, pero por poco tiempo, ya que los reflejos azulados del crepúsculo invadían la habitación, donde Elena se preocupaba de colocarse la bufanda muy ligera, pasándose los bonitos dedos rosados, levemente, entre el volumen del pelo rojo, y doña María tenía prisa para volver a casa y comunicar a los demás la gran noticia. Ella se levantó, de repente, casi con arrebató, y no sirvieron ni las manos, ni las frases, entre lo ceremonioso y lo imperioso, de doña Chiarina para que se quedara.

Las tres mujeres se dispusieron a salir, lentamente, pero antes de abandonar la habitación grande se pararon todas juntas, ya que doña María había rescatado de su memoria otra anécdota lejana, que había que contar. Pequeñas y breves carcajadas hacían eco en la vieja habitación, y al mismo tiempo una sombra negra entró, parándose al lado de una puerta cerrada, muy cerca de ellas.

“¡Buenas noches!” dijo una voz algo ronca, algo velada, pero dulce.

“Buenas noches, juez”, contestó doña Chiarina. La sombra entró en la habitación cogió un objeto y salió pronto, dejando tras

de sí la puerta abierta de par en par.

El ancho rectángulo de un balcón completamente abierto se presentó ante las mujeres, descubriéndoles un paisaje monótono de colinas todavía verdes en aquellos días de principio de verano y un cielo claro adornado con nubarrones negros, interrumpidos por algunas grandes flores de llama y de oro.

El hombre había mirado fijamente por un instante el rostro de Elena, dulce, delicado, algo confundido en la luz escasa de aquel débil reflejo; también la chica miró fijamente la cabeza de él, pequeña y fina, sobre el perfil puro, como de marfil antiguo.

“Es el juez”, explicó doña Chiarina, nada más marcharse el otro, “un joven valioso y serio. Doña María”.

Las dos mujeres no contestaron; Elena contrario se había encerrado en su mutismo; casi no escuchaba, casi no entendía ya a la gorda mujer, que las acompañaba hasta la puerta, intentando entretenerlas, pero, hablando y sonriendo aún. Aquel perfil tan fino, aquella mirada tan orgullosa y altiva, aquella voz dulce y ronca, toda aquella rapidísima visión le había causado una impresión extraña.

Pero, cuando pasó por el viejo portal, junto a la puerta del sótano, donde un grupo de campesinos bebían, reunidos alrededor de una mesa negra tambaleante, pasándose con grandes voces vulgares el cántaro de barro que en el exterior llovía sus gotas de vino como lágrimas rojas; cuando la cantinera, rellenita y joven, las saludó con una bonita y esperanzadora sonrisa, con la que recibía a sus clientes; cerca de un cuadro con tintas fuertes, tan toscas, tan primitivas, aquella rapidísima visión, envuelta en el azul opaco de la luz crepuscular, desapareció.

Ahora ella hablaba con la madre sobre la suerte de Emilia, de su próximo matrimonio, del empeño de doña Chiarina, cruzando juntas la vieja calle, saludando a las mujeres cotillas en las puertas de sus sótanos, esquivando a algún campesino que volvía del campo, algo tambaleante en su burro, entre el crujir de la hierba, las amapolas rojas y las margaritas amarillas, atravesando la plaza espaciosa, blanca de luz eléctrica, internándose por el callejón, negro y tortuoso, bullicioso de pilluelos ruidosos y de mujeres charlatanas.

Ellas se escabullían entrando en el portal, apresuradamente, y hablando siempre entre ellas, en voz baja, subieron ambas por la escalera recta y empinada.

Elena entró antes, dijo: “¡Buenas noches!”, y la madre con la pequeña figura que seguía fuera de la puerta y la cabeza fuera, llamó impaciente: “¿Emilia?”

Emilia acudió, y sin sentarse, sin avanzar, sin quitarse las bufandas, las tres mujeres empezaron a parlotear en voz baja, pero con viveza.

La casa era silenciosa, parecía desierta. Las otras dos chicas y la sirvienta estaban en otro lugar, en el balcón con vistas a la calle ancha, empinada y monótona de día, iluminada y ruidosa de noche debido a un cinematógrafo abierto enfrente.

El pequeño pasillo de entrada era oscuro. Sólo penetraba al sesgo la luz floja de una lámpara de petróleo, velada de verde, situada en la mesa de la cocina, de la que la cabecita mona y alegre de Margherita, con su pelo ligeramente encrespado en las sienes, recogido de una parte por un mechón rojo, y dorado por el reflejo débil, se había levantado curiosa, mientras la chica se había quedado así, con el bolígrafo en la mano, olvidando el difícil problema en el que estaba envuelta desde hacía una hora.

Doña María y Elena habían dado a Emilia la gran noticia, y ahora la comentaban, las dos, la primera más, la segunda menos, pero ambas entusiasmadamente, sin dejar a la tercera el tiempo de insinuar alguna impresión suya.

“Agradecemos al Señor”, decía doña María, siempre en voz baja, que lo hemos podido arreglar así. No perdíamos una cosa cualquiera. Será una boda que despertará la envidia general, ya verás. ¿Qué más te da si está viudo y tiene catorce años más que tú, si económicamente está bien y no tiene hijos? Ya hemos visto con quiénes se han casado las demás. ¡De verdad! ¡Vayas bodas! ¿Con quién se ha casado Giulietta Lamare? Con un soberbio, un miserable, uno sin arte ni parte. ¿Y acaso no era una buena chica Giulietta, no tenía dote, y no era guapita también?”

Emilia asintió con la cabeza, Elena añadió: “Es verdad, es verdad”.

“¿Y entonces? Y Rosina Romualdi ¿con quién se ha casado? Con otro inútil, un hombre pequeño y todo barriga, que sólo sabe jactarse: ¡Ay!” Las chicas sonrieron, mientras la madre imitaba a la perfección el respiro ahogado del marido de su conocida.

“¿Sabes qué te digo, hija mía?”, concluyó doña María, apoyando su mano delgada en el hombro de Emilia: “Demos gracias a Dios. Es una suerte la que tienes. Te podía ir peor, mucho peor, mucho peor”.

La pequeña mujer salió del pasillo, sujetando en su brazo su larga bufanda de seda, las dos chicas se quedaron allí donde estaban, silenciosas y algo cohibidas. Desde hace mucho tiempo, desde que, de niñas, la madre les regañaba por algo, desde que, adolescentes, empezaban a reírse o a llorar por sus primeros sueños ingenuos, siempre que el dolor o el amor llenaba su alma sencilla, ellas se aislaban juntas y se hablaban con el corazón apenado y la voz temblorosa.

Así también ahora Emilia abrió una puerta que había a un lado, Elena entró con ella, y se encerró en la habitación junto a la hermana. En aquel dormitorio de las tres hermanas menores anochecía. Pero la luz floja de la calle entraba, muy débil, desde el balcón, lo poblaba de sombras turbias e imprecisas. Emilia y Elena, sin tropezar, con seguridad, con la soltura de los lugares bien conocidos, se asomaron al balcón, bajaron la cabeza con un movimiento instintivo para mirar abajo, en el pequeño callejón negro.

Emilia esperó mucho, sin encontrar la palabra deseada y sin poder decidirse; pero, de repente, sin moverse, con un ligero arrebató en la voz, preguntó: “¿Qué me dices, Elena?”

“Yo digo que es una cosa buena, hermana mía, que tienes suerte”, contestó la otra, repitiendo la vieja frase.

“Es verdad, es verdad, se trata de suerte, Elena; yo estoy contenta, también por no tener que sentir a mamá predicando siempre sobre estos matrimonios difíciles para los de poca dote, e imprecando a la suerte que le ha dado cinco hijas y tan sólo un hijo, además como si Francesco no nos hubiera causado ya suficientes problemas; sin embargo, estos no son nada. Yo estoy contenta también porque pienso en las demás que han tenido que conformarse más que yo.

Yo estoy contenta... tendría que estarlo, sin embargo, yo qué sé... yo qué sé... casi tenía ganas de llorar”.

De hecho, las lágrimas todavía no habían mojado sus ojos, pero se notaban en su voz alterada. Elena se le acercó, cogió las manos rellenitas y tibias de la hermana entre las suyas.

“¡No, no, Emilia! ¡Qué dices! Siempre pasa lo mismo. Se sabe, la idea de la boda, de tener que dejar la familia. Pero tú te casarás bien. ¿Qué deberían decir Giulietta Lamare y Rosina Romualdi? Los tiempos en los que estamos son muy difíciles, hermana mía. Ya has visto qué matrimonios se hacen ahora. Todos matrimonios de interés. Para los de poca dote es un problema serio. O hay que acostumbrarse a no casarse y quedarse en casa como sirvienta de las cuñadas. Pero tú te casarás bien, sin duda. Quién sabe cuántas te envidiarán y desearán tu buena suerte. En estos tiempos, con poca dote, cuando se tiene a un buen hombre, con una buena posición, ¿qué más se puede pedir?”

Las palabras caían, lentas y llanas, en las tinieblas apenas y extravagantemente desgarradas por un hilo de luz lejana, pero la que las esperaba no se consolaba, ya que, al contrario, las lágrimas le caían ahora rápidas en las mejillas blancas, y un sollozo muy ligero hacía que se levantara su pecho apoyado en la baranda de hierro. Elena hablaba, en balde. De repente también ella se calló. Las palabras se le habían muerto en la garganta, pero su sentido, que expresaba toda la filosofía práctica, realista y ordinaria de la madre, se le había quedado fijo en la mente, y, quién sabe por qué, desconocidas a la hermana y extrañas a ella misma, dos lágrimas se le habían caído por las mejillas, solitarias y lentas, sólo dos lágrimas que ella había secado con el dorso de la mano, volviendo la cabeza de la otra parte, furtivamente.

II

El pequeño grupo, parado en la escalinata ancha y blanca, bajo la fachada oscura de la catedral, había ido aumentando poco a poco. Los familiares y los amigos más íntimos, a los que el día anterior doña María, con los ojos rutilantes de felicidad había anunciado el matrimonio de Emilia, ahora, fugazmente, querían felicitar a la esposa, prometiéndole volver a obsequiarla más tarde, por la tarde o dentro de unos días. La misa de aquel primer viernes del mes, dedicada al Corazón de Jesús, ya había terminado a pesar de que fuese aún pronto, porque el sol alegre de aquella radiante mañana de verano había conquistado sólo los tejados amarillentos de las casas, y la calle estaba casi desierta, recorrida sólo, lentamente, por algún barrendero armado de su escoba larga con hilos de hiniesta; atravesada sólo por algún cabrero que se paraba en cada esquina para rellenar con la leche de sus animalitos la medida del tanque, mientras que recta a su lado alguna sirvienta, alguna niña, alguna pueblerina le miraba, sosteniendo entre las manos el pequeño bol vacío.

El grupo se había apartado para dejar libre la entrada de la puerta, y la gente que salía -devotas, envueltas en el chal negro, algún viejo campesino, encorvado e impotente, alguna señora humilde con la cabeza recogida en la bufanda- también cuando no se paraba, saludando y sonriendo, se fijaba siempre, curiosamente, en la novia, mirándola siempre con la cabeza hacia atrás, mientras se alejaban al otro lado.

La novia estaba en el centro del grupo. Estaba muy pálida. El pelo recogido de forma apresurada, ya que no había tenido tiempo para peinarse, le salía de la bufanda blanca y ligera, los párpados batían sobre sus ojos, tenían que estar muy cansados; también los labios estaban pálidos, casi sin frescura; todo su rostro que no era bonito, pero sí amable, desprendía un aire de cansancio opresivo que borraba su gracia juvenil, haciendo que pareciera casi envejecido, casi marchito. Pero los parientes y amigos no lo notaban. Por otra parte, tanto Elena, como Amalia, que era la más guapa, y Elvira, que tenía una cara ancha y pálida, ligeramente amarillenta, llevaban

en sus rostros y en sus figuras la marca de esa salida demasiado pronto, de aquellas pocas horas de sueño, revelando claramente, en las fisionomías algo abatidas, en los ojos distraídos, bajo del pelo despeinado que se trataba de chicas algo anémicas.

“¡Viva la sorpresa! ¡Esto sí que es saber hacer! ¿Quién sabía nada?”, dijo acercándose y apretando la mano a Emilia una de sus viejas amigas, una señora gorda y sin hijos.

“Y ¿qué queríais saber?”, contestó doña María, “no sabíamos nada ni siquiera nosotros; ha sido algo así, concertado en un momento”.

“Pues ya, así es, lo dije ayer, a unas personas que querían absolutamente hacerme creer que estabais negociando desde hace mucho tiempo y que esa amiga vuestra, doña Chiarina, estaba en medio para cerrar la boda”.

La chica que había hablado, una prima de las hermanas Forgiuele, dirigió a doña María y a las hijas la malicia de su boquita afilada y de sus ojos pequeños y amarillentos. Doña María disimuló no haber oído, pero se quedó muy irritada.

Una sensación de desconcierto pesaba en el grupo, pero en ese momento, desde la pequeña puerta abierta de la iglesia, una gran figura de mujer, encorvada, vestida de negro, que salía, lo alejó, acaparando la atención de todas.

“¡Que te dure cien años, cien años, hija mía!”, dijo ella girada hacia Emilia, “ahora no puedo pararme porque, cuando se toma la comunión, hay que estar ensimismado y no se charla, pero iré a verte más tarde”.

“Habéis oído qué reproche nos ha hecho tía Caterina?” dijo Amalia Forgiuele. Alguna risotada callada, ahogada en el pañuelo, siguió a la mujer gorda, que bajaba la escalinata; tampoco el grupo se alteró. Pero otro reproche, más solemne, se añadió al primero.

“Ahora vamos a pasar una media horita a hablar en la escalinata de la iglesia, ¡Muy bien! ¡Muy bien! ¡Después de la comunión, vale!”, dijo la voz quejumbrosa del viejo cura confesor, mientras que dos pequeños y severos ojitos grises miraban a las mujeres del centro con la cara oscura y llena de arrugas, bajo la ancha falda negra del sombrero sacerdotal.

Con alguna sonrisa breve, baja, contenida, entre un coro apresurado de – ¡Hasta luego! ¡Qué estéis bien! - ¡Felicidades!- ¡Nos veremos hoy!- ¡Cumpliremos con nuestro deber mañana!- el grupo se disolvió, se dispersó por los callejones o por las calles laterales. Los perfiles apresurados de las mujeres prosiguieron cada uno por su calle, hacia su casa, a sus quehaceres cotidianos; desaparecieron en las calles ventiladas y blancas con un horizonte radiante con montes dorados por el sol, se desvanecieron por los callejones estrechos y sucios, entre las mujeres que se peinaban en las puertas de sus sótanos sucios, entre los niños desnudos que chapoteaban en el barro de la calle; pasaron así, sin mirar, teniendo cuidado en dónde meter los pies, debajo de una capa de cielo azul, de lo más esplendoroso y puro, al lado de las casas, oscuras abajo, alegres en lo alto, doradas por el más ardiente y brillante sol.

Doña María y sus cuatro hijas cruzaron rápidamente el corto tramo de la calle, que separaba su casa de la iglesia, entraron en su pequeño portal abierto.

El desorden matinal de la casa y la calma olímpica de Francesca y de Margherita molestaron a la madre, nada más entrar.

“¡Habéis hecho bien! ¡Por lo menos podías haberte molestado en hacer una cama o en quitar el polvo al mueble! Por lo menos podías estar ya preparada, ya que es tarde y tienes que ir al colegio. Vosotras quedaos a comer, ya que habéis logrado lo que habíais planeado”.

No hemos podido, señora, el señorito nos obligaba a estar siempre pendientes de él, los zapatos... el café... muchas cosas”, dijo la sirvienta.

“Es verdad, mamá”, confirmó Margherita con su vocecita estridente, ya sabes que el vicio de papá es no terminar nunca a tiempo; sólo ahora ha subido”.

Doña María, refunfuñando, salió “por prudencia”, dijo ella, ya que había comulgado, que de lo contrario no terminaría tan pronto. Francesca se quedó a atiborrarse furiosamente con un último trozo de pan, mojado en agua y aliñado con aceite y salsa de tomate, mientras que Margherita seguía comiendo todavía, muy lentamente, sentada en la mesa de la cocina, con el camión blanco, con los

brazos muy delgados desnudos, intentando hacer tiempo, dado que la idea del colegio, recordada por su madre, en vez de meterle prisa, había logrado el efecto contrario.

Ahora todas sorbían el café que Elena se había preocupado de calentar con una vieja cafetera; lo tomaban de pie, en la cocina, apresuradamente, mientras que doña María se atrevía con otra sistemática, pero grave cuestión; “Pues, ¿qué vamos a comer hoy? Es viernes”.

Las ideas más variadas, las opiniones más opuestas, apoyadas por una, censuradas por otra, surgieron de aquel pequeño grupo de mujeres.

“Pasta con aceite y huevos”, dijo Elvira, que adoraba como buena sureña italiana la pasta con salsa de carne, y quizás por eso engordaba a ojo. “¡Eh! Comimos ayer macarrones, si fuera por ti, los comerías siempre”, precisó Amalia.

“¡Verdura!” propuso Elena.

“Venga, venga, ¿es época esta de cataplasmas?”, contestó Emilia, que comía muy poca pasta.

“Legumbres y bacalao frito”, saltó Margherita, queriendo aportar también ella su personal idea. Fue acogida con un coro de risas y de protestas. “¡Muy bien! Y luego irás a cavar para digerir todos estos manjares divinos en el mes de julio, ¿verdad Margherita?” Margherita se irritó. Era una desgracia que sus opiniones fueran, ya no sólo desatendidas, sino también escarnecidas. Por supuesto, porque era pequeña. ¿Por qué no había nacido antes que Amalia, antes que Elena, por qué, mejor todavía, no había nacido niño como Francesco?

La pequeña se levantó de la mesa, buscando su delantal kimono, mientras que doña María disparaba el último cartucho: “Y entonces: ¿pescado?”

“Y ¿dónde se puede comprar este pescado?”, preguntó Amalia, que era la más difícil de contentar. A la pregunta complicada e incómoda dio una respuesta concreta el tamboreo repetido del pregonero abajo en la calle. Francesca, que estaba haciendo una cama en una habitación cercana, tiró al aire las sábanas, corrió al balcón, se fijó en la figura erguida y cómica del pregonero, estuvo

con la cabeza rojiza en un rayo de sol, todo oídos para escuchar aquella voz nasal, muy cómica en su dialecto ocasional y en su italiano repleto de descomunales errores gramaticales.

“¡Los salmonetes pequeños a veinticuatro céntimos! ¡Los grandes a dos pesetas! Las anguilas a veintiséis céntimos”, repitió la sirvienta, entrando en la cocina, llevando la malicia de su carita alargada, rojiza como el pelo por las muchas pecas.

“Bueno, vale, pero mientras tanto vete a llamar a don Saverio; si no vete a saber qué armas tú”, dijo doña María.

Don Saverio, nada más llamarle, se apresuró bajando desde el estudio legal del abogado Forgiuele, para servir a la señora Forgiuele. Era un viejo muy delgado, amarillento y rugoso, con una cara de cartón piedra con dos pequeñas patillas, también amarillentas. Servicial, atento, muy humilde, él se hacía querer en esa familia, a la que servía desde hace treinta años como copista, más bien como joven en el estudio de don Gaetano. Y don Gaetano lo toleraba por eso, a pesar de que su mano temblorosa le llenaba a veces de garabatos incomprensibles los grandes folios de papel oficial, aunque la vista ya no le ayudaba como antes.

Don Saverio entendía esa benevolencia, y correspondía a su benefactor con humilde, pero entrañable afecto, poniéndose negro cada vez que don Gaetano, perdida la paciencia, le maltrataba, temblando durante horas, no por ira, porque su muy apacible y obediente ánimo no llegaba a tanto, sino por el miedo a perder esas míseras treinta liras mensuales que eran su pan. Él había vivido sus setenta años así, conformándose con ese trabajo humillante, con las más heroicas, las más austeras casi las más incomprensibles privaciones, transcurriendo la juventud, la madurez, la vejez en un continuo estado de decente, pero degradante miseria.

Procedente de aquella pequeña burguesía, intransigente y mezquina, de los viejos tiempos, no pudiendo estudiar por falta de capacidad y de recursos, no había tenido la fuerza de elegir una profesión, pareciéndole una gran humillación que un hombre de bien, nacido en una familia que tenía el don de siete generaciones, llegara a trabajar como carpintero, zapatero o albañil. Y del error no se había arrepentido nunca, porque los nuevos tiempos no habían

aportado nuevas ideas a su limitada mentalidad.

A la petición de doña María de que fuera él al mercado a comprar el pescado, ya que Francesca no habría sido capaz de elegirlo, el viejo había contestado que sí, que sí, sonriendo siempre, procurando ocultar su contrariedad. El pescado era una de sus pocas pasiones, resistidas a la larga costumbre de las privaciones, y, por tanto, el hecho de estar allí para elegirlo y comprarlo a otros le pesaba, pobre viejo, que desde hacía mucho tiempo no lo había saboreado, e incluso en la víspera de la última Nochebuena había tenido que renunciar a la tradicional anguila, demasiado cara, a cambio de una escasa sopa de bacalao, alejando el recuerdo amargo de remotas cenas suculentas.

Doña María estuvo mirando por las escaleras la figura delgada y encorvada del viejo que bajaba al sol que le hacía más brillante y más verdoso el antiguo traje negro que resistía desde hace veinte años, y parecía aún más mísera al lado de la radiante sirvienta, con su gran cesto de la compra, sus carcajadas irónicas y sus impertinencias groseras y corrosivas.

Doña María se quedó sola en el pasillo. Amalia y Elvira hacían las camas las dos a la vez; Margherita colocaba los libros para ir al colegio, nada más volver Francesca; Emilia y Elena estaban en el dormitorio de la madre, enfrente del cuarto de baño elegante para peinarse. Allí dentro, ya entraba el sol, resplandecía en el rellano de mármol de la cómoda, deslumbraba en la manta cándida de la cama matrimonial y en las baldosas relucientes, adornaba de oro el juego de baño de la madre de cristal morado, dispar, ya que, en tantos años, muchos de esos pequeños objetos, elegantes y frágiles, se habían roto, sin que nadie los hubiese usado, porque nunca nadie, en esa honesta familia provinciana, había pensado o soñado con esas finuras de elegancia y lujo.

Su balcón estaba sobre las demás casas. Sentadas como estaban, no veían el piso inferior desigual de tejados oscuros, ligeramente agudos, muy pobres y solo delante de estos se extendía un retazo de cielo azul, metálico, resplandeciente, deslumbrante como una lana inmensa, acabado en el fondo por una fina raya, opaca; interrumpido por ciertas pequeñísimas nubes desflecadas,

blanquecinas, grisáceas; encerrado delante por el perfil oscuro y majestuoso del gran monte cercano.

Elena se había quedado allí a peinar a Emilia, la novia, como todo el mundo ya la llamaba. Emilia tenía un pelo magnífico, suave, sedoso, muy largo, que, según estaba sentada, rozaba el suelo, recubriéndola de su gran manto. Y mientras las manitas blancas y aristocráticas de Elena se movían seguras, en aquella inmensa abundancia, peinando una parte hacia atrás, la otra parte del pelo, separado en la frente, le bajaba por delante, enseñando su cara pequeña, ovalada, blanca, inclinada, fina. Así, toda recubierta, con las líneas de la figura que no se veían, y la cara, que apenas se veía, Emilia, se asemejaba a una extraña monja.

“No sabes”, dijo ella “qué me hizo Lisetta, la última vez que estuvo aquí”. La cabeza, todavía despeinada de Elena, reflejada en el espejo, dijo que no.

“Ah, pues yo no te lo había dicho. Me preguntó si era verdad lo que se decía, que se había acordado mi matrimonio con un propietario de Venosa. Contesté que sí. Sin embargo, no me dijo ni una palabra. Insistí, hablando lo mejor posible de él, señalando sus buenas cualidades. Lisetta no contestó casi nada, y se fue con la cara más verde de lo habitual”.

Emilia se paró; ahora jugueteaba con su larguísimo pelo, cogiendo algún mechón, enroscándoselo entre los dedos. Elena continuaba su tarea, silenciosa y atenta.

“No sé lo que haría Lisetta con tal de casarse”, continuó la primera, “pero nadie la quiere”.

En la voz juvenil con la añoranza por la juventud de la amiga, que se apagaba así en un sueño vano y en una vana espera, se notaba también, y mucho, la satisfacción personal, que aquella comparación le daba, el íntimo placer de compararse con la otra que envidiaba su suerte.

Y, como eco de su pensamiento, apareció en aquel momento su voz: “Estos matrimonios son un serio problema, Elena; tiene razón mamá. ¡Se han vuelto tan difíciles! Pero cuando, como yo, se logra hacer uno bueno con la poca dote que se posee, de verdad habría que ir descalzas a San Antonio, que ha hecho un gran milagro”.

Como otras veces a su madre, Elena reclinó la cabeza y dijo: “Es verdad, es verdad”. También colocándose el largo pelo sedoso, ella pensaba en las palabras de la hermana, y se entristecía. ¡Cómo había cambiado de opinión Emilia! Ahora hablaba como la madre, de forma idéntica y, a pesar de haber oído decir muchas veces que esa era la verdad, pese a que ella también lo hubiese dicho, pese a que ella también estuviera convencida, aunque en una íntima, misteriosa, casi desconocida parte de su alma, aquellas palabras la herían. Una sensación desagradable, un leve sabor amargo, permanecía en ella y la perturbaba.

Sencillamente, casi inadvertidamente, una gran cosa se cumplía en Emilia. Desde esa noche, en la que doña Chiarina había dado por hecho el matrimonio, largamente pensado, habían pasado muchos días, días aburridos y ansiosos de negociaciones, donde al final de cada uno Emilia había sentido desvanecer cada vez más aquel tormento secreto, cuya confidencia la conocía sólo Elena. La añoranza de un amor tristemente acabado, el desvanecer de un sueño nunca más realizable, dado que de eso se trataba, ya no causaban tanta tristeza, habiendo abandonado casi completamente su alma. Y que fueran las charlas continuas de la madre, que fueran los discursos raros y serios del padre, o la propia potencia inevitable de los eventos, es cierto que toda aquella capa ligera de sentimentalismo, que recubre cada joven alma femenina, se había alejado; es cierto que, en tan poco tiempo, toda su pequeña alma romántica de chica provinciana había desaparecido, sin que quedaran en ella ni el peso, ni el polvo de las ruinas recientes. E inadvertidamente, sencillamente, sobre esas pobres sobras había surgido otra cosa, o, mejor, brotada lozana, porque una pequeña semilla latente siempre había estado en ella, debajo de otras pasiones y de otros sueños.

Ahora ella estaba satisfecha, contenta, casi feliz por aquel matrimonio de conveniencia, ya no sólo por avidez o por el porvenir garantizado, sino también por el matrimonio en sí mismo, por aquel matrimonio, que no era de amor, como otro propuesto que ella antes ni pidió, ni deseó, que al contrario ella rechazó con desdén. Dado que ella, en el fondo, tenía, plena y completa, toda la antigua alma de la mujer, alma hecha de abnegación y de pasión absoluta,

alma deseosa de amor, no sólo, sino también de esclavitud de amor, buscando en esa misma esclavitud la única razón de su vida, la única dulzura y probar de esta esclavitud toda la belleza, toda la dulzura, toda la felicidad, que sólo una dedicación y un sacrificio ilimitado pueden dar. Ya que, para la mayoría de las mujeres, especialmente para las meridionales, el matrimonio, de cualquier tipo, es necesario, al no disponer ellas de otros medios para vivir. Pero, en el caso en el que ellas tuviesen en sus manos estos medios, y pudiesen formarse también ellas, como muchas otras, una posición independiente con actividades y trabajo, y supiesen interesarse por otras cosas de la vida, serían siempre inmensamente infelices, y llevarían desconsoladas por el mundo su gran corazón agostado, inutilizado en su parte mejor, sangriento, desgarrador en su inmenso grito, que quiere, que reclama su parte de amor, la misión a la que ha sido llamado, por la que ha sido educado, y sin el cual no puede vivir.

Hasta que la mujer lleve consigo su alma antigua, que ha vivido y ha sido educada desde siglos solo para la pasión, la entrega, el sacrificio, el amor (y en cada matrimonio ella termina siempre por amar) el amor deberá ser toda su vida, su única alegría, toda su carrera. De nada servirá presentarle otro espejismo; el amor para ella es siempre el único fin, sin el que nada bonito existe, sin el cual ella se arrastrará tristemente, vacía de fe y de latidos, también en una nueva vida, activa y de trabajo, como en la habitual vida inerte y solitaria de las viejas casas, en la vieja provincia, cuando envejece solterona.

Elena no entendía todo esto claramente, pero intuía que tenía que ser así; sabía en su severa alma antigua que había que enamorarse del novio o del marido, siempre, a cualquier precio; pero, firme y fuerte, la pequeña alma romántica, desaparecida en la hermana, se iba despertando en ella, se pegaba a sus fibras, a su carne, se mezclaba con su sangre, se convertía en una de sus partes vitales, potente, exuberante. La mutada conducta de Emilia velaba sus ojos de una fría luz de desdén; salía de sus labios pálidos, que en la ironía se encrespaban, un viejo dicho popular, frío, amargo, despreciable: “Las chicas se casarían incluso con un burro con un sombrero”. Ahora, todo esto la hería, como nunca hubiese

podido imaginar, en una parte escondida, pero vital, del alma. Las palabras de la madre, viejas y siempre las mismas, que ya no le causaban alguna impresión, aunque las juzgaba como una forma de lenguaje, bronco, prosaico, de excepción; aquellas mismas palabras pronunciadas por la boca de Emilia la acababan de herir, extraña y agudamente; no se las esperaba; y esas mismas, le habían dado un duro golpe, le habían provocado un gran vacío en sus viejas y secretas convicciones sentimentales.

Ahora, cerca del balcón, ella quitaba del peine el pelo de Emilia, que se había quebrado mientras lo peinaba, y en el sol veraniego, ya ardiente, sin sombra, su cara pálida guardaba todavía un aire ligero de tristeza y descontento. Emilia, mientras tanto, miraba a su peinado, en el espejo, delante, de lado, atrás, retocándolo ligeramente, conteniendo un mechón, usando el peine, ensanchando un nudo de lazo negro.

Silencio alrededor de ellas. En la habitación hacía calor, y un susurro de moscas ininterrumpido, las voces de la calle, monótonas y desiguales, cercanas y lejanas.

“Doña Emilia, doña Eleonora, está fuera la tía Caterina, venid pronto”.

“¡Qué tenga salud durante cien años!”, dijo Emilia molesta, cambiando de repente la imprecación originaria que le había subido a los labios por la contrariedad de aquella visita, nada grata, en esa hora inoportuna.

A Francesca le entró la habitual carcajada sarcástica por sus labios agrietados y rojizos.

Elena, sola, ya que las otras dos habían salido, se tocaba delante del espejo su pelo, levantándolo con los peines, parándolo con las horquillas de falsa tortuga, mirándose tristemente su rostro blanco, demasiado pálido para la hora que era, ya sin esas ligerísimas venas tenues y rosas que ensalzaban mucho su gracia y su delicada seducción.

Saliendo al pequeño pasillo de la entrada, donde la tía se había querido parar, Elena vio a Emilia, seguía abrazada por la mujer alta, encorvada, vestida de negro, que había encontrado por la mañana en las escaleras de la iglesia.

—“¡Qué te dure cien años, cien años, hija mía!”

—“¡Gracias, gracias!”

Ambas voces, la de la vieja y la de la joven, estaban emocionadas, algo rotas, algo sofocadas, y la luz verde que se filtraba por la persiana bajada en la pequeña habitación, sombreaba curiosamente la cara oscura de una y blanca de la otra. Elena cogió una silla y se sentó cerca. También doña María estaba allí a su lado, pero su pequeña figura no sabía estar quieta, su cabeza pequeña se giraba siempre hacia atrás, sus ojos miraban siempre hacia una parte.

En la mesa de la cocina, las anguilas finas, negruzcas, todavía vivas, se contorneaban entre los salmonetes rosados, abandonados; y ahora, por un peculiar movimiento insólito, por ciertos prolongados gritos de “¡lárgate, fuera!”, pronunciados con tono cada vez más enfadado, doña María suponía que, dada la distracción general, el guapo gato blanco debería beneficiarse.

“¡Qué desastre! ¡Qué fastidio! ¡Son siempre así las visitas de tía Caterina!”

Tía Caterina, de hecho, hermana mayor del abogado Forgiuele, era una mujer peculiar. Se quedó viuda, y sin hijos, en edad temprana, ella se había alejado de todas las seducciones y los placeres que la vida ofrece; no había ido a ninguna fiesta, no se había puesto ningún vestido elegante; sus joyas de oro, pesadas, con las que en un tiempo se había embellecido y enorgullecido, se habían quedado cerradas con llave, olvidadas en sus cofres descoloridos. Ella se había creado una nueva existencia de recuerdo y fe. Pero su fe, como el pequeño ambiente le permitía, era mísera y pequeña, amante de las formas, temerosa de cada cosa mezquina, una fe pusilánime, dudosa, angosta, que, si lograba llenar su alma y ocupar su mente, valía también para hacerla compadecer, a veces escarnecer a su parentesco muy extenso y a sus innumerables amigos.

Siempre libre, con ninguna otra compañía que la de una vieja sirvienta, ella también beata, tía Caterina vagabundeaba todo el día de una iglesia a otra, de una misa a otra, siempre preocupada por algo (la hora de la Asociación de la Santa Infancia, la hora de la subscripción para el Santuario de Pompeya, ahora de un cuadro que se tenía que renovar), y solía ir de visita en las horas más

inoportunas, quedándose durante un buen rato, queriendo tener a toda la familia a su alrededor, encontrando siempre una historia de monjas, una descripción de santuario, un recuerdo de una misa extraordinaria para contar, mucho tiempo, prolijamente, durante horas y horas.

En efecto, también ahora, la voz llana, monótona, sin jamás interrumpirse, proseguía: “La superiora, cuando supo lo que había pasado...”

En la penumbra, el sueño sobrecargaba los párpados de las cinco oyentes, ya que también Amalia y Elvira se habían añadido desde hacía tiempo a las demás.

“Buenos días, buenos días, ¿qué tal estáis?” una voz gorda ansiosa, una carcajada gorda y grosera rompieron bruscamente aquel entorpecimiento de mañana veraniega.

Doña María y sus cuatro hijas se levantaron, todas juntas; la pequeña mujer corrió delante de todas cogió entre sus manos las arrugadas y cortas de doña Chiarina, mientras Emilia se apoderaba de su crío, un niño feo enfermizo, siempre algo sucio, y lo besaba.

“A lo mejor estoy estorbando”, preguntó la mujer gorda, resoplando todavía por el calor, secándose el sudor, que le goteaba en la cara ancha, avanzando entre doña María y Emilia, seguida por las otras tres chicas.

Las protestas fueron largas, unánimes, muy calurosas.

“¡Pero, qué decís!”

“¡Faltaría más!”

“¡No lo digáis ni en broma!”

Mientras tanto, doña Chiarina se había sentado, después de haber saludado y apretado la mano de tía Caterina; se había sentado con las piernas abiertas, resoplando aún por el calor, agitando furiosamente su pequeño abanico de papel, más fea, más lamentosa, más vulgar que nunca, con ese rostro tan vivo, el pelo oscuro pegado a la cara mojada de sudor, el cuello hinchado que doblaba el cuello del vestido, los brazos gordos y cortos que manchaban debajo de la axila la camisita de batista blanca.

Emilia atentamente le había quitado la bufanda de su cabeza, y la mujer le había cogido las manos hermosas, redondas y blancas, y

le había preguntado, acercándole la cara gorda, invistiéndola con su aliento ansioso: “¿Qué tal estamos? ¿Qué tal estamos, novia?”

Tía Caterina, irritada por la conversación interrumpida, se había despedido bruscamente, pensando de verdad que esos cumplidos eran demasiado y que, finalmente, debía tener razón otra sobrina suya que afirmaba haber pactado esa mujer el matrimonio de Emilia, prometiendo, igualmente, a doña María tratar algún otro también para Elena.

Nada más salir la tía, les pareció haberse quitado un peso grande del estómago y con ella pareció irse también ese entorpecimiento pesado, esa calma somnolienta de mañana estival que vivía en el susurro de las moscas y en los ruidos ajenos de la calle. El pasillo pareció animarse, parecieron animarse también las fisionomías pálidas de las mujeres. Emilia había acercado su silla a la de doña Chiarina, y tenía al niño de ella en las piernas, ofreciéndole las chokolatinas de avellana que el pequeño comía, embadurnándose toda su carita enfermiza, y ensuciándose las manos con los papeles rojos que los envolvían. Doña María había pisado muchas veces el pasillo y la cocina, yendo arriba y abajo, haciendo tambalear toda la casa, y ahora cuchicheaba con Francesca, en la puerta de entrada, ella dentro, la sirvienta fuera. “De limón, ¿has entendido? ¡De limón!”

“Doña María, no te molestes”, dijo doña Chiarina, girando apenas la cabeza hacia atrás. “¡Entre nosotras no hacen falta cumplidos!”

Pero Francesca ya estaba en la calle, y bajaba de prisa el callejón, donde la sombra de las casas se alargaba, extraña y profunda, en las placas amarillas por la sequía y por el sol.

Doña María fue a sentarse al otro lado de la visitante.

“A lo mejor soy yo la que ha molestado, ya que estabais con doña Caterina”.

“Qué va, qué va, ¿qué dices? ¡Tía Caterina es una pesada! No termina nunca. Todas aquellas monjas, todos aquellos curas, todos aquellos santuarios; pero ¿a nosotros qué nos importa?”

“Fundamentalmente a las novias no les interesa para nada”, añadió doña Chiarina con una de sus grandes carcajadas.

“A nadie”, añadió Emilia.

Entró el aprendiz de cafetero, un chico negro como un mulato, con un gran mechón de pelo negro colgando en la frente, y ahora doña Chiarina sorbía pacíficamente su granizado de limón, mientras Emilia le daba también al niño que lo comía beatamente, con un relámpago de alegría y de avidez en sus ojos grandes que se habían puesto blancos. Hablaban un poco de todo, con una grande cordialidad, algo exagerada. Doña María y Emilia eran las más felices, las más extrovertidas; Elena era la más callada y en la penumbra del pasillo, con los ojos bajados bajo el pelo desgreñado, su cara demasiado blanca, con la nariz perfilada, parecía pálida, sin ningún relieve, como sin vida.

“¿Sabes, doña Chiarina?, Yo al final hablé con Gaetano”.

La mujer, que esta frase se la esperaba y había ido sólo para escucharla, supo disimular perfectamente su interés con un aire agradable e indiferente de su carona sudada y con una sonrisa dulzona de sus labios violeta.

Doña María continuó: “Me ha dicho mi marido que podéis subir cuando os guste, también esta mañana; hablaréis, y él hará por usted todo lo que pueda”.

Doña Chiarina asintió con la cabeza, sonriendo, y agradeció sin demasiada efusión. Pero la sonrisita ligera, que demostraban sus labios gordos, se agrandaba en su interior, convirtiéndose en una larga carcajada de placer y triunfo.

¡Cómo habían cambiado los tiempos! Antes era ella la que tenía que ir a esa casa, humilde, respetuosa, porque necesitaba realmente al abogado Forgiuele por sus intereses destrozados, por sus deudas y por sus chanchullos que pesaban sobre aquella casa grande y vieja, aferrándose al abogado como a un ancla de salvación, poco escuchada, poco atendida, mal recibida, sufriendo mucho por el interés y por la ambición, y aun así teniendo que callar. Ahora todo había cambiado.

La gorda mujer erigió el busto en la silla, giró hacia atrás la cabeza, hinchó su garganta, se enorgulleció por el nuevo estado de las cosas que era mérito suyo. Ahora, estaban todas a su alrededor, doña María y sus cuatro hijas la alababan, la colmaban continuamente de cumplidos y regalos.

Doña María repitió: “Si quiere subir ahora, doña Chiarina, mi marido dice que sería mejor”.

La gorda mujer se levantó, pidió su bufanda, se tapó la cabeza, se encaminó hacia la puerta, seguida por sus cinco amigas. Sólo cuando salió, pareció acordarse todavía de algo y volvió atrás.

“Pues, gracias, doña María, por todo. No tenía que haberse molestado tanto ayer. Los *provoloni* y las *burrate*¹ que me habéis mandado estaban exquisitos”. “¡Bueno! ¿Y eso qué es, qué son? ¡No es nada!”

Doña María hizo un gesto indefinido con la mano, y, mientras las chicas regresaban, ella se quedó mirando desde la puerta a la mujer, que lentamente subía a la planta superior.

“¡Un telegrama!”.

La pequeña mujer dio casi un salto, miró, perdida, temblorosa, muy pálida, al hombre impasible que le entregaba el paquete amarillo. El caminante le había dado una hojita de papel, le había puesto en su mano un trozo de lápiz. La mano vagaba sobre el papel, temblorosa, no sabiendo encontrar el lugar; el dedo nudoso del hombre y su mano impaciente se lo indicaron “Aquí, aquí”. Ella firmó como pudo, puso el sobre amarillo en el bolsillo del delantal, casi corrió para que no la vieran sus hijas, se encerró en el dormitorio, a la sombra de las persianas bajadas. Seguía temblando todavía; sus manos estaban heladas, los párpados batían violentamente sobre los ojos que descifraban el telegrama: “*Enviadme giro telegráfico doscientas liras, necesidad muy urgente.* Francesco”.

Lo de siempre, siempre una petición incesante de dinero. ¡El despilfarro de siempre! Ella había recibido muchos más telegramas del estilo, y ella sabía que de nada servía el dinero para ese hijo, superficial, pródigo, que estudiaba poco, distraído en una vida y en un ambiente que no es el suyo. Sabía que ya era todo inútil; incluso, en su idolatría de madre, que tiene un solo hijo y cinco hijas, ella había encontrado hasta en ese momento mil excusas para disculparle; podía ser una cosa imprevista, podía ser una enfermedad... Sin titubear abrió un cajón de su cómoda, hurgó y hurgó un buen rato

1 Tipos de queso italiano.

debajo de la lencería alineada, encontró finalmente una pequeña cajita.

“Uno, dos tres, cuatro, cinco, seis”. Eran seis esterlinas. No bastaban, se vio perdida, luego pareció acordarse de algo y se reanimó. Cerró nerviosamente ese cajón, abrió otro, hurgó otra vez. Esto es lo que buscaba; cinco billetes de diez liras. Ese dinero estaba destinado a los sombreros de verano de las chicas. El padre les daba siempre demasiado poco; eran muchas, él se asustaba y se enfadaba, y ellas remediaban ahorrando un poco de dinero cada día de las pequeñas necesidades cotidianas de la familia.

La madre titubeó. Luego juntó billetes y esterlinas, los escondió en el ancho bolsillo del delantal, y se dispuso a localizar a Francesca, para mandarla a enviar el giro postal, secreto, y con discreción.

III

La casa y las personas estaban listas desde hacía tiempo para el extraordinario acontecimiento: la presentación del novio. Doña María se había puesto un vestido azul oscuro, algo viejo, pero todavía decente, se había ceñido la cintura con un delantal nuevo de cretona negra, de puntitos blancos. Elvira y Amalia llevaban puestos dos vestidos rosas, lavados en casa, modernizados como se podía, para la ocasión, y en la que, a pesar de todo, su juventud, todavía no marchita, resaltaba. Elena y Emilia, la novia, se habían puesto ambas sus falditas imperio de color gris; sólo la novia, en vez de la camisita de lana, estrenaba ese día una más elegante, de seda blanca, decorada con escote cuadrado y con las mangas, anchas y cortas, con un borde pintado de flores violetas. También Margherita había sustituido los cotidianos delantales kimono por un vestidito blanco que llevaba en las fiestas, y también Francesca había lucido su vestido de tela verdosa, de algodón, que resaltaba su pelo rojizo y su cara pecosa.

En el salón habían quitado las fundas blancas del sofá y de los cuatro sillones, y el azul aún fresco del viejo damasco entonaba ahora con el azul apagado de la tapicería desteñida.

Brillaban apagadas, en la luz débil del crepúsculo, las pequeñas llamas amarillas de las lámparas de petróleo que doña María, para estar preparada, ya había encendido.

Las mujeres iban de un lado para otro así, desde hacía tiempo, expectantes por el acontecimiento, impacientes, sin encontrar la calma y la voluntad de hacer algo, ya cansadas, ya algo aburridas, aunque no lo decían.

Amalia y Elvira paseaban del brazo por el pasillo de la entrada, arriba y abajo, sin percatarse del aprendiz de cafetero que maniobraba en la cocina al lado de sus bandejas llenas de dulces y se reía con Francesca.

Emilia se había ido al balcón que daba a la calle ancha y empinada, y Elena iba detrás, la seguía siempre en ese día, aunque la hermana no hablara nunca. También ahora estaban allí las dos, silenciosas

y miraban a la calle, ya llena de sombra, solitaria, desierta, triste y lúgubre. La fiesta era arriba. En las cumbres de los árboles dorados aún por el sol, aunque animadas por el coro numeroso y ligero de los pájaros, y en el cielo de ponente, que el magnífico atardecer de verano todavía coloreaba, más allá de las murallas amarillentas de las casas, por encima de las colinas oscuras, se extendía una franja de naranja intenso en una ancha zona violácea, rosada, reluciente y pura como el raso.

Pero las chicas miraban hacia abajo. Era oscura y silenciosa la calle abajo con el ligero bordado de los cantos, bajo el esplendor del cielo al atardecer; la casa estaba oscura y silenciosa en las sombras de los objetos azulados e inmóviles, en las sombras de las figuras negras, tácitamente vagantes.

Un ruido ligero y repentino, como un patalear de pasos y un sonido de voces confusas, animó de repente detrás de ellas las habitaciones oscuras y solitarias de la casa. Emilia se dio la vuelta de golpe:

“¿No lo oyen Elena?”

La pequeña mano de Elena se aferró y se apretó, como a una pequeña presa, a la mano palpitante y temblorosa de Emilia. Así pegadas, las dos chicas atravesaron, corriendo, la casa.

Apoyada al marco de la puerta entre el pasillo y la cocina, Francesca con la carita sarcástica, todavía iluminada por la escasa luz de la puerta de cristal de la entrada, con la mano les indicó la dirección del salón.

“¡Allí dentro, allí dentro!”

Allí dentro Emilia estaba con un latido más violento del corazón, un estremecimiento ligero en los labios, la mano fría que apretaba fuerte la de Elena.

“Pues aquí tenemos a nuestra chica”, dijo triunfante doña Chiarina, vestida de rosa, con una cadena de oro al cuello, los guantes blancos, el sombrero de raso azul oscuro.

“Mirad, mirad a la novia”, añadió el hombre pálido, de aspecto miserable y enfermizo que era su marido.

La novia se encontró así frente al novio, mientras doña Chiarina hacía la presentación según la costumbre local. Había una luz rara

en aquel salón lleno de alhajitas sin ningún valor, de fotografías desteñidas, de marcos sin gusto bordados por las chicas.

Emilia volvió a verle así, en aquella luz extraña. El crepúsculo regalaba en vano sus últimas sombras claras, moría en su vestido negro; sólo la luz rojiza del petróleo realzaba el rostro de él, bronceado, ya no tan joven, insignificante y a la vez altivo, sus manos que no eran bonitas, algo rojas, llenando de negro alguna arruga sutil de la cara, destacando algunas canas plateadas de su mata morena de pelo.

Él estaba algo emocionado, y la novia también. Ella no había dicho ni una palabra en ese breve intervalo, contestando a todos sólo con alguna tímida mirada y con la sonrisita ligera, que mostraba su cara, con algunos rubores.

A doña Chiarina aquel silencio no le gustó; le parecía siniestro, e intentaba llenarlo ella sola con sus grandes carcajadas que no encontraban eco. Pero, paulatinamente, esa sensación de frialdad se desvanecía; el sofá azul en la luz discreta de las lámparas a petróleo, veladas por el cristal blanco, iridiscente, ya iba asumiendo un aire más simpático de confianza; la carita morena y fina de Amalia había recuperado su vivacidad; en la cara rósea de Margherita la habitual sonrisa, pueril y traviesa, había reaparecido maliciosamente; los novios se habían mirado por primera vez, y se habían sonreído.

El novio presentó a Emilia su regalo, el anillo de compromiso, adornado por dos perlas grandes y un brillante muy reluciente, y, cuando ella se levantó para enseñárselo a todo el mundo, las últimas perplejidades desaparecieron, las últimas frialdades se esfumaron, las últimas desconfianzas, que unían lengua, ojos y sonrisas, por culpa de ese extraño, casi desconocido, que encerraba en sí la enorme calidad de novio, se desvanecieron. Entonces la voz gorda y jadeante de doña Chiarina ya no fue la única: se juntaron a ella la voz monótona de don Gaetano Forgiuele, la voz estridente de doña María, la voz ligera, algo excitada de Emilia.

A Elena, por el contrario, que miraba con atención, le pareció casi que el resplandor de aquel pequeño brillante, a medida que la hermana lo llevara por allí para enseñarlo, se reflejaría en los

ojos de cada uno en un relámpago de felicidad; ahora que Emilia, a petición del novio, se lo había puesto en el dedo, parecía que aquella luz se multiplicara, se ampliara, encerrara en su círculo toda la mano, toda la figura, todo el rostro radiante de la esposa. ¡Qué bonita era la mano blanca y suave de Emilia! ¡Qué ligera parecía, más luminosa, qué resplandeciente parecía en sus movimientos! Incluso en la oscuridad, el rayo puro del pequeño brillante parecía buscar justo a ella, a Elena, y la chiquilla lo miraba fascinada, como miraba del otro lado la gran estrella trémula, resplandeciente en el cielo de verano oscuro y profundo.

También Emilia miraba al brillante que le resplandecía en el dedo, y su voz ponía como un velo reluciente delante de sus ojos, confundía, como en una leve niebla iridiscente, su pensamiento, daba a su voz, a sus ojos, a su rostro blanco que se había puesto colorado, algo de extraño, de novedoso, como una leve euforia. Las últimas añoranzas de tristezas muertas ahora naufragaban; ella miraba a su novio, y sonreía feliz.

“Bueno, yo he de irme pronto”, dijo el novio, contestando a don Gaetano Forgiuele, “¡Ya se ha sembrado el trigo, pero siguen quedando muchas cosas por hacer! ¡Aún queda mucho para terminar!”

“¿Tiene mucho trabajo en el campo?”, preguntó doña María.

Doña Chiarina hizo un gesto vistoso con la mano gorda ajustada en el guante de piel blanca, algo sucio en la punta de los dedos, y murmuró: “¡Eh, desde luego, ¡cuando hay propiedades es así!” El novio contestó: “Sí, muchas. Tengo dos olivares, una viña de veinte *tomoli*², dos alquerías³ y luego los animales, vacas, ovejas...”

Hablando, el novio había adquirido, al mejorar inconscientemente, una entonación de voz algo jactanciosa; en la cara insignificante la altivez habitual había aumentado. Todos, a su alrededor, la novia, la familia, le miraban atentamente, mientras hablaba, y él revelaba así, en aquella primera visita, y con las primeras breves palabras, sus cualidades de honesto propietario provincial, que vivía de la

2 Medida equivalente a menos de media hectárea de tierra.

3 Grandes extensiones de tierra sembrada.

renta, perteneciente a aquella clase social, en el pasado numerosa, ahora diezmada por la nueva corriente de vida y de necesidades difundidas en el Mediodía de Italia con los nuevos tiempos; clase inculta, tacaña, mezquina en las ideas y en las aspiraciones.

Él, don Peppe del Prete, había intentado estudiar y emprender una profesión: pero los estudios no habían progresado mucho, y ejercer una profesión para él había sido siempre un sueño inalcanzable, muy lejano, como una especie de quimera; así que había vuelto al pueblo para cuidar de su propiedad, como su padre, como su abuelo, y, aunque los tiempos habían cambiado y las rentas disminuido, aunque habían nacido nuevos ricos en el pueblo; aunque no era posible ahora, como hace sesenta años, ocupar el primer lugar, ser respetado, agasajado, temido por todos, aun así él podía vivir bien, y, al menos aparentemente, como un señor.

“Yo estoy siempre ocupado; en mi casa hay mucho que hacer”, confirmó don Peppe, mirando contemporáneamente a la futura mujer y a la futura suegra. Doña María entendió la mirada y pronto aferró el significado y la intención.

“¡Ah, por eso mi hija se encontrará bien! A los trabajos de campo no está acostumbrada, porque nosotros aquí no tenemos alquerías, y no tenemos ovejas, pero al esfuerzo sí. Y dejádmelo decir, que los cumplidos no la harán nada soberbia, ya que, si alguna virtud posee, es justo la modestia, ella es la más activa de mis hijas; ella está siempre por casa limpiando, fregando, cocinando, cosiendo”.

Doña María se había animado, Emilia había reclinado la cabeza ante tantos elogios.

“Son todas así sus hijas, yo lo digo siempre”, añadió doña Chiarina.

“Pero ninguna es como ella, ninguna es tan activa”, repitió doña María.

El novio miró a la novia más alegre, como aliviado de un peso, pero Margherita se había quedado boquiabierta, escuchando a su madre. Desde que nació, ella había oído siempre regañar a Emilia por su pereza, por su indolencia, por su aversión a las tareas domésticas. Doña María había lanzado, más bien, alguna frase siniestra: “¡Ya verás tú, cuando te cases!” “¡Ya espabilarás, si te

toca un marido exigente y si encuentras en casa a una suegra! Ahora en cambio...”.

También Amalia y Elvira se habían asombrado, pero, siendo mayores, comprendían y se compadecían, y Elena se había girado hacia otro lado, hacia la estrella brillante y trémula, asqueada y enfadada por toda aquella comedia vacua y quizás inútil. Era un alivio ahora mirar más allá del balcón aquel trozo oscuro de cielo y de un azul casi negro, profundo e indefinible en la noche de verano y punteado de estrellas brillantes. Era un alivio perder los ojos, la mente y el alma allí arriba, en ese cielo oscuro, como en un sueño oscuro, desde donde tener una visión vaga y lejana de la tierra, que ofrecía la línea amplia y noble del monte, foscamente negro en ese gran fondo de cielo.

La cara de Elena iba asumiendo una expresión nueva que nadie a su alrededor notaba. Era como la expresión, cansada y triste, de ensueño, errante vagamente en la cara blanca, cada vez más blanca de aquella noche, cubierta de sombras muy leves, algo inclinada debajo del volumen del pelo denso, donde el gran nudo del lazo se dispersaba en las ligeras ondulaciones.

A la pequeña alma cansada, asqueada, amargada por lo que tenía a su alrededor, a la pequeña alma, que juzgaba los acontecimientos y a las personas y todo su pequeño mundo; a la pequeña alma, ahora venía, muy leve y muy dulce, el consuelo de un sueño. Sueño impalpable, irreal, confuso, que pierde sus fronteras como en una niebla, que hace desvanecer sus cumbres en un aura extraña de un pueblo muy extraño, alumbrado por una luz tenue, todo cubierto de un perfume ligerísimo como de rosas dispersas en el viento.

¿Cómo se había perdido Elena? Paulatina, inadvertidamente, así. Su alma, que en realidad la rodeaba, veía la ruina de sus convicciones nunca expresadas, nunca confesadas, ni siquiera a sí misma, y en las que, a pesar de todo, depositaba con fuerza su fe; su pequeña alma herida, a la que la cruda realidad destacaba violentamente de las íntimas aspiraciones y de los íntimos sueños, había encogido, replegada, casi cerrada en sí misma. Y mirando al cielo oscuro y profundo, aquella pequeña alma se había acordado

de muchas cosas, perdiéndose poco a poco, reviviendo poco a poco, así, una época ya pasada.

¡Cómo lo había soñado distinto, Emilia, su noviazgo oficial, su matrimonio, su porvenir! ¡Había sido audaz Emilia, estaba segura de poder casarse con un joven guapo, uno que la quisiera mucho, uno que la amaría mucho! Muchas veces se lo había dicho, cuando quería a Gigi Sofrano, y todavía antes, cuando la cortejaba un estudiante, que tenía muchos rizos rubios y unos ojazos azules algo estáticos, ¡y unas manos bonitas y delicadas como las de una mujer! ¡Cuántos sueños Emilia había hecho, acariciados, casi vividos con ardiente deseo!

¡Y ella... sí, ella también, Elena, aunque era menos extrovertida, aunque encerraba en sí cada amargura y cada llama!

Le volvía, extrañamente, aquella noche, un recuerdo lejano, algo vago y pálido por el tiempo que había transcurrido, por el olvido en el que había sido envuelto. Ahora, Elena se acordaba de un jovencito que la había amado cuando tenía quince años, y nada sabía del amor. Ya no se acordaba de su rostro, pero se acordaba bien de sus cartas apasionadas, vibrantes, que entreabrían para ella un nuevo horizonte; se acordaba muy vívidamente de la sensación que aquellas cartas le habían causado, la volvía a vivir esa misma sensación en la evocación intensa de aquel momento. Pero ¿Cómo era? ¿Cómo era su cara? Habían pasado muchos años, y ella la había olvidado. Pese a esto ahora, en la tapicería azul y algo desteñida del sofá, parecía perfilarse poco a poco una línea pura de cabeza, un perfil masculino, muy fino, como de marfil. Parecía más bien que se acercaba a ella una sutil figura vestida de negro; parecía que aquel perfil se inclinaba hacia el suyo; le pareció que una voz lejana, algo velada, algo ronca y dulce, hablaba a su oído con las palabras de amor de aquellas cartas lejanas. El viejo sueño casi olvidado se confundía con un muy reciente sueño, aún no del todo formado, y se unía con éste, encajaba, se confundía.

A Elena la nueva y la vieja luz, el nuevo y el viejo perfume, unidos tan extrañamente, ante sus ojos, provocaban una impresión rara, indefinible, inmensamente dulce.

Ella se quedaba así, sola y callada sobre su horizonte de ensueño,

mientras que, a su alrededor, en el salón, doña María proseguía con los elogios de su hija; Emilia sonreía al novio cada vez con más dulzura y durante más tiempo, mirándose siempre el centelleo del brillante en el dedo; y doña Chiarina llenaba el aire con sus carcajadas grandes, interminables y vulgares.

Ahora pasaban los refrescos y canapés. El ayudante del cafetero acercaba a cada invitado la enorme bandeja que sujetaba entre sus manos; encorvando su larga silueta, agitando en la frente oscura un gran mechón de pelo negro, y Francesca, se asomaba también ella, corriendo de una a otra, cogiendo a la esposa la cucharita que se había caído al suelo, quitando de las manos del novio el vaso vacío, cambiando a doña Chiarina el granizado que le había tocado, porque la gorda señora no quería granizados al café.

Francesca corría todo el rato, con la agilidad congénita de su cuerpo sutil, a menudo (¿casualmente?) se encontraba justo cerca del camarero del café, en la sombra amiga de una consola o de una cortina, y ya que su cara delgada y rojiza sonreía, un buen rato y sin ruido, y la boca, estirada por la sonrisa, susurraba ciertas palabras, atractivas e impertinentes, mordaces y agudas, como un pequeño beso o un pequeño mordisco. Por así decirlo, el novio y la esposa se habían familiarizado. Sentados cerca, en las dos butacas de viejo damasco azul, hablaban entre ellos, y uno contaba detenidamente sobre su casa y su pueblo, que la otra no conocía.

“El pueblo no está mal”, decía él; “por cierto no es como éste, hay otras costumbres, se sale menos, por ejemplo, especialmente las señoras”.

“¡Pues, es entendible!” contestó Emilia, excitada y rósea, “Cada pueblo tiene sus tradiciones. ¡Para mí, qué más da! ¡Salir me gusta hasta cierto punto, y en cuanto al pueblo ni te cuento! Esto no importa; en el campo o en el pueblo, ¿no es siempre lo mismo, para una mujer de familia?”

El novio asintió calurosamente. Ahora en su cara insignificante se distendía un aire de especial satisfacción. Feliz de encontrarla conforme a sus deseos, él miraba cada vez más a su novia, que parecía más joven, más atractiva, más fresca en la excitación que daba color a su rostro pálido, en la cabellera más cuidadosamente

peinada, ondulada con el hierro, en la camisa de seda, reluciente y que crujía.

Elena había oído, pero no se enfadó como la primera vez. Ahora le parecía respirar una atmósfera peculiar, más dulce y más pura, en la que poder observar las cosas y los hombres, más serenamente y con mayor indulgencia. De hecho, sonrió sin sombra de ironía, aun recordando que uno de los deseos más ardientes y uno de los sueños más constantes de Emilia había sido irse a la ciudad. La primera vez que había ido a Nápoles, con quince años, había vuelto al pueblo extasiada, exaltada casi, con una nueva luz en los ojos y una nueva llama en el alma.

Caían las horas en el salón azul, lentas, graves. Los comensales empezaban a notar su peso. Don Gaetano había terminado todos sus discursos. Con el esposo y con el marido de doña Chiarina, antes había hablado de la cosecha, luego de las últimas elecciones municipales en las que su partido había ganado, después de las futuras elecciones políticas en las que su partido esperaba ganar. También habían tenido una discusión animada en mérito a las nuevas reformas electorales, que don Gaetano elogiaba y que la novia rechazaba, herido por esas leyes a su parecer retrogradadas de anquilosado hidalgo provinciano que todavía no se ha resignado al dominio perdido.

Pero ahora la conversación languidecía. Había unos momentos de silencio, que don Gaetano aprovechaba para esconder detrás de la palmera un ancho bostezo. Entraba entonces, desde el balcón abierto, a ratos, algo de la variada, inmensa, multiforme alma de la calle, entraba una carcajada grosera de borracho, un llanto desesperado de un niño, una voz alterada de mujer. Doña María intentaba tener vivos los ojos que el cansancio velaba, y también doña Chiarina y la novia ya no encontraban nada que decir.

“¡Qué aburrimiento, sabes, Eleonora!”, dijo al oído de Elena, Amalia, la chica morena muy graciosa, intolerante y vivaz. “¿Te gusta ese novio, Eleonora?” preguntó ella, un poco después ya que la hermana no le había contestado.

“Sí, me gusta.”

Amalia no le creyó. “¡Bueno!...” dijo ella, con una sonrisita

llena de dudas, y se giró al otro lado donde estaba Elvira, hablándole despacio, al oído. Ella miraba fuera del balcón a los amigos de sus sueños: las estrellas trémulas, el perfil del monte, el cielo oscuro, en el que ahora bajaba hacia poniente la luna menguante.

Doña Chiarina se levantó de repente, y después de ella, más lentamente, su marido y el novio se levantaron de sus butacas. Doña María y don Gaetano dijeron las sacramentales frases rituales: “¿Ya os queréis ir?” Pero don Gaetano escondía un bostezo detrás de la palmera, y la voz de doña María era insólitamente arrastrada, velada de cansancio y aburrimiento. Emilia incluso insistió, pero poco, primero porque no le convenía, ya que era la novia, y en segundo lugar porque también ella estaba algo cansada. ¡Qué raro! ¡Pensaba que las visitas de los novios no cansarían nunca!

Francesca ya estaba lista en las escaleras, con la linterna en la mano; Margherita, esquivando a los demás, estaba a su lado.

El novio, pasando, le hizo una leve caricia, y ella advirtió en su carita rosácea el toque de la mano algo basta y rugosa. También doña Chiarina la acarició con la punta de los dedos, sudados a pesar del guante de piel, y también su marido, pasando, le dio en broma una pequeña palmadita en los hombros. Ella sonreía a todos, mostrando su cara pueril.

También su hermana mayor, la novia, hacía lo mismo. Ella había sonreído al novio, al preguntarle cuándo tenía que volver; había sonreído a doña Chiarina, cuando la había apretado entre sus brazos y le había dado un beso; había sonreído a su marido, que le había dado un apretón de manos, había sonreído a las tres, despidiéndose por la última vez, mientras salían del portal. A solas, volviendo al pasillo, su sonrisa cayó y por un momento se sintió muy cansada; con la cabeza pesada, la cara excitada, las manos abrasadas y temblorosas.

Pero duró poco; Francesca le había pedido que le dejara ver el anillo, que no había podido apreciar bien, y Emilia se lo mostró con un gesto gracioso de la mano blanca, recta en medio del salón bajo la luz encendida. Toda la familia vino a rodearla, y a Elena le pareció todavía que el rayo puro del brillante se reflejara en los ojos de cada uno, alumbrara por completo la mirada, toda la cara, toda

la silueta de la novia.

Más tarde, después de que Emilia se quitara el anillo del dedo, metiéndolo en el estuche blanco, y doña María lo cogiera para ir a guardarlo en la cómoda, bajo llave, con sus joyas de novia; después de que Francesca, de rodillas en el suelo, enrollase la alfombra para no estropearla; después de que Margherita colocara sillas y sofás; mientras Amalia apagaba las luces, riéndose en voz baja con Elvira sobre el esposo de Emilia, Amalia, que era guapa, que era vivaz, que tenía dieciocho años y que coqueteaba con un chico como ella, guapísimo, que le apasionaba y del que estaba locamente enamorada; entonces, inconscientemente, Emilia y Elena se encontraron a solas, en el balcón, sobre el callejón negro y solitario.

La noche era oscura y calurosa. En el cielo profundo, florido de estrellas, la línea negra, irregular, del callejón se dibujaba en el perfil dentado de las tejas. Allí abajo, en el límite extremo, en la colina apenas visible en la noche, la luna falcada menguaba, roja como el cobre, en una pequeña nube de oro. En el aire había un olor de heno muy ligero y dulce; venían de lejos unos cantos aldeanos, groseros, lamentosos, tristes y raros como los cantos o las plegarias de un pueblo primitivo y salvaje.

“¡Eleonora, Eleonora mía!”, exclamó Emilia, y dado que esa noche estaba especialmente extrovertida y como borracha, la ciñó así entre los brazos, en el balcón, y la besó largamente en el cuello muy bonito o en la mejilla.

“¿Eleonora, Eleonora, te ha gustado el anillo?”, continuó, con la cara enrojecida posada todavía en la mejilla de la otra.

“Sí, sí, me ha gustado mucho”, contestó Elena.

“¡Oh! Claro que sí hermana mía, yo puedo considerarme afortunada. ¿Has oído cuántas tierras tiene y cuánta propiedad? Además, es buena gente, un caballero, un hombre de bien”.

Elena se iba despertando de su sueño, con lentitud, penosamente. Todas las visiones bonitas se desvanecieron con las palabras de Emilia, como niebla con una ráfaga de viento. Con el sonido de la conocida voz había vuelto a la realidad, se había sentido oprimida, atenazada, y ella así, toda encorvada en el balcón, comprobó por un instante el peso, enorme para su pequeña alma romántica, y la idea

de que también ella debería terminar así, que también de su sueño, como de los sueños de la hermana, no quedaría nada. En vano, en vano ella quería recordar la luz azul del crepúsculo lejano y un perfume fresco de lluvia caída. En vano, en vano. Ante ella había un callejón tortuoso, con una línea irregular de los tejados, como atormentada, y en la noche oscura, vagaba sólo, lejano, extraño, doliente el canto de un aldeano, como un gemido y como un grito de una desconocida, gran alma infeliz.

IV

Ahora la música callaba. Los músicos habían bajado de su pequeño palco improvisado, adornado con cortinas blancas y rojas, iluminado por tres grandes lámparas eléctricas y se habían confundido entre la enorme muchedumbre, manchándola con el rojo vivo de sus uniformes.

Y la muchedumbre inmóvil, cerrada, compacta, como una masa enorme, se había dividido, dispersa, espaciada, durante aquel intermedio. Por la calle recta, ligeramente empinada, bajo los arcos adornados de pequeñas lámparas multicolores, culminados al fondo con una grande estrella luminosa, blanca, de corazón rojo, formando como un fantástico túnel de luz verde y amarilla, por la calle ahora se paseaba. Era un desfile irregular, variado, muy lento. Había un gran número de jovenzuelos burgueses que se aburrían de quedarse sentados toda la noche a las mesas, y preferían mezclarse entre los traviesos y los campesinos borrachos, avanzar a fuerza de empujones, pegarse al lado de alguna aldeana guapa de peinado complicado, de falda ajustada, con la camisita de encaje blanca, escotada.

Pero, en realidad, la muchedumbre, en aquella noche de fiesta, era demasiada; se propagaba por todas partes, llenaba cada esquina, no dejaba ningún espacio vacío. Estaban llenas las aceras, las largas escaleras blancas de la iglesia; cada desembocadura de callejón, con vistas a la plaza, estaba obstruida por muchas filas de sillas, ocupadas todas por aldeanas que las habían arrastrado fuera desde las casas cercanas, felices de disfrutar de la fiesta sin que se les entumecieran los pies. Cada una de ellas tenía en brazos algún niño; detrás de ellas, sobre sus sillas, erguida de pie había más gente; por todos los lados, un hormigueo compacto y desigual de cabezas.

Los hombres, campesinos y obreros, paseaban, pero tenían el paso incierto, las caras demasiado excitadas, los ojos brillantes de quien ha bebido demasiado.

Los pícaros corrían de una parte a otra, estaban en todos los lados, gastando el poco dinero que habían logrado obtener de sus respectivas madres, cerca del puesto del melonero, allí donde

un hombre joven, en mangas de camisa, con una voz profunda y lamentosa cortaba, encima de una pequeña mesa, bajo una pequeña luz acetileno, los grandes melones verdes, con la pulpa roja y carnosa amontonados a su alrededor. Ese era el helado de los pobres, que no podían pagarse otro banquete, y los pícaros mordían las grandes rajadas, despreocupadamente, pero, luego, cuando habían terminado, se iban al lado de sus señores, sentándose en la acera, cerca de las patas de las mesas, y fijaban ávidamente los afortunados que tomaban el helado, y seguían los gestos lentos de las manos enguantadas y ensortijadas de las mujeres que con la cucharita tomaban el canapé para llevárselo a la boca. Nadie se percataba, esas mujeres continuaban riéndose, pero el pícaro se acurrucaba debajo de ellos, en el escalón de la acera, y a lo mejor, por primera vez en su vida, su pequeño corazón sentía en sí mismo el mordisco de aquella tristeza, inconsciente y amarga que, tal vez, se agravaría y se acumularía con los años, hasta convertirse en odio hasta saturar toda su sencilla alma.

Por la calle, ahora que la música callaba, se oía un pataleo enorme de pies, algún grito más alto, desigual. Las señoras miraban desde sus mesas, quietas y rectas en las sillas, la procesión, esa infinita variedad de cabezas guapas y feas, esas infinitas caras, jóvenes y viejas, blancas y morenas, que se destapan por un instante, se iluminaban en la luz extravagante, extrañamente, luego desaparecían, borradas en la memoria por otra cabeza, por otra cara, por la visión fugitiva de otro cuello, de otro hombro, que veían inmediatamente después.

Las señoras miraban: las madres estaban algo cansadas y ya aturulladas por aquel vaivén insólito, pero las chicas se divertían mucho, casi extasiadas por su propia alegría. Tal vez, esa procesión irregular y muy densa se descomponía, dejaba en el medio un pequeño vacío, que poco después se llenaba; y en aquel breve intervalo las señoras, sentadas de un lado, podían ver a las señoras sentadas en el otro lado, reconocerlas, admirarlas, fantasear con ellas, criticarlas.

A nadie se le ocurría mirar hacia arriba. Por encima de la luz violenta de la calle alumbrada, en el cielo se veía solo una línea

negra y también las casas estaban enmudecidas, vacías y oscuras, y la iglesia estaba cerrada del todo. Resplandecía sólo en la fachada oscura la inicial luminosa del nombre “María”, y al lado, la larguísima terraza del palacio del arzobispado, presentaba una fila rada de farolas, débiles y muy pálidas en la noche luminosa.

La fiesta era toda abajo, bajo las luces coloreadas, y cada uno tenía que estar en el medio, notar el olor del polvo, escuchar cada grito, ver reflejadas en las manos y en el traje las pequeñas lámparas verdes, amarillas y rojas; tenía necesidad de esa muchedumbre que empujaba, esos gritos que aturullaban, esa fantasmagoría de distintas personas, agolpadas y apretadas juntas para disfrutar de la noche por completo.

Muy cerca del escalón de la acera, justo debajo de la orquesta, alrededor de la mesa desquiciada, había tomado asiento también don Gaetano Forgiuele. Y después de mucho tiempo, y de muchas disputas con el ayudante del cafetero para obtener suficientes sillas, al final, en aquel pequeño espacio, empujándose, juntándose como mejor se podía, había entrado toda la familia. Doña María y las dos hijas mayores habían cogido el mejor sitio, enfrente de la calle; Amalia y Elvira se habían colocado de lado; de otro lado, estaban don Gaetano y Francesco, que por fin había vuelto al pueblo unos días antes, y Margherita había tenido que apañarse como mejor podía, colocándose de lado, entre la madre y Elvira, sentada al sesgo, invadiendo con una pierna la propiedad ajena, es decir el muy angosto espacio, asignado a la mesa cercana. Ya a mitad de la noche, don Gaetano estaba muy aburrido, y se desahogaba hablando mal de la fiesta con Francesco, que sonreía con compasión a aquella música, a esa muchedumbre, a esa iluminación, él que vivía desde hace años en la ciudad, y se había formado otro gusto.

Doña María, en cambio, con el pañuelo negro en la cabeza pequeña, con la mantilla de encaje negro en los hombros, disfrutaba, estimulada por su principal pasión, el cotilleo que, en esa gran muchedumbre reunida, ofrecía un muy amplio campo de ejercicio. Hablaba con Elvira, en voz baja, asomándose a la mesa, para acercar su cabeza a la de la hija, molesta por Margherita, ya

que estaba justo en el medio, y metía por todos los lados su naricita petulante de niña vivaz.

Aquella penúltima hija de hecho era la única con la que doña María podía hablar, ya que Emilia estaba toda rígida y seria, soberbia con su anillo, con sus pendientes, con su cadena de brillantes, agitando despacio su rico abanico de tortuga y encaje, último regalo del novio, dándose la vuelta sólo un poco, alguna vez, para sonreír al novio, sentado más atrás con doña Chiarina y con el marido de ésta.

Emilia estaba feliz: a su lado una amiga suya, una chica pálida de treinta años, ya melancólica, ya invadida por una sombra de esa fealdad pálida y de esa insignificante dejadez, típica de las chicas que no encuentran marido, y que en ese único deseo se consumen, fingía, con ostentación, que no la miraba, pero la madre, cerca de ella no podía quitar los ojos de esos brillantes, y su mirada traslucía envidia, a su pesar, aunque para consolarse iba repitiendo al oído de su hija, que tenían que ser seguramente de la primera mujer del novio.

Al lado de Emilia, Elena miraba a la muchedumbre, siempre nueva y siempre la misma, y ese movimiento igual entorpecía sus facultades como el correr monótono del agua que cae, en una hora meridiana de verano.

Por el contrario, Amalia miraba a la misma muchedumbre, intensamente, sin dejar que se le escapara ninguna cara, escudriñando cada cabeza, demorándose tal vez incluso en los detalles mínimos, notando a veces también un gesto más vivaz, un relampagueo de miradas más vivo, bajo la luz coloreada. Y sus ojos, en aquella atención fija y constante, no revelaban cansancio, al contrario, esos ojos grises, extrañamente venados de oro, inmensamente profundos, una luz salvaje, prepotente, de pasión y celos. Giulio, su guapo novio, su guapísimo novio, no lo veía desde hacía media hora, y su alma apasionada y joven sufría con la tortura típica de los amores meridionales, y ella ya pensaba en otras mujeres, se las imaginaba a esas mujeres, peculiares, voluptuosas, guapas, listas para amar, y su mente exaltada ya evocaba de nuevo un magnífico rostro de chica, la amiga del alma de la hermana de él, la asidua frecuentadora de la casa de él, ella, ¡siempre ella!

Se posaba entre las líneas finas y oscuras del bonito rostro de Amalia una sombra ligera e intensa de pasión; los ojos que miraban a la muchedumbre eran grandes, ávidos, insatisfechos en los hondos misterios de su luz gris, en sus extrañas venas de oro. ¡Qué guapa estaba!

“¡Mira bien, tú que dices que exagero, mira a Lisetta qué malhumor y qué cara de entierro tiene!”.

Emilia se inclinó algo para hablar al oído a Elena, haciendo relucir sus joyas, mostrándoselas a la amiga en común que estaba allí cerca con un gesto gracioso de su abanico de tortuga.

Elena quería defenderla, pero en realidad la cara de la chica, ya no tan fresca, marchitada antes de florecer, como un pimpollo otoñal, en la fiesta parecía muy cansada y muy triste.

Elena tuvo que aprobar las palabras de Emilia, asintiendo ligeramente con la cabeza, pero en realidad aquellas palabras le desagradaban, sentía la ostentación de la hermana que ahora había posado la mano blanca en la mesa, complaciéndose de la seducción que su mano adquiría en la luz del brillante que la adornaba. Elena miraba a la chica de treinta años, solitaria y triste, dispersa en la muchedumbre alegre y se compadecía mucho de ella, ya que entendía todo el vacío y todo el mal de esa alma cerrada, y se sentía invadir poco a poco por esa misma melancolía, por ese mismo cansancio, incurable y grave, como de larga espera, fatalmente vana.

La chica se levantó de repente para irse, seguida por la madre, volviéndose hacia ellos justo con un ademán de despedida. Iba mal vestida, el vestido estaba pasado de moda, algo gastado, con alguna arruga, y algún encaje andrajoso, demasiado largo, colgado malamente en su cuerpo delgado. Elena la siguió con los ojos entre la muchedumbre, luego se puso allí en frente de un arco agudo, luminoso de pequeñas lámparas coloreadas, y por primera vez en aquella noche deseó ella también irse, huir, encerrarse en su casa solitaria.

Encima de ella, en la orquesta, una gran lámpara eléctrica de luz blanquísima golpeaba en su cara, daba algo de deslumbrante a su complexión pálida y fina, a su cuello delicado y redondo, apenas visible desde el cruce del encaje, cinto de una pequeña cadena

de oro, que brillaba modestamente, a ratos, al lado del centelleo, continuo y brillante de las joyas de Emilia. Al lado de la ala negra del gran sombrero de ella, su rostro tan blanco, casi níveo, en el perfil fino y perfecto de la nariz, destacaba como una figura de viejo camafeo sobre un vejo medallón.

Los ojos morenos, dulces y altivos a la vez, velados por las largas pestañas rubias, la vieron así la primera vez, mientras erraban sin interés sobre aquella muchedumbre en fiesta, ruidosa, algo vulgar, borracha de alegría, con ese relieve de exaltación, de ebriedad extraña, que hay en todas las muchedumbres meridionales, y que forma el carácter esencial de cada fiesta religiosa.

Él se había fijado en aquel rostro casi con alivio. Su índole, algo sarcástica, pero huraña y austera, forjada bajo la rígida educación del padre, fallecido hacía poco, y la de sus severos maestros curas, en el seminario, donde había sido educado; su índole, acostumbrada a la quietud desoladora de su pueblo muy pobre, se cansaba, se desquiciaba y menospreciaba esa luz, esa gente, esa alegría desmesurada.

Le molestaba mucho, también, las conversaciones de sus tres amigos, a su alrededor, dos de los cuales atormentaban al otro, un joven ya envejecido, de escaso pelo y de boca muy ancha, muy conocido en aquel pequeño ambiente por sus aventuras, provincianamente audaces. Los amigos hablaban de mujeres con un lenguaje libre, algo ordinario, y él, que no respondía nunca, vagabundeando alrededor con los ojos, se había encontrado con ese rostro blanco e inmóvil de la chica que se acordaba de haber visto confusamente en otro momento.

Al principio le había atraído sólo el aburrimiento que se leía sobre aquella cara, muy clara como la suya, excepto la expresión más calmada y más serena que la suya. Luego había empezado a interesarle algo esa extraña chica que no se reía, no hablaba, no coqueteaba como las demás, y parecía que no disfrutaba para nada como él, que estaba perdida y solitaria en la muchedumbre, como él. Al contrario, paulatinamente le parecía que en aquel rostro blanco y triste había un raro parecido con las hermanas de él, que vivían tristemente, en una monotonía perpetua, junto a la madre

viuda, en una de las casas negras de su mísero pueblo. Esas caras eran blancas, melancólicas, algo pálidas, tímidas y tristes, como todas las caras jóvenes que no han conocido primavera, como las caras de las mujeres en clausura. De la misma forma, también la chica desconocida estaba triste y blanca, entre el ruido y la luz de la fiesta. Y él la miraba, sin pensar que todo esto era extraño y novedoso en él, que nunca había amado de verdad, que nunca se había fijado con amor de verdad en ninguna; que más bien había considerado a la mujer y al amor siempre como dos cosas tontas, inútiles y peligrosas, que cada hombre fuerte debe evitar.

Él la miraba siempre, poco a poco; al contrario, sus ojos cogían inconscientemente aquella luz inmóvil, aquella obstinación peculiar, aquella llama secreta y dolorosa que hace estremecer a cualquier mujer que es el objeto. De hecho, al darse cuenta, Elena sintió un largo escalofrío, una sensación inmensa e inesperada de dulzura, y se quedó primero algo aturdida, como fulgurada por un relámpago de luz, breve y demasiado vivo, luego se sintió como transformada, ya no cansada; aquella fiesta, aquellas luminarias, aquella muchedumbre, aquellas melodías muy dulces que la banda iba tocando delante de ella, casi interminables collares de perlas, le aparecieron bajo otro aspecto, y de repente se sintió feliz, inmensamente feliz, como sólo en los sueños se puede llegar a ser.

De hecho, era el sueño secreto, secretamente vivido en el alma, que se dirigía hacia ella ligeramente, con una línea más precisa, con una forma más tangible, con una luz más viva; era el sueño secreto que se le acercaba, todavía no era completa realidad, sino apariencia de realidad, más seductora que la propia realidad del amor.

¡Ah, ese perfil fino, como de marfil antiguo, visto una noche sobre un escenario, apagado y fosco, de sombras azules y de sombras negras, y que nunca había podido olvidar!; ah, ese perfil ¡Cómo parecía guapo y serio ahora, en el grupo de sus amigos, entre tres o cuatro perfiles fuertes, oscuros, sonrientes! ¡Había vuelto ante ella, de repente en una hora de aburrimiento, y como un don áureo e inestimable para ella, que lo necesitaba, y lo sentía escapar, con el don precioso del secreto sueño de su corazón!

La muchedumbre, que le pasaba por delante, ya no tenía ese movimiento siempre igual que la había cansado; también ella ahora, como la madre, como Amalia iba notando las infinitas diferencias, las variedades de los perfiles, de las cabezas, de los hombros. Como un libro maravilloso, siempre diferente, se le abría delante, y sobre todo el resto, dominaba una nota alta de alegría, dado que, bajo aquella luz extravagante, en aquella noche de fiesta, todas las bocas eran sonrientes, todas las sonrisas eran radiantes, todos los ojos relucían, todas las caras eran rosáceas.

A veces pasaba alguna larva melancólica, y era un viejo encorvado, algún rostro de mujer demasiado fea, un pequeño mendigo lacero, pero eran como sombras, como fantasías pasajeras y vanas, que pronto se borraban: tres chicas guapas escondían la cara pálida de la mujer demasiado fea; un grupo de jóvenes campesinos, bastos y fuertes, cubría con sus figuras vigorosas al viejo encorvado, casi doblado en el suelo; el niño lacero, venía transportado, arrastrado, disperso en la onda prepotente y arrolladora de la muchedumbre.

Y, cuando, de repente Elena vio elevarse en la marea oscura y dinámica, el cuello, esbelto y muy blanco, la cabeza, rubia y pequeña, el perfil rosáceo, de porcelana transparente, toda la fisionomía altiva de una chica del pueblo, que era la más guapa del pueblo, le pareció que la vida estaba representada allí en esa perfecta flor humana, que todo se reducía a una visión de belleza en un fulgor de colores, en una ola de sonidos, en una voz confusa y alta de alegría.

“¡Uf! Menudo aburrimiento estar siempre así, sentados en esta mesa”.

Francesco quería dar a su voz bonita, profunda, cálida y sonora, una nota dominante de cansancio, pero su cara, morenita y bonita, bajo el pelo moreno y denso, su fisionomía, extravagante y muy móvil, sus ojos grandes y grises, hablaron como de costumbre tan claro, que todos, desde el padre hasta Margherita, intuyeron pronto la verdadera razón.

Él se había levantado ya, quedándose erguido cerca de ellos, y con los ojos, seguía, con todas las líneas contraídas de la cara, el

ondular lento de la pequeña cabeza rubia, del perfil perfecto, más rosado bajo la luz extraña.

“Vete, vete”, dijo doña María con una sonrisa de complacencia, brillante en los ojos, contenida en los labios pálidos.

“Pásalo bien, Francesco”, reforzó Amalia, en voz baja, mientras el hermano le pasaba cerca.

Don Gaetano no dijo nada, pero él también, como su mujer, como sus hijas, siguió con los ojos al joven guapo y elegante de silueta esbelta, que se alejaba en la muchedumbre, y su corazón paternal se sintió lleno de ternura y orgullo. Sí, porque, a pesar de todo, a pesar de que ese chico le gastara bastante en aquellos años de estudio universitario, en una gran ciudad, a pesar de que algún malicioso le hubiera hecho llegar al oído unas noticias no del todo agradables sobre la vida que llevaba allí abajo (refiriéndose también a uno de esos grandes líos, nada raros en la vida estudiantil de los chicos de provincia constantemente temidos por las familias lejanas); a pesar de todo esto, Francesco era siempre su favorito, como era el favorito de la mujer, el único hombre, tan esperado, nacido después de dos mujeres, y antes de otras tres...

Emilia y Elvira mientras iban siguiendo al hermano, con los ojos, paso a paso. Ahora estaba allí abajo enfrente de la fachada de la iglesia; su perfil se dibujaba sobre un fondo móvil y confuso de cabezas y de luz amarilla, al lado del perfil perfecto, como de porcelana transparente. Papá y mamá fingían que no entendían; en cambio, Elvira sonrió y llamó a Amalia; Emilia le tocó el brazo a Elena, hizo que se encaminara hacia esa parte. Las chicas sonrieron indulgentes.

Ellas también querían mucho a Francesco, y se sentían orgullosas de él, guapo, elegante, de ingenio no muy profundo, pero brillante, de palabra muy fácil; le querían, aunque protestasen a veces por todo aquel dinero que él gastaba, mientras ellas oían predicar siempre de ahorro, y ahoraban en cien cosas pequeñas; de cualquiera de las maneras, esa preferencia constante malamente disimulada, del padre y de la madre les molestaba bastante.

“Nosotras somos mujeres”, decían a menudo en su filosofía práctica, todas resignadas; pero aquellas palabras, en la boca de

Elena, se cubrían con un velo ligero de melancolía y en la de Emilia se acompañaban siempre con una ráfaga pasajera, pero intensa, de hiel.

El tercer golpe de tambor había atronado en el aire, la banda se preparaba para sonar de nuevo. Hubo un movimiento entre la muchedumbre; muchos dejaron de pasear, se pararon bajo la luz de la orquesta improvisada, se agolparon a su alrededor en un densísimo cerco humano. Los Forgiule ya no veían nada; la marea de gente llegaba hasta ellos, se subía en su escalón, se paraba justo delante de ellos, inmóvil, erguida, por lo que a ellos no les quedaba más que la visión confusa de esos cuerpos cerrados en una masa informe, y la voz más aguda de algún grito vulgar.

Don Gaetano se sentía sofocar. La banda tocaba después ciertos aires de operetas populares que él no conocía. Se le había privado así del último consuelo de escuchar las viejas melodías de Verdi y Bellini, que él había apreciado en la ciudad, en su remota vida de estudiante. Estaba mortalmente cansado. La palma ancha de su mano escondió un bostezo interminable.

“Esta es la cuarta actuación, ¿verdad?”, preguntó con una voz arrastrada que derivaba directamente del bostezo.

“No, es la tercera.”

“La tercera”, contestaron contemporáneamente Elvira y Margherita.

“¿La tercera?”, volvió a decir el abogado con dolorosa sorpresa. “Pero nosotros después de ésta nos vamos igual”.

No contestaron ni doña María, finalmente algo cansada de sus cotilleos, ni Elvira, que a fin de cuentas se hubiera ido de buena gana, ni Margherita, que hacía un esfuerzo enorme para no dormirse, y se notaba los parpados pesados y la cabeza confusa. Pero Emilia, que tenía a sus espaldas a su novio (en los noviazgos oficiales las pruebas de coqueteo en público son una norma, también para causar la envidia de las amigas que aún no tenían novio o no se habían casado), Emilia protestó vivamente, aun confesando a sí misma, por primera vez, que coquetear era, en definitiva, un gran aburrimiento; y Amalia se sumó a ella, refunfuñando algo, adorablemente:

“¿Tenemos que volver a casa? ¿Y qué prisa hay? La fiesta es una vez al año. Papá, yo me quiero quedar”.

“Haced como os parezca”, contestó don Gaetano, escondiendo dentro de la palma de su mano bostezo número veinte de la noche.

Amalia había hablado en voz alta, y Giulio, que había logrado estar muy cerca de ella, junto a un amigo suyo, justo debajo del escalón de la acera, y le daba la espalda por miedo a don Gaetano, Giulio le dirigió su cara guapa y rosada de chico de dieciocho años, y le sonrió dulcemente, durante un buen rato con la boca roja, linda bajo la ligera pelusilla del labio superior, como una bonita boca de mujer.

En sus ojos negros, muy expresivos, en el gran mechón de pelo negro, suave y rizado, que caía de lado, y en el que se apoyaba el pequeñísimo sombrero, había un aire extravagante de travesura elegante, de impertinencia simpática. Amalia había reclinado la cabeza morena y se miraba el pie pequeño y seductor en el zapato negro adornado por un vistoso nudo de lazo, y se reía así silenciosamente, escuchando todas las palabras de él, observando cada movimiento, escuchando casi el leve soplo de su respiración, aspirando todo su olor, cruzando fuertemente los dedos en las rodillas y cerrando los labios debajo de los dientes en el espasmo de su joven amor.

Elena estaba allí al lado, quieta e inmóvil, la boca apenas sonriente. Para ella no existía nada más que un pálido y delicado perfil, allí abajo, dos ojos morenos, en los que batían a veces las largas pestañas rubias, una mano delgada, cerrada y estrecha, en la que se apoyaba un rostro pálido.

Nada más; y para ella no existía nada más que aquella expresión peculiar, fina y escrutadora que la tensión inmutada y constante de los músculos de aquel rostro, que esa mirada brillante y oscura que la fijaba como para buscarla en su intimidad, como para escudriñarla en sus fibras más íntimas, como para proyectarle la luz en su alma, que nunca se apaga y el fuego que nunca se extingue. No había nada más que ese latido secreto de su corazón que había chocado casualmente con el latido del otro corazón amigo, unidos en la luz de la mirada, en la atención inmóvil de las caras lejanas.

Muchos amores florecían en aquella noche de verano, bajo la luz extravagante de la calle en fiestas, y esa masa informe de pueblo reunido encerraba, en su corazón inmenso, demasiadas emociones secretas y demasiadas pasiones secretas. Sin embargo, todo esto se desvanecía ante los ojos de Elena. Su amor se acrecentaba, la pequeña efusión de su pequeño corazón se propagaba, se hacía gigante, y frente a esta muchedumbre se achicaba, perdía su color, se quedaba como luces de colores, como nada más que escenario de la gran figura soberbia. La actuación terminó en un acorde impetuoso de todos los instrumentos, en un grito alto y prepotente de joya. Alguien, por allí, aplaudió, pero los pocos aplausos murieron pronto sin eco, en esa algarabía confusa, en ese barullo de gritos y de carcajadas. La muchedumbre no entendía la música, no la escuchaba; sólo, confusamente, percibía el alma, el poder oculto, en el estímulo insólito de la exaltación y de la embriaguez.

Don Gaetano decidido se levantó de golpe con un largo respiro de alivio, con un ademán de la mano llamó a Francesco, que pasaba en ese momento, después se dirigió a las otras. “¡Vámonos, venga!”, dijo con un tono que no admitía replica.

Hizo falta un buen rato para que todos estuvieran ya listos: a Elvira se le había enganchado su vestido a un clavo protuberante de la silla de paja; a doña María se le había caído el bolso al suelo; Margherita justo en aquel momento se había percatado de una gran mancha color chocolate que perturbaba su vestido blanco. Francesco esperaba, dándoles la espalda, clavando sus ojos grandes en la muchedumbre, fumando lentamente un cigarrillo; don Gaetano estaba impaciente.

“Nos damos prisa ¿o qué?”.

“Bueno, papá, un momento”, dijo Emilia, que, con ciertos ademanes graciosos de su mano ensortijada y con ciertas sonrisas pequeñas y dulces, se despedía de la carona sonriente de doña Chiarina y la cara inmóvil y altiva del novio, ambos erguidos y tranquilos en sus sillas, un poco detrás de ellos.

Por fin se encaminaron. Pasándole cerca, Giulio, que disimulaba hablar con su amigo, en un soplo de su voz bonita, lanzó a la cara de Amalia una lenta frase de amor: “La mujer que te ama es un rayo

de sol que calienta el cuerpo y alumbra el alma”. Amalia de repente sintió envolverse por un halo de perfume intenso y dulce.

Mientras tanto, don Gaetano y Francesco iban delante, intentando hacer hueco a las señoras, y éstas iban una detrás de otra, deslizándose entre la gente que se movía refunfuñando, con mala gracia, observadas por las aldeanas con un mixto de admiración y escarnio, casi sofocadas en aquel bochorno pesado del pueblo. Pero, superada la desembocadura del callejón, donde se añadió Francesca a ellas, pudieron por fin respirar.

Continuaba el griterío confuso de la muchedumbre, la luz rara que les daba a sus espaldas, y se mantenía, detrás de ellos, una larga carcajada de mujer... y luego la calma, el silencio del callejón negro y tortuoso, bajo una raya oscura de cielo, florido de estrellas, en el soplido suave y lento de la noche de verano.

Proseguían así confusamente; sólo Amalia se había agarrado del brazo de Elvira, le había apoyado su mejilla acalorada en la cara, le había hablado al oído con largas risas en voz baja. Emilia y Elena caminaban cerca sin hablar. Detrás de ellas bajaba una sombra, se adentraba en la oscuridad del pequeño callejón negro.

Las chicas no se dieron la vuelta; sólo Elena, cerca del portal, mientras los demás subían, se dio la vuelta. Y en la luz rojiza y muy débil del callejón ella notó un perfil blanco, reconoció un traje negro, encontró todavía una larga mirada luminosa.

Ella entró, Francesca cerró el portal muy pesado como de una fortaleza o de una prisión, pero, mientras la chica tardaba en atrancarlo, Elena se quedó allí parada para distinguir, entre el ruido de las serraduras, el leve eco de los pasos vagantes en la noche oscura. Callada e inmóvil, ella seguía escuchando, y el silencio ya se había vuelto profundo, y en la pequeña calle desierta imperaba sólo el misterio de la noche cálida, florida de estrellas.



V

Giambattista Rossi, el nuevo juez, llegado al pueblo desde hace unos meses, el *pálido y rubio Giambattista* de sus pocos amigos, estaba esperando silenciosamente su porción de pasta con salsa de carne, sentado en una esquina de la pequeña mesa en ese pasillo tan angosto, enfrente del balcón abierto de par en par. Tenía los ojos grandes color avellana que parecían fijarse en ese pequeño retazo de cielo tórrido, deslumbrante y fulgurante en su azul metálico de cielo estival, o a lo mejor miraban las paredes sucias y descortezadas que cerraban ese patio tan angosto, o los tejados inclinados, amarillentos, en los que se levantaban unos pobres mechones secos de hierba muerta.

La mano nerviosa, delicada y blanca como la cara, atormentaba con los dedos, la miga fresca de una ancha rebanada de pan. Por el calor, sufrido poco antes por las calles tostadas por el sol, su frente, bajo el pelo de oro, cortado y peinado hacia atrás, se llenaba de pequeñas gotas de sudor, y en las mejillas pálidas dos sombras, breves e intensas, coloreadas habían subido como dos pequeñas llamas. Le envolvía el aliento pesado, bochornoso, insostenible de aquella tarde de verano, silente y como muerto bajo el sol ardiente, en el aire inmóvil y pesado. Desde el patio, sólo un gallo lanzaba en el aire dormido un largo grito, resonante, estridente. También las moscas, merodeando en el dormitorio y alrededor de la mesa, finalmente se habían posado todas allí, en el tenedor, sucio de salsa de macarrones. El ruido de la puerta que se abrió lo sacudió. Él se acomodó la servilleta en el cuello, sin girar la cabeza, cogió el tenedor con la mano, mientras un fuerte soplido del conocido y grato olor de salsa venía a embestirlo. La porción de carne oscura-rojiza se puso delante de él, encima de la mesa, pero, caso raro, el brazo, que se había distendido en el acto, no era el delgado con las venas hinchadas de la sirvienta, sino el chorizo informe, que sobresalía fuera de la manga, estrecha y arremangada, de doña Chiarina.

El juez levantó maravillado sus ojos de oro hacia la cara de la señora, parada, roja, monstruosa que estaba de frente, detrás de la

nube ligera de los vapores que se levantaba del plato fumante.

“¡Ah! ¡Ah! Usted se sorprende, ¿verdad? Usted no me quiere cerca, ¿verdad?”, dijo la gruesa voz sonriente de doña Chiarina.

“No, al contrario...” contestó la voz dulce, algo ronca del juez, visiblemente fastidiado, pese a las palabras agradables.

Doña Chiarina no añadió nada más, cogió de la pared una silla de paja, se sentó cerca de la mesa frente a su inquilino, y, dado que éste la miraba sin comer, con el tenedor y el cuchillo en la mano parados en el borde del plato, esperando que la otra hablara o se fuera, ella le animó y se explicó.

“No, no, comed, comed, yo he venido justo para estar un poco con usted, usted no se deja ver nunca, se nos escapa siempre. Hoy estoy aburrida hasta morir; mi marido está fuera del pueblo, por negocios, ya sabe que él trabaja para una compañía de seguros “La Venezia”, y los niños no me dan tregua. Ahora, por fin, se han ido a la cama, la sirvienta ha ido a coger agua de la fuente aquí cerca, en la calle, y yo, por fin, estoy tranquila”.

“¿No le gusta lo que he dicho?”, dijo al rato, visto que el juez no contestaba. El juez hizo un ademán negativo con la cabeza, y como la primera vez volvió a decir: “Le parece, al contrario...”; pero su cara blanca y fina de rubio pálido, siempre seria, mostraba ahora claramente en las cejas fruncidas, en la arruga insólita de los labios cerrados, una contrariedad enorme, invencible. A él no le caía bien doña Chiarina. En ese par de meses, desde que estaba en su casa, él siempre le había quitado las ganas de entretenerse a hablar, con la seriedad algo rígida de su contención. Él, que era un tipo descomunal de meridional, un montañés físicamente agradable, pero de alma cerrada, algo sarcástica, y muy poco expansiva, detestaba de aquella mujer las chácharas interminables, esa manera suya de hacer algo grosero y basto, esa figura suya muy vulgar.

También ahora, mientras cortaba con el cuchillo su rollito de carne de *ragú*, esa gorda mujer jadeante delante de él le pesaba, parecía acrecentarle el peso y la molestia de esa tarde bochornosa, interminable.

En cambio, Doña Chiarina le miraba sonriente; ni la sonrisa se le moría en los labios violáceos y gordos, frente a la ola gélida

que emanaba con la otra, dispuesta a todo, en ese día, con tal de llegar, armada, como estaba, de valor que guardaba para las grandes ocasiones. Por lo tanto, en aquel momento estaba como una fortaleza que no cede, como una potencia divina o diabólica que nunca se echa atrás. Tenía que hablar con él, con aquel joven, siempre callado, como si fuera mudo; tenía que hablar, todo el resto era inútil. La victoria ella la consideraba como segura, en su pequeño puño redondo, y, si se detenía a mirar ciertas feas y viejas impresiones manchadas de moscas, colgadas en la pared, no era porque se sintiese indecisa, o porque le interesasen los ojos, dirigidos al cielo, de Julieta y Romeo, o los grandes gestos con los que Francesca contaba su historia de amor y de culpa, junto a su Paolo, frente al poeta divino; no, era sólo para volver a encontrar el tono que usar en su discurso y el tema elegido para introducirlo.

Las moscas rondaban ininterrumpidamente alrededor del plato de la carne, revoloteaban como sombras pequeñísimas alrededor de la rubia cabeza del joven. Él las echaba de vez en cuando, con un gesto airado de la mano blanca, resoplando, y no sólo por las moscas.

“¿Entonces? Si continúa estando callado, yo hoy me fastidio más todavía; diga algo bonito.”

El juez quería responder que no sabía para nada cuál era la *cosa bonita* que podía agradar a doña Chiarina, y por qué justo él tenía que quitarle el aburrimiento de encima, cuando también él tenía tanto para venderlo a todo el mundo; pero doña Chiarina no le dejó tiempo.

“Usted se equivoca de ese modo, amigo mío”, ella dijo en tono maternal; “Se equivoca mucho. La habitación en la que está ahora yo la alquilo desde hace diez años, y le puedo decir que nadie se ha comportado así. Una vez, estuvo un profesor que quería mucho a Ninnella, mi hija mayor, que entonces era pequeña y parecía una muñeca, y que sólo ahora se ha puesto feucha. Bueno, él venía a recogerla a la cocina cuando yo tenía que hacer, se la llevaba a su habitación, y le llenaba los bolsillos de chokolatinas. El año pasado tuve a dos estudiantes, dos hermanos, hijos de un gran señor de... ¿cómo se llamaba el pueblo?”

Doña Chiarina levantó los ojos al aire, buscando la inspiración. “¡Ah! de Morra, sí; eran de allí. Bueno, dos chicos tan cercanos, comían con nosotros, me confesaban sus problemas. Incluso los domingos de invierno se juntaban con nosotros para jugar a la tómbola. Pero usted, amigo mío, parece un eremita, parece un monje de santa vida. ¡Ah no! Juez mío, yo amo la juventud alegre; usted, perdone, si se lo digo, pero yo soy muy sincera hablando, usted no me cae bien.”

Giambattista Rossi tuvo que sonreír, a pesar de la contrariedad que ahora había llegado al colmo. En realidad, a él le importaba bien poco gustar a doña Chiarina. Entorpecidos la mente y el físico por ese calorón y por esas chácharas, él tenía tan sólo un deseo: que la señora se fuera.

Alejó de él con un gesto lento el plato vacío, aún rojizo de salsa de carne que se había quedado en el fondo, dirigiéndose a doña Chiarina con una peculiar mirada de plegaria y de reproche, de aburrimiento y de súplica.

Doña Chiarina dijo sólo: “¿Me permite?”; le quitó el plato y salió.

Por fin él respiró, con un bostezo largo. La calma pesada de aquella interminable tarde era excesiva. Él, nacido en la cumbre, alpina y desnuda, de su pequeño pueblo disperso, se sentía como ceñida la cabeza como un círculo de fuego, sentía entorpecidas todas sus articulaciones cansadas. Las largas horas de oficina, pasadas en la sombra bochornosa del salón de la jefatura, detrás de las cortinas bajadas, ocupado con ciertos campesinos, ignorantes y tozudos, y con un abogado burro y grandilocuente; el enorme aburrimiento de aquellas horas pesaba ya sobre él y le prostraba. Y ese muro ancho, tostado por el sol, y ese retazo de cielo metálico, que ahora estaban enfrente, le deslumbraban con su luz excesiva y el pequeño patio lleno de sombra desprendía un pesado y nauseabundo olor de aridez y suciedad.

“Ahora bien. ¿Qué le gusta más? ¿El melón amarillo o la sandía? Yo como no lo sabía, le he hecho comprar éste, está exquisito, maduro al punto, sabroso y dulce como la miel. Y también los higos, ¡qué pinta tienen! Rojos y frescos dentro, como la sangre.”

Doña Chiarina pronunció la última frase, abriendo entre los dedos un higo gordo y oscuro, se lo enseñó al otro, después se llenó la boca. “¡Ah!, ¡qué buena está la fruta fresca, cuando hace mucho calor! Yo, además, la guardo en la bodega, y así cuando me apetece, me la encuentro fresca como un helado. ¿Pero por qué no come? Dígame si le gusta el melón.” El juez cortó con el cuchillo una raja del grueso trozo amarillo de melón que tenía en el plato, y se llenó la boca. El buen fruto aguoso, fresco, dulce de verdad como la miel, le aportó un alivio inesperado y enorme.

“Está exquisito”, contestó a doña Chiarina calurosa y sinceramente.

“¿Ha visto?” respondió la otra. “Para que luego no me diga que no pienso en usted. ¡Vaya si pienso! Y haría cualquier cosa para contentarla en todo y por todo. ¡Yo siempre he sido así! Una vez tuve a un juez, que sufría de asma y yo le asistía, cuando estaba enfermo, como habría asistido a mi padre. Yo estoy hecha así, me arrojaría al fuego por mis amigos. Y también por usted, no sé si lo logro, pero hago todo lo posible para contentarle; no lo dude y, si me equivoco, no es por mi culpa.

“Faltaría más, doña Chiarina, ¿pero qué dice?” dijo el juez fastidiado. Y una sombra de sonrisa burlona le encrespó los labios pálidos por todas aquellas chácharas en las que él no creía.

“Le quiero como a un h..., como a un hermano”. La señora había evitado precipitadamente el peligro de la palabra hijo, temiendo que el otro pudiera considerarla demasiado vieja.

“Le quiero, y por eso le digo todo esto, yo quisiera verle más alegre, sin más. Si se hubiera enterado de cómo me alegré la otra noche, en la fiesta, cuando me di cuenta que se lo estaba pasando bien”.

En el torpor de su mente, al joven le pareció que se abriera una rendija, que apareciera por allá un rostro blanco, entre una confusión enorme de colores. “¿Cómo se ha dado cuenta?” interrogó, más vivamente.

“¡Ah! ¡ ah! ¡ah! Señor juez, ¿tan estúpida me considera? No en balde soy mujer. ¿No pensará que no haya notado que habéis puesto los ojos en Elena Forgiuele, la otra noche?”

Hubo un momento de silencio. Doña Chiarina miraba a la cara a su huésped, y éste procuraba evitar la mirada, siguiendo por el fondo azul del cielo el breve vuelo de las moscas. Un soplo muy ligero de aire vino a mover la atmósfera pesada, entró en la pequeña habitación, y llevó, junto a ciertos áridos perfumes de verano, un exalar breve de frescor.

Al juez, aquel fruto amarillo, dulce y fresco, le había refrescado la boca seca, ese breve soplo de aire iba refrescando la frente, ese nombre pronunciado por doña Chiarina le había inyectado una vena sutil, pero potente, de energía y de buen humor. Y pasó algo extraño: Giambattista Rossi, el joven juez, callado y guapo, vino a encontrarse así con el pensamiento ascoso de su gorda casera, vulgar y charlatana; porque, si el deseo más vivo de ésta, era justamente hablar de ese asunto, si había estudiado todo para llegar a esto, a través de charlas, vacías e inútiles, del largo preámbulo, ahora incluso el otro deseaba hablar y que ella hablara, queriendo saber también él, recibir noticias, dominado de repente por una curiosidad invencible, algo ingenua y pueril, que es el principio de todas las simpatías y de todos los amores, por pequeños e inconscientes que sean.

“Entonces, doña Chiarina, ¿qué vio la otra noche?” preguntó con una voz más alta.

“¿Qué vi?” Lo que tenía que ver: que usted coqueteaba”. A Rossi aquellas palabras le impactaron y se enfurruñó algo. “¿Cómo corre! ¿Significa coquetear mirar a una chica que ni siquiera se conoce? Ya que yo no la conozco para nada a esa señorita; me parece haberla visto sólo otra vez, aquí, si no me equivoco. ¿No es verdad?”

“No me acuerdo, pero es fácil. Vienen mucho por aquí. Es una familia muy distinguida. Doña Elena es tan buena y también doña Emilia, la hermana mayor, la que se tiene que casar ahora con un señor de mi pueblo”.

Callaron; doña Chiarina se frotaba sus manos bastas, rojas y redondas, recogidas en su gran vientre; el juez tenía la mirada oscura, dulce y orgullosa, perdida en los misterios de ese breve fondo azul: el codo parado en la mesa, la cara pálida apoyada en la mano delicada, aspiraba voluptuosamente toda la dulzura de aquella cálida hora declinante.

“¿Usted las conoce?”, contestó él, lentamente. Doña Chiarina dijo que sí, que sí, inclinando la cabeza, centrando su papada.

“¿Y usted no las conoce? Son las hijas de Gaetano Forgiuele, el abogado”.

“A ellas no, no las conocía; al padre sí, le he encontrado alguna vez en la comisaría, en la Asociación...”

Otro momento de silencio, doña Chiarina titubeaba acerca de la gran pregunta decisiva, como frente a un paso difícil, luego se decidió, y preguntó a quemarropa, inclinando hacia adelante su busto, gordo, acercando su gran cara sudada a la del otro:

“Dígame, dígame, ¿le gusta doña Elena?”

El juez contestó titubeando: “Sí..., no es guapa, pero es simpática. La otra noche, bajo ese sombrero tan grande, tenía un rostro de una delicadeza y de una blancura excepcional.” El juez miraba a doña Chiarina, mientras hablaba; la señora sonreía.

“¿Por qué sonríe?” preguntó él.

Doña Chiarina le miró con atención, esperó un poco y luego continuó: “Yo pienso en algo bonito, juez”.

“¿En qué piensa usted?”. La gorda mujer empujó su busto aún más adelante, comprimió su gran vientre en el rellano de la pequeña mesa, acercó al pálido rostro de marfil, su ancha cara roja. Pero la cara del joven no era esperanzadora. “Yo pienso en una cosa bonita, una cosa bonita”, contestó ella, sin tener ya el valor de precisar, tímida de repente frente a ese extraño joven callado que representaba siempre un enigma para ella.

El juez no insistió. Pero, mirándola y recordando la frase laudatoria que él había pronunciado hacía pocos instantes sobre aquella chica, y el placer demostrado por la señora, una leve sonrisa le encrespó los labios, una sonrisa incierta y tal vez irónica: “No corra demasiado, señora mía”, dijo él al final, levantándose de la mesa, dirigiendo por última vez hacia la señora su bonita y armoniosa cara, ahora colorada, con dos llamas en las delicadas mejillas...

Doña Chiarina le miró, luego se levantó de su silla y empezó a quitar la mesa, pero, en sus idas y venidas, llevando el plato y los cubiertos sucios, sujetando entre los brazos las botellas, mientras

realizaba ese humilde oficio, su mente y su corazón estaban ocupados por un soliloquio mental de suma importancia.

“No le ha molestado”, pensaba ella, “quiere decir que ya tiene una media intención, es cosa mía despertarle la otra mitad. Bien, voy a trabajar mucho para que esto siga adelante. De lo contrario... estoy perdida. Ya se sabe cómo van estas cosas, te acarician, cuando necesitan algo, y te echan, cuando ya lo han logrado. Incluso sin contar los regalos, incluso sin dar importancia a los cumplidos, está siempre la cuestión del abogado, y he visto cómo antes me escuchaba don Gaetano. ¡Pues es así! Yo no soy tonta. Juez querido, debe tener paciencia, pero a doña Elena se la va a casar”.

Doña Chiarina sonrió, pues se paró un poco en la barandilla del pequeño balcón, donde había tirado las migas de pan recogidas en el mantel a los pollos, se paró pensando en los pasos a seguir con los que empezar estas nuevas prácticas. Lo mejor era ir hoy mismo a casa de los Forgiuele, hablar posiblemente a solas con doña Elena. Luego pensaría el resto. Tranquilizada, doña Chiarina dobló el mantel manchado, mirando hacia abajo para sus pollos que picoteaban y se alborotaban por aquellas migas de pan, luego abrió una estantería empotrada, metió dentro, en el sitio de siempre, la mantelería, y finalmente le dio encima de la misma un golpe con la mano, como señal de satisfacción, que pareció de ese día el punto firme, sucesivo a sus soliloquios mentales.

VI

*...Y tenga sus
cielos velados abril, como ayer;*

*sus mares quietos, como ayer;
para que podamos nosotros llevar a lo largo de ellos
las playas, o debajo de los árboles sumisos,
discursos y sueños y tácitos pensamientos,
-o usted de dulce nombre que yo no llamo-
por qué usted no me ama y yo no le amo.*

La voz bonita y joven, sonora y suave, rotunda y suave en su cálido deje meridional, dispuesta a todas las emociones, rica de relieves y de claroscuros, se apagó lentamente, algo cansada, en los versos tan dulces del poeta.

Francesco Forgione se quedó de pie, delante de su hermana, encorvada en la habitación de la ventana alta, con el pequeño volumen del *Poema paradisiaco*, aún abierto entre las grandes y delgadas manos nerviosas.

“¿No es bonito?”, preguntó él.

Elena levantó su rostro blanco frente a él, clavó en los grandes ojos grises sus ojos castaños donde erraba una nueva luz.

“Es bello, es muy bello”, contestó ella con la firmeza de la convicción, en su dulce voz.

“¡Te lo decía yo! Tú no puedes creer qué escritor, qué poeta es Gabriele D’Annunzio. Todos se hacen pequeños e insignificantes comparados con él. Y esto no es nada. Tú deberías leer las novelas, las tragedias, el *Martirio de S. Sebastiano*, que es maravilloso, divino, de una altura espiritual, inalcanzable.”

Francesco se encendía, como siempre, en su cara simpática, extravagante y móvil, mientras hablaba de su autor favorito, pero Elena, enfrente de él, estaba blanca y calmada, y sólo los párpados le batían en los ojos, clavados en los ojos de él. Ella no conocía las novelas, las tragedias de Gabriele D’Annunzio, sabía sólo lo que el

hermano le dejaba entrever, a través de su entusiasmo desbordante y lo que el padre objetaba, fiel a las viejas escuelas, a las estrellas pasadas de moda, a sus viejas ideas.

Ella se había formado un ideal extraño, mezcla de potencia, superioridad y maleficio. Cuando el hermano le hablaba de él, haciendo hincapié en la personalidad artística del poeta, su pequeña alma se doblaba, dominada, pero aterrorizada. A pesar de todo ella venía pensando en aquellos versos. ¿Era ese, era ese D'Annunzio?

Mientras el hermano hablaba de otras cosas, olvidado ya lo anterior, en la movilidad de sus impresiones y de su fisionomía, en ella revivían aún esos versos en su fascinación persuasiva suave, en su lenta voluptuosidad de tristeza y, de languidez, así como el poeta los había escrito, como la voz bonita los había relevado, delante de ella.

*...para que podamos nosotros llevar a lo largo de ellos
las playas, o debajo de los árboles sumisos,
discursos y sueños y tácitos pensamiento*

Le venían a la cabeza estos versos y también otros dos:

*Lanas de corderos, azucenas sin tallos,
vagas, blancas apariencias en el cielo, en el mar.*

Ella alejó los ojos de la habitación, oscura y triste, tapizada de papel algo descolorido, que tenía dos estanterías altas llenas de enormes volúmenes al lado de las paredes, y de otro lado, cerca, al lado de la ventana, el escritorio del padre, negro, pesado, macizo...

En cambio, fuera había un fantástico atardecer. La tarde bochornosa y tersa finalmente se había velado; habían aparecido, en los fondos del cielo unas nubes opalinas, lentas, raras, vagantes. Y ahora el atardecer se cubría de una extraña luz, de un extraño velo. Se confundían juntas una infinita variedad de gradaciones; un gran lujo de oro se diluía en el claro azul del horizonte; tenues tintes de rosa se desvanecían en el gris y en el violeta.

La ventana estaba alta. Recta sin asomarse al alféizar, Elena ya no veía la calle de abajo, estrecha, tortuosa, oscura entre las casas oscuras, y apenas sentía su voz quebrada, leve y lejana. El pueblo, amontonado abajo en su pobre dehesa irregular de tejados humildes y amarillentos, parecía una masa informe sin belleza y sin vida, adosada a las colinas amarillas de rastrojo que parecían su continuación natural. También el gran monte de frente perdía entonces su línea suave y majestuosa de belleza; debajo de un velo gris, como de ceniza, su línea se hacía más vaga, más indecisa, casi se perdían en el horizonte azul. Pero el gran cielo infinito presentaba, durante el atardecer, una vida especial, ofrecía como el espectáculo de otro mundo peculiar. Se iluminaba de una extraña luz, se poblaba de extrañas sombras, se coloreaba de extrañas tintas. Los fondos, muy claros, velados, daban la ilusión de lejanías desconocidas, de desconocidas llagas azules, de desconocidas playas pálidas. Corría por el cielo el color fúlgido y voluptuoso del oro, el color fresco y ardiente de una ardiente rosa, sin embargo, había venas sutiles de violeta que se abrían y se propagaban, sin embargo, había velos fluctuantes de gris. Parecía un sueño, un lento sueño de colores vivos y amortiguados, de dulzuras vivas y atenuadas.

¡Como los versos del poeta!

Elena los revivía por completo así, sólo contemplando ese cielo:

*Lanas de corderos, azucenas sin tallo,
vagas, blancas apariencias en el cielo en el mar...*

Elena se había apoyado en la ventana. Francesco, enfrente, hablaba más y más con su bonita voz colorida, con su bella palabra, ligeramente paradójica, ligeramente hiperbólica, hablaba de otras obras del gran poeta, y de otras obras de otros poetas. Elena tenía el rostro blanco e inmóvil, la mirada castaña y dulce, clavada en la vivaz mirada de él, pero no escuchaba, casi ya no entendía. Pasaban las imágenes bonitas, evocadas delante de ella por la bella voz de su hermano, imágenes voluptuosas, dulces, de amor, de dolor; pasaban y venían. En ella vivían aún, potentemente, esos versos, el encanto

suave de ese extraño paseo, en ese extraño paisaje, las palabras extrañas y muy dulces del poeta, la seductora y extraña mujer.

Elena soñaba con la cabeza apoyada en el marco, con el blanco rostro inmóvil. La dulzura del poeta le había llegado hasta las venas, había llenado toda su alma sentimental apasionada; el escenario maravilloso de ese atardecer había dado color y forma a esa dulzura, a esa imagen inmaterial y vaporosa. ¡Oh, era ella ahora la que parecía errar tácita entre aquella inmensidad de reflejos, entre aquella inmensidad de velos fluctuantes! Le parecía ser una sola cosa con las dos largas espiras de oro, que se enlazaban extravagantemente en su cabeza, se unían y se apresuraban en el cielo de perla; le parecía vagar en la playa azul, apagado y nublado, de una marina desconocida, firmemente abrazada ella también a otro cuerpo, con una cabeza de oro cerca de la suya, con un rostro blanco inclinado sobre el suyo, y el soplido caliente del atardecer, parecía completar y dispersar a su alrededor las dulces palabras no terminadas, los alientos y los suspiros de amor, tan, tan

...Sumisos

discursos y sueños y tácitos pensamientos...

En una dulzura sin fin, en un sueño sin límites, en una luz sin atardecer...

Ahora el poniente se colorea de rojo, extrañamente, envuelve en un aura de fuego esas dos espiras de oro inmutadas, ahora algo más vivas, se refleja en los humildes tejados oscuros amontonados allí abajo, envuelve al gran monte, a las colinas amarillas, a una pequeña iglesia solitaria en la cumbre de una de ellas, pobre y blanca en un velo fúlgido de rosa. ¡Y la apoteosis del sueño!

También Francesco callaba y miraba. Pero fue un segundo; lo rojo desapareció de repente, extrañamente en el atardecer meridional por lo habitual tan largo, donde las tintas palidecen y desaparecen, lentas; lo rojo desapareció en un amarillo claro, insignificante. Las dos espiras de oro se habían convertido en dos sutiles nubes grises. Un escalofrío recorrió los hombros de Elena, debajo de la camisa ligera y humilde.

“¿Tienes frío?”, preguntó el joven, mientras se miraba el pelo bonito y ondulado en los cristales de la ventana, e iba acariciándose los ligeramente con la mano nerviosa.

“No”, contestó Elena, pero, de hecho, una sensación de frío le daba ese gran cielo empalidecido, cinéreo, y esa gran habitación triste, con grandes muebles oscuros. Apareció en el cuadrado de la puerta, empujada adelante por el mísero brazo, la vieja y delgadísima figura negra del escribano, de don Saverio.

“Señorita”, dijo él humildemente, dirigiendo a ella su cara de cartón de piedra, llena de sombra, “señorita, hay gente; le llaman desde las escaleras”.

Elena no contestó, pero titubeó para salir; salió también Francesco y entró en su habitación por la puerta de enfrente, pasando por el pasillo donde escribía don Saverio escribía y donde estaba la sala de espera del bufete del abogado Forgiuele.

Don Saverio esperó, teniendo la puerta abierta de par en par, y la volvió a cerrar nada más salir la otra; volvió a su viejo escritorio manchado de tinta, chirriante y carcomido, y se puso a ordenar meticulosamente los grandes folios esparcidos, muy encorvada la mísera espalda, debajo del traje negro, al que la luz cruel que desvanecía hacía notar el lucido mal simulado de la tela demasiado vieja.

“¡Oh!, ¡oh!”, dijo, apenas Elena apareció en la puerta, la gran voz conocida”. ¿Dónde te habías metido, hija guapa, que no podíamos encontrarte en ningún sitio?”

De hecho, se sentía todavía la voz de Francesca que la llamaba corriendo de un punto a otro de la casa.

“¡Doña Elena! ¡Eh, doña Elena!”

“Déjalo”, dijo doña Chiarina, asomando desde el descansillo en el pasillo su cara gorda, “déjalo; doña Elena ha llegado”.

¡Oh, por fin! ¿Dónde estaba? ¿Arriba? Pero si la he llamado durante una hora por la calle; ¿Por qué no me ha oído? Se me ha bajado hasta la voz, ¿sabe?”, concluyó Francesca, sudada, colorada, jadeante, que apareció en la puerta, tosiendo y rascándose la garganta, tras el esfuerzo. Elena no contestó. Ahora estaba ella en el descansillo, frente a la visitante.

“¡Doña Chiarina, dichosos los ojos que la ven!”, dijo sonriendo.

Doña Chiarina se complació consigo misma al encontrarla más alegre de lo habitual. “Buen augurio”, pensó ella. De hecho, Elena con ella se mostraba más ceremoniosa que las otras veces. Con una sonrisa en los labios, con un relámpago vivaz en los ojos se acercaba hacia la gorda señora, premurosamente, como hacían habitualmente Emilia y María.

“Siéntese, doña Chiarina”, continuó ella, colocando dos sillas al lado del balcón del pasillo, “y disculpe si le hago sentar aquí, pero estoy sola y tengo que prestar atención a quien viene”.

“No pasa nada. ¿Pero usted está sola del todo?”, preguntó doña Chiarina sentándose, apoyando los pies en las clavijas de la otra silla, y posando en el fondo de ésta el bolso y la bufanda.

“Sí, estoy sola; mamá y Emilia tenían que salir, las otras dos con Margherita han ido a visitar a ciertas amigas, aquí cerca, las Rosauero, ¿las conoce?”.

A Elena le pareció que la carona de doña Chiarina se iluminaba. Ella se quedó estupefacta, y quién sabe por qué el corazón le dio un balzo, y su mano pareció temblar.

“¿Tiene que decir algo a mamá o a Emilia?”

“Yo tengo que decirle algo justo a usted, Elena”.

Una vez más, el pequeño corazón pulsó precipitosamente, y la bonita mano tembló un buen rato.

“Un momento”, contestó Elena, “si me permite”.

“Faltaría más, Elena”.

Ella salió casi a la carrera; su figura desapareció en la cocina oscura. Ahora, en el comedor, poblado por las grandes sombras inmóviles del mesón oblongo, del armario, del aparador, la pequeña sombra blanca se movía rápidamente.

Había abierto los cristales del aparador, y la cabeza morena avanzaba, intentando apreciar en esa oscuridad, entre vagas formas largas y sutiles de botellas, y entre ciertas vagas formas blanquecinas y redondas de platos alineados el uno con el otro, lo que buscaba. Al contrario, dos o tres veces, las bonitas manos blancas habían obtenido en esa oscuridad una botella, y los ojos la habían observado detenidamente, levantándola en alto, hacia el pequeño

cuadrado ceniciento de la ventana alta, luego, con un ligero acto de impaciencia, la había vuelto a colocar, cogiendo otra. Y, por fin, cuando le vino a las manos una de vidrio blanco, llena a la mitad de un líquido verde oscuro, desde la que, a través del tapón de corcho, cerrado mal, pasaba un fuerte y agradable olor a menta, la puso en la mesa, con una ligera sonrisa de satisfacción, después se dio la vuelta de nuevo, todavía buscando la pequeña bandeja de plata dorada, los pequeños vasos de plata, dorados en el interior, algo feos en su ridícula forma de pequeñas barricas. Mostraba algo de prisa, durante estas operaciones, no le dolía el haber perdido de repente una región de sueños, al contrario, una viva curiosidad la empujaba a conocer la gran palabra misteriosa, que doña Chiarina le había anunciado.

Vaga, extraña, confusamente, a Elena le parecía continuar en aquella habitación oscura, de forma más tangible, el grande sueño muy dulce, revelado a ella por los versos dulces del poeta, por la belleza velada del fantástico atardecer. Y así, con el alma todavía llena de luz, la boca sonriente, las manos algo temblorosas que sujetaban la botella y la bandeja, avanzaba hacia el pasillo, hacia la mujer gorda, cuya figura vulgar, cerca del balcón, se perfilaba en el fondo del cielo azul.

“¡Oh, ya estamos! ¡Siempre con cumplidos! Y eso que se lo he dicho muchas veces a doña María y a Emilia que, justo por esto, si quiero venir alguna vez más, ya me lo pensaré. Entre nosotras estas cosas sobran, no quiero que se moleste”.

Así, como siempre, como eternamente, doña Chiarina había acogido la llegada de Elena con la botella y la bandeja entre las manos, y Elena, como siempre, como eternamente, había contestado, protestando, disculpándose por la pequeñez del detalle; no tenía, no tenía nada más que ofrecer; al contrario, añadió una frase de cumplido y de admiración a la vez que nunca hasta entonces había pronunciado; “Usted se merece mucho más que esto, doña Chiarina”.

Doña Chiarina protestó a su vez, investigando con la sagacidad escrutadora de su ojo, ahogado casi entre el párpado y la cara hinchada de grasa, toda la cara amable de la otra, de un pálido opaco de perla, rodeada por la aureola oscura del pelo.

Se reía, se reía, Elena, una sonrisa ligera, pero amplia, espontánea como la visitante no le había notado nunca, se reía, haciendo casi sobresaltar a la otra que sentía mucho estupor.

“Habéis hecho una obra de misericordia, doña Chiarina; estaba sola y me aburría; cuénteme algo bonito; engañemos al tiempo”. Y la chica, pálida, levantaba la silla en la que estaba sentada, se acercaba a la otra, posaba en la rodilla gorda de doña Chiarina sus bonitas manos aristocráticas, haciendo caer casi el busto en el regazo de la otra y levantando el rostro amable para mirarla en su inmóvil cara sonriente de ídolo grasiento, con uno de esos abandonos, de cariño, espontáneos y nada raros en las mujeres de alma que desborda siempre pasión y que está siempre ávida de extroversión.

Elena no pensaba que esa mujer le hubiera caído mal, la ignoraba, ya casi no veía la estúpida vulgaridad de su figura y de sus palabras; la llevaba a ella el sentido prepotente, gigantesco en su pequeña alma apasionada que empuja a buscar en cualquier persona, tenga lo que tenga, de cualquiera manera, algún tipo de contacto con la persona amada, para poder oír una palabra, incluso una sola, acerca de la persona que se quiere; cualquier cosa pequeña o insignificante, con tal de que sea sobre ella, por un día, una hora, un instante, sobre la que se haya posado la mirada, la cara, la mano de la persona amada. ¡Todo, todo se hace interesante, todo se hace bonito, todo se hace sacro para la mujer que ama, derramando la impetuosidad del alma desbordante, quemada por el deseo, que del amor hace su vida, su mundo, su religión!

La mente de doña Chiarina no llegaba a entender estas minucias, y aun tan grandes, del sentimiento; ante todo porque no lograba adivinar la causa. Pero estaba segura de lo suyo. Imposible que el juez Rossi no le gustara a Elena Forgiuele; un juez joven, más bien un buen joven y un joven guapo: ¡vaya! Pero ¿qué más se puede desear? Y porque la cuestión, del lado práctico, le parecía muy conveniente para la persona, a la que venía a proponer, y porque Elena, caso raro, era toda ternura con ella ese día, toda una sonrisa, toda dulzura, por eso ella decidió pasar al delicado, importante y excitante argumento.

También Elena parecía ansiosa de saber:

“¿Qué me quiere comunicar, doña Chiarina?”, había preguntado ella, tras un momento de distracción y de silencio. Doña Chiarina cogió entre sus palmas grasientas, húmedas por el sudor, la cara oval y blanca de la otra, la hizo girar hacia su lado, la obligó a mirarla a los ojos.

“Antes de nada, hija, estamos a solas, y tú conmigo puedes hablar. Antes de cualquier otra cosa, tú, la otra noche, en la fiesta ¿te diste cuenta de una persona que te miraba mucho?, ¿sí o no?”.

¡Ah cómo latía ahora el pequeño corazón apasionado de Elena! ¡Qué impulso tenía su pequeña alma soñadora, ahora que su presentimiento se había concretado, ahora que la gorda mujer había venido ese día para hablarle de él, de él! Y en su fantasía meridional, fantasía que no tiene freno, que no conoce límites, que da proporciones gigantescas también a las cosas más sencillas, ella imaginaba en centenares de formas distintas, todas igual de dulces, lo que la visitante estaba a punto de decirle, y ya le corría por las venas, por todo el cuerpo, un gran escalofrío inconsciente, y ya la mente se le confundía y se le perdía.

Doña Chiarina retomó la conversación.

“Entonces, ¿Elena, me has escuchado?”

Ella se sonrojó toda, le corrieron por su rostro del pálido blanco opaco ondas claras de aquel palidísimo rosa que daba tanta seducción a su cara; al contrario, en sus mejillas se habían formado como dos manchas de color que le quemaban la piel y el cerebro. Sintió que no podía mentir, pero con ese recato peculiar, que cada uno padece al confesar a otros el dulce secreto del corazón, y también para sentir como otros reafirmaban la dulce convicción de su alma, para convencerse de esa beata turbación, y los pensamientos insólitos, y la dulzura inusitada que envolvía toda su persona, no era un sueño, ella quiso intentar mentir.

“No me di cuenta de nada, doña Chiarina; ¿De quién habla?”

Doña Chiarina sonrió incrédula.

Elena le había encorvado cada vez más el busto en el regazo, de esta manera se había escondido la cara, sintiendo que se había convertido en una llama, contestando levemente, con voz ahogada: “No, no, es así”.

Pero doña Chiarina protestaba todavía, mirándole el pelo moreno, acariciado apenas por un pequeño reflejo de oro, algo ondulado y exhalando un muy sutil y cálido perfume.

“Oh, hija”, dijo ella, al final, perdiendo la paciencia (y tanto su voz como sus palabras se hacían poco a poco más confidenciales, además Elena no pensaba ofenderse) “Oh, hija, yo nací antes que tú, y no quiero que se me tome el pelo. El juez Rossi la otra noche no pensó ni en la gente, ni en la iluminación, ni en la música, ha pensado sólo en ti, y nada más irte, se fue también él. ¿Te diste cuenta sí o no, o tengo que ser yo la que te abra los ojos, pobre criaturita inocente de siete años?”

Elena no levantaba la cara, solo el hombro se le levantaba afanosamente, como por un violento temblor. La invadía la gran emoción del nombre amado, cuando se sueña siempre y todavía no se atreve uno a pronunciarlo, temiendo que alguien o algo vaya a disiparlo, el nombre amado, oído pronunciar por primera vez, por ella, por ella, sólo por su amor.

Doña Chiarina la sacudió: “¿Tú quieres morir sofocada?” Y Elena, por fin, levantó la cara encendida, algo descompuesta, que había perdido completamente esa tinta igual de expresión y de color que la hacían parecer como inmóvil. Ahora los ojos castaños, algo pequeños, brillaban, el rostro temblaba, muy ligeramente, las aletas tan delicadas de la nariz se agitaban, la bonita mano aristocrática apretaba en la rodilla de doña Chiarina, y en la mano, y en todas las líneas de la cara, hasta en el cuello, hasta detrás del oído, la sangre fluía, joven, prepotente, coloreando todo de un aspecto rosáceo y lozano de vitalidad exuberante y apasionada.

Tácita, desatenta, Elena recordaba la voz de él y se la imaginaba en las palabras impronunciadamente suaves que el alma esperaba y ya no osaba esperar.

Fue la mano gorda y basta de doña Chiarina la que le agarró el brazo y la sacudió.

“Oh, Elena. ¿En qué mundo vives? ¿Me quieres escuchar o no?”

Elena se dio la vuelta: todo el rubor había desaparecido de su cara. Asintió que sí y estuvo cabizbaja para escuchar.

¿Cuánto habló? ¡Buff, mucho, mucho! De los labios hinchados y violáceos le salía, como un río de palabras. Ella refirió un largo cuento, haciendo hincapié en una infinidad enorme de detalles, exagerando algo, como siempre. Elena escuchaba sin parpadear, con el rostro blanco, inmóvil. Cuando la mujer, por fin repitió la frase de él: “Doña Elena me gusta, es simpática; la otra noche, bajo ese gran sombrero, tenía un rostro de una blancura y de una delicadeza excepcional”, entonces ella no oyó nada más.

Sintió de nuevo que las llamas se le subían a la cara, sintió que se le cerraba la garganta, la mente se le confundió, se le veló; sólo aquella frase se le quedó nítida, viva, relampagueante de resplandores, como la primera gran estrella de la noche aparecida ahora entre las sombras aún claras del crepúsculo de verano. Y no pudo contestar a doña Chiarina, que le había renovado la pregunta, hecha por la tarde a Giambattista Rossi, que le había preguntado en voz baja al oído si le gustaba el juez guapo e introvertido; no contestó, pero la mujer entendió igual y no insistió.

Luego hablaron de otras cosas, cada vez más lenta y débilmente, frente al crepúsculo azul que volvía paulatinamente sus velos más densos y oscuros, encima de la estrecha calle, atravesada todavía por el chismorreó de las mujeres y por los gritos de los niños traviesos.

Pero Elena hacía un gran esfuerzo para alejarse de sus pensamientos y seguir a la otra, lográndolo apenas, y la señora, con la que el argumento importante había sido tratado, empezaba a aburrirse; además, se había hecho tarde, y ya era hora de marcharse.

Se levantó. Como de costumbre, Elena la acompañó hasta la puerta, la entretuvo un poco más en el pequeño descansillo, con el aire ya algo fosco de la noche, le hizo cumplidos como mejor pudo, movida por un doble fin, de gratitud antes, ya que es a ella a la que debía la gran dulzura de ese día, y de egoísmo después, dado que advertía confusamente, que aquella mujer hubiera podido serle útil todavía.

Cuando se fue, volvió a su silla, al lado del balcón, y estuvo así, inmóvil, mirando el gran cielo velado que se oscurecía,

cubriéndose de estrellas, pensativa por la gran dulzura, la indecible extenuación que le infundía aquel sueño secreto, que estaba a punto de cumplirse.

Y abajo las chácharas de las mujeres, algún grito de hombre, las risas ingenuas de los niños; abajo, había vida que se desarrollaba como se desarrolla en la provincia, lentamente, en las suaves noches de verano. Ella no entendía, sólo miraba al cielo y pensaba en su sueño: aquí estaba toda su vida, y ella se agarraba con el espasmo de su joven fibra.

VII

La luz del día iba oscureciéndose en esa habitación oblonga, adornada de diversos muebles, viejos y feos, de cuadros religiosos y profanos viejos y feos, de una parte, de la cual se abría el balcón, y de la otra, estaban las dos camas pequeñas con sábanas blancas, donde dormían las dos hermanas mayores Forgiuele, Emilia y Elena.

Ya las sombras empezaban a adensarse en el fondo, pero allá, en el balcón, todas las chicas trabajaban, aguzando los ojos, acostando a los ojos el trabajo, mirando hacia arriba para enhebrar la aguja, encorvadas todas y rápidas, aunque estaban cansadas.

Esos vestidos tenían que ir a completar el numeroso ajuar de Emilia, ya empezado y empaquetado desde hace años, ese ajuar para el que las chicas de provincia tienen un cuidado minucioso, casi un amor. En el balcón, la una enfrente de la otra, Emilia hilvanaba una camisa recién cortada, y Elena arreglaba la parte de adelante de un matinée, paneles de ganchillo al tómbolo, ya trabajado por Elvira, mirando de vez en cuando un periódico de lencería que tenía delante, doblando el encaje en pequeños arcos: un trabajo muy delicado, al que se dedica la gracia de sus manos bonitas.

Más atrás, a su lado, Amalia encorvada sobre un pequeño telar redondo, cubría con el hilo lúcido ciertas grandes iniciales para servilletas -E. F.- enlazadas, señalando, de vez en cuando, de forma leve entre lo blanco, un pequeño puntito rojo.

Elvira tenía un grueso paquete en el regazo, una sábana de lino, que ella orlaba a diario, pacientemente; y más atrás, por fin, inclinada sobre la máquina de coser que hacía deslizarse rápidamente, sin levantar nunca la cabeza, había otra chica, una sombra sutil vestida de negro, de la que se veía el pelo moreno peinado con gracia, cerrados por un gran lazo marrón y ciertos brazos sutiles y largos, muy ligeramente amarillentos, que sobresalían de la manga negra, muy corta. Era la hija de Don Saverio, una chica paciente, quieta y buena como el padre, que las Forgiuele habían cogido por jornadas para ayudarles a coser; una chica, que era el amor del viejo

escribano, que la llamaba todavía con el pueril y tierno apodo de la infancia: Ninnella.

La calle estaba quieta, silenciosa, grave y oscura, como siempre, incluso en ese día caliente a punto de terminar. Esta bajada empinada, recta, todavía guardaba su habitual tristeza, su silencio conventual en contraste con las otras calles, siempre llenas del chismorreo de las mujeres, de los juegos de los niños traviesos, de las conversaciones vivaces de los transeúntes, en esa vida toda meridional que se expande con leticia por la calle, en público, bajo el magnífico cielo, bajo la caricia del sol caliente.

En esa calle los sótanos llenos de gente pobre son pocos; la larga casa señorial, toda cerrada, ocupada casi completamente de un lado, no tiene talleres, y los transeúntes son raros. La quietud, que reina desde la mañana, aumenta todavía más por la tarde, se hace casi funeraria por la noche, y el claror argénteo, calmado y frío de las lámparas de arco no basta para alegrarla. Sólo cuando el cinematógrafo está abierto, entonces se anima; en alto, más allá de los árboles, se encienden luces vivísimas, violentas, que iluminan la calle de clarores lívidos y deslumbrantes, y por la bajada es un continuo salir y bajar de gente. Tres veces por la noche, cuando el espectáculo cinematográfico termina, pasa una pequeña riada negra y compacta de pueblo.

Pero esa noche el cinematógrafo estaba cerrado, por el calor, y ni siquiera al atardecer había un reflejo de oro en las cumbres verdes y relucientes de los dos grandes árboles. Lentamente, sin resplandor, el sol iba ahogándose entre la cortina purpúrea de las nubes, más allá de los tejados amarillentos, y las colinas áridas.

Hablaban unas pocas chicas. Elvira y Amalia intercambian sólo de vez en cuando unas frases breves y alguna carcajada breve, silenciosa que se perdía sin eco. Las hermanas mayores trabajaban en silencio. Tal vez Elena tiraba de la manga a Emilia, despacio, le indicaba el trabajo, le pedía consejos.

“¿Así está bien?”. “¿Son grandes los arquitos?”. Y Emilia contestaba, lo más brevemente posible, sin dejar el trabajo, doblando apenas la cabeza hacia la de la hermana, mientras Elena a veces empezaba a deshacer, pacientemente.

Más atrás, la hija de don Saverio, Ninnella, cosía siempre a máquina, con la cabeza peinada graciosamente, cada vez más encorvada sobre el instrumento, a medida que la luz se hacía más escasa, con el brazo largo y sutil, como abandonado sobre la tela, más amarillento entre el candor inmaculado de la musola.

Ese ajuar, al que doña María, providente, había metido mano desde hace años, llenando grandes cajones; ese ajuar, que Emilia había empezado a trabajar desde hace años, ornando de bordados pesados y grotescos fundas y sábanas, camisas y *matinée*; ese ajuar provincial, innumerable, macizo, no estaba completo en esos últimos meses de noviazgo oficial. Al contrario, a medida que el tiempo pasaba, casi un furor se apoderaba de las chicas. Ellas trabajaban cada vez más, preocupadas por todo lo que aún quedaba por hacer, y mientras doña María y Francesca no pasaban nunca, porque habían perdido la ayuda de las demás en las tareas domésticas, y porque estaban ocupadas por una cantidad de recados insólitos, teniendo que pasar por el sastre, por la modista, teniendo que ir a unas cuantas tiendas, teniendo que volver a casa más veces para enseñar a Emilia algún objeto pequeño para comprar, las chicas, en el balcón, pasaban casi todo el día trabajando, bajo la dirección de Emilia, deteniéndose pacientes alrededor de manteles, sábanas, camisas, camisolas, intentando embellecerlos cada vez más.

Esas pequeñas cosas ejercitan una fascinación prepotente en la fantasía, algo hiperbólica, algo ingenua, de las chiquillas provincianas, acostumbradas a soñar mucho, y para las que el ajuar representa un porvenir de felicidad; todas las hermanas estaban fascinadas por el amor, que todas las chicas sienten, por las cosas elegantes, de una elegancia de la que todavía no han disfrutado, pero de la que un día disfrutarán.

Emilia dominaba el pequeño pelotón. Perdía la paciencia, a veces se irritaba, valiéndose de su antigua autoridad como hermana mayor, y de su nueva autoridad como novia, y las hermanas obedecían siempre, quietamente, empezando de nuevo, deshaciendo pacientes el trabajo de horas y horas. Sólo Amalia, la más vivaz, la más intolerante, osaba rebelarse. A las eternas observaciones de Emilia, ella no sabía estar quieta; contestaba, objetaba en voz alta.

“¡Ah! ¿No te gusta? Pues, hazlas tú, a ver si las haces mejor”, y la chiquilla enhebraba la aguja, dejaba caer las tijeras, se apoyaba en el respaldo de la silla, con las manos en el regazo y los ojos en el aire, mientras que el pequeño telar redondo, en su alto sostén de madera, se quedaba aislado, inútil en medio de ellas. Pero era por poco. En el ardiente y generoso corazón de Amalia la cólera no duraba más que un instante, y ella empezaba de nuevo, agachándose para recoger las tijeras, susurrando al oído de Ninnella que le facilitara otra aguja. Y mientras la modista buscaba entre las baratijas de los pequeños objetos inútiles del cajón de la máquina, con los dedos delgados, levantando apenas su delicado rostro, Amalia se lanzaba encima de la hermana, le cerraba la boca entre los brazos, y, como la otra se burlaba, ella empezaba a suplicarle, sonriendo: “No importa, ¡Emilia, dame un beso!”.

Elena, siempre muy cerca de la hermana mayor, no se quejaba nunca. Además, ella ponía mucho cuidado en el trabajo, y Emilia tenía poco que reprocharle, sus manos bonitas trabajaban esmeradamente, transformando con sabiduría la tela, manejando levemente los bordados, anudando graciosamente los largos lazos.

A Elena le encantaban esas pequeñas cosas. Teniéndolas entre las manos, mirándolas siempre, habían tomado para ella un significado; para ella eran la expresión más pura de una dulce intimidad, soñada largamente en su vida monótona, contemplativa, de chiquilla provinciana de buena familia, que no sabe, no debe y no puede trabajar en otra cosa, que posee sólo un ideal, y de esto se alimenta su ardiente y apasionada alma: el amor. Y esas pequeñas cosas, que ella, Elena realizaba, que cada domingo ordenaba, colocándolas encima de las otras ya terminadas, mirando con complacencia la larga cola que se agrandaba; esas pequeñas cosas las consideraba ahora (y, como tales, las amaba) indispensables, estrictamente ligadas al amor, al amor íntimo del matrimonio, el solo amor, al que la chica meridional se atreve a mirar, nunca pensando en el otro, horrorizada, más bien de disgusto y de terror, si alguien o algo viene a recordárselo, herida en su antigua alma fiel, apasionada, ebria de abandono y de sacrificio, pero rígidamente virtuosa.

Las pequeñas cosas que Elena cosía eran para su hermana, pero Elena no lo recordaba. Ahora, continuamente y con obstinación, sin poderse enmendar, sin poder recuperarse, ella soñaba, y en este sueño constante de todos los días y de todas las horas, había encerrado su vida, abandonándose toda, volviendo a sus dieciséis años, a sus dieciochos años, a la época feliz de sus amores juveniles, poniendo ahora también la misma poesía, el mismo impulso. Estos amores, al contrario, parecía que se fortalecían, que se hacían más tenaces, casi amargados por aquellos años vividos en el único deseo y en el miedo secreto de no poderlo cumplir nunca.

Y la noche, las largas noches de verano que caían sobre el pueblo y sobre el campo árido, en los últimos colores del atardecer, resistentes, tenazmente a las sombras azules y veladas del crepúsculo, las noches de verano, tan dulces crudo ha sido el día, tan llenas de misterio como las cosas el día ha buscado en la descarada luz de un sol demasiado ardiente, las noches tan dulces, refrigerantes le traían una dulzura más intensa, una luz más viva, una voz con una emoción más alta.

Y también entonces, en aquella noche, mientras frente a ella un último resplandor de color naranja coloreaba el cielo de poniente, donde había una nube rojo fuego muy fina, como el largo rastro de un dedo ensangrentado, incluso entonces, agachando graciosamente el encaje sutil, se sentía invadida por la dulzura, y el corazón le palpitaba fuerte mientras esperaba.

Era de noche, sin embargo, como Emilia seguía tejiendo, ni siquiera Elena dejaba su trabajo, aunque una leve impaciencia empezaba a agitarla. Más adentro, donde estaba más oscuro, Amalia había cubierto el telar con un mantel, sujetándolo con unas agujas, y así, sin moverse, escuchaba lo que Elvira le susurraba al oído, con la cabeza morena, graciosamente inclinada, inmóvil, sin sacudirse, debilitada en ese momento por la indolencia, breve e intensa, de la naturaleza vivaz. De hecho, cuando el ruido del coche cesó, de repente, fue sólo la voz de Elvira la que se oyó.

“¡Ah, qué cosa graciosa, hermana mía!”, decía ella, comentando el hecho con carcajadas largas y bajas, sin que la otra contestara, o cambiara la fisionomía.

“Lo he terminado, doña Emilia”, había dicho mientras Ninnella, levantándose por fin de su silla y facilitando a Emilia la sábana que había bordado. Pero era un trabajo ordinario, y Emilia hizo una señal con la mano como para rechazarlo, era inútil verlo. La modista de pie, con los dos brazos abiertos, ahora la doblaba, mirando las paredes grises de la casa señorial, allá de frente, toda cerrada, con sus ojos morenos, algo oblicuos, con una expresión, muda de cansancio en toda su cara delicada, levemente amarilla, de la boca pálida y exangüe.

Del pasillo, mientras llegaba el sonido, algo indistinto, de un diálogo animado; una voz era alta, armoniosa, vivaz, rica de palabras, la otra, que era más débil y más ronca, apenas se distinguía ni se oía. Emilia las reconoció pronto a ambas, y se levantó de repente, dejando caer en el suelo la camisa hilvanada que tenía en la mano, y corrió por la habitación casi oscura, excitada, algo sorprendida.

Calladas las hermanas, Elena, Amalia, Elvira, y algo más escondida Ninnella, se habían levantado, esperando. Y, antes de que Emilia saliera de la habitación, los dos hombres entraron, se encontraron con ella en la puerta.

“¡Oh! ¡Bienvenido! ¿Cuándo has llegado? ¿Quién se lo esperaba?”, dijo Emilia, apretando la mano de su novio.

“Y qué, ¿no me querías? Acabo de llegar”, contestó el hombre.

“No, no”, añadió ella herida, algo, como siempre, por esa altiva seriedad.

“¿Has venido con tu carroza?”.

“Sí”, replicó él, y se acercaba a las chicas para saludarlas, apretando su mano, apenas dignando una mirada a Ninnella, la humilde hija del humilde escribano, tácita y melancólica en un oscuro rincón.

Emilia se había acercado a él, y para reconfortarse pensaba que su novio había llegado del pueblo por ella, en su carroza, enorgulleciéndose, como siempre, pensando en esto, ya que la carroza es en la provincia un lujo extremo, el símbolo de la riqueza y de la grandeza. Ella lo decía a menudo, enfatizando sus palabras, y

doña María lo susurraba a menudo a alguna amiga suya, a propósito de este matrimonio.

“Son personas con carroza”, decía ella con grande consideración.

“¡Ah! Entonces...” añadía la interlocutora, como para decir que no se necesitaba ningún ejemplo más.

Y justo por eso el novio, don Peppe Del Prete, todavía guardaba esa carroza, aunque hubieran cambiado los tiempos y hubieran disminuido las rentas, sin ganancias personales, ese lujo era un derroche. Pero don Peppe Del Prete se sacrificaba con gusto, no queriendo privar para nada de esa extrema señal de grandeza a la familia, decaída lentamente de la antigua pompa, sin la culpa de nadie, por los tiempos que habían cambiado fatalmente. No lo quería a ningún coste, feliz de ver todavía en la penumbra cálida de la cuadra, entre el tufo del aire y la paja esparcida en el suelo, el perfil oscuro de la carroza con las barras en el aire, las sombras rojizas de los caballos, que comían lentamente, con esa solemnidad soberbia de sus movimientos, típica de los caballos de las carrozas señoriales; feliz, cuando, para alguna boda, para algún entierro, le pedían todavía su carroza; feliz, cuando la gente, viéndola pasar, murmuraba todavía, apuntándola con el dedo: “Es la carroza de Del Prete”; muy feliz, finalmente, cuando él, aunque raras veces, se ponía cómodo dentro para dar un paseo (siempre el mismo) que le fastidiaba sistemáticamente, pero en el que él, que iba mirando pero sin ver, sin prestarle atención a la fascinación algo melancólica del campo desierto, sentía el privilegio de dejarse llevar, de ponerse cómodo y perezosamente en los cojines suaves, artesonados de castor azul denso, donde todavía, volviendo al pueblo, podía mirar desde arriba, desdeñosamente, a la pequeña gente que iba a pie y que debía apartarse con premura a su paso.

“¿Cómo está Filomena, tu hermana? Y los niños ¿Qué tal están?”.

“¿En Venosa qué se hace?” habían preguntado casi contemporáneamente Emilia y Francesco.

“¿Filomena? Filomena está bien y los hijos también; sólo Nicolino, el más pequeño, ayer tuvo una molestia visceral. Ya sabes,

son criaturas, no se saben controlar, comen demasiados higos... ¡Ah! ¿En Venosa?”, añadió dirigiéndose a Francesco con su voz siempre igual, baja, tranquila y algo bronca: “¿Qué quieres que se haga en Venosa? Menos que nada”.

“¿Aún no se habla de elecciones? Aquí sí, algo se dice”, recalcó Francesco riéndose algo, con su voz hermosa, moviéndose siempre con la desenvoltura graciosa de su cuerpo esbelto que no sabía quedarse quieto.

“¿Qué elecciones?” preguntó el otro, fijándole en la cara la tranquilidad, estúpida y altiva, de una mirada clara.

“¡Bueno! Las del año que viene a sufragio ampliado”.

Don Peppe Del Prete esperó algo para contestar, se le dibujó, en su cara bronceada, una sombra de ira que él quiso ahogar y disimular en el disgusto.

“¿Y qué te parece? ¿Y quién quieres que se ocupe de esas elecciones? Siempre han sido una porquería las elecciones, pero ahora, con todos esos asquerosos e ignorantes que irán a dar el voto, será mucho peor.

“Entonces, el asunto será distinto, yo creo que los socialistas triunfarán”, dijo Francesco, doblando apenas la cabeza y sacudiendo las cenizas de su cigarro.

“¿Los socialistas? ¿Esos mezquinos? Venga, por favor; ¿dónde están estos socialistas?”.

“Aquí los hay y muchos”, había dicho Amalia, mientras Francesco aprobaba, temblando algo la chica con las palabras del otro, palabras que contradecían las afirmaciones de Giulio, su enamorado que, socialista convencido, a menudo le escribía sobre los triunfos y las nobles ideas de su partido, igual de entusiasta en el socialismo que en el amor.

“No todos los pueblos son como éstos”. Los socialistas no ganarán, no pueden ganar”, y el anillo le iluminaba el rostro vivo, bronceado y altivo, comunicando a los demás la firme convicción de su alma.

“Ganarán, ya verás”, dijo ella con orgullo, con sus ojazos grises venados de oro, centelleantes en el fino rostro moreno que la escasa luz cubría de sombras.

Él se detuvo fastidiado, sintiéndose formular a la cara, con aire de victoria, la situación futura, a la que se rebelaba su alma reaccionaria, y que su mente no quería para nada reconocer como posible. Por eso no se dignó a contestar a Amalia; se dirigió a Francesco.

“¿Aquí hasta las niñas hablan de política?”

“¿Y te sorprende? Ahora las mujeres reclaman el sufragio; mi hermana podría ser una sufragista”, contestó Francesco bromeando.

“¡Incluso las cotillas de las mujeres! ¡Lo que nos faltaba! Que piensen en coser, que ya hay bastante gentuza”. Él estaba enfadado de verdad; Emilia, ofendida, lanzó a la hermana una mirada amenazadora.

“Vámonos, vámonos. ¡Qué aburrimiento! Ya empezamos con las elecciones, si queda más de un año todavía, pensemos en la salud. Ni siquiera nos hemos sentado, vamos dentro”, dijo ella, esforzándose por reír y corriendo adelante para encender la lámpara.

Los dos hombres la siguieron. Y pese a la escasa luz, muy grande parecía la diferencia entre ellos dos, ya que él parecía más basto, más regordete, más torpe a lado del cuerpo bonito y esbelto de Francesco, de movimientos ágiles y graciosos; más estúpida parecía su fisonomía a lado de la del otro tan noble. Él seguía callado, ceñudo, aunque Francesco ya hablaba de otras cosas, en la superficialidad brillante de su ingenio y de su alma que no profundizaba nunca en nada.

Elena los seguía lentamente, sin quitarle ojo a ese perfil regordete de hombre ya no tan joven que estaba delante de ella. En el pasillo, sonriendo a su novio, Emilia había abierto la puerta del salón, demorándose en la puerta.

Elena no siguió más allá. Fue a asomarse al balcón del pasillo, mirando abajo en la calleja grisácea, tortuosa, invadida por un olor cálido de heno, donde pasaban las cabras negras, en grupos de diez, de veinte, guiadas por su dueño, parándose delante de las escaleras de los clientes para suministrar la leche. Las campanitas suspendidas en el cuello de cada una de ellas tintineaban dulcemente, durante

mucho tiempo, en la dulzura opaca de aquel cielo azul, velado de gris y violeta.

Siempre, en los fríos amaneceres grises de invierno y en las cálidas mañanas de verano; en los crepúsculos lívidos de enero y en los largos atardeceres de julio; siempre, en la lluvia o en el sol, en la niebla o en la nieve, ella recordaba, desde tiempos remotos de la infancia, haber escuchado dos veces al día, ese cencerreo arrastrado y dulce de pequeñas campanas colgantes. Era una de las usuales y conocidas voces de su pequeño mundo. Pero ella no se había fijado nunca; sin embargo, ahora amaba aquel pequeño ruido. Ansiosa, empezaba a escuchar ese cencerreo, en la luz dorada de la tarde, en esa apoteosis de esplendores que precede el atardecer; emocionada, algo temblorosa, seguía con los ojos las últimas cabras, cuando regresaban a casa, reunidas cada poco por la voz característica del cabrero y por el chasquear de su fusta que, para ella, la voz arrastrada y dulce de las pequeñas campanas parecía completar el dulce encanto del hermoso cielo crepuscular.

Elena estaba inmóvil, a la espera de cada noche. Voces y carcajadas salían del salón; a sus espaldas el pasillo estaba oscuro y silencioso; sólo, de vez en cuando, se oía la voz todavía excitada, aún algo temblorosa de Amalia, que había cogido a Elvira del brazo y paseaba con ella por toda la casa, hablando vivazmente, no pudiendo todavía perdonarle el desprecio que el novio de la hermana había mostrado por los socialistas, dirigiendo a ese hombre unas palabras ácidas, cortantes, hasta injustas, mientras la hermana intentaba interrumpirla vagamente.

Sola, olvidada, con la pequeña cabeza envuelta en la bufanda de seda negra, la delicada figura de Ninnella se había quedado, pequeña sombra en la sombra. Finalmente, Elena se dio cuenta.

“Ven aquí, Ninnella”, ella la llamó sonriendo.

La otra se acercó al balcón, tímidamente. Ahora la última luz clara de poniente, el último resplandor descolorido de amarillo alumbraba algo sus ojos negros, achinados, y su rostro delicado y cansado. Pero la cara de Elena no se iluminaba; ella miraba siempre hacia el oriente opaco, sin resplandores, hacia el fondo de la calleja, donde desaparecían las últimas procesiones de cabras oscuras,

con las campanitas que tintineaban cada vez más dulcemente a lo lejos.

Fue por allí por dónde él apareció, como cada noche, y desde allí bajó por la calleja lentamente, muy lentamente, sin saludar, pero mirando fijamente y por un buen rato a Elena con su mirada luminosa y oscura, velada por las cejas rubias. Elena correspondió a aquella larga mirada mientras un ligero temblor se apoderaba de ella. Y fue todo.

La sutil figura de él desapareció por la calle, pero tan elocuente había parecido aquella mirada, que las mujeres de los sótanos levantaron en alto su rostro para mirar a Elena a la cara, haciéndose un guiño entre ellas, maliciosamente; sin embargo, una, que no podía ni verla, se levantó del escalón de su puerta, cruzó la pequeña calle, apoyó la espalda en la pared de enfrente, y se quedó mirándola fijamente. Ahora también la tranquila Ninnella había posado sobre ella la dulzura algo melancólica de sus ojos achinados. Elena se había puesto algo colorada.

La hora se hacía cada vez más dulce y más blanda en la creciente sombra negra. Ahora, como suspendida en la calleja, en la franja azul de cielo, la luna había aparecido amplia, llena, de un oro caliente, pero sin resplandores, cercada de un breve polvillo, también éste de oro. Y una luz débil se reflejaba en la parte alta de las casas, en los tejados, en las cornisas. Ciertos caballetes oscuros parecían alumbrados, extrañamente relevados, en ese fondo claro de cielo. Negra era por tanto la calleja, negras eran las pocas personas que se movían en ella, y más negro y más tortuoso parecía con respeto a la claridad cubierta de oro del cielo lunar.

Las dos chiquillas, en el balcón, tenían los ojos puestos en alto. Y a medida que la dulce hora avanzaba, haciéndose cada vez más dulce, la luna se elevaba, se hacía cada vez más blanca, el frescor de la noche aumentaba, las chiquillas, ambas, se dejaban llevar por el aliciente de la hora, en el blando soplo de la noche. Habían abandonado los brazos sutiles, desnudos hasta el codo, fuera de la baranda, y la luz dulce y débil las iluminaba débilmente, dejando en la sombra sus rostros, sus vestidos, sus cabelleras morenas y pesadas.

Fue Ninnella la que empezó a hablar, tímidamente, invadida por la gran dulzura del momento. Ella habló de su amor, habló de un estudiante que vivía en su casa durante los ocho meses de instituto, junto a otros tres chicos. Le describió con la admiración firme, invencible, algo exagerada de las mujeres sinceramente enamoradas, tal y como era, con un rostro blanco bonito con densos rizos negros que le salían del sombrero, con la raya exactamente en medio, una figura delgada de chiquillo crecido demasiado pronto, tan guapo y tan distinto a los demás. Ella dijo que se había enamorado pronto de él, sólo con verle, atraída a lo mejor en su fantasía por ese no sé qué de nuevo y de fuera de lo común que sugería su rostro tan bonito de niño. Habló mucho, notó muchas de esas pequeñas cosas con las que las ánimas solitarias colman las lagunas de sus vidas, y su voz se había hecho paulatinamente más baja, más débil, algo temblorosa por la emoción. Luego se calló y esperó. Pero, como la otra callaba, se atrevió a preguntar.

“¿Usted le quiere?” y dio a entender con los ojos la calle, allí donde esa desconocida figura había pasado. Elena la siguió mirando todavía, algo desconfiada, pero en la dulce noche, a solas en el balcón, unidas por el mismo latido, invadidas por una misma emoción, todo tipo de diferencia de condición y de vida había desaparecido entre ellas. Elena entendió que tampoco su hermana, su confidente, la que tenía su misma sangre y que había vivido siempre con ella, hubiera podido entenderla mejor que esa humilde chica que poseía la misma felicidad, atacada por su mismo mal. Ella dio a entender que sí con la cabeza, repetida y largamente.

“¿Le quiere mucho?”, contestó Ninnella, los ojos inclinados sobre sus dedos delgados, agarrados a la baranda.

“Mucho, mucho”, contestó la otra, fijando el cielo muy claro del oriente, cubierto de oro, y el cielo, oscuro, punteado de estrellas vívidas del occidente, casi como si quisiera asociar esa inmensidad de horizonte con la inmensidad del amor.

“¿Quién es?” preguntó todavía Ninnella tímidamente. Elena miró a sus espaldas hacia el pasillo oscuro, en cuyo suelo la puerta abierta del salón iluminado proyectaba un rectángulo de luz rojiza, luego le susurró al oído el nombre de él.

Ninnella se quedó cabizbaja como para recordar.

“No le conozco. ¿Lleva mucho tiempo aquí?”.

“Lleva tres meses”.

“¡Ah!”.

Se callaron, pero la creciente dulzura del momento y del paisaje ganaban los últimos recatos, las llevaba a la confianza.

Elena preguntó: “¿Has visto qué guapo es?”. “Sí que lo he visto”, contestó la otra.

“¡Ah, señora mía, si vieras cuánto le quiero! No pienso más que en él, y todo el día no hago otra cosa que desear que sea de noche, cuando pasa por aquí. Él es mi vida”.

“¿Él le escribe?”.

“No”.

“¿Y por qué?”.

“No sé, no sé nada. No me importa. Doña Chiarina, nuestra amiga, me cuenta muchas cosas suyas. Y es lo mismo. Cada día que pasa me parece que mi amor aumenta, y algunas veces pienso: si él dejara de quererme, ¿qué sería de mi vida?”.

“No diga eso”, dijo la voz de Ninnella afligida. “¿En qué se convertiría nuestra vida, Ninnella, si nos dejaran de amar?”.

Pero Ninnella le había agarrado los brazos, le había dirigido una mirada suplicante, y ahora cabizbaja, parecía que se quejaba; “No, no, no...”.

Habían dado la espalda a la calle, y clavaban la mirada en las sombras del pasillo. Amalia y Elvira se acercaron a ellas. “¿Todavía no ha venido a recogerte tu padre, Ninnella?”.

“Todavía no; ¿estoy estorband?”.

“No, no”, contestó Elena, rozándole afectuosamente la mano.

La hermana mayor se dirigió después a Amalia: “¿Por qué no estás dentro?”. Amalia sacudió su pequeña cabeza rebelde: “¡Vete tú!”.

“Amalia, si no entras, queda feo”.

“Yo no entro”. Se quedaron allí las cuatro, silenciosas, inmóviles. Ahora, el coro de voces, que salía del salón, se había aquietado. Callaba la voz alta, algo prepotente, de Emilia; callaba la bonita voz meridional de Francesco; sólo la voz, algo baja, algo

bronca, del novio se elevaba en el salón azul desteñido hacia el techo adornado por rosas descoloridas, alrededor y en el centro.

“Él insultó de verdad a mi abuelo”, explicaba él, continuando su relato. Contaba a menudo estas historias vividas por su familia, enorgulleciéndose todo, embriagándose aún por esos remotos triunfos, como sus antepasados habían tenido que embriagarse en su momento. “Él insultó a mi abuelo, pero éste tuvo la satisfacción de verle esposado, pasar entre los gendarmes, debajo de nuestro piso, y él se había asomado al balcón adrede con la abuela y con papá, que entonces tenía dieciséis años. Ah, ¿qué pensáis?”, terminó él.

Tras estas palabras se hizo un silencio intenso. Sólo Amalia, ofendida en las doctrinas democráticas de su novio que resonaban en ella, había empujado hacia adelante la cabeza, y, mientras los ojazos le relampagueaban en la débil luz, había susurrado: “¿Qué pensamos? ¡Que tú eres un bestia!”. Pero Elena le había dado en el hombro, y le había impuesto silencio con voz baja pero imperativa: “Shhh”.

“Tú no te imaginas lo que me molesta este hombre”, dijo la chica vivaz al oído de Elena. “Y parece que con estas historias pretende que admiremos su grandeza... de 1700. ¡Pues, va arreglado! El problema es que mamá y Emilia le elogian demasiado, esta es la cuestión. Mira...”. Elena se asomó detrás de su hermana y se percató de que, mientras el novio terminaba su relato, riéndose, coronándola con una satisfacción, estúpida y feroz, Emilia intentaba unirse a él con la sonrisa, pese a todo, pálida y forzada.

“Qué se le va a hacer”, dijo Elena resignada, como si todo lo que ocurría fuera inevitable.

Una vez más, se callaron las cuatro.

Y Elena, con el alma invadida de tristeza y dulzura, pensaba cómo era diferente el hombre que ella amaba; se lo imaginaba así, delante de él, rubio y refinado, mientras que el otro era regordete y basto; dulcemente altivo, mientras el otro era estúpidamente altivo. Y ahora ya, en el sueño continuo de todas las horas y de cada momento, ella iba exagerando cada cosa con un elemento de fantasía, agrandándola, embelleciéndola, en su mente, agigantando extraordinariamente ese amor, elevando ese idilio tan tenue hasta las alturas misteriosas de la pasión y del drama, con esa potencia

fantasiosa de las ánimas meridionales, para las cuales soñar es vivir, es necesidad, es costumbre.

Así ella, que no le había escuchado hablar nunca, y que sólo, vagamente, se acordaba de la voz algo ronca, pero dulce, continuaba, también por este respeto, a compararle con el otro; se lo imaginaba, frente a él, pálido y noble; sus frases, que salían de una boca fina, eran hermosas, dulces, nunca irritantes, cariñosas tal vez como las de Francesco, pero eran más bajas, más ligeras, casi más misteriosas, como las frases ardientes y persuasivas de aquellas primeras cartas de su primer y lejano amor.

Ella ahora ya se había construido su fantasía con la vida de él en la que vivía cada hora, tenazmente aferrada a ese sueño, como la hiedra verde y fiel a su grueso tronco, no pudiendo separarse jamás, confundiendo su intensa vida espiritual con esa otra intensa vida fantástica, con la apariencia de vida verdadera.

En la silenciosa calleja repicó de repente un lento chirriar de ruedas y un lento, casi solemne, patalear de caballos, y la corta calle fue ocupada toda por la forma negra de una carroza patronal. Las pocas sombras que pasaban tuvieron que apartarse y arrimarse a la pared.

Había un breve trozo de muro bajo la calle que servía para encerrar una pequeñísima parcela que la fantasía popular designaba con un extraño nombre burlesco, y más allá la luz, casi blanca ahora, de la luna, alumbraba a los caballos por la mitad, descubría las cabezas altivas de cuello leonado, de largos crines ondeantes: la carroza estaba más abajo, gran sombra negra, majestuosa y amenazadora.

El cochero había bajado del asiento, había llamado, como de costumbre, al portón, y entonces Elena, de nuevo en el salón, quiso advertir al novio de la hermana.

“Sabes, ha llegado la carroza”, dijo ella, tímida.

“¿Cómo? ¿Ya ha llegado la carroza?”, preguntó Emilia, subrayando la última palabra.

“Pues, claro, ¿cuándo querías que viniera? Es esta la hora, por tanto, he mandado venir al cochero. Es tarde; creía que mamá habría vuelto ya”.

“Es raro, quién sabe qué habrá pasado; vuelve siempre pronto; lo siento mucho”, dijo Emilia con pesadumbre, siguiendo los gestos sosegados, graves del hombre, mientras él buscaba el gorro y el bastón.

“No importa, dale recuerdos, y también a papá”.

“¡Gracias, gracias!”.

“¡Oh! Y vosotras ¿qué hacíais? Preguntó él, viendo todavía a Amalia y a Elvira en el balcón del pasillo con la modista.

“Trabajan, trabajan siempre hasta tarde”, contestó Emilia. “Ya”, asintió Elvira, mientras Amalia no contestaba.

Elena había llamado a Francesca que mantenía una conversación con una amiga que vivía en un sótano de su casa, y ahora la sirvienta estaba lista en su sitio, en el pequeño corredor, con la lámpara en la mano. Todas las chicas se pararon en la puerta para dar el último saludo; luego Emilia y las hermanas detrás de ella corrieron para saludarle de nuevo, mientras él salía. El pueblo, que se alargaba desigual abajo, empezaba a iluminarse con la luna, con sus perfiles, dulces y siniestros, de luz clara y de luz negra. Allí abajo, había una línea amplia y noble del monte, azul y como velado de plata.

“¡Qué noche tan bonita!”, dijo Francesco, acompañando al novio hasta la carroza; darás un paseo maravilloso”.

“¡Pues sí! Cuando hay luna, se ve bien por el camino”.

El salió, y Emilia todavía miraba la carroza patronal que bajaba, llenando con su ruido la calle, llamando la atención de algunas figurillas negras asomadas al balcón, que se complacían de todo esto. Elena adivinaba el pensamiento de ella, y no lograba comprender cómo la antigua alma apasionada de su hermana hubiera podido volverse tan mezquina. Y tanto más superior y feliz se sentía ella, sin brillantes y sin carrozas, sólo con el tesoro de su sueño en el corazón.

VIII

“¿Y papá? ¿Aún no vuelve?”, preguntó doña María casi tumbada en su silla, en la penumbra verdosa del pasillo.

“Todavía no”, contestó Elena, apoyada suavemente en la pared revestida de papel color madera.

“¿Es tarde?”

“Creo que sí”.

Un silencio pesado volvió a reinar en aquella mañana tan cálida de finales de septiembre que aún parecía verano, en el piso, sobre aquel pequeño grupo de mujeres cansadas. Habían despachado todo lo que tenían que hacer. La conserva de tomate ya estaba hecha, y se habían llenado los grandes platos, que ya estaban en los balcones para secarse bajo aquel sol abrasador. Francesca había apagado la brasa debajo del hornillo, había lavado en el agua caliente todos los cucharones, todos los trapos, y la grande caldera de cobre, donde habían cocido los tomates: todo lo habían limpiado y recolocado, sin embargo, el piso mantenía todavía el olor picante, casi irritante, de toda aquella conserva, y todo aquel fuego de la mañana, junto al calor del aire, lo había calentado, casi encandecido, haciendo que el ambiente fuera insoportable.

Y el calor y el cansancio habían debilitado a todas aquellas mujeres. Descansaban en sus sillas, los brazos abandonados en el regazo, los ojos errantes, invadidas todas por aquel torpor que sigue al esfuerzo físico, torpor que adormece, empobrece y dispersa casi todas las facultades mentales, todas las fuerzas de los nervios y del espíritu.

Una, en la mesita del pasillo, la otra, en la mesa de la cocina, doña María y Francesca habían reclinado ambas la cabeza; la sirvienta, más bien, debía de haberse dormido algo, ya que de vez en cuando se oía un leve ronquido. Las otras en sus sillas no hablaban, no pensaban, ya no soñaban, atontadas, sin advertir ni siquiera el placer del descanso. También Amalia, la más alegre, miraba fijamente a sus uñas bonitas y sutiles, todavía mancilladas de tomate, sin pensar en limpiárselas. Sólo Margherita, que no

había hecho casi nada, vagabundeaba cansadamente por el piso, murmurando de vez en cuando: “Tengo hambre, tengo hambre”.

“Mamá, tengo hambre”, lloriqueó de repente, deteniéndose cerca de doña María. Doña María levantó de la mesita su cabeza gris, clavó sus ojos aturcidos en su última hija, y, sin ni siquiera girar la cabeza, dirigió a Elena, sentada cerca del balcón, su voz durmiente: “Mira, Elena, por si vuelve papá”.

Elena se levantó desganadamente, subió hasta la mitad una persiana, y la luz muy viva de aquel sol ardiente invadió con violencia el pasillo, hizo pestañear a todas las mujeres. Elena miraba por la calle, asomándose con su cabeza entre los platos de la conserva, alineados en una mesa apoyada en unos hierros.

La calle estaba desierta, muerta: ninguna ventana abierta, ningún canto de mujer, ningún grito de pilluelo, ningún ruido de transeúntes. Los tejados humildes, amarillos como las ruinas, como las hierbas secas que los adornaban, daban la ilusión de un pueblo descuidado. El cielo era metálico, y de color ceniza era la montaña majestuosa que las manchas largas y los serpenteos amarillos de los rastros a lo largo de sus lados hacían parecer incluso más árida. Y en esos tejados, y en ese campo, y en ese cielo, ninguna sombra, ningún velo, ninguna atenuación de luz. El amor inmenso, prepotente, salvaje del sol buscaba en cada esquina, revelaba cada cosa, todo abarcaba en su abrazo desmesurado y voluptuoso, despreocupándose de que sus criaturas hallaran la muerte, absoluto soberano sobre ese mundo, dueño absoluto de esas vidas que él mismo había hecho brotar, y que ahora su misma inconmensurable potencia de amor estaba matando.

“No, no llega”, contestó Elena con voz arrastrada y débil, cerrando la persiana con las manos cansadas.

Callaron de nuevo. Por la calle desierta, al rojo vivo, ahora corría una voz alta, jadeante de mujer, que llamaba;

“¡Vincenzo, Vincenzo! ¡Ohi, Vincenzo!”.

Las mujeres seguían calladas, algo amodorradas, con sus cabezas apoyadas en el respaldo de la silla, sin pensar, sin soñar, sin desear nada, aniquiladas casi por ese cansancio y por ese calor.

Sólo Margherita había abierto silenciosamente el armario de la

cocina, y se movía para adelante y para atrás, picando ávidamente de un gran racimo de uvas que tenía en la mano, esa uva tan dulce, tan sabrosa, que da ese embriagador y tan dulce vino de color ámbar como el moscatel. Las hermanas la miraban, pero no encontraban la fuerza para reprocharla por ello.

“¡Madre mía! ¿Y éste cuándo viene?”, exclamó doña María, quejándose en voz baja. Ahora, a medida que el cansancio disminuía, empezaban a escuchar más el peso de ese calor, de esa espera interminable, a tener un prepotente deseo de comida. Por eso cuando la puerta de la entrada se abrió, y apareció en el pasillo la figura grande, algo encorvada, algo deprimida, del abogado Forgiuele, la mujer y las hijas le saludaron con un largo suspiro de alivio.

“¡Buenos días!” contestó él con voz honda y cansada. Y salió como de costumbre, hacia la habitación de las chicas mayores. Detrás de él, en la cocina, la actividad se había retomado. Francesca avivaba el fuego con un soplillo; Emilia partía con las manos los espaguetis que se tenían que cocinar; Elvira llenaba de pimentón y de sal un común salero de cristal. Amalia ponía en un gran plato algunas manzanas, algunos higos, algunos bonitos racimos amarillos de uva moscatel.

“¡Ah! Elena, dijo doña María, acordándose, mientras el agua para los macarrones ya hervía en la olla: “Pregunta a papá si quiere espaguetis u otro formato de pasta. Los espaguetis ya los comimos el otro día. ¡Vete! ¡Rápida!”.

Elena se fue, le hizo la pregunta desde la puerta. “Papá, ¿quiere espaguetis o dedales? ¿O macarrones?”

“¿Y qué más da?” Cualquier cosa, más bien, daos prisa, que os liais siempre”, contestó el padre irritado e imperativo.

Elena se fue, algo molesta, como siempre, cuando el padre gritaba, y poco después entró Francesco, que había bajado desde la planta superior, donde tenía su habitación, con el periódico abierto entre las manos, con su aspecto desenvuelto y alegre de jovenzuelo feliz, simpatiquísimo, como siempre, con la americana algo andrajosa, abierta la camisa elegante, blanca de rayas rojas.

“¿Papá, ha leído?”, preguntó él, indicando con el dedo el titular del periódico *Il Mattino*.

“¡Oh, Francesco! Tengo más cosas en que pensar”, contestó el padre con un gesto de indeterminado hastío.

El talento brillante, pero ligero, de Francesco no profundizaba demasiado fácilmente en sus impresiones. También, mirando un ratito a su padre, él se dio cuenta que su cara denotaba un aspecto de cansancio extremo, como su cabeza abandonada débilmente en la espalda, su cuerpo tirado pesadamente en el incómodo sofá, recubierto de cretona, y también el jovenzuelo despreocupado se percató de que ese hombre parecía aún más viejo, débil, deprimido, tan cansado que daba pena. Él salió, el hombre se quedó solo, sin moverse, sin hablar, volviendo una vez más, obstinadamente, a su obsesiva preocupación.

Aquel día el abogado Forgiuele había defendido una causa que le importaba y mucho, para la que había estudiado mucho, profundizándola en todos sus detalles, concienzudamente, preparando su plan con paciencia, pero con satisfacción, convencido de su infalibilidad. Y en esa misma mañana él había visto desvanecer todas sus esperanzas. Un abogado muy joven, un principiante, rivalizaba con él, y con una dialéctica rápida, persuasiva, muy eficaz, había empezado a contrastar todas sus argumentaciones, con mucha calma, pero con gran fuerza de razonamiento.

El abogado Forgiuele había visto la inutilidad de todo el esfuerzo de su estudio paciente y esmerado, bajo la palabra eficaz de ese principiante que defendía una causa por primera vez y que se contraponía a él, abogado experimentado, con la audacia, con la seguridad de la juventud.

Ese joven, ese jovencísimo hombre, aún casi imberbe, ese casi adolescente había tenido la habilidad de derribar todos sus argumentos, de analizarlos por partes, de descubrir las falacias y lo podrido con una tan total seguridad en sí mismo, con un tan profundo conocimiento de las leyes, que incluso él, don Gaetano, pese a ser su adversario, había tenido que admirarle. Pero el otro, después de desmontar todas las argumentaciones rivales, se puso a exponer las suyas, y don Gaetano le miraba, sin poder objetar nada, apareciéndole ahora esa causa, de una forma distinta a como la había construido, en su verdadero aspecto, que él no había

sabido ver antes, ahora él también estaba a sus pies, como todos los demás.

La causa tan pacientemente estudiada la había perdido para su asistido. Y finalmente él pasó cerca de su rival, que recibía sonriente las felicitaciones de los amigos, pasó encorvado, viejo, cansado, mientras que el otro era joven y fuerte.

“¡Papá, a la mesa!”, resonó en la habitación casi oscura la vocecita de Margherita, ya de pie detrás de su silla. Impaciente para que los demás se sentaran.

Él se levantó cansadamente, y se fue a su sitio. Francesca ya había llegado de la cocina, llevándole el primer plato de *spaghetti* con tomate, y un fuerte olor a albahaca, y él había inclinado la cabeza cansada en la barbilla, y se había puesto a mirar fijamente al plato de pasta teñido de rojo. No percibía a su alrededor el usual alboroto alegre de su familia que estaba a la mesa, alboroto que enternece siempre su tierno corazón de padre. Sólo cuando doña María, viniendo por última de la cocina, llevando ella misma en la mano su plato, le vio en esa actitud y se dirigió a él; “Bueno, Gaetano, ¿por qué no comes?”, él espabiló.

“¡Ahora, ahora! ¡Cuánta prisa! ¿Qué más te da? Quiero quedarme aquí hasta mañana”. Pero furiosamente, como si todo el cansancio hubiera desaparecido de repente, él agarró el tenedor y la servilleta, y se puso a comer, a grandes mordiscos, ávidamente, con un movimiento casi animal de las mandíbulas. E insólitamente la familia a su alrededor callaba, percatándose cada uno del verdadero estado anímico del padre, mal disimulado con su mal humor.

Por lo general, durante la comida se hacían largas charlas. El padre contaba las noticias de la asociación, de la política local, los cotilleos de la profesión; doña María y las chicas hablaban del vestido nuevo de la prima, que era horrible, del matrimonio fracasado de una amiga, de las pequeñas manías de sus conocidas: la manía religiosa, la manía de la elegancia, la manía del matrimonio; y la bonita voz de Francesco regalaba siempre un tono más elevado.

Él hablaba sobre la última novela de Grazia Deledda, publicada aquella semana, sobre el nuevo trabajo de Sem Benelli, representado en Roma la noche anterior, relevando con esto unos delicados perfiles

de artistas, apasionándose mucho en la discusión, alargándola tal vez demasiado, sin que nadie le interrumpiera, mientras doña María se enternecía sin entender nada, poco objetiva hacia su cariño más grande, y las chicas callaban, molestas y resignadas, como en la cuaresma, cuando iban a la iglesia a escuchar al predicador.

Pero aquel día nadie se atrevió a hablar. Incluso las frases necesarias las pronunciaban en voz baja.

“Francesco, dame esa botella de vino”.

“Emilia, córtame pan”.

“Mamá, por favor, dame esa manzana”.

En silencio comieron los espaguetis, los huevos fritos, la fruta. La comida con respecto a otros días fue muy rápida. Algo encorvado, arrastrando sus grandes pies, don Gaetano Forgiuele se levantó de la mesa antes que los demás, y se marchó del comedor sin decir nada.

Después de comer, en verano, él se concedía unas horas de descanso, como todas las familias burguesas de provincia, que pasan en la cama las horas más calientes de los largos días caniculares, y jamás como en ese día él quería, deseaba ardientemente ese descanso. Encerrado allí dentro, en su viejo dormitorio nupcial, a la sombra discreta de la persiana bajada, ya no oía ningún ruido, ni siquiera el más mínimo, ninguna voz, ya que su familia estaba en la otra punta de la casa, y la calle desierta por ese calor excesivo que alargaba las horas de la tarde destinadas a la siesta. Y el hombre, el viejo hombre, derrotado y decepcionado, suspiraba aliviado, viéndose finalmente solo, habiendo sufrido también por la presencia de personas queridas, sus nervios estaban tan excitados y cansados.

Su gran figura se postró en la cama, se escondió debajo de la sábana blanca, ya que hacía tanto calor que doña María ni siquiera había puesto la manta ligera que estaba todavía doblada y que escondía bajo la cabecera de latón de la cama matrimonial. Y fue un alivio, inesperado y enorme, que le regaló a su cuerpo cansado ese descanso.

Se quedó inmóvil, boca arriba, con los párpados cerrados, los largos brazos fuera de las sábanas, intentando dormirse. Sin

embargo, su gran cabeza, hundida en la almohada guardaba incluso así su aspecto de cansancio extremo y de extrema depresión, una larga arruga y amarga le cortaba visiblemente todavía su frente; la cara morena, tapada a mitad por la sombra de la barba mal afeitada, parecía casi lívida, entre el candor de la sábana y bajo la luz verde, discreta de la persiana bajada. Su respiración era larga, afanosa. Con los ojos cerrados, no veía nada, y, cansado por las emociones del día, intensificaba todas sus fuerzas en ese único deseo de la oscuridad, de la nada, y deseaba, deseaba con toda su fuerza, de la que ahora su débil voluntad era capaz, que esa oscuridad se hiciera cada vez más negra, cada vez más densa, y alejar los fantasmas de su pensamiento.

Pero el cerebro no podía descansar. Muy cansado, mucho más que el cuerpo, estaba despierto por esa tensión de nervios, que excita, deprime, pero impide descansar, dado que la idea dominante no se amodorra o desaparece, ya que esa idea, queda, pese a todo, como clavada, más fuerte que la persona, más fuerte que la voluntad, dueña absoluta de cada individuo.

Así, don Gaetano Forgiuele, cansadísimo, tumbado cómodamente en su blanda cama, no podía dormir. Se quedaba aún con los ojos cerrados, cerrando con fuerza los párpados, puesto que tenía el intenso deseo de descansar, sin querer nada más que el sueño, el bienestar poderoso del olvido. Pero don Gaetano no podía olvidar. Ahora seguía reconstruyendo todavía la misma escena de la mañana, esa aula, esos hombres, esas palabras, esa emoción. En vano intentaba reaccionar, en vano, sorprendiéndose en esa obsesión, le invadía un acto de ira contra sí mismo y daba vueltas pesadamente en la cama, casi para echar a los fantasmas generados por la idea tormentosa; pero los fantasmas permanecían omnipotentes.

En la oscuridad de los párpados bajados, pese a todos los esfuerzos, de repente aparecía algo fuertemente ligado a aquella idea: la escalinata de aquel edificio, la cara de un ujier, la mirada atontada de un oyente. La escena se reconstruía en un instante en su pensamiento, y él se sentía aún invadido por ese estremecimiento, por esa emoción, continuaba viendo la figura delgada, como de adolescente, de ese joven, su pálido rostro imberbe, el fuego de los

grandes ojos negros, en los que parecían condensados todos sus pensamientos, seguía oyendo la fuerza de esa palabra vibrante, pero calmada, de ese razonamiento agudo, cautivador, arrollador.

En el torpor estival de la calle y de la casa, sólo el reloj poco lejano continuaba dando con regularidad sus golpes con su propia voz despiadada. Y cada vez el hombre cansado e insomne evidenciaba todavía un arrebató de ira hacia sí mismo, y aún, cada vez que sonaba, se encontraba más cansado, más amargado, ya que el tiempo pasaba, y él no se dormía, porque nada valía contra esa idea, mucho más fuerte que él, y luchar contra ella era inútil como la lucha de ese mismo día contra aquel jovencísimo rival.

¡Ah, ese perfil delgado, ese cuerpo aún inmaduro, esa luz potente de los ojos negros, él, don Gaetano, no los podía olvidar! Al contrario, en el cerebro cansado, que empezaba a rendirse a un ligero duermevela penoso, en la calma de ese dormitorio y de esa hora, donde vivía todavía su idea, levemente ofuscada en ese principio de sueño afanoso, él hacía más grande a aquel hombre, dándole proporciones gigantescas, asignaba a su fuerza un campo de acción indeterminado y sin límites. Le parecía que ese hombre por sí solo llenaba una calle entera, le parecía que se acercaba a él, dándole el terror inmenso del muy infeliz que prevé, que sabe con certeza de su derrota y que nada puede hacer; ese hombre se acercaba a él, le irritaba, le echaba al suelo, se quedaba así, tranquilo y audaz, con la cabeza erguida, una leve sonrisa en sus labios de triunfador. Y todo el cansancio de ese largo día de impotente trabajo y de amarga decepción, pesaba ahora sobre él, de manera que pensaba realmente que lo habían tirado al suelo al no poder encontrar la fuerza para levantarse. Sí, sí, ya no tenía cincuenta y ocho años; él era un viejo, un decrepito, por eso la vida se estaba acabando, ya que quedaba sólo la última, la extrema, la tristísima mitad.

Don Gaetano Forgiuele abrió los ojos, sin pensar ya en dormir, ya que estaba aterrorizado, horrorizado, por esa terrible idea.

Desde hace tiempo había percibido que empezaba a envejecer; desde hace tiempo se había dado cuenta de que no poseía la fuerza de antes, desde hace tiempo la necesidad de ese trabajo gravoso, ininterrumpido, urgente, de ese trabajo de todos los días, tan penoso

cuando ya no se es tan joven, le cansaba. Y siempre, siempre, desde hacía tiempo, cada vez que alguno de esos síntomas despiadados e ineluctables de decaimiento le golpeaban, experimentaba como un dolor, repentino y agudísimo, de un pinchazo; no por sí mismo, no por sí mismo, no por su juventud que se había acabado, no por su virilidad que decaía, no por su gran cuerpo que se deshacía, sino por su familia, por su mujer, por sus hijos a los que les había dejado una muy modesta posición, con la que, sin otros recursos, después de su muerte, nunca habrían podido vivir, tampoco en la modestia burguesa, en la que él les había criado. Y este pensamiento tormentoso, cada vez más frecuente cuantos más años se acumulaban en su cabeza, le había llegado de repente, gigante, ese día, tras esa decepción, tras de esa derrota que le había dado a conocer por completo su impotencia; en ese día en el que le había derribado el cansancio más grande, la decepción más grande.

Esos hijos, esos hijos, ¿cómo habrían hecho esos hijos? ¡Ah, él había sido un padre malo! ¡Él hubiera tenido que trabajar más, infinitamente más de como había trabajado, desgastarse, matarse de trabajo, privarse de todas las cosas más queridas, pero llegar, por fin, a garantizar su futuro, y garantizar lo necesario para su vida! ¡Esto habría tenido que hacer él, su padre, y no lo había hecho!

Es verdad, es verdad, él había confiado mucho en Francesco. En los tiempos jubilosos de las esperanzas, viendo ese niño tan guapo, tan inteligente, por el que su gran corazón de padre no lograba disimular su predilección, había soñado que ese niño le habría sustituido, que, antes de su muerte, un guapo, audaz e inteligente joven habría llegado a tomar su sitio.

Pero ahora Francesco, casi a la víspera de su licenciatura, formalmente había declarado no querer volver al pueblo y trabajar en el estudio del padre, trastocando por tanto todos sus proyectos, derribando así la esperanza más deseada y el más grande deseo del padre. Francesco había confesado que odiaba la provincia, que habría muerto en provincia, si hubiera tenido que vivir para siempre. Quería quedarse en Nápoles; allí poco a poco se habría creado un futuro. Mientras tanto se divertía, gastaba, pidiendo continuamente dinero al padre y a la madre, asaltándoles, asediándoles, agobiándoles de

cerca y de lejos, aprovechando la debilidad, implícita en el inmenso cariño de sus padres, empleando de este modo una gran parte de los recursos no apreciables de la familia.

¡Y esas chicas! ¡Y esas cinco chicas! Ellas eran la obsesión más escabrosa del padre. Por lo menos, por lo menos, el hombre puede moverse, puede hacer cosas, puede trabajar, puede abrirse un camino cualquiera, a cualquier precio; pero las chicas, esas pobres chicas, educadas en la tranquilidad, rígida y monótona, de la familia, incapaces de trabajar y luchar, inexpertas de la vida, criadas sólo para la familia y para el matrimonio, ¿Cuál habría sido el destino de esas chicas si no se casarán? Pobres almas perdidas, pobres almas abandonadas, pobres seres débiles, acostumbradas a aferrarse a alguien, agarradas al grueso tronco, viviendo sólo por esto, ¿cómo se defenderían, alejándose brutalmente, lanzadas en el torbellino de la vida? ¿Cómo resistirían ellas solas a los violentos golpes del destino?

¡Pobres, pobres hijas! Pobrecitas, pobrecitas todas, Elena, Amalia, Elvira, Margherita, especialmente Margherita, la niña tan querida y todavía tan pequeñita.

Pero por lo menos Emilia se salvaba. Después de mucho tiempo, después de muchos pensamientos afanosos, el padre respiró finalmente con alivio. Emilia estaba a salvo. Y por eso él había ayudado a doña Chiarina en sus líos judiciales, siempre con la esperanza de ese matrimonio; por eso había escuchado a su mujer, entrando también él en los grandes cotilleos de mujeres, por eso él había llamado a Emilia, cuando la hija aún no se había decidido por aquella boda, y dándose ánimo a sí mismo, entendiendo el recato de la chica y sufriendo en su corazón paterno, él había hablado tan gravemente que al final de la discusión no sólo Emilia lloraba, sino también a él las lágrimas le mojaban calladamente el rostro moreno. Desde entonces Emilia había asentido, y no se había hablado más, ¡pobre hija!...

Finalmente, el corazón grande y rudo del padre se enterneció como el de un chico. Ya no encontró la fuerza para continuar pensando. Se sentó en la cama, y la gran cabeza encorvada se le doblaba en la barbilla, y los brazos se tendían en los dedos

entrelazados, en la rodilla apenas levantada debajo de la sábana. El cansancio y la tristeza ahora ya habían llegado al colmo. Ya no sentía en su alma ningún estremecimiento de dolor y de amor, la decepción ya no le cerraba la garganta, la idea tormentosa del futuro ya no le quebraba el corazón. Había sufrido tanto esas horas, que se había como emborrachado de sufrimiento. Ahora, después de la pasión, después de la embriaguez del dolor, llegaban la estupidez, la nada. Solo, tan encorvado, las lágrimas le mojaban el rostro moreno, silenciosas, lentas, iguales, y él las miraba caer en la sábana, como atontado.

El ruido del candado que se levantaba le despertó de repente. Él entendió entonces, y tuvo vergüenza de que alguien pudiera verle así, se volvió a meter en la cama, giró la cabeza hacia la pared opuesta a la puerta. Y doña María entró, con su paso leve, se acercó a la cama, cautamente, se asomó con su cabecita algo gris. Después de una leve indecisión, llamó en voz muy baja: “¿Gaetano?”.

Él contestó con un sonido ronco e indistinto.

“¿No duermes?”

“Me acabo de despertar ahora”.

Doña María se sentó a los pies de la cama, en la silla que el marido había casi llenado con sus trajes, desvestiéndose, y empezó a hablar.

El abogado le daba la espalda, y miraba sin ver en la tapicería de papel y ciertas flores, que una vez habían sido rosados, y ahora eran de dudoso color. Pero él no escuchaba; tenía un gran vacío en la mente; no recordaba ni sabía nada excepto de su única idea que ni siquiera ese enorme cansancio lograba ahogar del todo. Por lo tanto, de las palabras de doña María no oía más que, vagamente, el sonido débil de su voz, pero no preguntaba nada, porque esas palabras le parecían lejanas, inútiles, sin sentido, como las voces de la calle, como el zumbido de las moscas de la habitación. Doña María no se daba cuenta ya que ella no se esperaba contestación, dado que era un muy extenso preámbulo que ella iba construyendo entre una cantidad enorme de charlas inconcluyentes, así que, si Don Gaetano hubiera sido el de siempre, se habría impacientado en la primera frase. Sin embargo, la mujer que le conocía, se extrañaba de esa

extraordinaria tolerancia, y se complacía consigo misma por haber elegido justo ese momento. A solas, después de darle varias vueltas acerca del asunto, con cien rodeos, sin decidirse nunca a superarlo, sólo cuando se vio muy cerca y dispuesta finalmente a afrontarlo, preguntó por precaución: “Gaetano, ¿estás durmiendo?”.

“Que va”, contestó la voz débil, cansada y monótona.

“Bien, tú ya sabes que esa ha sido una amiga preciosa para nosotros”, siguió doña María, titubeando algo. “Con Emilia se ha portado como una de la familia, una hermana nuestra. Es más, si hubiera sido familia, una hermana, no lo habría hecho, ya que los familiares son los primeros traidores, esto se sabe; envidia tienen en el cuerpo y nada más. Entonces, si doña Chiarina dice esto, significa que es así. Yo además lo conozco poco, pero es evidente que es joven, un joven guapo. Sinceramente creo que para nuestra Elena sería una suerte”.

Don Gaetano Forgiale, acostado siempre de lado, con la cabeza abandonada sobre la almohada, despertado un poco por las palabras de su mujer, finalmente había intentado seguirla en sus palabras, pero sin lograrlo, sintiendo una gran confusión en el cerebro y en el corazón. Sólo el nombre de la hija le sacudió, creyó incluso entender. Entonces, de repente, él se dio la vuelta, se puso a mirar a su mujer a la cara, colgando de sus palabras, intuyendo en esas palabras una esperanza, aferrándose a esa esperanza como a una salvación.

“Dime, María, explícate”, dijo él, casi implorando.

Y a medida que la pequeña señora seguía contando, nada más ella empezaba a hablar del cortejo asiduo que el juez Rossi hacía a Elena, del amor y de la simpatía que el joven demostraba hacia su hija, de las buenas intenciones que doña Chiarina había adivinado en él, la pequeña mujer al contarle todo esto, acalorándose cada vez más, la cara lívida, de idiota del hombre cansado se iba serenando y avivando.

Volvía la esperanza a su pobre corazón quebrado. Volvía la tan dulce diosa a consolarle en su inmenso afecto de padre, y de repente no se sentía más oprimido por ese enorme peso de cansancio, su cuerpo ya no se dejaba llevar por esa enorme depresión, y su

cerebro ya no le daba vueltas a esa única idea. Otra hija suya, Elena, se habría salvado, tras ella todas las demás; él aún no estaba viejo, todavía podía trabajar; Dios le daría fuerza.

“¡Dios mío!” invocó él en impulso inesperado del pensamiento y del corazón, invadido en ese momento por la necesidad prepotente del consuelo y de la protección, necesidad que sólo la idea de Dios puede satisfacer, necesidad que hasta los más escépticos prueban en algún momento amargo de la vida.

Doña María hablaba, hablaba de él. Ella quería que, quedando en algún sitio con el juez Rossi, intentase acercarse a él, para hablarle, hacerle algún cumplido. Nunca sería una pérdida de tiempo... Y él prometió, no pudiendo hablar, asintiendo con la cabeza, repetidamente.

Doña María salió de la habitación, satisfecha; él se vistió y se fue a abrir la persiana.

La tarde a punto de terminar, toda de oro, se presentaba como un poema de ese color brillante y voluptuoso; de oro era el fondo del cielo, de oro eran las levísimas brumas, y resplandeciente de oro estaba la montaña, e invadidas de reflejos de oro las colinas amarillas de rastrojos. Él miraba hacia el horizonte de siempre, extrañamente enternecido. Una gran dulzura le ablandaba el alma cansada: la dulzura inconmensurable del naufrago que ha sufrido en la agonía del gélido abrazo de las olas portadoras de muerte, y que ha vuelto de repente a disfrutar de la luz, y del calor de la vida.



IX

Nada más doblar la esquina de la plaza, Gaetano Forgiuele y su gran figura, algo encorvada, fue embestida violentamente por la luz del primer café, le pareció ver sentada, a solas, en una mesita allí abajo al fondo, cerca de la entrada principal de la asociación, una sutil figura de hombre, vestido de negro, con un falso sombrero panamá, algo ancho, que le descubría sólo la parte inferior de una cara muy blanca, destacado notablemente por la luz eléctrica de la calle y de los bares.

En cuanto le pareció reconocer a ese hombre, don Gaetano Forgiuele aceleró el paso y se paró de repente detrás de él, sin entrar, sin ni siquiera echar una mirada en el interior de la asociación.

“¡Buenas noches, juez!”

El juez se dio la vuelta, se levantó rápidamente.

“¡Oh, abogado, buenas noches!”

Y ya que el otro no se iba, el joven magistrado apartó con la mano fina la silla de madera colocada al lado de su mesita, y se la facilitó con el gesto y con la voz: “¿Se sienta?”.

Se sentaron de frente. El juez miraba hacia el centro solitario de la plaza, donde una lámpara eléctrica solitaria se levantaba sostenida por su palo alto y los fondos más oscuros, donde la gente pasea; don Gaetano miraba a la salita de entrada de la asociación, pintada de un verde intenso, con puertas blancas, lúcidas de barniz, deslumbrantes bajo la luz eléctrica, con unos sofás algo arrugados, algo largos, donde sus amigos se echaban charlando, o hurgando en los pequeñas mesitas entre las páginas sueltas de los periódicos.

Los dos hombres callaban, pero a su alrededor, allí dentro y delante de la asociación, dentro y fuera, en los bares cercanos, reinaba la animación. Esa esquina de la plaza, de noche, era el reino absoluto de toda aquella burguesía masculina provinciana. Todos charlaban en voz alta, libremente, seguros de que no les estorbarían, como en su propia casa. Alguna mujer que tenía que pasar por allí a la fuerza para llegar en un momento a la otra pequeña empinada y

sucia plaza cercana, para comprar un kilo de fruta, un poco de endibia podrida, un poco de carne fétida, alguna pobre mujer, obligada de noche a contentarse con esa poca y nauseabunda comida que todavía quedaba en la plazuela sucia y apestosa, tras haber mirado por el rabillo del ojo, furtiva y tímida, hacia la luz fuerte de los bares y de la asociación, prefería irse por el medio de la plaza, antes que pasar delante de todos esos hombres, tumbados, sarcásticos, ociosos, que fumaban y miraban, riéndose leve y disimuladamente.

Como fondo de su vista se encontraba el edificio del ayuntamiento, cerrado, silencioso, donde dos guardias municipales estaban inmóviles cerca de su portón: el patio detrás de ellos se perdía en la sombra; sólo en las noches de luna llena, la blanca luz lunar lo iluminaba tenuemente, se posaba muy dulce en el mármol del sarcófago tan bonito, desenterrado en las proximidades del pueblo, donde en su tapa está esculpida una desconocida romana que duerme su sueño eterno, insensible a tanto, tan distinto y mezquino final de vida.

“¿Qué hace, juez?” preguntó para empezar don Gaetano Forgiuele.

“¿Qué hago? Pecados y deudas”, contestó el juez, riéndose levemente de la frase pueblerina.

“No me lo creo, no me lo creo. Lleva aquí poco tiempo, y ya se habla muy bien de usted. Es un magistrado activo, inteligente y escrupuloso, eso es evidente. Le ha alabado tanta gente, que ahora me ha entrado el deseo de conocerle mejor, ya que le conocía muy poco”.

Rossi, con la parquedad de palabras habitual en él, se inclinó también ahora, tácitamente, bosquejando una ligera sonrisa. Pero la mirada oscura, reluciente de oro, extraordinariamente grande en su rostro sutil, que la luz eléctrica afinaba más, se detuvo un momento para fijar su mirada en la cara alargada, morena, con la barba mal afeitada de don Gaetano Forgiuele. Después de nuevo, como antes, volvió a mirar hacia la plaza, velado un poco por sus pestañas larguísimas y rubias.

“Juez, ¿usted no toma nada?”

“Ya he pedido un granizado de limón, gracias”.

“Peppe”, dijo el abogado, indicando con la cabeza al camarero allí cerca, “tráeme a mí también un granizado de limón”.

“Sí, señor, sí señor”, contestó afectuosamente el camarero, haciéndole reverencia, mientras espolvoreaba con grandes golpes de bayeta la mesa delante de los dos hombres.

“Usted es de nuestra misma provincia, juez, esto lo sé; ¿pero de qué pueblo?”.

El juez le nombró su pueblo, un pueblo pequeño perdido en una de las zonas más montañosas, más improductivas y pobres de la ya pobre provincia, y don Gaetano, al no saber qué elogiar de esto, se puso a magnificar la robustez de su raza.

“Raza fuerte, juez, en su pueblo; así me han dicho, hombres fuertes y mujeres guapas”.

“Sí...”, contestó el joven, titubeando, “¡pero es un pueblo tan pobre! Los campesinos están todos en América; se muere, se muere”, terminó él. Y la voz altiva y dulce parecía invadida por un dolor infantil e instintivo, el dolor y la humillación amarga de quien reconoce la inferioridad y la infelicidad de su tierra, comparándola con las otras.

“¿Y aquí está a gusto?”

“¡Ah, sí! Yo quiero estar cerca de mi casa; mi padre ha fallecido desde hace poco, tengo a mi madre y a tres hermanas solas, allí arriba, y además en la provincia no hay lugar más bonito que este. Éste es un pueblo bonito. ¡Qué campo más bonito! ¡Qué verde está!” Y la voz se había vuelto triste, pensando en las asperezas desoladas del paisaje nativo.

“Señores, aquí tenéis lo ordenado”, dijo el camarero sonriendo con la ilusión seductora de una propina futura, dejando en la mesa la bandeja con los dos granizados.

Los dos hombres empezaron a sorber, lenta y tácitamente: el juez había vuelto a contemplar la plaza, y el abogado continuaba fijándose todavía en la salita verde de la asociación, mirando a sus amigos que leían los periódicos, que fumaban y charlaban. Mientras tanto, en la puerta donde se solía quedar, había una especie de discusión que se alargaba y se animaba tanto entre los dos contendientes, que ahora ya la atención de todos se dirigía hacia ellos. Los periódicos los

habían lanzado al aire, los hombres, sentados en los sofás, se habían levantado para acercarse y escuchar mejor; las charlas se habían interrumpido. Hasta el juez, aunque no amaba las discusiones, se dio la vuelta para mirar a esos dos, torciendo el cuello, en una posición incómoda y penosa; hasta un médico viejo, cotilla como la comadre más cotilla, insaciable devorador y divulgador de escándalos, había tirado de la manga a un amigo suyo que le contaba un acontecimiento de una señora, ya que esa animadísima discusión, que estaba a punto de degenerar en pelea, le interesaba.

“¿Usted de qué periódicos me está hablando?”, decía al otro uno de los dos, un viejo fuerte y rebelde de pelo canoso, hirsuto, densísimo, y de cara morena y roja.

“¿Los periódicos? Los periódicos son un amasijo de mentiras, los periódicos italianos escriben siempre de victorias para los italianos, y los periódicos turcos escriben siempre de victorias turcas, ¿entiende?”.

“¡Oh! Los periódicos turcos además... esto es consabido”, observó el otro, un mozuelo delgadito, con un gesto de fastidio.

“¿Y qué se sabe de los periódicos turcos? Que valen como los italianos, esto es todo, falsísimos los dos... ¿Pero usted de este modo piensa que va a morir Turquía? ¿Pero cree que así muere una nación, que tiene un pasado y una historia como esa? ¿Los hechos para usted no existen? ¿Para usted tan sólo existen las charlas de los periódicos?”

Pero el joven no se convencía. Él estaba entusiasmado con la guerra, de ese entusiasmo incondicional, meridional, que no quiere ser desilusionado. Por tanto, aun sin contestar, aun no pudiendo contestar, al no tener él la cultura vasta y la labia impetuosa del viejo fuerte y rebelde, de vez en cuando hacía alguna exclamación de fastidio, dirigía a sus amigos alguna sonrisilla de compasión que terminaba por exacerbar al otro. Ahora ya el viejo no tenía freno, gritaba, gritaba tanto que habían acudido a su alrededor también los demás de los bares cercanos; incluso las dos guardias inmóviles habían dejado el portón del edificio del Ayuntamiento y el patio, dulcemente invadido por la luz lunar, y se habían acercado al grupo con caras anchas, afables y curiosas; algún rarísimo transeúnte se

había parado y miraba estupefacto a la figura, aún estable y erecta del viejo, en ese fondo de verde y de blanco fuertemente destacado por la luz eléctrica; alguna humilde mujer, después de haber mirado por el rabillo del ojo, tímida, giraba rápidamente hacia la cercana plazuela de las hierbas, recibida por la peste de aquellos productos rancios aún amontonados allí. El viejo gritaba, y tenía la cara casi congestionada, cuando un fiel amigo suyo, al que molestaba esa escena, lo cogió del brazo, se lo llevó, aún reacio, por la calle: “¡Calmémonos, calmémonos, buenas noches a estos señores!”.

El gran grupo se disolvió, se descompuso; el transeúnte se fue por su cuenta; los guardias volvieron al portón del Municipio, comentando pacíficos lo acaecido; los clientes de los bares cercanos regresaron a sus tiendas; sólo en medio de la salita de la asociación se había quedado el mozuelo delgado, rodeado por un grupo de amigos, con los que empezaba ahora una larga serie de protestas.

El viejo médico cotilla torció algo la boca, dijo a su amigo “¡Locuras!”; luego le agarró de la manga, le acercó el oído a la cara, quiso reanudar la discusión interrumpida “¿Entonces, decía?...”

El juez había enderezado la cabeza, y había intercambiado con el abogado una levísima sonrisa.

El camarero fue, insulso, ceremonioso, a recoger la bandeja.

“¿Habéis visto, señores? Es siempre así, es una fijación la de la guerra. Aquí es un problema serio. Tenía razón la feliz memoria de mi padre, a vuestra salud. ¿Sabéis qué decía? La excesiva instrucción se convierte incluso en una tontería”.

“Es así”, dijo el juez, e hizo el gesto de pagar.

Pero el camarero tuvo una enérgica protesta con las manos.

“No se moleste, ya está pagado”, replicó, indicando hacia el abogado y huyendo casi con la bandeja vacía entre los brazos.

“¡Pero abogado...! No me gusta”, dijo el juez nada más estar a solas.

“Venga, venga, es una tontería que sea una tontería. Pero tomadla como una prueba de la gran simpatía y del gran respeto que le tengo. ¿No quiere que se la demuestre, mi simpatía?”

“¡Por supuesto! ¡Pero es que yo no me merezco tanto!”... “Usted se merece esto y más”.

“Que va, usted bromea”, y el juez miraba fijamente a la cara del otro, casi para adivinar la razón secreta de aquella insólita amabilidad.

Esa mirada intimidaba al abogado. Una vez más la deteriorada conversación llegó a su fin.

El juez miraba ahora hacia el patio desierto y silencioso del Municipio alumbrado en parte por la luna. El suelo estaba en la sombra, y por allí el sarcófago antiguo parecía que surgiera, completamente cándido, y en su línea voluptuosa, parecía más blanda, la antigua mujer yacente en el mismo, envuelta toda en esa blanca luz lunar. A su pesar, el juez desvió los ojos. La luz eléctrica le parecía en comparación demasiado descarada, las chácharas eran vacías, la compañía de aquel casi desconocido, aburrida. Tenía ganas de irse, pero se detuvo por cortesía. Fue de nuevo don Gaetano Forgiuele el que reanudó la conversación, el que le preguntó otra vez sobre su pueblo. Él contestaba, pero su dulce voz, algo ronca, era muy triste durante la conversación, ebria de amor y dolor por su tierra infeliz.

Luego, cuando don Gaetano, dejando aquel argumento, escogió otro, cuando le preguntó del juez fulanito y del canciller menganito, cuando ambos entraron en ese pequeño mundo de la comisaría y del tribunal provincial, que era su mundo, entonces Giambattista Rossi pareció reanimarse, casi alegrarse. Sin violar su habitual discreción, reveló a su interlocutor sus habilidades nada despreciables de humorismo fino y cortante, tenía ciertas frases breves que ponían de manifiesto ciertas cualidades, o raras, o cómicas, o estúpidas de sus amigos y colegas, y don Gaetano le escuchaba, alegrándose y complaciéndose, riéndose de corazón con algunas de sus características carcajadas, bajas, sordas, que eran espontáneas y parecían forzadas.

Así hablaron durante mucho rato. Pero en la asociación y en los bares cercanos la gente empezaba a disminuir; la pequeña vida provinciana del pueblo empezaba a apagarse.

El sonido largo y altisonante de la gran campana de la catedral, anunciando las dos de la noche, se había difundido por la otra torre antigua, que el pío sentimiento de un príncipe normando había

elevado soberbiamente en el cielo azul, en la cumbre de la verde colina; se había difundido abajo hasta la plaza, asustando un poco a las señoras que se apresuraban a volver a casa, rompiendo los grupos de jóvenes, temerosos todavía de la autoridad paterna, preocupando a los buenos padres de familia, honestos, trabajadores, ajenos a todo vicio y mala costumbre, que de su casa había hecho su reino y su amor. Entre éstos se preocupó también don Gaetano Forgiuele.

“¿Juez, usted se queda?”

“No, no, me voy”, contestó el otro, levantándose ya. También don Gaetano se levantó más lentamente, y al lado del otro, mucho más pequeño y delgado que él, pasó entre las sillas y las mesitas, despedido y despidiendo a los conocidos.

“¿Qué hace juez, sube o da la vuelta?”, le preguntó él parándose en la esquina de la plaza e indicando las dos calles.

“Yo doy siempre la vuelta, no sé usted...”

“Doy la vuelta yo también, le acompaño”.

También las calles se despoblaban, algún taller cerraba. El sonido de la gran campana se difundía aún por el pueblo. Eran los tañidos habituales de campanas dominicales; los tañidos, lentos, lúgubres, que deberían recordar aún la traición de tres familias del pueblo que contrataron con el enemigo la capitulación del pueblo. La moderna investigación histórica ha desmontado la leyenda vergonzosa, pero en el pueblo ésta ha permanecido, y los ancianos, cada domingo por la noche, la cuentan a niños y jóvenes, mientras todos tiemblan aún, mientras el sonido de la campana, que el pueblo designa con la sola palabra de traición, hace estremecer, ya que ese sonido y esa palabra son impactantes y lúgubres.

En las calles estrechas, algo tortuosas, que los dos hombres cruzaban, se percibía más que en la plaza ese tufo pesado de árido y largo verano, de gente amontonada. Sólo, cuando dos alas de casas se abrían por un lado, sólo entonces, con la fugitiva visión de un pedazo de cielo lácteo, de un perfil cerúleo de montaña iluminada por la luna, venía alguna ráfaga más amplia de perfume, también árido, pero auténtico, al que el aire de la noche había aportado naturalmente frescor. Luego las casas reaparecían pronto, alzaban la barrera con sus muros sucios, cerraban el breve paréntesis claro

y cerúleo, y la calle seguía así, estrecha y sofocante en el resplandor frío de las lámparas de arco.

Los dos hombres hablaban muy poco; solo, hacia la desembocadura del callejón que llevaba a la casa de los Forgiuele, tuvieron un nuevo intercambio de frases ceremoniosas, porque don Gaetano quería acompañar a Rossi a casa, y Rossi absolutamente no se lo permitió. Así finalmente se separaron, con una larga despedida cordial. Pero, nada más quedarse solo, la cara fina, de marfil delicado, de Giambattista Rossi asumió una expresión extraña, algo mala; los labios sutiles se estiraron en una sonrisa fina y cortante, como los otros de la noche que tanto habían alegrado al abogado Forgiuele.

¡Qué cosa más rara la amabilidad de ese hombre gordo! Y como antes, cerca de la puerta de la asociación, él aún evocó las charlas, ahora ya cotidianas de la gruesa dueña de casa.

“¡Si usted supiera, repetía ella cada día, cómo se ha encariñado doña Elena, pobrecita mía! Y también la madre, esa buena doña María, tan buena que ni siquiera los enemigos y los envidiosos han encontrado nada que reprocharle, ¡si supiera qué placer tendría!”. Sólo la dueña de casa, todavía no había nombrado al padre, pero ahora que también él se había añadido, ya no faltaba nadie más. ¡Está bien!

La cara pálida de Giambattista Rossi, bajo el dobladillo de su falso panamá, se iluminó todo de orgullo masculino satisfecho, como aquella primera vez que doña Chiarina le había dicho que Elena lo quería mucho; como aquella primera vez que él mismo la había visto, bajando por el callejón, asomada al balcón, pálida, algo contraído el afable rostro perlado en el fondo de sombra de su voluminosa cabellera. Él se demoró en la evocación.

En esa vieja calle, donde no había lámparas de arco, las pequeñas luces eléctricas se dispersaban como puntitos rojos insignificantes y la socarrona noche de luna llena imperaba en su idílica e infinita claridad. Donde él se encontraba, en una pequeña superficie, esa luz se propagaba, no dejaba sombras, era casi como un día muy tenue, muy dulce, pero no demasiado triste, sólo algo melancólico. El quieto claror lunar había invadido todo, los muros,

la calle, los balcones; entraba incluso a platear desde las puertas los sótanos pobres y desde las ventanas las habitaciones oscuras, con una tranquilidad dulce y tibia de amor. Todo estaba silencioso, inmerso en ese baño cándido como en el olvido. No había ninguna voz humana por la calle, no había ninguna voz de animales en el cercano campo. Los árboles de un jardín, en el fondo, eran claros, relucientes, inmóviles, destacados en el cielo lácteo. Y Giambattista Rossi sintió él también llenarse el alma de esa dulzura y luz; de hecho, sintió que el humilde y fervoroso amor de esa niña era virgíneo y dulce como aquella noche lunar.

Pero fue la impresión de un instante. Siguiendo por la calle ya no tan cándida, porque en un lado la fila de las casas oscuras, como ceñudas, echaba en el claror una fuerte sombra siniestra, se olvidó de esa tenue sonrisa de amor, y aún le brilló en su delicado rostro, en el estiramiento sarcástico de los labios sutiles, una sombra fatua de orgullo satisfecho. Más bien le asaltó de repente como una impresión ligera, sí, pero extraña, de descontento y disgusto. Era evidente, por supuesto, que toda una familia se interesaba por él, así de repente, pero tomar tan en serio una tontería parecida, era demasiado. Entonces, mirando de reojo al amor de esa chica, éste no le pareció tan dulce como aquella noche de luna, sino envuelto casi en una sombra de escarnio. Se le quedó en el alma una impresión desagradable que le hizo contraer la boca por el disgusto, mientras el rostro delicado una vez más se hacía sutil y afilado.

Poco después, volviendo al ancho portón viejo de la vieja casa donde vivía, asaltado en la puerta por el habitual tufo de humedad y de vino ácido, cerca de la bodega negra, tan repleta de gente en aquella noche de domingo, llena de campesinos borrachos, vulgares, casi animales en los movimientos y en la expresión, teniendo que abrirse paso con dificultad, ya que los borrachos habían invadido todo el portón y se habían tumbado hasta en las escaleras, él, esquivándoles, cerca de aquel oscuro cuadro de indigencia y de embrutecimiento, se acordó (¿quién sabe cómo?) de su pueblo tan pobre, perdido en una de las cumbres áridas de sus desoladas montañas. Le vino, como siempre, una impresión amarga y dulce de fuerte amor doloroso. Y se acordó también de la vieja casa desnuda,

donde había nacido, donde vivían su madre y sus hermanas, y su alma, algo rígida, de hijo devoto se sintió tan llena de ese amor, que le pareció imposible contener otro también.

El rellano era oscuro, pero él no sufría por esas tinieblas, visto que, de hecho, el recuerdo fugaz de esa dulce noche de luna, le parecía ahora más que nunca lejano y ajeno.

X

El septiembre avanzado guardaba aún su cielo metálico, sus calles de pueblo de olor nauseabundo y sus calles campestres cubiertas por un estrato suave y blanco del polvo que de vez en cuando, cuando alguna madera, algún remolque, algún burrito manso pasaba, se levantaba una nube ligera que picaba dolorosamente la garganta de los transeúntes.

Y como para los hombres, también la tierra sufría por ese calor, por esa aridez prolongada, por la salvaje caricia de ese terrible sol.

Las plantas se doblaban agotadas, con las hojas marchitas a medias, hacia la tierra amarilla como la arcilla, árida, dura, cubierta de hierba seca; a lo largo de las polvorientas calles maestras, los cercos eran grises, polvorientos, sin ya ningún toque, aunque levísimo, de verde.

Cansados, desanimados, los hombres levantaban los ojos para mirar a aquel cielo, igualmente tórrido y velado de día, igualmente profundo y estrellado en la noche, y los campesinos se encomendaban a Dios para tener el milagro del agua, mientras sus exhaustas figuras por la noche se tiraban y se tumbaban en las puertas de sus muy humildes casas, como plantas secas abatidas en la tierra árida.

“¡Quién sabe mañana, mañana!”, decían ellos, mirando tácitamente aquel cielo siempre igual, clavando en él su mirada, inconsciente e infinitamente dolorosa, de gente acostumbrada a sufrir en silencio y por mucho tiempo. Y una noche, en ese cielo estrellado como las otras veces, la gente ansiosa vio aparecer, antes de forma aislada y débil, después con más frecuencia y fuerza, ciertos resplandores claros e inesperados de luz lejana. Venían de una sola parte, luego parecieron acercarse, apremiarse, seguidos por el estallido del trueno que se hacía poco a poco más estruendoso y cercano. Ahora ya parecía que a lo lejos una gran cerca de rayos había embestido todos los alrededores del pueblo, ya que esas luces violentas, repentinas, instantáneas, aparecían por todos los lados, ceñían por un instante, en su aureola lívida, el blando perfil de la

montaña, las antiguas y fuertes murallas del castillo, la línea esbelta de la torre.

“Mañana lloverá”, decían los ancianos, y la gran palabra corría, encontraba eco en cada corazón, un suspiro de alivio en cada pecho. “Mañana lloverá”, decía la gente, escuchando preocupada, el fragor debilitado de los truenos lejanos, como si fuera una voz de esperanza largamente esperada.

Y la mañana se levantó con una extraña mañana llena de borrasca. Se encaballaban juntas ciertas nubes ferrosas, iluminadas tristemente de un color de cobre oscuro. La montaña, las colinas, el pueblo amarillento, sobrepasado en alto por su antiguo castillo, reflejaban en ellas una sombra lóbrega de sol color bermejo. Pero fue un instante. Las grandes nubes se juntaron más y más, rechazaron esa oscura apariencia de sol, echaron en el pueblo y en el campo su intensa sombra violácea, mientras unos estruendos pasaban entre ellas, bajos, sordos, lejanos como inmensos temblores. La gente miraba, gritando, de vez en cuando, con un acento inconsciente de deseo y de invocación: “¡El agua, el agua!”.

Las grandes nubes se solaparon otra vez, escondieron la alta cumbre de la montaña, quitaron toda la variedad ondulada al paisaje, lo cortaron claramente con una línea igual y monótona de negro y de gris.

Y la lluvia llegó, por fin, violenta, ruidosamente, como todas las lluvias de verano, haciendo emanar de la tierra un olor árido: continuó pues, monótona, ininterrumpida durante tres días, en su voz ahora rápida, ahora lenta, moribunda en el paisaje envuelto de niebla, bajo el cielo que pasaba por una gama de colores apagados y oscuros, que a veces era pálido en su gris descolorido y todo igual, a veces trágico en sus oleadas negras como tinta, a veces lóbrego en sus colores densos, pavorosos, de reflejos morados.

Pero cuando el tercer día, en el extremo del horizonte, bajo ciertas grandes nubes negras, aparecieron otras pequeñas nubes claras, resplandecientes, luminosas, nacaradas; cuando éstas se alargaron, descubrieron una pequeña franja de cielo pálida de azul; cuando las nubes se hicieron grandes, recorriendo victoriosamente el cielo, mutando las grises y pesadas nubes en otras grandes nubes

blancas y ligeras como alas inmensas, echando al cielo sus grandes rúbricas de azul y de plata, entonces el pueblo y el campo árido y la gente cansada reconocieron con alivio que el verano largo y tórrido había pasado ya y que empezaba el dulce otoño.

Las mañanas las invadía siempre por ciertos olores frescos y algo húmedos, acompañadas también por algún ligerísimo velo de niebla azulada que se demoraba entre los árboles, en los fondos de las calles y que luego desaparecía. El cielo era claro, fresco y terso, el sol era apacible, acompañado en su habitual curso por un largo trozo de horizonte clarísimo, luminoso y algo áureo, como si se hubiera abierto una breve vena de oro. Y entre la hierba seca del verano, oscurecida por esa gran lluvia, surgía apenas, tímida, la nueva hierba, pálida y tierna, del otoño.

La temperatura ahora se había mitigado, porque, a esos pocos días de cambio repentino, habían seguido unos días amenos; pero doña Caterina Forgiuele, la hermana mayor del abogado, la viuda desde tiempo inmemorial, estaba obligada a quedarse en la cama por un solemnísimos resfriado, habiendo salido, como siempre, también en aquellos días de lluvia, habiendo transcurrido, como siempre, también esa vez, gran parte de la jornada en la catedral tan fría, con su suelo de mármol calado por la gente, que entraba no pudiendo abandonar la iglesia y olvidando sus setenta y cinco años.

Y, por eso, a su pequeña casa, vieja y algo original, había empezado desde hace varios días la peregrinación de familiares y amigos.

Muy a menudo se oía tocar a la puerta de entrada, lo que hacía impacientar a la sirvienta, que siempre corría de una parte a otra de la casa con sus pasitos breves, mostrando al visitante su vieja cara morena, llena de arrugas siempre sonriente, su gran nariz con las fosas nasales desmesuradamente abiertas, sus ojos claros que se agrandaban o se achicaban entre las arrugas oscuras y espesas, que cambiaban continuamente, con extravagancia, esa vieja fisionomía.

Y siempre, en la puerta, mientras un soplo de aire fresco y puro llegaba a la cara de la sirvienta, mientras un tufo de vieja casa cerrada, donde vivían solas dos mujeres viejas y cinco gatos,

disgustaba al visitante o a la visitadora hasta la puerta, siempre, allí cerca, había un breve diálogo bajo y animado.

“¿Qué tal está?”, preguntaban invariablemente el hermano, la hermana, la sobrina o el sobrino.

“¿Y cómo queréis qué esté? Resfriada siempre”, contestaba la sirvienta.

“Pero no debería haber salido, no debería haber salido”, replicaba el otro o la otra con una leve intención, quizás de reproche. “¡Con la edad que tiene! ¡Con ese tiempo!”

“¡Eh! Sí. ¿Pero quién le entra en razón? Se lo he dicho yo, os lo prometo por el santo día de hoy. Señora, no salga; señora, os puede venir mal; señora, que Dios ve todo, no vaya a misa esta mañana... ¡Qué más da! Es inútil. Es dura como esta pared, mirad, no cede para nada”, concluía la mujer, golpeando la pared con su puño arrugado, agrandando los ojos y echando atrás su cabeza con escaso pelo.

El visitante sólo hacía una seña de resignación, luego preguntaba: “¿Y quién está dentro?”. Y mientras la mujer repetía una larga cantinela de nombres todos acompañados por el relativo don, el otro ya estaba en la habitación, a los pies de la cama de la enferma.

“Bueno, ¿cómo estamos?”.

“Como ves, este catarro no se me quita, no se me quita. Así quiere Dios, ¿y qué podemos hacer?”, contestaba así doña Caterina con una voz bronca y nasal, levantándose un poco de la cama matrimonial para mirar al otro a la cara.

El otro le rogaba con un gesto de la mano que se quedara cómoda, y después, dando vueltas cansadamente en la pequeña habitación, repleta y llena de viejos muebles, con las paredes todas tapizadas de cuadros y cuadritos religiosos, las cómodas cubiertas de estampitas de santos de cartón piedra colocados debajo de campanas de cristal, iba dando la mano para desear las buenas noches a los visitantes llegados antes que él. Entonces, sucedía siempre un pequeño barullo; alguna niña, alguna chica se levantaba para ofrecerle sitio, y él, tras de algún cumplido, debía aceptar, siendo tan pequeña la habitación, y no contestando la sirvienta a la reiterada llamada de la tía Caterina, que quería más sillas.

“No importa, no importa, estamos bien también así”, decía el visitante, intentando devolver la calma al ambiente. Después de haberse sentado, después de que la niña, que le había cedido su sitio, hubiera encontrado otra esquina, después de que doña Caterina en su cama se hubiera tranquilizado, él le hacía invariablemente la misma pregunta.

“¿Entonces? ¿Cómo ha sido?”

Doña Caterina, con voz bronca y nasal, interrumpiéndose cada momento para toser, empezaba por centésima vez su relato: “El domingo es verdad, hacía algo de frío, pero no mucho; yo no he querido perderme la misa...”.

Era un largo relato como todos los de la mujer; largo y muy mediocrementemente interesante. Elena Forgiuele, llegada también ella, junto a su madre y a sus hermanas para visitar a la tía, Elena, que ya lo había escuchado la otra vez, dio un gran bostezo que no logró esconder con su mano por completo.

“¿Te aburres, eh, Elena?”, dijo una prima que estaba al lado, con una boquita afilada, maliciosa, y unos vivaces ojos amarillentos.

Elena con un gesto dijo que sí, dirigiéndole sólo una larga mirada.

“Yo también...”, contestó la prima.

Y alrededor de ellas, para una pequeña cola de niñas, todas primas y primas segundas, esas palabras tuvieron un largo eco: “Yo también, yo también...”, repetían las otras.

Por fin, a medida que iba aumentando la gente en la pequeña habitación, y escaseando las sillas, María, una de las chicas, una chica maravillosa y alegre, morena de buen tipo, típico del lugar, de pelo muy moreno, algo encrespado, apenas sombreados de color cobre, y de tez morena, que en la sombra tiene algo de opaco, suave y aterciopelado, y en el sol adquiere como un reflejo luminoso, María, la pequeña, criatura tan cautivadora, tuvo una idea muy brillante.

“Nosotros aquí estorbamos; vamos al balcón”, dijo ella, y se llevó a todas las amigas, tomando sitio delante de todas en el balcón fresco y perfumado.

El balcón era antiguo como el resto de la casa. En lugar de la reja, estaba cerrado por un murito bajo que hacía de baranda,

y por encima del murito se alineaban las macetas de arcilla que contenían las flores de la tía. En la tan fresca noche otoñal, corría por aquel pequeño espacio el olor casi picante del cedrón, el olor dulce y fuerte de los claveles colgantes del muro, rojos, exuberantes entre las hojas grises y finas de sus ramas, y el olor, extraño, algo amargo, de las últimas flores rosadas de las adelfas puestas allí al fondo, en un gran florero. Sólo una esquina del balcón daba a la calle principal; el resto se alargaba en una plazuela mitad con luz, mitad con sombra, donde una horda de niños chillones jugaba, y donde las comadres del vecindario se reunían, charlando.

Las chicas llenaron pronto con sus suaves palabras y sus pequeñas carcajadas, ese rectángulo largo y estrecho. Fue durante un tiempo un cruzarse alegre y vacío de frases ligeras pero peculiares, algo briosas, algo mordaces, un coro vivaz de voces femeninas, altas como son todas las voces meridionales, cuando ninguna emoción las invade o las esconde.

Luego, siendo esa reunión algo heterogénea, encontrándose juntas la chica de veinticinco años y la de dieciocho, se formaron parejas y grupos.

Elvira Forgiuele, niña todavía, aún sin sueños y sin amor, estaba con una chica fea y madura, de la que los sueños, en el contraste estridente con la gris realidad cotidiana, habían emigrado casi completamente, pese a que su alma amante intentara, melancólicamente, retenerlos todavía: y las dos, la chica joven y la chica vieja, intentaban observar unos bonitos claveles ardientes, mientras algunas frases de amor de las demás llegaban hasta donde estaban ellas, regalaban un estremecimiento de impaciencia y de deseo al alma joven, haciendo temblar de dolor la pobre alma envejecida.

Se esforzaban en no entender, pero estaban, en la extremidad del balcón, muy cerca de Amalia Forgiuele y de María, y las dos chicas jovencísimas y guapas, al lado del gran florero, en el que se marchitaban las últimas flores de las adelfas, aun hablando íntimamente, pronunciaban a menudo alguna frase más en alto que se les escapaba, de forma inconsciente. Como melancólica aparecía en la sombra la chica madura, tan guapas parecían las otras dos,

resaltando levemente la gracia joven de sus cuerpos, la laxitud y el impulso de los gestos, vibrando largamente en la sombra sus voces bajas, la expresión de sus almas florecientes, felices, que ya habían encontrado en el amor su joya y la fuerza, completa y secreta, de su exuberante desarrollo espiritual.

Elena Forgiuele, silenciosamente, pero inmensamente enamorada, se había colocado en el pequeño rincón que daba a la calle principal y, apoyada a la pared, miraba intensamente hacia la calle de abajo, mientras la luz blanca de la gruesa lámpara eléctrica, acrecentaba en su cara la gracia tenue de su tez delicada, al lado del tesoro oscuro y opulento de su pelo suave.

“¡Oh, Elena! ¿Qué miras?”, le dijo la prima con la boquita maliciosa y con los vivaces ojos amarillentos, parándose a su lado.

“Nada”, y la chica buena sonrió a la otra.

“Es demasiado poco, Elena”.

Elena negó débilmente con la cabeza, y la dulce sonrisa le vagaba aún en su bondadoso rostro blanco.

“Tú quieres negármelo, pero es inútil, porque yo lo sé como lo saben todos”, insistió todavía la maliciosa prima. “Pues sabes una cosa que no es verdad, hermana mía; aquí se inventa todo”.

“No todo, no todo, cuando algo se dice, quiere decir que existe; *Voz del pueblo, voz de Dios*”.

Elena negaba, cada vez más débilmente, se notaba en sus ojos una llama insólita, y le vagaba en la cara una leve sonrisa de beatitud.

“¡Pues, eso es! ¡Eso es!” La prima maliciosa se acercó de repente al murecillo demasiado alto para ella, clavó sus ojitos maliciosos hacia abajo, en la figura negra de él, que pasó, lentamente, mirando de reojo algo hacia el rincón del balcón, volviendo a bajar rápidamente hacia el suelo sus bonitos ojos dorados y orgullosos.

Elena no se había dado cuenta, sintió un latido violento en el corazón, un leve estremecimiento en las manos, palpando nerviosamente entre las ramas perfumadas del cedrón, una ola de sangre joven le coloreaba la cara.

“¡Te he pillado, querida! ¿Tú querías negarlo? Pero ahora ya no lo puedes negar. Ha sido muy bonito”, dijo la prima, levantando

el busto algo regordete de la barandilla para mirarla un buen rato. Elena, a su vez, para huir a esa mirada, se agachó toda, apoyando los codos en la parte superior de la barandilla, en los rudos ladrillos oscurecidos por el aire y el tiempo, entre un alto florero de *cactus* punzantes y un pequeño vaso de cedrón perfumado.

Ella arrancó, más bien violentamente, un ramito corto de hierba perfumada y se puso a maltratar en las manos blancas, las pequeñas hojas ásperas, mientras, encorvada en la barandilla, se reía, se reía, tanto era profundamente sencilla su pequeña alma, tan potente y luminoso se había hecho en ella ese pequeño amor.

La prima se encorvó otra vez en la barandilla, arrimó su cabeza a la de Elena, cogió las blancas manos de la otra entre las suyas, se las acarició durante un buen rato, mientras le rogaba que le contara todo, mientras la boquita maliciosa encontraba muchas palabras bonitas para inducir a la otra a la confidencia: palabras bonitas que contrastaban con el relámpago, breve y frío, de los pequeños ojos amarillentos, con la expresión casi amarga de su irregular fisionomía.

Pero Elena no se daba cuenta; desde hacía muchos meses ella vivía en el pequeño mundo que la rodeaba, como abstraída de él, habiendo tanto agrandado ese pequeño sueño hasta insertar allí toda su vida. Por tanto, no vio la luz de los ojos, la expresión de la cara, sintió sólo las buenas palabras, acariciadoras, fraternales y, bajo esa impresión, empezó a hablar, por fin, con la sinceridad y la cálida fe de su simple alma apasionada, probando como un alivio, tanto su alma estaba ávida de expansión, deteniéndose incluso en los detalles, agigantando algunas cosas pequeñas, tal y como la otra noche, cuando la estaba escuchando el alma buena y cariñosa de la humilde costurera.

Mientras tanto, con la pequeña cabeza baja, con su perfil irregular inmóvil, aparentemente interesada en mirar los viejos ladrillos oscurecidos, la prima escuchaba, y ahora su maligna disposición iba relevando mentalmente todas esas leves impresiones, en que el amor de Elena estaba fundado, y, sin comprenderlas, las iba clasificando todas con la genérica palabra de exageraciones, velándolas de la ironía y del desdén de los que estaba llena su alma.

Más bien, teniendo que constatar a la fuerza la felicidad que llegaba a Elena de ese amor, sintiéndose revivir en lo interior, por ese relato, antiguos deseos insatisfechos, agrios y amargos por la larga y vana espera, ella iba agigantándose aún más, ese no sé qué de fantástico que había en la confesión de Elena, deformando más bien ciertas líneas y matices, interpretando malignamente ciertas palabras, desmontando, casi poniendo al revés, el relato, ahogando ese leve y tierno sentimiento de un alma virgen y sincera en una luz descarada y cruda de escarnio.

Elena seguía hablando con palabras sencillas e inconscientemente hiperbólicas. La cara maliciosa e irregular de la prima estaba en la sombra, como en la sombra estaba su pequeño cuerpo encorvado, casi escondido por un gran florero. Elena, también ella encorvada, estaba inmersa en un corto rayo de luz blanca.

“Allí viene. ¡Qué pronto ha hecho el compadre!”, observó a la prima, aferrando y apretando el brazo delgado de Elena. La chica se asomó para mirar en la calle, y de repente la cara se le iluminó de un relámpago repentino de alegría y amor. Volvió a reír, larga y levemente, como si no tuviera que acabar jamás; después de que él pasara, ella continuaba sonriendo todavía, pero su sonrisa de repente había cambiado, ahora parecía forzada; le estiraba groseramente la boca, nada bonita, y la mano blanca había dejado caer el ramito de cedrón, que colgaba fuera de la balaustrada como inerte, y la cara se había escondido entre la mata grande de la hierba perfumada, casi para rozar la tierra húmeda, sintiendo latir dolorosa y violentamente la sien.

La prima intuyó, en un relámpago de su malvado ingenio.

“¡Qué lástima! Ni siquiera te ha mirado. Es malo este enamorado tuyo, sabes, Elena. No ha visto que tú estabas aquí, sin embargo, me había parecido que te había reconocido cuando ha pasado la primera vez”.

La prima hablaba con un simulado tono de pesadumbre, con un aire fingido de desagrado infantil, alargando su labio protuberante y clavando sobre Elena su mirada malvada de interrogación y de satisfacción.

Elena entendió al instante la intención, como si de repente

se hubiera despertado, como si de repente el engaño del sueño se le hubiera caído de los ojos. “No, no, él no me ha visto, no está acostumbrado a verme aquí, ni siquiera sabe que mi tía vive aquí”, contestó ella.

Pero, mientras tanto, entre la mata perfumada del cedrón, sintiendo de vez en cuando el toque apenas áspero de las pequeñas hojas fragantes, Elena se torcía las manos, desesperadamente. Hubiera querido hablar, hablar, hubiera querido convencer a la otra de su amor, hubiera querido que desapareciera de esa cara la sonrisilla malvada. En cambio, la prima la miraba, sin decir nada, con un leve aire de mofa, malvada e inmóvil en la sombra, como una máscara pérfida y trágica.

Se habían acercado a ellas también las demás. Tres o cuatro cabezas juveniles se habían parado allí a su lado, en la pequeña esquina y a la luz blanca de la calle. Elena había creído descubrir unos ojos diferentemente estupefactos y curiosos, todos clavados en su cara blanca.

Elena ya no tenía idea del lugar, del tiempo, de la medida; su cabeza estaba confundida y las manos, temblorosas y abrasantes; ella tenía un solo deseo: que esa expresión malvada desapareciera del rostro maligno de la prima, que se borrara de su memoria el recuerdo de ese no sé qué de frialdad altiva, que ambas habían visto impresa en la pálida cara del que había pasado, en esa noche, por debajo de ellas; que todas esas miradas oscuras, juveniles, no tuvieran más esa extraña luz de estupor, que su viva fantasía veía en ellos y que parecía darles un aire estático, extremadamente estúpido y desagradable, a sus jóvenes fisionomías. Pero la vena sarcástica de escarnio no desaparecía de la pequeña boquita protuberante, y más estáticas, más sorprendidas, le parecía que la miraran las demás, y violentamente le latían las sienes, y las pobres manos le temblaban, palpando la tierra húmeda, entre las ramas perfumadas del cedrón.

No oyó ni siquiera la voz aguda de doña María, que había abierto el balcón y que, desde la pequeña habitación sofocante de la tía, se había asomado con la cabeza al balcón fresco y fragante, llamándolas: “¿Qué pasa? ¿Hijas? ¿Qué? ¿Os queréis quedar aquí?

¿No sabéis que ya es tarde y que tía Caterina está enferma?

“Ya, ya, ahora mismo, mamá”.

“Vamos ahora, tía María”, habían contestado las chicas en un pequeño coro desigual. Y mientras tanto se demoraban todavía, colocándose en la cabeza las bufandas ligerísimas y veraniegas que desde el comienzo de la visita se habían puesto en la espalda, consultándose entre ellas, no teniendo un espejo, envolviendo blandamente sus bonitas cabezas juveniles en esas tenues sedas como en una sombra leve y coqueta de misterio.

Después empezaron a desfilar por la habitación, en una oleada de frescor, en un bajo acuerdo de risa; últimas llegaron María y Amalia Forgiuele, ya que Amalia se había detenido a recoger uno de esos claveles soberbios y flameantes para poderse lo ofrecer al día siguiente a su enamorado socialista y, ya que a tía Caterina le gustaban mucho esas flores, y no permitía que nadie pudiera arrancarlas, las demás habían reído por la audacia de Amalia, y Amalia, estratégicamente, había escondido la flor debajo de la bufanda ligera. En la habitación pequeña y llena, las madres y las tías, los padres y los tíos, se habían levantado todos ya y lentamente, de uno en uno, antes de salir, pasaban delante de la cama, despidiéndose de la enferma y deseándole que se mejorara.

“¡Recupérate pronto!”

“¡Piensa en estar bien!”

“La próxima vez que vengamos queremos encontrarte levantada,”, decían ellos, y la tía contestaba, tendiendo la gran mano morena y arrugada, agradeciéndoles y expresando palabras de esperanza. Las chicas se habían mezclado con los demás, confusamente, y, cuando, entre una cabeza gris y un cuerpo ya encorvado, aparecía la cabeza morena y la figura esbelta de una de ellas, una sonrisa de simpatía y de afecto despuntaba de los labios violáceos y flojos de la tía.

La última y larga sonrisa la tuvo para Amalia, que se apretaba la bufanda en el pecho para esconder el clavel, tan es potente la visión de la belleza, en cada alma, también en la más sencilla, la belleza desierta, un eco del gran culto que los hombres le dedicaron en cada época y lugar.

Por la salita de la entrada, oscura, abajo por la escalinata pequeña y empinada, donde la sirvienta les daba luz, pasó, en desorden, esa compañía heterogénea de familiares, unos delante, otros atrás, lentamente.

Sólo fuera del portón la compañía se dispersó, pero el grueso del grupo se mantuvo compacto, las chicas fueron delante, las madres fueron detrás, los padres quedaron últimos para cerrar la fila.

La prima maliciosa, con su cabeza delicada y alargada envuelta en la bufanda de seda oscura, bordada de oro, ya no se quedó con Elena, al haber entendido mucho aquella noche y deseando juntarse a alguna otra pareja de chicas para contar y comentar.

Elena se quedó sola, algo perdida en la pequeña acera.

La prima que había estado en el balcón con la pequeña Elvira Forgiuele, melancólica y solitaria también ella, se le arrimó, la cogió del brazo: “Vamos, Elena”.

“Vamos”.

No hablaron; la prima estaba triste, pero tranquila, Elena estaba triste y palpitante. Todavía le subía del corazón roto y del alma en tumulto un gran ímpetu de palabras, aún veía la expresión sarcástica, la sonrisilla maligna de escarnio de la otra, todo esto le seguía irritando, le hacía temblar, de tal manera que, como en el balcón, poco antes, ella hubiera querido hablar, gritar en público su amor, expresar toda la potencia de ese sentimiento, dulce, y, sin embargo, salvaje; sofocar en el ímpetu grandioso de la pasión esa mezquina mezcla de envidia y sarcasmo. Le atormentaba un latido inmenso de pasión y loca rebelión, mientras seguía caminando así, apoyada en la otra, con los ojos que fijaban el suelo y la cabeza encorvada bajo la bufanda transparente.

Sólo en casa, tras haber esquivado la compañía de toda la familia, después de que, gracias a una pequeña mentira, pronunciada con voz temblorosa, le fue posible encerrarse en una habitación oscura; sólo entonces, sentada en una silla baja, con la cabeza entre las manos, cerca del balcón abierto, se sintió más tranquila. Ese río prepotente y reprimido de palabras iracundas se dispersó; desapareció de sus ojos la cara malvada de la prima, ya no advirtió el significado implícito de las palabras estudiadamente ofensivas, ya no la irritó

la expresión estática, estupefacta que ella había creído vislumbrar en las otras amigas.

Se sentía libre de todo esto, por fin; sin embargo, el corazón aún le latía y se le rompía, la garganta se le estrechaba, ya no por un desahogo mal reprimido de palabras, sino como por un sollozo, por un ataque de lágrimas, y en la oscuridad y en el silencio de la habitación una gran tristeza se apoderaba de ella, una sensación de indefinida y enorme infelicidad venía a abatirla, llenando de frío su corazón, llenando de llanto sus ojos.

Prepotente, poderoso, triunfador de la primera y fugaz impresión de ira hacia la pequeña maldad de una amiga, su sentimiento dulce y salvaje de amor vivía en ella, como antes, como siempre, un pequeño sentimiento que su grande alma había agigantado, adornándolo del infinito tesoro de su fuerza de pasión. Todo había desaparecido ahora, delante de ella: las palabras, las expresiones, las visiones de esa noche; ahora sólo existía, sólo tenía valor, sólo le ocupaba la fugaz aparición de él por la calle, y su fugaz mirada de la primera vez, y su soberbia altanería de la segunda. Él sabía que ella estaba allí, y no la había mirado; todo esto era una pequeña cosa; pese a esto, su alma sangraba y sufría como si tuviera una herida, ya que esa alma acostumbrada a soñar largamente, puesto que su fantasía, que amaba agigantar el sueño, como habían dado unos horizontes grandiosos a su pequeño idilio, así daban ahora a ese tenue episodio una fuerte huella como de tragedia. Sobre ese amor, que regalaba mucho y satisfacía con poco, la cosa más sencilla tenía fuertes repercusiones, cada pequeño acontecimiento hacía vibrar durante un rato al alma apasionada, que vivía sólo por él. De esta forma ahora sentimientos fuertes nunca probados venían a sacudir confusamente a la chica dulce y clemente, deseos de pasión, locos arrebatos de celos.

Una tempestad le sacudía el alma; su ímpetu se exacerbaba y se agrandaba en una fuerza salvaje, igual que se endurecía la línea blandamente majestuosa de su paisaje nativo en el fragor violento del huracán. Esa altanería y esa frialdad, apenas vislumbrada, mientras él pasaba velozmente, por debajo de su casa, después de esos meses enteros de amor y sueño, habían sido, casi como

un primer, violento mazazo, como una primera, violenta llamada hacia la pequeña realidad cotidiana. Y por primera vez también, entre la dulzura tenue y jamás interrumpida del idilio, entre su leve luz de sueño, entre su perfume embriagador de primavera virgen, surgió triste, la primera sombra, se asomó, gélido, el primer soplo demoledor que ella creyó anunciador de infelicidad.

“¿Si él no me quisiera amar?”, se pregunta la chica solitaria.

¡Qué grande y potente impulso de rebelión tuvo en mérito a esta obsesión la bondadosa alma! ¡A qué soberbio nivel de cólera y amor supo llegar! Aquellos meses de sueño intenso habían sido para ella como años de vida; su alma joven había madurado en esa atmósfera embriagadora; ella ya no era la chica, la pobre chica provinciana, que no sabe nada de la lucha, que nada sabe del mundo; ella era la mujer amante, que se rebelaba, la mujer consciente de su potencial, decidida a todo para defenderse, dispuesta a todo para triunfar.

Se levantó de repente, como para un reto; estuvo con los ojos brillantes y con la cara espabilada para fijar fuera del balcón la primera franja oscura de cielo, al lado del perfil dentado de las tejas, para aspirar voluptuosamente las frescas y fuertes fragancias de la noche otoñal.

¿Tendría que terminar así el gran sentimiento que le había transformado el alma? ¿Tendrían que desaparecer así todos esos meses de sueño? ¿Tendría que renunciar así a su considerable felicidad espiritual, mensajera de otra felicidad más tangible y humana? ¡Jamás, jamás! Ella tendría la fuerza para luchar con todos sus medios, para ganar a toda costa. Por el cuerpo virgen le serpeaba, le llenaba el alma soñadora una poderosa voluntad de acción, un extender salvaje de fuerzas reprimidas, parecidas a las fuerzas eternamente juveniles de la tierra, cuando en primavera se irradian, salvajes y bonitas, arriba por los blandos flancos del gran monte nativo.

XI

Las dos, la pequeña mujer delgada y la pequeña mujer gorda, salieron juntas de la pequeña iglesia, escuálida y húmeda como un sótano, y ya bajaban las pocas escaleras, caminando juntas por el trozo de calle sin sol, corto y tan lúgubre, que el elevado muro de un jardín, verde por la humedad, lo hacía parecer un pasillo. La mujer delgada había empezado su discurso importante, y poco a poco se iba acalorando, gesticulando vivazmente, mientras la otra, la mujer gorda, la escuchaba silenciosa y algo preocupada, sin levantar nunca la cabeza, fingiendo que se estaba fijando en los baches de la calle mal adoquinada.

Las dos, doña María y doña Chiarina, vestían de forma poco diferente entre ellas; ambas llevaban esos vestidos algo viejos, algo fuera de moda, algo mal cortados, ordinarios, salvo raras excepciones; a todas las burguesas de provincia, a las dos los vestidos les hacían unas arrugas feas, daban unos reflejos inciertos, peculiares de las telas que destiñen; ambas cabezas estaban envueltas en bufandas de seda, nada nuevas; sólo la mujer delgada guardaba aún, casi completamente en su madurez, el garbo esbelto de su pequeño cuerpo, mientras la otra, más joven, parecía deformarse con su gordura cada vez mayor; sólo la mujer delgada vestía oscuro, mientras la mujer gorda quería mantener todavía ciertas pretensiones juveniles, que acrecentaban la torpeza de su cuerpo.

La calle que cruzaban era una calle secundaria sucia, empinada y estrecha; pero, como reunía gran parte del pueblo con la apestosa plazuela del mercado, en aquella hora estaba animada por gente variada y humilde que iba a comprar para el día. Unas mujeres venían con unos grandes manojos de verdura; venían unos hombres, humildes caballeros que no tenían a quien mandar, o glotones e insaciables que querían estar seguros de la elección, cada uno con algún trozo de carne envuelta en un gran papel amarillento que llevaban en la mano o que se salía del bolsillo del traje. Esa calle tenía unos pequeños jardines cultivados sin pretensiones que, en

cuanto a flores, sólo daban violas o algunas plantas de claveles; jardines vallados por muros altos, por encima de los cuales, en la calle y bajo el cielo, claro y terso, aparecía la visión multicolor de un otoño clemente y sereno; de esos muros colgaban largas ramas amarillo-verdes de parras, y se asomaba algún árbol frutal, cuyas hojas brillaban al sol.

La mujer delgada hablaba siempre, y, aun guardando en las palabras las típicas frases ceremoniosas, mal podía ocultar su resentimiento y su desprecio, que afloraban, a su pesar, en alguna nota más ácida de la voz. Le irritaba la decepción, la idea de haber sido engañada, la herida padecida en su orgullo, burgués y provincial, de madre que se había ilusionado con poder casar con poca dote a dos hijas, las dos a la vez, regalándoles unos buenos partidos bajo todos los puntos de vista; le exacerbaba y le irritaba todo esto, y la mujer gorda, doña Chiarina, lo entendía, aunque la otra se esforzara por ocultárselo, esperando aún, y no queriendo tenerla enemiga por esto.

Ahora, tras del largo discurso de la pequeña mujer, tras de sus razonamientos, de sus lamentos, de sus dudas, la señora gorda y astuta se sentía algo incómoda al contestar, y, debiendo decir algo, quería solucionarlo con unas frases vacías, evasivas, que no explicaran nada y no la comprometieran para nada. Pero ahora doña María ya estaba impaciente, y todo esto lo único que provocaba era hacerle perder la calma que se había impuesto. Ella se detuvo en medio de la calle, se puso enfrente de la otra, que la miró en su enorme cara roja.

“Todo lo que usted dice, doña Chiarina, no sirve ni al alma ni al cuerpo; aquí hay que llegar a una conclusión, la que sea; las charlas son charlas, pero los hechos son hechos”.

La señora la miró, ofendida a su vez, con una altanería soberbia, y no se molestó en contestar.

Así se habían quedado, paradas en la calle; doña María estaba aturdida en la cara y en las manos, unas manos delicadas por un estremecimiento de ira largamente reprimido. Y, mientras tanto, cerca de ellas, en la acera, bajo el muro completamente cerrado que vallaba un jardín, había un chismear alegre y variado de

mujeres y de pilluelos mezclados con la vocecita alegre de la vena plateada del agua que venía de la fuentecita pública. Entre otras, una chiquilla impertinente, de ojos maliciosos bajo sus párpados enrojecidos, con una cabeza pequeña rubia y desgredada, una cara muy pálida y una silueta delgada, en mangas de camisa, vestida con un grosero busto y una enagua corta y sucia, color rosa, olvidando el cubo que tenía que llenar, se había puesto a salpicar agua a una chica mayor igual que ella, un pilluelo guapo de cara fina y rosada, de cuerpo delgado bajo su ropa andrajosa y desteñida, y ambos, al sol, seguían con la broma, echándose agua con algunas de esas frases breves, populares, típicas del lugar, que parecían salpicadas de perlas iridiscentes en el sol.

Doña María, muy cerca de ellos, de repente se sintió mojar sus manos por algunas gotas, y como estaba nerviosa, intentó encontrar en ese incidente la excusa para desahogarse: “¡Malcriados, gentuza, gandules, caraduras, diablos!”. Los epítetos aumentaban en los labios con un *crescendo* asombroso. Los dos chicos no se ofendieron, se quedaron a mirarla y a reírse impertinentemente, incluso imitándola, exagerando su voz con ese sentido tan desarrollado de humorismo presente en nuestra gente meridional, después siguieron a las dos mujeres durante un buen trozo de calle, con el chico imitando el paso, ancho y corto, de doña Chiarina, y la chica imitando los pasecitos ligeros de doña María, enfatizando con ciertas muecas los gestos de la cabeza y de las manos de las dos señoras, mientras las otras mujeres cerca de la fuente se habían quedado mirando y sonreían, indulgentes.

Doña María quería mirar atrás, gritar otra vez, pero doña Chiarina la agarró del brazo: “No le haga caso, son chicos malcriados, no le haga caso, si no, es peor. Volvamos a lo nuestro mejor. Entonces, ¿usted quería una conclusión? La conclusión está lista, y es la que toca a todos los que no tienen modales y paciencia, y no depositan confianza en los que les quieren, y se sacrifica por ellos, en estos asuntos tan delicados. La conclusión es ésta: olvidémonos de todo y ya está”.

El tono de las palabras fue gélido, la impresión que suscitaron en el alma de la madre preocupada en cada momento por sus cinco

hijas, fue tremenda. Pronto ella se volvió a sentir humillada. De su cara cayó ese estremecimiento de ira mal reprimido; vino a sustituirlo una sonrisa algo forzada, pero muy dulce.

“Que va, que va, doña Chiarina, quizás me he explicado mal, le juro por mi alma que no he querido decir esto. ¡Le parece! ¡Yo que no deposito confianza en usted! ¿Me considera tan estúpida o tan ingrata como para no reconocer la preocupación y el empeño que ha demostrado a nuestro favor? Tendría que acabar el mundo, si hubiéramos llegado a tanto. Es sólo, doña Chiarina, que, en vez de ir hacia adelante, vamos hacia atrás, así me parece a mí. Este joven le ha dicho muchas cosas, pero nunca ha dicho una palabra directamente a mí o a mi hija. Usted dice que es tímido y recatado. Lo entiendo. Pero antes, por lo menos seguía a Elena cuando salía por la noche, pasaba a menudo debajo de nuestra casa, cuando Elena estaba en el balcón; luego, de repente, este caballero ya no se ha visto, ni muerto ni vivo”.

“¿Pero usted no sabe entonces que ahora ha pedido un mes de excedencia, y que se ha ido a su pueblo, donde su madre?”

“Pues, sí, lo sé, ha salido antes de ayer, y nosotras no le vemos desde hace quince días”.

De todos modos, doña María, escuche, yo que conozco bien al juez le digo que esté tranquila y que no se deje impresionar. Es un joven hecho así. Además, es un joven serio que, antes de hacer nada, se lo piensa. A lo mejor incluso habrá querido hablar con su madre; es un hijo tan encariñado, doña María mía, que yo rezo de verdad a la Virgen para que mis hijos sean así, pues entonces sería la mujer más feliz de este mundo. Habrá querido hablar a la madre; cuando vuelva...”

“Cuando vuelva, hay que concretar una cosa, doña Chiarina”, interrumpió la pequeña mujer que esa mañana no lograba frenarse.

“¡Pues sí, sí! Pero usted sabe, como todas las madres que tienen muchas hijas, que casarse hoy en día no es fácil, y que no hay que precipitarse; no debe faltar cautela. ¡Los hombres son tan susceptibles! Y, en realidad, disculpe, chicas hay tantas que se encuentran a montones como las ramas de rábanos, mientras que de chicos buenos, que quieren casarse, créame, hay pocos”.

La mujer se calló, y la otra había encorvado la cabeza y seguía por las viejas calles del pueblo, a ella familiares como su vieja casa, en la dulce tibieza de esa mañana otoñal, toda oro y azul, fresca en las fragancias y tersa en la luz como una mañana de primavera algo cansada. Iba así, oprimida de repente por una tristeza que sabía de humillación.

La mujer le había despertado en el corazón su viejo tormento y su constante preocupación, la había irritado, y ella habría querido contestar, pero, considerando en un momento todas sus razones, tantas veces analizadas, recordando que Emilia y Elena habían llegado a veintiséis y a veinticuatro años sin que ningún otro chico, mínimamente conveniente, se hubiera interesado por ellas, recordando cuántas veces las sobrinas y las cuñadas maliciosas la habían mortificado, diciéndole con algún giro de palabras, pero muy poco veladamente, que quien tenía varias hijas tenía que tener la lengua callada, ya que nunca se sabe qué puede pasar con las chicas, hoy en día. Recordando todo esto, finalmente, ella volvió a agachar la cabeza, y se calló. Más bien, teniendo que separarse, doña María rogó a la otra ir a su casa para tomar un café, y la sonrisa, con la que acompañó a la invitación, pareció casi la sonrisa bonita y satisfecha de la doña María de los meses anteriores.

De hecho, bajaron juntas por el callejón, ambas silenciosas, mientras que las dos mujeres de los sótanos, viejas conocidas de doña María, ocupadas en la limpieza de sus pobres hogares, o en la pobre cena, las saludaban, levantado la cara del suelo que barrían con la escoba, o del jarro de agua donde limpiaban la verdura; mientras tanto algún niño, reconociendo a doña María, le sonreía, e incluso se atrevía a tirarle de la falda.

“¿Señora, me da nueces? ¿Cuándo me las da? Vuelvo mañana, ¿vale, señora? ¡Quiero pocas, sólo dos, señora!”.

La madre gritaba al niño, desde el sótano, levantando en alto la mano amenazadora, pero luego sonreía, visto que también doña María sonreía y asentía con la cabeza pequeña envuelta en la bufanda.

Ella subió la escalinata de su casa con su gruesa compañera. La otra tenía la cara enrojecida y el aliento jadeante; ella avanzaba ligeramente, pero una sombra negra albergaba en su rostro.

Elena acababa de barrer el pasillo de la entrada; quedan en desorden las sillas, separadas de las paredes, aún encima de los viejos ladrillos, eternamente polvorosos, era la prueba de las gotas de agua esparcidas encima, todavía vagaba por el aire de la habitación, que el balcón abierto llenaba de azul, un estrato de polvo sutil y sofocante.

Toda la casa estaba silenciosa, ya que las demás chicas habían ido a la Catedral para confesarse donde el confesor habitual, y la sirvienta a comprar al mercado.

Elena estaba muy pálida con el pelo peinado graciosamente, con el gran delantal de cotonina rosa, que la tapaba entera; también, viendo a doña Chiarina, ella pareció alegrarse y reanimarse, le pasó un relámpago de luz en los ojos, le rozó la mejilla delicada una tenue llama.

“¡Oh, doña Chiarina, doña Chiarina nuestra! ¿Qué honores son éstos? ¿Quién la habría esperado esta mañana?”

“Usted me tiene siempre a su lado, como la presencia de Dios”, contestó bromeando la señora.

“Para nada, para nada señora, usted es siempre bienvenida, es siempre un placer, pase dentro”.

“No importa, Elena, quedémonos aquí”.

“Que va, señora, mire qué desorden; entre”. Ella abrió la puerta del salón, entró con la otra, seguidas las dos por doña María.

El viejo salón rejuvenecía en esa tibia mañana otoñal, en esa dulzura embriagadora de la primavera. El azul sin confines del cielo coloreaba con reflejo el azul apagado de la vieja tapicería las fundas blancas de los sofás eran cándidas, brillantes en su candor, la ancha franja de sol, que entraba por el balcón, daba una apariencia de vida a esas cosas pobres y viejas, a las rosas en el techo, a las flores artificiales y polvorientas de la consola, a las fotografías cerradas en los marcos de terciopelo negro, adornados con las efigies de ciertos mezquinos campeones de una flora dudosa que las chicas habían bordado pacientemente por encima. Fuera había un azul sin confín, roto por el perfil también cerúleo de la montaña, adornada abajo por los especiales matices del primer otoño; triunfaba ese verde peculiar, casi amarillo, avivado por alguna pincelada intensa

de oro y de rojo fulvo. Detrás de la línea del monte, blandamente ondulada, surgían unas nubes grandes y luminosas como grandes flores de plata.

“Si me permite”, dijo pronto doña María, “voy un momento y vuelvo”.

“Haga lo que tenga que hacer”, contestó la señora.

“Sí, sí, mamá”, dijo Elena y respiró y sonrió, como si le hubiese sido quitado un gran peso del corazón.

Como otras veces, como en aquel primer crepúsculo caliente y fragante de verano, que parecía ahora tan lejano, Elena se abandonó algo en el regazo de su gorda amiga, cogió entre sus bonitas manos delicadas la hinchada y rugosa mano roja de doña Chiarina, le apoyó la blanca cara en el pecho lleno, se puso a mirarla a la cara, empezando a llamarla, despacio, despacio, con una voz rara, triste como una llamada de socorro: “¡Doña Chiarina, doña Chiarina mía!”

La mujer se puso a acariciarle con la mano libre el bonito pelo, sonriendo también ella para contestar a la sonrisa de la chica, en realidad una pobre sonrisa, triste y pálida como el sol entre las nubes, pobre sonrisa, que ninguna luz daba a la cara palidísima, como marchitada, como de repente envejecida, mediante las trazas más visibles de la anemia y de la tristeza.

“Doña Chiarina, dígame usted; ¿por qué ya no me quiere?”, preguntó Elena de repente con un acento velado y profundo de pasión.

Doña Chiarina se ensombreció en su interior, pero con su gran cara roja daba un aire de estupor y fingió no entender.

“¿Qué dices, Elena?”

“¿Cómo? ¿Usted no lo sabe?, No, no, usted lo sabe, doña Chiarina, él ya no me quiere, ya no me quiere”.

El estremecimiento de la pobre alma ansiosa repercutía en la voz y en el blanco rostro.

Pero yo no entiendo, ¡Elena, tú estás loca!” Y doña Chiarina la miraba, abriendo de par en par los ojos negros, ahogados entre la grasa de la cara, fijándola con un aire ingenuo, de interrogación y de falso estupor, cada vez más creciente.

“¡Ah! ¿Pues usted no lo sabe, doña Chiarina?”, prorrumpió Elena con voz un poco temblorosa, velada de un amargo matiz de ironía. “¿Usted no lo sabe, no lo sabe?”. Se bloqueó bruscamente; la palabra se le había apagado en la garganta. Desde el corazón roto había brotado el insulto; ella había pensado que probaría un placer agudo y extraño al hablar mal de él; le había parecido casi que sólo así saborearía por un instante la voluptuosidad salvaje y triste de la venganza, pero pronto, con la garganta estrecha y la boca amarga, ella sintió la impotencia de su pequeña alma, grande sólo en el amor. Y dejó de hablar, se dispuso a escuchar ávidamente las falsas palabras de doña Chiarina, casi como si fueran para ella la esperanza, la vida.

“Tú no tienes que pensar mal, Elena mía. El juez te sigue queriendo, como antes, esto te lo prometo yo, que le conozco bien. Sin embargo, tiene un carácter algo raro, taciturno; además, no se puede decir todo, pero creo que ha recibido malas noticias de su casa; por eso ha estado nervioso en los días pasados, tanto que antes de ayer volvió al pueblo”.

“¿Usted lo piensa de verdad?”, preguntó Elena con voz ansiosa, mezcla de duda y esperanza.

“Yo lo pienso de verdad, o sea que tú exageras mucho; el amor te hace perder la cabeza, mi niña”.

Elena sonrió, dulce y tristemente.

“Es verdad, yo le quiero mucho”.

Luego agachó aún más la cara hacia el pecho de la otra, y con voz muy tímida y baja le preguntó: “Usted me ayudará... ¿cuándo volverá?”.

“Por supuesto, por supuesto, yo te quiero. Y no te preocupes, que lo soluciono yo. Tú puedes dormir a pierna suelta, puedes estar muy tranquila, que a mí, Elena, no me gana nadie, ni siquiera el diablo; imagínate pues esa cara de limón de don Giambattista Rossi”.

La señora reía y la chica también, y ahora había levantado la cara, y se había puesto a acariciar la larga cara de la amiga, como para demostrarle su gratitud. Muy cerca las dos, Elena parecía más delgada, más blanca, una pobre cosa pequeña y débil víctima de la otra, gorda, roja, fuerte y astuta.

Doña María entró pronto con la pequeña bandeja de porcelana, decorada de níquel, llevando la tacita de café, caminando muy despacio para que no se derramara del borde de la misma su contenido.

“¡Uh, cuánta molestia, cuánta molestia!” dijo doña Chiarina, como de costumbre, abriendo el bolso y preparándose para tomar el café, con el pañuelo listo en la mano.

“Disculpe la pequeñez del detalle, más bien. Mire si hace falta más azúcar”.

Doña Chiarina arrimó sus labios gordos y violáceos al borde dorado de la tacita.

“Así está bien; gracias”.

Sola en el sofá, al lado de Elena, sentada en una butaca, enfrente de doña María, ella bebía su café, en silencio, con la mirada ahogada entre la grasa de la cara, que erraba distraídamente hacia los muebles del salón.

No lo había dicho a las demás, pero también con ella don Giambattista Rossi había estado más frío, más recatado, más altivo de lo normal en esos últimos días, quitándole hasta el valor de hablarle, despidiéndola cuando ella se acercaba, con alguna de sus frases cortas, correctas en la forma, pero cortantes y mordaces en el significado. Ahora ella veía que con esa madre que quería casar a la fuerza a su hija, que, con esa chica tan enamorada, con ambas mujeres que habían tomado tan en serio sus palabras y sus no pocas exageraciones, el juego se había complicado, y que había que dar una solución. Y, de hecho, era esta solución futura la que le daba algo de inquietud. Pero, pensando que se necesitaba todavía un tiempo, que tenía por delante otros veinte días, y teniendo gran confianza en sí misma y en su propia astucia, se tranquilizó bastante, y dio pie a reanudar la conversación interrumpida.

Entre el fuerte olor de humedad, peculiar de las mañanas y de los atardeceres otoñales que llegaba hasta allí dentro, las mujeres charlaban vivazmente, como siempre, riéndose a menudo y mucho, cargando hechos y personajes conocidos, en su espontáneo humorismo meridional, divirtiéndose en todo esto en la sencillez de su alma acostumbrada a una vida sencilla.

Sólo a veces, extrañamente y como por un acuerdo, las mujeres callaban y se miraban. Y pese a querer ocultarla, pese a que se esforzaran por charlar y por retomar la discusión interrumpida, las unía una única preocupación. Doña Chiarina volvía a pensar en las gélidas palabras de su inquilino. Elena volvía a ver todavía al hombre amado pasando por debajo del balcón de su tía, sin mirarla, con su bonita cara cerrada en un aire gélido de desdén y de altanería; seguía reviviendo las horas, vanas e interminables, de las noches siguientes, esperando ansiosa en el balcón a él que ya no venía. Doña María pensaba que los matrimonios eran difíciles, que llevar a cabo uno conllevaba un gran esfuerzo. Las tres callaban, mirando al suelo, a la alfombra roja con el bordado de rosas donde estaba la efigie de una pantera estriada, y a las tres la inquieta obsesión les hacía fruncir la frente.

Así, en las frescas mañanas otoñales, todo oro y azul, cuando un inesperado soplo de viento frío sacude tristemente el paisaje y susurra entre las copas multicolores y aún densas de los árboles, su soplo parece presagio de mal agüero, presagio de invierno, gélido, triste, asombroso, como la muerte.

XII

Desde la ancha escalera, él bajó al amplio portón, negro y viejo, bajo la capa gris del cielo nublado, todo envuelto por un desagradable olor de cuadra y de paja podrida, que la humedad de ese día acrecentaba y hacía nauseabundo.

El juez Rossi había vuelto de su pueblo, unos días antes de que le caducara el permiso, ya que el frío intenso, llegado allí arriba, hacía prever alguna precoz nevada para finales de noviembre, lo que terminaría por bloquear durante muchos días y hacer inaccesibles los viejos caminos de herradura de los alrededores. La propia madre, que le adoraba como a una divinidad, y le quería como a un hijo, amarrada a ese joven guapo, rubio y fino mediante ese amor poderoso que no tiene comparación, extraña mezcla de pasión y devoción, amor común a todas las madres meridionales de las viejas provincias; la propia madre le había rogado que partiera, previendo las dificultades, con las que él se encontraría, si se hubiera demorado todavía, pensando en la salud del hijo y ya temblando, en su enorme corazón materno.

Y él se había ido; había bajado de su pueblo, más horrible y pobre después de unos días de lluvia; había ido sintiendo más que nunca el sufrimiento de ese triste amor de patria y de familia, guardando viva más que nunca la impresión de esas casas tan pobres, de esas calles abruptas, de esos paisanos suyos, que vivían en ese angosto ambiente de pobreza e ignorancia, sin conocer nada más del mundo y de la vida, y evocando a menudo con nostalgia la venerada figura de su madre, que se alimentaba únicamente de su amor, de su forma de pensar.

Por eso, él había vuelto más taciturno y triste, y esos días grises de lluvia y de despreocupación, en los que no tenía que hacer nada, sin desear ver a los amigos, le acrecentaba el sufrimiento con la pesadez de las largas horas de inercia.

El gris envolvía siempre el pueblo, escondía el paisaje ondulado; en las casas y en la calle había un ruido leve e igual de la lluvia de otoño. Su raro sufrimiento era largo, monótono, como esa lluvia y

ese gris. Él se paró un momento antes de salir del portón. Ese día, como había comido a las doce, como no sabía ya qué hacer, como su familia le había delegado que visitara a un estudiante enfermo nativo de un pueblo cercano al suyo, y como era demasiado pronto para esa visita que le tediaba, él acabó yendo a la oficina, a la comisaría. Allí, le saludaron; él apenas contestó, vagabundeo algo por las celdas, se detuvo un poco a hablar con el jefe del registro, pero pronto le invadió una molestia por aquellas habitaciones sucias y desordenadas, y sintió prepotente el deseo de irse. Por eso, salió del ancho patio, estaba a punto de cruzar el arco del portón trabajado en piedra roja, un arco señorial que dominaba sobre los cercanos, pequeños, estrechos, tan pobres, que sujetaban ciertas pobres puertas de madera vieja pintada y desteñida, desquiciadas y remendadas precariamente.

Él reconoció pronto a los que, por supuesto, querían hablarle, tres campesinos, dos viejos y una chica; les reconoció por el saludo ceremonioso, por el énfasis dialectal, por el traje poco elegante y pintoresco de su pueblo. El padre aún era un viejo atractivo, majestuoso y erecto, con unas patillas grises, con un pelo denso y canoso que se le escapaba del sombrero, con un perfil definido y lineal, con una cara rugosa, pero nada fea. Sin embargo, la mirada amarilla de él, que se posaba sobre el juez, tenía un destello triste de dolor salvaje, y la mirada oscura de la vieja mujer, en el rostro delgado y sutil, que la prenda oscura bordada de amarillo rodeaba, cogía, envolviendo intensamente al joven, como un ímpetu mudo de plegaria y de dolorosa esperanza. La chica estaba cabizbaja, con el gran pañuelo con flecos, cerrados los párpados pesados en la mirada que no se revelaba, las manos entrelazadas delante, la cara escondida casi por completo por el pañuelo, donde nada más descubrirse el blando perfil de la mejilla morena, adornada por un gran lunar y el cuello redondo ceñido por un pequeño lazo de terciopelo negro.

Rossi, al mirarles, sintió que le llegaba como la voz de su infeliz pueblo, voz eternamente dolorosa, para él mezcla de tristeza y amor. Recordó una historia que le habían contado, una historia de amor y venganza, intuyó pronto en los tres protagonistas esa breve e

intensa tragedia de almas sencillas en un vulgar ambiente lugareño. Calló, esperando. Los dos viejos se miraron, incómodos, ambos dominados por el temor y el pudor; sólo la mujer, de rostro delgado y de grandes ojos redondos, osó preguntarle: “¿Usted puede...?”.

Rossi asintió con la cabeza, hizo un gesto con la mano, pero, para estar más seguro, les preguntó:

“¿Vosotros sois los Amoruso?”

“Sí, sí, contestaron los dos viejos, casi contentos por no tener que repetir esa triste historia de dolor y vergüenza, una vez más. Y empezaron a llorar, con una triste voz suplicante. La causa tendría que realizarse allí, en ese pueblo; ellos eran gente pobre, no sabían dónde ir, tenían mucho temor por esta causa, de los abogados, de los magistrados, querían que Rossi los guiase.

“¡Hágame ese favor, señorito!”, decía la mujer, “¡hágalo por el alma de su padre, hágalo por el alma de sus difuntos! Tengo un hijo tan mayor...”, y la mujer levantaba los ojos y la mano en alto, como para significar y delinear la alta estatura de su chico, “tengo este hijo mío que ahora se pudre en la cárcel, señorito. Consiga que lo absuelvan, usted puede, es bueno como un cordero, se lo dirán todos en nuestro pueblo; ha matado por honor, señorito; cuando por medio está el honor, no se razona. Imagine (¡nunca se sabe!) que se hubiera tratado de una hermana vuestra. Consiga que lo absuelvan, usted todo lo puede.”

“Yo no puedo hacer nada. ¿Quién es su abogado?”. “Usted le conoce, señorito, es vuestro amigo, el abogado Forgiuele”.

Rossi calló, pensativo y tenso. La mujer, que le miraba siempre, creyó leer una duda en su cara: “¿No le conoce, no le conoce? Me habían dicho que le conocíais mucho, que era vuestro amigo, ya que usted se va a casar con la hija”.

Más que nunca la cara de Rossi se puso tensa y severa; él miró a la mujer irritado, y le contestó con voz ácida.

“¿Quién le ha dicho estas mentiras? No se crea nada. Y piense en sus problemas, que ya tiene bastante, y no en los de los demás”.

La mujer y el viejo le miraban, suplicantes, apenados, estupefactos. Él suavizó su voz.

“Por vosotros haré todo lo que pueda”. “¡Que usted sea

bendecido, que Jesús Cristo le pueda conceder tantas gracias como pasos dé por nosotros, que vuestra buena acción alivie las ánimas de sus difuntos en el Purgatorio!”.

Rossi quería sustraerse a esos agradecimientos, logró quitar su mano de la de la mujer, que quería besarla a la fuerza, pero no le fue posible quitar la otra de las manos rugosas y fuertes de la chica, que apoyó por un instante su boca hinchada y temblorosa, su mejilla ardiente y surcada por las lágrimas.

Ahora él caminaba por su calle, bajo la pequeña cúpula negra del paraguas. Los talleres tenían todos los cristales cerrados, rayados de gotas que goteaban; en las viejas paredes de las casas cada vez más se desteñían los pálidos colores borrados también por el tiempo. Tal vez rompía la monotonía gris de ese velo de agua, en esa calle desierta, el chirriar pesado y apresurado de ruedas, y algún remolque basto y desgastado pasaba, mientras el conductor hacía chasquear furiosamente el látigo para incitar a los pobres caballos empapados por la lluvia. O era el chocar apresurado en el adoquinado de los herrados de hierro de un pobre asno gris. Pero sólo por poco tiempo, ya que luego, como siempre, imperaba ese lamento tenue y continuo de lluvia cadente, que nada valía para apagar; imperaba ese único color, gris en la monotonía de sus matices, en el fondo del cielo, en esas dos filas de casas, todas algo viejas, sucias y desteñidas, donde ninguna nota viva alegraba e interrumpía esa tristeza sin sonrisas.

La casa donde vivía el estudiante enfermo que él tenía que visitar, estaba muy cerca de la calle principal; sólo había que bajar pocos pasos por un pequeño trozo sin adoquinar y embarrado, ocupado casi por completo por un gran árbol. Y justo allí, casi toda escondida por el árbol amarillento, poco frondoso, necesitado de agua, justo allí, en una pequeña puerta, tras de subir unas pocas escaleras, el joven juez tenía que entrar para hacer su visita.

Al verle, una chica delgada, vestida de negro, de cara delicada y algo amarilla bajo la soberbia cabellera castaña, se levantó de la silla, se arrimó a los cristales de la puerta, recogió el trabajo que estaba haciendo, entre los brazos, hizo un gesto a unas diez niñas que cosían a su alrededor, que a su vez se levantarán. Y así, pasando

entre las viejas sillas, con el fondo de paja del pueblo ennegrecida por el uso, del respaldo en madera bastante pintada, haciendo caer en el suelo un anillo de trabajo, pisando una madejita de algodón, finalmente Rossi pudo entrar en esa habitación grande y oscura, tan vieja que el techo estaba hecho de vigas negras y cañas ahumadas, como las más humildes casas campesinas, tan grande que el fondo se perdía en la sombra.

Todas esas niñas, con el trabajo en la mano, se habían quedado a mirarle, curiosas, y una joven, rubia, anémica, descuidada, despeinada, con un lactante pegado a su pecho delgado y caído, le había abierto como platos en su cara sus ojos claros, insignificantes como el resto de su cara de rasgos nada bonitos. Sólo la graciosa chica pálida le preguntó con una voz dulce: “¿En qué puedo servirle?”

“¿No vive aquí un estudiante de... enfermo?”

Ella dio a entender con un gesto de la cabeza que sí, sonrojándose ligeramente, e indicó al juez que la siguiera. Tenía una silueta esbelta y un paso ligero, el pelo castaño, peinado graciosamente, recogido por un gran lazo marrón. La chica no entró en la habitación, sólo empujó la puerta hacia delante, sujetándola con el delicado brazo, que era muy bonito, a pesar de su delgadez, cerrándola, una vez entrado el otro.

El joven al principio miró sin moverse, algo perdido, desorientado por esa habitación, que parecía un gran pasillo, donde había cuatro camas en fila como en un hospital y, por delante, una mesa llena de libros y hojas en desorden.

“¿Se puede?”, preguntó finalmente él.

Entonces de la última cama al fondo, al lado del balcón, una cabeza morena, casi por completo escondida por las sábanas, se levantó de la almohada, y en la luz igual y apagada de ese día lluvioso, Rossi pudo ver finalmente, bajo el pelo algo largo, algo ondulado, muy suaves y empapados de sudor, una cara blanca y guapa, enrojecida por la fiebre, tan amable, delicada y dulce, que parecía el rostro de una chica.

“Entre”, contestó el enfermo algo tímido, clavando en el desconocido visitante sus ojos brillantes.

“El juez Rossi”, dijo el joven, presentándose y dando la mano al chico.

“¡Pues sí!”, contestó el otro, acordándose; le he oído nombrar más veces en el pueblo y aquí, pero no le conocía”.

“Volví de mi casa el otro día; encontré a su madre que está allí, en casa de unos familiares, y ella me rogó venir a visitarle”.

“¡Ah, mamá!, gracias”, y la voz pareció tan repentinamente emocionada sólo con pensar en la madre lejana, que Rossi pronto intuyó cuánta nostalgia tenía que atormentar el alma de ese chico enfermo.

El visitante se había sentado a los pies de la cama, tan pobre, vieja y desnuda, que él sintió que se le oprimía el corazón, pensando en él que tenía que vivir esos días aburridos de noviembre allí dentro. Él se había acostumbrado a la antigua casa de doña Chiarina, a esa casa melancólica y vieja, de gente acomodada decaída, pero en su habitación doña Chiarina había colocado sus mejores muebles, el tocador, el lavabo, el viejo escritorio, la cama con la red, las cortinas trabajadas al ganchillo, así que, en comparación con ese pasillo transformado en habitación, la suya podía parecer incluso una habitación real.

“Y aquí... ¿qué tal se encuentra?”, le dio por preguntar al estudiante.

“No se está mal. Es buena gente, son cariñosos, pero son muy pobres. Hay una miseria enorme”.

“El padre es un copista, trabaja para el abogado Forgiuele desde hace treinta años; gana treinta liras al mes; ¡imagínese! Los hijos se han ido todos a América, no le escriben, no le mandan nunca nada; sólo uno, que les ayudaba de vez en cuando, ha fallecido hace poco, allí abajo, tísico, parece. Aquí se ha quedado otro que cambia un trabajo al día, que ahora, por ejemplo, espera las elecciones para estar a disposición de cualquier partido con la esperanza de ascender electoralmente. ¡Y tiene tres hijos y la mujer enferma! Alquilan esta habitación de aquí, la chica cose de sol a sol, pobrecita. ¿La ha visto a la chica, es simpática, ¿verdad?”

Rossi dio a entender que sí, mientras una dulce sonrisa se dibujaba en la bonita boca femenina del estudiante, recordando la

que le rodeaba del humilde amor de las chicas meridionales.

Ahora seguían callados. Ambos notaban el peso de esa pobre habitación, de ese cielo gris, de ese campo medio cubierto de niebla. No sabían qué decirse. En los labios del estudiante esa dulce sonrisa de amor había desaparecido de repente pensando en sus sufrimientos presentes, de ese primer mes de instituto, que pasaba así, sin que él pudiera estudiar, del año escolar, que probablemente suspendería, si continuara aún enfermo, causando por lo tanto otro sacrificio a su familia, prolongando aún el sacrificio de esa mezquina vida estudiantil.

Para todo esto de nada servía el amor: el guapo chico de las mejillas ardientes y de pelo empapado miraba delante de sí su horizonte, que era gris y triste como ese día de noviembre, y donde incluso ese pequeño amor se hacía pálido, exhausto, oliendo a miseria y tristeza, como las últimas flores marchitadas del otoño, ajados por la lluvia y entristecidos por el frío.

Ambos se sentían dominados por una gran tristeza, una nostalgia indefinida, a lo mejor, por el sol, por las personas y las cosas lejanas, por los mejores días vividos, o por los días venideros.

La brumosa tarde ya empezaba a proyectar en la gran habitación sus apagadas sombras crepusculares.

“Y usted... usted está bien, ¿verdad?”, preguntó el estudiante con voz velada, levantando de la almohada su cabeza bonita de pelo negro, fijando la mirada en Rossi con sus grandes ojos brillantes. A ese chico pobre, que había bajado de su pueblo tan pobre para estudiar, a ese chico, que sacrificaba su juventud al único, excelso ideal de un modesto empleo gubernamental, a ese chico, la condición de Rossi tenía que parecerle muy feliz.

“Sí, no estoy mal, aquí el pueblo está bien”.

“¡Ah sí! Y escuche... ¿es verdad que usted se casa?”, preguntó aún el chico, no pudiendo resistirse al cotilleo, la pasión prepotente e indomable del provinciano.

Como poco antes, con esos miserables campesinos del pueblo, o incluso más, la cara fina de Rossi cambió de repente de expresión, y asumió ese aire peculiar, gélido, de altivo desdén.

“¿Quién se lo ha dicho?”, preguntó en voz baja.

El chico le entendió. Le vio desde su rinconcito de sombra, fruncir el ceño y con la mirada fría, bajo los párpados que le latían, iluminado en plena cara por esa luz gris de día lluvioso.

“¡Oh! Perdona”, dijo él, “pues la gente inventa; me lo habían dicho los dueños de mi piso, y cualquiera sabe de dónde han sacado esta noticia. Son pueblos, ¿qué le vamos a hacer?” Y sonrió cerrando sus labios muy bonitos.

Hasta Rossi sonrió, compasivamente, con una de sus habituales y tácitas sonrisas, cortantes, y zanjaron el tema.

Tocaron en cambio otros temas varios, hablaron de sus infelices pueblos, de sus conocidos comunes, del alcalde, del cura; el chico le hizo al otro el historial de su enfermedad, una enfermedad que le atormentaba desde hace veinte días.

Rossi no se lo pasaba bien, pero tampoco se aburría. En realidad, con ese chico, al que no conocía una hora antes, él podía charlar con mucho más gusto que con sus colegas y con algunos de esos conocidos encontrados en la Asociación. Por lo tanto, más de una vez él había pensado en irse, y no se había levantado, mirando desanimado, fuera, el viejo balcón, el paisaje color cobre, hecho angosto por la niebla y que la lluvia continuaba golpeando, invariablemente. Sólo cuando vio que el enfermo había hundido con más abandono la cabeza en la gran almohada, sólo cuando le vio cerrar los grandes ojos por el cansancio, y se dio cuenta de que el rostro fino se ruborizaba cada vez más, en la fiebre creciente de la noche, sólo entonces él entendió que era el momento de dejarle solo y de marcharse.

“Hasta luego”, le dijo apretándole la sutil mano candente y empapada, “que se mejore pronto. ¿Qué tengo que escribir a su madre?”

“¿A mamá? Dígle que estoy mejor...; si no, se preocupa y empieza a llorar”, contestó el enfermo con voz absorta, sonriendo piadosamente por la piadosa mentira. “Gracias a usted, juez. ¿Volverá?”

“¡Eh, seguro! Uno de estos días...”.

Rossi salió de la gran habitación oscura, tan oscura, que apenas pudo distinguir a otros tres estudiantes, recién llegados del instituto,

sentados alrededor de una mesita coja, con unos zapatos embarrados y la vieja y humilde ropa, empapada por la lluvia. Comían con las cabezas bajas en los platos, devorando los macarrones hechos en casa, condimentados con ajo y aceite, recogiénolos con el tenedor, cuando deslizaban la presa, mientras uno de ellos, un chico montañés grosero y regordete, se desahogaba hablando mal de un profesor, endosándole uno de los adjetivos más injuriosos del dialecto natal.

Rossi salió hacia la puerta, y ahora pudo pasar libremente, ya que la modista y sus pequeñas aprendices se habían puesto a coser al lado, encorvando la cabeza en el trabajo, por la escasa luz. Él se despidió, tocándose el sombrero, mirando un poco a la chica, de la que ahora conocía la triste y mísera vida.

Pero, nada más estar solo, en la calle desierta, fue invadido totalmente por su obsesión, y su fisionomía asumió un aire peculiar de desdén y altanería.

Pensaba en lo que sus campesinos infelices le habían dicho, en lo que el propio estudiante le había preguntado, y todo esto le irritaba y aburría a la vez. ¿Cómo fue? Él se acordaba sólo que una noche, durante una fiesta, neciamente (así él ahora lo consideraba) le había atraído el rostro blanco y pensativo de una chica, que ya había visto otra vez, pero de la que no conocía ni el nombre. Todo habría terminado allí, si no fuera por la dueña de casa charlatana y embustera que se puso en medio, y no le hubiera dicho que la chica le quería mucho, y, por eso, él, quizás espoleado en su orgullo masculino, había empezado a regalarle su inocente cortejo. Sólo después, se había dado cuenta de que esa *tontería* la habían tomado demasiado en serio, que las grandes gentilezas de esa gente eran sospechosas, que doña Chiarina tenía que haber sido espoleada por alguien, a lo mejor por la madre de Elena, o por la propia chica, ya que ella se tomaba demasiado a pecho su parte; que, en definitiva, esa familia y esa chica ya habían intentado seducirle, viendo, por supuesto, en él un simplón complaciente del que se podía lograr un marido. Y en la altanería peculiar de su carácter reservado, en la sensación de repulsión por la maquinación, de la que se sentía víctima, en el desdén bajo, con el que cada hombre considera a cualquier mujer que se humille delante de él, desdén que altera y

contamina incluso las abnegaciones más espontáneas del corazón femenino, abnegaciones infinitas, en su forma de humildad, que conocen también las más altas cumbres del sacrificio y del heroísmo, él se había asqueado e irritado por el episodio, y había intentado cortar su tenue hilo. Allí arriba había olvidado todo, en el pueblo natal, en ese aire, peculiar para él, de amor poderoso y triste. Ahora la gente le recordaba ese pequeño acontecimiento; ¿pero, qué más podía hacer?

La pregunta le pilló en la puerta de su casa, mientras subía el portón cargado de humedad, gris como lo era todo el resto de las cosas ese día, allí entre los raros guijarros, donde la pálida hierba crecía, y en frente de la boca negra de la bodega desierta. Él subió lentamente, cerrado, duro, abyecto, sin contestar ni siquiera al saludo habitual de la sirvienta, decidido a retirarse en la habitación y terminar allí, leyendo un periódico, ese día de vagabundeo triste y aburrido.

Pero doña Chiarina, que tenía unas visitas en el viejo salón, como estaba inquieta, desde hace más días por el comportamiento triste y frío del joven, apremiada en todo momento por doña María, que quería a la fuerza un final feliz, ahora pensó jugarse una carta importante, y llamarle, mientras él giraba hábilmente la manilla de su puerta.

“¡ Juez, venga aquí! ¿Para qué va allí dentro? Como siga así, enfermará por aburrimiento y melancolía”.

Él, aunque contrariado, no pudo librarse, y su cara se endureció aún más, percatándose, entre las otras y varias mujeres, del rostro blanco, algo incoloro, de Elena Forgiuele.

Doña Chiarina hizo las presentaciones en toda regla: antes a una horrorosa señora vestida de negro, después a sus cuatro hijas iguales de morenas, altas, fuertes, feas las cuatro, y finalmente a Elena Forgiuele. La señora miró curiosamente al juez; las chicas, intimidadas, le lanzaron una mirada fugaz, sólo Elena, audaz, por un instante le clavó en la cara su larga mirada de pasión. Pero la gran habitación era oscura, poblada de sombras opacas y grises, y el juez no se percató.

Ahora callaban todas incomodadas por ese forastero, recién llegado. Las mujeres se miraban, las manos recogidas en el regazo,

la punta de los pies, que sobresalía de la franja de la falda, o vagaban con la mirada alrededor, entre las sombras apiñadas en los rincones y, al fondo, alrededor de los pocos y viejos objetos de la habitación.

Rossi las consideraba a todas así, en ese fondo de vejez, en esa luz pálida de lluvia que caía. Las caras de esas mujeres, apretadas en las bufandas pesadas que las envolvían, deformando las facciones de la cara; esas caras parecían todas apagadas, sin expresión ni color, como ese día de noviembre, repleto de nubes oscuras como las caras de las cuatro chicas morenas, con algún trozo pequeño con nube clara y descolorida como el rostro de Elena Forgiuele.

Débil, y sin embargo dominante, en la gran habitación imperaba también el llanto siempre igual de la lluvia; el agua había entrado también por el balcón, y allí alrededor se había formado como un charco, desde el que salía como un riachuelo muy sutil que llegaba hasta el sofá.

Doña Chiarina reanudó el discurso interrumpido.

“Entonces, comadre, ¿qué estaba diciendo?” “¿Y qué quería decir?”, contestó la feísima mujer con una sonrisa que le descompuso todas las arrugas de la piel de la cara, tan áspera y morena, que parecía la de un viejo animal. “Hablaba de esta hijita”, añadió, indicando a la que se sentaba cerca, una chica madura que había superado desde algún año los treinta.

“Ya, es verdad, lo de su noviazgo. Cuéntenos entonces; esto interesará también al juez. No es verdad juez, ¿usted no sabe que esta comadre mía tiene novio?”

El juez dio a entender que no, por supuesto. Y entonces, en la horrenda boca de la feísima chica, entre los pelos grises que adornaban el labio superior, reapareció la misma leve sonrisa de la primera vez, leve sonrisa que la acompañó fielmente durante toda la duración de la historia, demostrando a los demás la íntima complacencia que para ella representaba.

“Ha sido, como le decía una cosa concertada, así cuando menos nos lo esperábamos. Esos amigos que le he dicho conocían a este joven, que ahora es el novio de mi hija; así se la han propuesto, les han mostrado el retrato, y le han hablado bien de ella, y él después,

mediante sus amigos, le ha pedido que nos hiciera a nosotros la pregunta. Así, le digo, ¡algunas veces lo hace todo la suerte, nosotras ni lo creíamos posible...!”.

“Y por eso”, añadió la hija con una gruesa voz masculina, como masculina era su figura y las facciones de su rostro: “por es por eso digo a estas” (e indicaba a las tres hermanas) “que no se desanimen nunca. Cuando el cielo parece negro, hijas mías,” continuó dirigiéndose ahora con el gesto y con la voz también a Elena Forgiuele, “cuando el cielo parece más negro, y vosotras no os esperáis nada, entonces llega una luz de repente que os ilumina a todas”.

Una sonrisa de ironía muy fina encrespaba ahora los sutiles labios de Giambattista Rossi, mientras venía observando fijamente a esa joven figura de mujer fea. Y la cara, morena, angulosa, masculina, de la mujer se había iluminado de alegría, contando esto, hablando de su muy modesto noviazgo con un empleado particular a ciento veinte al mes, y esa alegría suya, tan evidente, también en otras de sus palabras, de sus sonrisas, que no tenían control, en los movimientos de su cuerpo sin gracia, que Rossi vislumbró en ella el tipo especial, infeliz y ridículo, de la chica madura, que ha transcurrido casi por completo su juventud, esperando sólo el matrimonio, que ha visto desaparecer vanamente toda la frescura de su alma y de su cuerpo en esa única espera, que se ha vuelto ácida y amarga, viendo pasar inútilmente los días, y los meses, y los años, y que, finalmente, en el umbral de la juventud, puede por fin, a lo mejor con un gran esfuerzo, siempre groseramente y sin pretensiones, satisfacer ese sueño secreto suyo, ese deseo largo y constante.

Por eso, ella se arrima a cualquier hombre que la quiera como mujer, y ama y cree rejuvenecer; pero, ya que los años irremediabilmente han pasado y la han surcado con sus huellas, ella debe llevar absolutamente, en esa póstuma lozanía de primavera rancia, todas las torpezas de la edad madura, toda la aspereza del deseo largamente insatisfecho, toda la tristeza de la juventud transcurrida en la sombra, reprimida así, sin sonrisas ni flores. La mujer, a lo mejor, disfruta igual de esa tardía y melancólica felicidad, pero la gente que mira sin profundizar, superficialmente,

como siempre, a esa gente, observa y luego despiadadamente se ríe.

Ni Rossi, ese día, estaba en una disposición de ánimo tal para poder comprender y compadecer. La altanería innata de su carácter poco expansivo, el desdén bajo, común a todos los hombres, hacia cualquier mujer que se humille delante de ellos, le dominaban, así que, a él, mientras una leve sonrisa de mofa se le quedaba en los labios pálidos y finos, le ocurría que confundía el acontecimiento que le había ocupado durante la calle, volviendo a casa, y el acontecimiento que ahora oía contar de la horrible boca de la vieja mujer y de la gran boca carnosa de la joven mujer. Y en esa reunión de chica de cara morena o blanca, siempre incolora, entre esas sombras grises de día lluvioso, en ese fondo de vejez y tedio, a Rossi le parecía que existía una única pasión, una única preocupación, constante e invencible, furiosa y enorme: la caza al marido.

De hecho, ¿quiénes eran esas mujeres? Míseras figuras insignificantes y sin expresión, míseras fisionomías sin luz, envueltas constantemente en un aura inmutable de gris; míseras criaturas que nada saben hacer, que nada saben decir, que se pegan al hombre y que el hombre rechaza. Tenían una historia esas mujeres, su alma conocía la incurable herida de la decepción y lo tóxico, lento y potente, de la vana espera; a esas mujeres el alma les dolía por la potencia de la pasión que no se había podido desarrollar, convertida en algo gravoso como un tesoro inútil. Esas mujeres habían vivido, amado, sufrido, en su inerte vida; un drama todo íntimo, incesante, tejido con infinitas variantes de gris, les habían envuelto, habían desecado los capullos de su juventud antes de que se abrieran aún; habían dispersado vanamente al viento los perfumes de su alma, cuando ésta apenas empezaba a florecer, a conocer las primeras exaltaciones de la primavera. ¿Pero quién lo sabía? Esas mujeres no sabían decirlo, no sabían contarlo, callaban y esperaban, amando y esperando siempre al hombre, que pasaba por delante sin comprender.

“¡Si usted viera cómo le quiere...!”, continuó la feísima madre, “no quiere que se afane, no quiere que se desgaste; cuando la encuentra trabajando, se inquieta porque dice que usted trabaja

demasiado, y le perjudica. ¿Pero qué le vamos a hacer, digo yo, hijo mío? Si no fuera así, ¿el ajuar quién lo cose? ¡Pero nada! No quiere oír razones; dice que el ajuar le da igual, que él piensa siempre en la salud de la esposa”.

En la horrible boca de la mujer, todavía, los pelos grises del labio superior se encrespaban en esa sonrisa inmutable de satisfacción, y la novia con los ojos inclinados hacia el suelo, la cabeza envuelta en la bufanda ligeramente bajada, escuchaba, probando aún, intensa y locamente el placer de aquellas palabras, palabras larga y vanamente soñadas durante muchos años, palabras en las que se había condensado todo el sueño, todo el deseo, toda la congoja, toda la potencia del mísero fruto agrio y agostado de esa pobre juventud suya pasada sin sol, transcurrida así, ignorando las emanaciones y las embriagueces de la primavera.

Rossi la miraba y pensaba, sonriendo sarcásticamente, cómo la ilusión era fácil, y qué hilarante espectáculo debía ofrecer el sentimentalismo rancio de ese empleaducho a mil quinientas liras hacia esa chica fea y ya no tan joven.

Durante toda la visita ese tema no se abandonó nunca; encontraron muchas cosas por decir la madre y la hija; doña Chiarina las interrogó sobre muchas otras, mientras las hermanas trabajan, bajadas las largas caras morenas, algo inclinados los delgados bustos sin gracia, mientras Elena Forgiuele, en un rincón, se miraba tácitamente las manos recogidas en su regazo, céreas y como exangües sobre la tela oscura del vestido. Luego, las mujeres se acordaron finalmente de que se habían demorado demasiado, que habían hecho una visita demasiado larga, que habían hablado mucho, y, colocándose la bufanda, arreglándose las arrugas del vestido, la novia se dirigió a la madre: “¿Mamá..?”

Fue la señal, la madre dio a entender que sí, empezó a colocarse también ella la bufanda, lanzó una ojeada significativa a las otras chicas, que asintieron con la cabeza. Doña Chiarina no las forzó para que se quedaran, las negras sombras de las mujeres morenas salían de la habitación, todas largas y delgadas, seguidas por la dueña de la casa, que corría para igualar su paso ancho y corto al paso largo y pesado de las visitantes.

En la triste tarde que declinaba, en el monótono ruido algo atenuado por la lluvia, en el fondo de sombra de ese ambiente grande y viejo, pequeños, como perdidos, quedaron solos, ambos de pie, cerca, el juez de cara guapa y fina, rígido, y la chica de cara blanca cabizbaja, con los párpados bajados y las delicadas manos recogidas en el regazo. La lluvia golpeaba en los cristales; en la grande habitación era muy fuerte el olor frío de la humedad, el olor triste de la vejez. Elena Forgiuele, desatenta, lejana, estaba poseída por la visión de las horas transcurridas soñando, de las horas transcurridas esperando, estaba invadida por todo el oro, por todo el fuego, por toda la púrpura fulgente de los atardeceres de verano, por todo el árido perfume, por todos los velos de rosa y violeta, por todo el gris opaco, por todo el gris brillante, por todas las últimas tonalidades del amarillo pálido que ahogan en la sombra clara de los crepúsculos estivales. ¡Oh, pequeña terracita; oh, fondos opacos y relucientes de cielo; oh, primeras estrellas rutilantes; oh, primeros, refrescantes soplos de frescor después de un larguísimo día canicular; oh, luna dorada y recién surgida; oh, conocidas voces de la pequeña calle; oh, dulce tintineo de pequeñas campanas procedentes de lejos! ¡A vosotros, a vosotros se asocian todos los recuerdos, todas las ambiciones, todas las más puras fragancias de amor; a vosotros, a vosotros hay que unir todos los sueños más íntimos y queridos, recién brotados en el alma virgen, y luego acariciados, agigantados, vividos con la potencia devoradora y secreta del deseo, del fuego consumidor acumulado durante años en la vida solitaria, en el alma vanamente amante!

Sombras raras y veladas se enlazan extravagantemente en los fondos tristes de la habitación. Parecen cuerpos abrazados que vagabundean, pegados fuertemente el uno al otro, en insignificantes playas de marinas desconocidas, envueltos en un aura infinitamente dulce de tenue oro velado. Y misteriosas palabras no terminadas parecen vibrar en el aire:

...Sumisos

discursos y sueños y tácitos pensamientos...

¡Ah! la pequeña chica se ha olvidado de todas sus desilusiones, de todas las heridas y las preocupaciones de su pequeña y gran alma; un solo deseo tiene: ¡el deseo de oírlo hablar, de tenerlo tan cerca, de volver a escuchar su voz, dulce y ronca, hecha temblorosa y más baja en las eternas palabras del amor, tal y como ella ha soñado, tal y como mil veces ha creído oírle!

Y, de hecho, la voz de él la sacude. Ella le dirige su rostro blanco, más incoloro aún en esas tristes sombras sin color y cada vez más densas; espera, palpitante, atormentándose las delicadas manos en la impaciencia de la espera, amordazada, atenazada más que nunca por su sueño, que se ha agigantado y exacerbado en la potencia del deseo largo y espasmódico.

“Señorita”, llama él lentamente, con los sutiles labios estirados en una de sus sonrisas delicadas y cortantes. Ella no ve; otras imágenes le sonríen delante.

“Señorita”, repite él, “¿no le parece infinitamente chabacano el entusiasmo de la novia madura, que estaba aquí, hace poco?”.

Ella no entiende, le mira con ojos desorbitados sin contestar nada. Él sigue, dispuesto según estaba a ir hasta el final: “infinitamente cómico, bufo, sí, señorita, ya que aflora claramente el gran deseo que tenía, el esfuerzo que ha tenido que hacer para engatusar a ese mísero marido. Sin embargo, nada humilla más a la mujer y nada la empobrece más delante de nosotros, los hombres que esta lucha y esta caza. Es prosaico, es estúpido, créame, y yo no sé cómo la mujer puede doblegarse hasta ahí. Pero, entonces ¿no posee dignidad alguna y no conoce orgullo alguno?”.

Él dirigió justo a ella esas palabras, con una mirada tan altiva y gélida en su elocuencia, que Elena no pudo ilusionarse más. Advirtió una gran sensación de frío, un agudo dolor al corazón; perdida y dolida, de repente se encontró envuelta en las sombras turbias de la gran habitación. Balbuceó alguna indefinida palabra, aceptó el insulto cabizbajo, ansiando y sin saber rebelarse.

Densas la envolvían las sombras de la habitación, doliente era el llanto de la lluvia, muy triste el olor de la humedad y de la vejez. Él seguía mirándola, altivamente, rígido, desde su refinado perfil de marfil antiguo, con los labios encrespados por su leve sonrisa

sarcástica, y ella enmudecía, cabizbaja, con las bonitas manos entrelazadas encima del vestido oscuro, conociendo, en su rápido despertar, que todo había acabado, y entendiendo ahora ya qué sentido vulgar él había dado a su ardiente idea de amor. Ella, al menos en aquel momento, invocaba la fuerza impetuosa y salvaje que le había recorrido por su cuerpo virgen, en aquella primera noche de duda, la invocaba así para rebelarse y luchar.

¡En vano! La mujer meridional desde hace siglos está acostumbrada sólo a amar, a sufrir sin rebelión el señorío y la voluntad del hombre. Nadie nunca ha educado y ha fomentado en ella sus cualidades individuales, el derecho y la fuerza de la rebelión. Él la azotaba a sangre, ella se mordía los labios, se atormentaba las manos, al no saber nada y al no poder contestarle nada.

Por fin llegó doña Chiarina, que se entristeció pronto, sólo con mirar la expresión gélidamente altiva de la fisonomía del juez; vino a anunciar a Elena que habían venido a recogerla para llevarla a casa. Y Elena, finalmente, ya sin mirar ese rostro bonito y malvado en su expresión de desdén y mofa, ¡Elena pudo salir por fin de esa casa!

Allí va con Francesca, corre por la calle mojada, afectada por la sombra lívida de ese triste cielo de crepúsculo y lluvia, y corre, debajo del paraguas tembloroso, golpeada en las manos, en la espalda, en la cara, por un inesperado furor de agua que cae, con el viento que le pega entre las piernas la enagua y quiere arrancarle el paraguas de la mano. Corre así. A cada muro que se abre hacia el campo es una inmensa ola lívida de triste luz crepuscular que invade la calle, debajo de cada lámpara con forma de arco, hay un breve destello plateado, como de lágrimas. Corre. Su callejón oscuro y tortuoso, de placas mojadas y resbaladizas, de los sótanos negros como guaridas y tugurios, poblados en las oscuras puertas por una humanidad miserable e infeliz, su callejón acoge, en la tristeza de ese gran llanto, de esas casas negras, que goteaban agua, en ese último resplandor de crepúsculo lívido, la que entre esas casas ha nacido y la que a esas casas ahora vuelve, dolida.

Así, como en un triste sueño, envuelta en el gris de la niebla, golpeada por la lluvia violenta, con la sensación dolorosa de ser golpeada y perseguida, por fin llega a su casa.

Desde la puerta de la segunda planta, Emilia, rodeada por numerosas y jóvenes primas, la llama. Y ella no sabe, no puede contestar, las sigue pasivamente por el pequeño recibidor del estudio de su padre, allí donde está el viejo escritorio carcomido de don Saverio, en la habitación deshabitada, que durante las vacaciones sirve de habitación para Francesco.

Pero la esposa y las primas pronto la olvidan; algo más importante atrae por completo su curiosidad femenina minuciosa y algo pueril; les suscita pequeñas exclamaciones y pequeños gritos de admiración. Elena no entiende; en ella domina el aturdimiento de la primera impresión confusa del dolor, el pesado afán del calenturiento. Una de las primas, vagando lentamente por la habitación, encorvándose a mirar el menaje del ajuar de Emilia, alineada con gracia en los muebles y en la cama baja de Francesco, entre todo, ha admirado más un vaporoso y fino *matinée* de batista, graciosamente ornado por grandes nudos de lazo azul y un pequeño encaje trabajado al mundillo, dibujado con arquitos en la tela. Ella habría querido llevárselo, a mano, impaciente y curiosa, y, algo inclinada sobre ello, frente a la escasa luz de la ventana, lo mira minuciosamente, tocando levemente el lazo, metiendo la mano bajo el encaje transparente, para resaltar mejor su efecto.

“¡Qué bonito es, qué bonito es!”, dice ella con voz algo pueril y melindrosa, dominada toda por el ardiente amor que las mujeres echan en estas pequeñas cosas.

“¿Has visto qué bonito es?”, añadió Emilia, a sus espaldas. “Lo ha hecho todo Elena”.

“¡Vaya!, ¿Tú, Elena?”.

La prima se le acerca, le pregunta, fijándole en la cara unos grandes y bonitos ojos estupefactos.

Elena asintió con la cabeza, también ella mira, absorta, el *matinée* entre las manos de la prima. Nota la mente menos confusa, un dolor más fuerte en el corazón. Empieza a recordar. Ahora como las visitantes, ella también da vueltas por la habitación, se detiene a mirar los bordados pesados, las camisas ligeras, todo aquel numeroso, excesivo, y, en gran parte, inútil ajuar de chica provinciana. Y cerca de esos bordados, que ella misma ha realizado

pacientemente, al lado del menaje que ella misma ha confeccionado, con amor humilde y fervoroso, al lado de todas esas cosas pequeñas, que son, para la juventud monótona de la chica de provincia, como el símbolo de la felicidad misteriosa, intensamente soñada por ella, sonrojándose, Elena empieza a recordar los íntimos pensamientos, los dulces sueños suyos asociados al mismo, y con cuánta pasión ella ha anudado esos lazos, insertado esos encajes, cosido esos pliegues, casi segura de trabajar así para el digno marco de su amor.

Como en un relámpago imprevisto le pasaban todavía delante de los ojos soberbios atardeceres de verano impregnados de púrpura y de oro, crepúsculos azules de sombras de color violeta, siente en su rostro el primer soplo de frescor de las noches calurosas, aspira durante un instante el perfume deseoso del árido campo, una vez más recuerda la visión global de aquellos meses pasados, viviendo sólo para su sueño. Aún le sonríe delante la imagen viva y palpitante de su dulce amor, brutalmente truncado.

Luego le aparece la habitación de doña Chiarina, esas sombras oscuras, ese triste olor de humedad, y la cara de él, el rostro fino tantas veces soñado, estirado ahora en una sonrisa sarcástica y la voz de él, la voz algo ronca, tantas veces, tantas veces deseada, que ahora le azota la cara con la ironía del insulto corrosivo.

Fuera llueve más y más. El paisaje se vislumbra confuso, a través de la niebla, como a través de un gran velo de llanto; las colinas del fondo, unos árboles solitarios, unos tejados, apenas agudos, parecen grises, indefinidos y tristes, sombras o espectros doloridos.

Elena, sola y olvidada en el cuarto de la ventana alta, une al gran llanto de la naturaleza su pequeño, inefable llanto de criatura infeliz, a la que le ha sido arrancada bruscamente la única y más suave esperanza de juventud, a la que de repente le ha sido cortada la vena más potente y vital.





Sevilla
2017